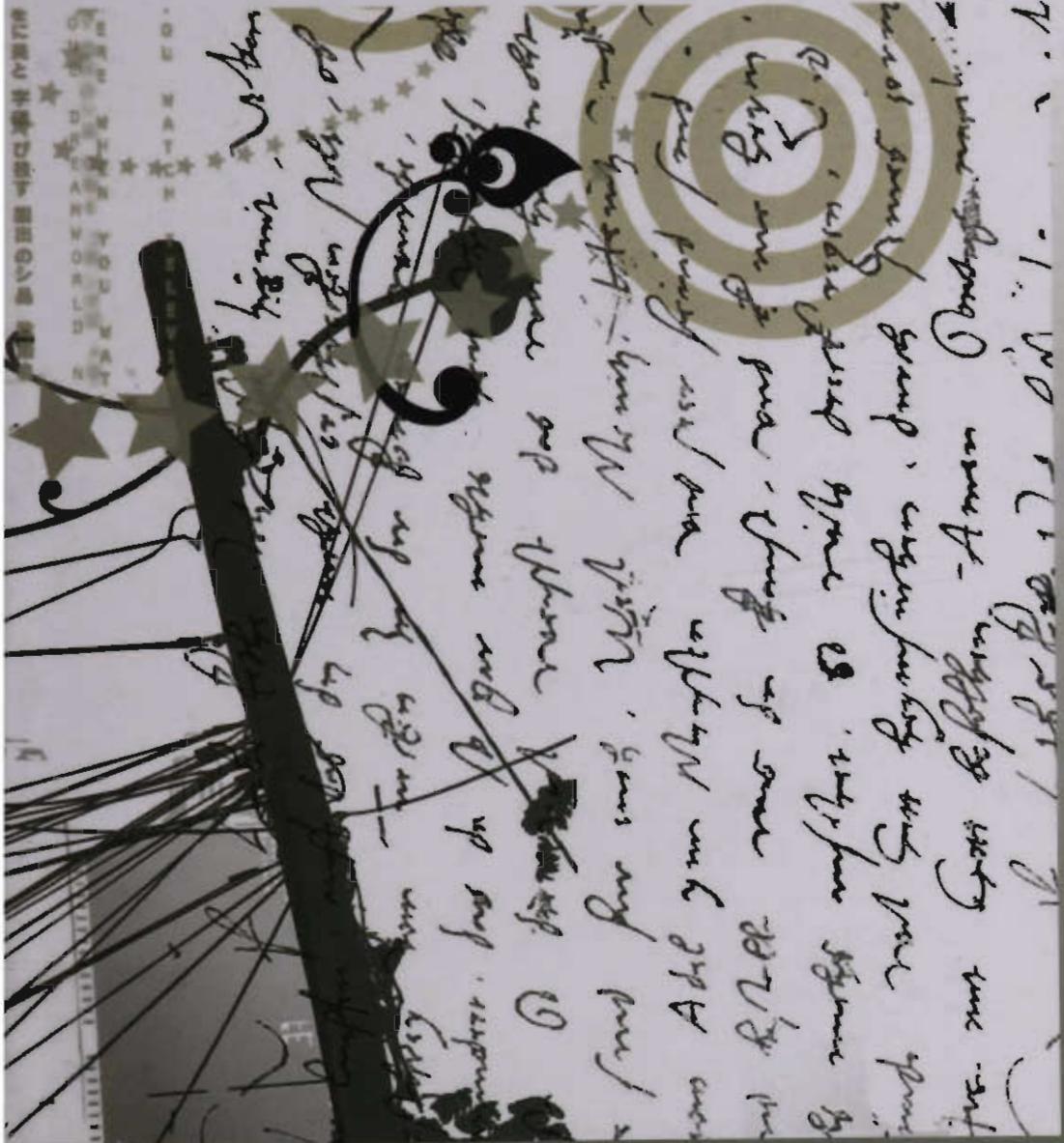


El espacio Presencia y representación

Leonardo Martínez Carrizales / Teresita Quiroz Ávila
(Coordinadores)



SERIE ESTUDIOS
BIBLIOTECA DE
CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA



Casa abierta al tiempo
Azcapotzalco



En septiembre de 2006, en la UAM-A se realizó el 6º Encuentro de Historiografía, 4º Seminario Internacional "El Espacio entre la Presencia y la Representación", organizados por el cuerpo académico del Área de Historia e Historiografía del Departamento de Humanidades de la Unidad; lo que propició una reflexión colectiva multidisciplinaria sobre uno de los instrumentos conceptuales más destacados en el ámbito compartido por las diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales y las Humanidades: el *espacio*.

Este libro recupera y organiza las contribuciones más originales presentadas en el Encuentro. En sus páginas se configura con claridad esa zona compartida por diversas disciplinas en torno de una conceptualización renovada del espacio, necesaria para arrojar luz sobre algunos perfiles de la realidad social que, de acuerdo con otro tipo de acercamientos, habían permanecido en penumbra.

**El espacio
Presencia y representación**

COLECCIÓN HUMANIDADES

SERIE ESTUDIOS

BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

217011
C.B. 2891838

Encuentro de Historiografía

**El espacio
Presencia y representación**

Leonardo Martínez Carrizales
Teresita Quiroz Ávila
Coordinadores

 **AZCAPOTZALCO**
COBEI BIBLIOTECA

2891838

UNIVERSIDAD
AUTONOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo


Azcapotzalco

Universidad Autónoma Metropolitana

Rector General

Dr. José Lema Labadie

Secretario General

Mtro. Luis Javier Melgoza Valdivia

Unidad Azcapotzalco

Rector

Dr. Adrián de Garay Sánchez

Secretaria

Dra. Sylvie Turpin Marion

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Director

Dr. Roberto Gutiérrez López

Secretario Académico

Mtro. Gerardo González Ascencio

Jefe del Departamento de Humanidades

Dr. José Ronzón León

Coordinadora de Difusión y Publicaciones

Dra. Elsa Muñiz García

Primera edición, 2009

Los derechos de reproducción de esta obra pertenecen al autor
© **Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco**

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación de Difusión y Publicaciones

Av. San Pablo 180, Edif. E, Salón 004,

Col. Reynosa Tamaulipas, Deleg. Azcapotzalco,

C.P. 02200, México, D.F. Tel. 5318-9109

www.azc.uam.mx/socialesyhumanidades/link_publicaciones

ISBN: 978-607-477-033-9

Se prohíbe la reproducción por cualquier medio
sin el consentimiento de los titulares de los derechos de la obra

Impreso en México/Printed in Mexico

Contenido

I. Páginas preliminares

Una introducción a este libro. La inflexión cultural de la idea de espacio <i>Leonardo Martínez Carrizales</i>	15
Reflexiones sobre el espacio. A manera de prólogo <i>Teresita Quiroz Ávila</i>	23

II. La representación del espacio Aproximaciones teóricas al espacio

La problematización del espacio y el lugar social del historiador <i>Silvia Pappe</i>	29
¿Los mapas son ciudades? La cartografía como prefiguración de lo urbano <i>Priscilla Connolly</i>	55
El concepto de espacio entre la modernidad inicial y la modernidad contemporánea <i>Margarita Olvera Serrano</i>	83

Metáforas del espacio

- La construcción del *espacio letrado* en los albores del siglo XIX mexicano. *El Diario de México*
Esther Martínez Luna 105
- La representación del *espacio público* en el discurso pedagógico de los funcionarios ilustrados de la Nueva Granada, 1767-1790
Luz Mary Castellón 119
- El *espacio de la sociabilidad letrada* en México durante el siglo XIX. El modelo de la asociación literaria
Leonardo Martínez Carrizales 137

El texto como espacio

- Fundar e imaginar el espacio del origen: *La cruz y la espada* de Eligio Ancona
Leticia Algaba 157
- La novela histórica como *espacio* de las operaciones simbólicas. La representación del héroe
Norberto Castro 177

III. La presencia del espacio

- Miguel Ángel de Quevedo: precursor de los espacios verdes urbanos y reservas forestales en México
Ramona Pérez Bertruy 193
- Los patrones espaciales de la estructura de poder y el control territorial para la conquista militar y espiritual de Azcapotzalco
Guadalupe Sánchez Álvarez 223

EL ESPACIO. PRESENCIA Y REPRESENTACIÓN

El Borda, un jardín con valor histórico <i>María de los Ángeles Barreto Rentarúa</i>	251
Espacio urbano, modernidad y capitalismo tardío. Análisis histórico de los sujetos urbanos en América Latina <i>Daniel Inclán</i>	271
La plaza de La Constitución en la ciudad de Tlaxcala. La construcción de la identidad del <i>espacio público</i> <i>María Esther Sánchez Martínez</i>	293

I. PÁGINAS PRELIMINARES

Una introducción a este libro. La inflexión cultural de la idea del espacio

Leonardo Martínez Carrizales*

ENTRE LOS DÍAS 4 y 7 de septiembre de 2006, en la Unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-A), se llevaron a cabo los trabajos correspondientes al 6° Encuentro de Historiografía, 4° Seminario Internacional "El Espacio entre la Presencia y la Representación", organizados por el cuerpo académico del Área de Historia e Historiografía del Departamento de Humanidades de la UAM-A. En el marco de este Encuentro se desarrollaron quince mesas de trabajo, en las que profesores, investigadores y estudiantes de posgrado, provenientes de diversas disciplinas enmarcadas en las ciencias sociales y las humanidades, tuvieron oportunidad de exponer las investigaciones que entonces llevaban a cabo desde la perspectiva temática establecida en el título de estas jornadas universitarias.

De esta manera, el cuerpo académico del Área de Historia e Historiografía de la UAM-A propició, una vez más, una reflexión colectiva de carácter multidisciplinario a propósito de uno de los instrumentos conceptuales más destacados en los años recientes en el ámbito compartido por las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades: *el espacio*. Además de la importancia que ha cobrado en estos campos del conocimiento, *el espacio* ha sido un instrumento de gran importancia para la práctica tradicional de la historia, si se entiende como marco material de pue-

* Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

blos, escenario de grandes batallas, coordinadas de travesías oceánicas, lugar de nacimiento de héroes, etcétera; y decisivo para la historiografía, según quedó demostrado en el eje de las discusiones de nuestro Encuentro. Estas discusiones siempre tuvieron en cuenta la consideración del condicionamiento histórico de la idea del espacio que cada comunidad humana abriga y, por ello mismo, incorpora a los principios dominantes por medio de los cuales organiza la realidad y la reduce al sentido. A este respecto, *el espacio* resulta una invención cuyas formas simbólicas llevan en sí las huellas de sus condiciones históricas y sociales.

La reflexión colectiva suscitada con motivo del Encuentro "El Espacio entre la Presencia y la Representación" abarcó un muy amplio espectro de planteamientos que va desde la *presencia* de manifestaciones espaciales concretas, tales como los "lugares de la memoria" en torno de los cuales se urde la trama de sociabilidades de muy diversa índole (como la plaza de armas de una ciudad, un jardín público, la distribución territorial de las unidades de la administración pública), hasta la *representación* de la realidad que se opera gracias a metáforas espaciales de todo tipo, cada vez más utilizadas en las diferentes disciplinas del conocimiento universitario (como son los casos de la idea de *espacio público* y los modelos cuya referencialidad espacial prima en la descripción de redes sociales y patrones de sociabilidad). En consecuencia, *representación* y *presencia* constituyen las denominaciones de las dos secciones en que se divide este libro.

En virtud de estos trabajos, la comunidad universitaria reunida con motivo de este Encuentro reconoció la importancia creciente que un instrumento conceptual como *el espacio* ha cobrado en la construcción de los problemas actuales que dan coherencia, en general, a las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades, y a la reflexión historiográfica, en particular; es decir, la reflexión acerca de las formas y las operaciones simbólicas por medio de las cuales se representa el pasado, se lo difunde, se lo apropia y se lo convierte en materia de acción social. No menos importante resulta la contribución que la idea de espacio ha permitido hacer a favor de la conciencia que el historiador ha cobrado de su propia presencia frente a la del pasado. En este con-

texto, el espacio ha dejado de ser para los estudiosos sólo uno de los factores que permiten situar físicamente a las comunidades humanas, los eventos políticos, los sacudimientos bélicos, los monumentos arquitectónicos, las manifestaciones artísticas, las rutas comerciales, en fin, un territorio sujeto a medidas y límites precisos. En vez de ello, el espacio se ha convertido en un instrumento conceptual que, de acuerdo con los presupuestos de diferentes tradiciones intelectuales, contribuye a construir materias de estudio tan apartadas entre sí, en apariencia, como la identidad socialmente construida de los intelectuales, los mapas, las plazas públicas, el diseño urbano, la administración de los monumentos, la educación pública, el nacionalismo literario, etcétera.

En esta obra nos hemos propuesto organizar un diálogo multidisciplinario. Por ello hemos decidido respetar escrupulosamente la identidad disciplinaria y los hábitos metodológicos de cada uno de los autores aquí reunidos. Cada uno de ellos problematiza la categoría de espacio de acuerdo con sus propias premisas teóricas, siempre apropiadas a la índole de su propia materia y de su propia perspectiva. Como consecuencia de este hecho, hemos agrupado en la segunda sección de esta obra, "La representación del espacio", los artículos en los cuales se ha subrayado el poder simbólico de la categoría *espacio* en tanto instrumento conceptual de representación de la realidad. En estas páginas, *el espacio* es considerado como producto de una construcción cultural que lleva en sí misma los códigos correspondientes a sus propios condicionamientos de tiempo y espacio; en consecuencia, *el espacio* resulta un "texto" que se lee, un "discurso" que se desarrolla ante sus destinatarios, o una "imagen" cultural. Las autoras agrupadas en el primer apartado de esta sección llevan a cabo tan interesantes como originales aproximaciones a la imagen, el texto y el discurso en que el espacio ha sido transfigurado conceptualmente con el propósito de llevar a cabo un estudio de las vertientes social, cultural e historiográfica de su materialidad. El resto de los autores que forman parte de esta sección no ha sido menos original, y acaso ha sido más audaz al haberse valido de la noción que nos atañe como una metáfora, una imagen de índole analógica que permite hacer pensables sus propias materias de trabajo (dis-

cursos pedagógicos, prensa, élites culturales, textos literarios) desde una nueva perspectiva. Así, el espacio resulta un modelo en que se proyecta y organiza con fines heurísticos la sociedad, los discursos y la operación literaria. Es claro que tal gama de intereses no puede ser reducida a una sola conceptualización teórica de la idea de espacio. En cambio, el lector podrá beneficiarse de diferentes perspectivas de construcción de lo espacial.

Por su lado, los autores que han sido reunidos en la sección tercera, "La presencia del espacio", han desarrollado una labor de descripción, documentación y crítica de espacios concretos, físicos, verificables por todos nosotros; espacios que, en su mayoría, constituyen "lugares de la memoria" en torno de los cuales se articula el pasado de una comunidad o el estado presente de su orden social. La crítica, la documentación y la descripción de tales espacios se ha llevado a cabo sin perder de vista la dimensión histórica, social y aun política que implican estas materias de trabajo. Aquí hemos dejado que nuestros autores desplieguen las estrategias de investigación recogidas en el taller de los arquitectos, los urbanistas y los diseñadores.

El replanteamiento radical que puede observarse en materia de asuntos de investigación y hábitos intelectuales como consecuencia del nuevo estatuto del espacio incide en la posibilidad de un nuevo recorte y una nueva distribución de los problemas habituales de las disciplinas del conocimiento universitario. Esta distribución y este recorte implican una zona compartida por diferentes formaciones disciplinarias. El Encuentro al cual nos hemos referido en este escrito es una prueba de los intercambios intelectuales que se llevan a cabo en esa zona común, propicia para entender algunas dimensiones de la vida de las sociedades que antes se pasaban por alto. El libro que el lector tiene entre sus manos recupera y organiza las contribuciones más originales presentadas en el Encuentro. Nuestro empeño en editarlo ha sido alimentado por la convicción de que en sus páginas se configura con claridad esa zona compartida por diversas disciplinas en torno de una conceptualización renovada del espacio, necesaria para arrojar luz sobre algunos perfiles de la realidad social que, de acuerdo con otro tipo de acercamientos, habían permanecido en penumbra.

Así, por ejemplo, el lector de este libro reconocerá que los mapas han escapado al terreno de la medición cartográfica y, en consecuencia, se han revelado como documentos complejos, inestables, mutables, que formalizan plásticamente la riqueza simbólica de los sujetos que concurren en el horizonte de su composición. El lector también se dará cuenta de que los procesos por medio de los cuales las minorías letradas se acreditan socialmente y amplían su radio de influencia se debe primordialmente a prácticas que se asientan en diversas metáforas de carácter espacial. De acuerdo con otras páginas aquí recogidas, el trazo de las ciudades y el diseño de los monumentos arquitectónicos proyectan materialmente las convicciones políticas de un grupo gobernante; o bien, los patrones del desarrollo urbano que traducen el control del orden social se apoyan en tradiciones culturales centenarias que se materializan en una división del territorio asociada a sólidos valores políticos, ideológicos y aun emotivos. En cualquier caso, ya el de las ciudades, ya el de los monumentos públicos, los elementos propios de la construcción material se ven fuertemente determinados por el influjo de otra clase de elementos cuyo imperio se da en el ámbito de las formas simbólicas. Otro sector de nuestros colaboradores ha echado mano de la referencialidad simbólica que posee la idea de espacio para reconsiderar desde otra perspectiva objetos de estudio muy tradicionales en el terreno de las humanidades: tal es el caso de la postulación del texto literario como un espacio deliberadamente sujeto a operaciones diversas de producción y distribución de sentido.

En consecuencia, en este libro coinciden historiadores, arquitectos, sociólogos, críticos literarios, urbanistas y diseñadores que, desde sus respectivos campos disciplinarios, dialogan coherentemente con base en una noción renovada y flexible del espacio. En este diálogo multidisciplinario, el espacio, por así decirlo, se desvanece, disuelve su materialidad positiva rearticulándose con base en sus capacidades de referencialidad cultural: imagen condensada de procesos sociales complejos; símbolo del horizonte por medio del cual las comunidades humanas se dan sentido a sí mismas, perciben el mundo, lo organizan, lo valoran e intervienen en él. Por lo tanto, la dimensión simbólica y referencial del espa-

cio se ha convertido en uno de los instrumentos conceptuales que contienen mayores posibilidades para estudiar el sentido y las pautas de la acción social y, en última instancia, el desarrollo de esa acción social en el tiempo. En el primer caso, la reconfiguración simbólica del espacio ofrece al investigador instrumentos valiosos para devolver a la trama de la organización social su más alta complejidad; en el segundo, este replanteamiento problematiza el cambio histórico de los sistemas sociales vinculando las series de datos propias de investigaciones cuantitativas con las formas simbólicas gracias a las cuales esos sistemas cobran coherencia. Ni la descripción de las instituciones sociales que se dan a sí mismas las comunidades humanas ni su registro histórico pueden prescindir de una reformulación simbólica del espacio.

En esta noción renovada del espacio se advierte con claridad el efecto causado en las disciplinas tradicionales de las ciencias sociales y las humanidades por un enfoque que podría ser caracterizado, si el profesor Peter Burke no se incomodara razonablemente en virtud del abuso de la expresión, como un *giro cultural*.¹ En efecto, en nuestras comunidades profesionales se ha hablado a menudo durante los decenios más recientes de diversos giros: lingüístico, historiográfico, retórico... En última instancia, la repetición en el uso de este recurso que molesta al profesor Burke es un lugar común que merece una ponderación más justa. Si, por un lado, los lugares comunes lastiman la sensibilidad de inteligencias muy refinadas e independientes por cuanto comportan de rutina

¹ La "incomodidad" a la cual hacemos referencia expresa la decisión de Peter Burke de definir los propósitos, los procedimientos y el objeto de estudio de la historia cultural, luego de consignar su espectacular resurgimiento en los años setenta del siglo xx, así como también su acreditación indiscutible respecto de "sus hermanas de más éxito" en años anteriores. Consúltese especialmente la introducción del libro del profesor Burke *¿Qué es la historia cultural?*, traducción de Pablo Hermida Lazcano, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 13-17. Como en la última parte de esta introducción se han tenido en cuenta los supuestos necesarios para elaborar un panorama como el llevado a cabo por Burke, conviene citar el libro colectivo que en el ámbito francés propuso los términos de una discusión sobre el auge de la historia cultural: Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (coord.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1998. Recientemente, el historiador Pascal Ory ha intervenido en la discusión con el libro *L'histoire culturelle*, Paris, PUF, 2004 (Que sais-je?).

en los procedimientos intelectuales; por otro, también hacen posible la conversación, el encuentro y la colaboración de varios sujetos a propósito de ciertos problemas del conocimiento. Esto último ocurre acerca del "giro cultural" que caracteriza actualmente las preocupaciones de historiadores, sociólogos, antropólogos, economistas, críticos literarios, juristas, etcétera. Se trata de un enfoque teórico que incorpora en los procedimientos habituales de cada disciplina, con todo rigor, el mundo de las formas simbólicas; esto es, la materialidad formal, las operaciones de producción de sentido e interpretación, las prácticas de apropiación y uso, y las tradiciones que concurren en los símbolos que hacen posible la inteligibilidad y la sociabilidad humanas, sea cuando se intercambian mercancías, sea cuando se expiden leyes, cuando se organizan instituciones de control político, se escriben relatos sobre el pasado o se trazan ciudades. El espectro de las formas simbólicas ha convertido los fenómenos aludidos en la enumeración precedente en actos complejos y los ha vinculado entre sí de acuerdo con un nuevo recorte y distribución de materias de estudio.

Este replanteamiento radical también ha afectado nuestras ideas habituales sobre el espacio. Los capítulos de este libro coinciden en lo que provisionalmente podríamos llamar *la inflexión cultural de la idea del espacio*; es decir, un espacio que ya no puede concebirse por más tiempo como la mera suma de datos sensoriales y atributos físicos, pues se ha revelado como instrumento conceptual mucho más fructífero si se lo postula como la representación cultural y la construcción social que procede de diversas operaciones simbólicas. Un espacio menos impuesto a los seres humanos por la naturaleza que inventado, imaginado, intervenido y ejercido en virtud de convenciones. Un espacio que ha perdido la solidez y la permanencia que lo caracterizaran antaño para adquirir la fluidez del paso del tiempo. Quienes hemos contribuido a la publicación de este libro, confiamos en que sus páginas contienen algunos elementos para discutir y, eventualmente, desarrollar a favor de las disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades los instrumentos teóricos implícitos en *la inflexión cultural de la idea del espacio*.

Reflexiones sobre el espacio. A manera de prólogo

Teresita Quiroz Ávila*

ESTE TEXTO ABRE UNA REFLEXIÓN como primer acercamiento sobre el problema del espacio, consideración que busca indicar la referencia múltiple del concepto y algunas características a tomar en cuenta para la delimitación del mismo. Reconozco importante advertir a los lectores que ésta no es una discusión concluyente que lleve al establecimiento definitivo del concepto, fue y se mantiene como punto de partida en el cual diversos especialistas, desde campos del conocimiento diferentes, responden a la invitación de utilizar y reflexionar sobre un concepto a partir del cual se tienen interpretaciones parciales que se pueden catalogar como miradas sesgadas, pero que reconocen razonamientos válidos sobre el uso y significación del concepto de *espacio*.

Los artículos que componen *El espacio. Presencia y representación* muestran, desde diversas disciplinas y enfoques, que el espacio aparece referido como presencia que determina, además de representar y simbolizar ámbitos de poder que interpretan y resignifican el pasado y crean amarres con el futuro. La lectura de estos capítulos como unidad genera preguntas. ¿Qué es un espacio y qué le da sustento? ¿Cómo es utilizado e identificado desde diversos campos del conocimiento y por qué se manifiesta en tan distintos niveles que van del aspecto material a la abstracción del de-

* Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

bate? ¿Son los actores y sus ideas los que crean los espacios, o son los espacios los que producen a los sujetos?

No es la intención de este trabajo llegar a una definición que valide o excluya ciertos análisis, sino mostrar cómo los especialistas formulan propuestas de estudio desde diversas perspectivas, por lo que ante el peligro de que el concepto pierda precisión en su contenido, se ofrecen diversos significados y la necesidad de hacer presente lo evidente, “espacializar la historia”,¹ establecer las relaciones en tanto distancias y proporciones, una forma de contar y crear narrativas que den mayor autoridad al espacio como actor principal; en esta búsqueda tratamos de entender y entendernos en el espacio.

Quisiera advertir una idea que está siempre latente e implícita en la discusión: ¿cómo se define y cuáles son los límites del espacio? ¿A qué se le da prioridad para su interpretación y explicación, cómo se yuxtapone o mimetiza el espacio entre la presencia y su representación?

El espacio, en principio, es un sitio, un territorio que cuenta con límites, tiene una forma, un núcleo de identidad y elementos que lo vuelven original; éstos pueden ser físicos e ideológicos, con personajes y prácticas sociales que se realizan en un territorio. Los límites marcan un perímetro, además de establecer que el espacio contiene y es contenido por un contexto. El espacio existe en tanto tiene contexto y sujetos que se piensan en él. Las fronteras y el espacio mismo dependen del observador, quien desde su punto de vista definirá los contornos y los elementos sobresalientes que dan particularidad al sitio.

Ante el espacio en tanto ámbito del suceso, existe la necesidad de ubicar dónde se encuentra lo que ocurre, cómo se diferencia o es similar a otros acontecimientos. La localización es importante para identificar los factores identitarios que sirven de referente al establecer la pertenencia a un entorno, hecho que muestra a qué se está ligado y, por asimilación, a lo que no se está sujeto.

Existen diferentes tipos de espacios que se construyen dependiendo de la jerarquía en que aparezcan los elementos que lo inte-

¹ Kart Schlögel. *En el espacio leemos el tiempo*. Madrid, Siruela, 2007.

gran o la clasificación que establezca el observador. El espacio es interpretación. El observador puede ser externo o interno al lugar delimitado, punto que le concede una mirada única para el análisis.

Un espacio de análisis se puede definir en contraste con su opuesto (como campo y ciudad) en tanto los elementos referidos: límites, personajes, prácticas sociales, imaginarios, formas, diferenciación y concentración de actividades, características físicas, comportamientos, componentes de identidad y localización frente a los otros. Al particularizar cada caso, cada lugar en el tiempo histórico, encontramos las definiciones de pensamiento, las contradicciones, los debates, el ámbito físico y el temporal en el que estos espacios se presentan. Al combinarse los elementos que lo componen, se dan múltiples interacciones en un campo de acción, manifestando complejas dinámicas entre los componentes que revelan inercias, diferencias, problemáticas, debates y rupturas que muestran formas de rutina y conflicto por el modo de usar y definir el espacio. En tal sentido, el espacio es permanencia y conflicto. El debate, entonces, demuestra que se trata de territorios y límites, así como de la forma de entender los ámbitos particulares y las memberships a éstos.

También se puede entender al espacio como *conjunto*. La reflexión sobre las características y el comportamiento de los conjuntos nos puede ayudar a percatarnos de ciertas peculiaridades del espacio; por ejemplo, la relación entre grupos similares, intersecciones, adiciones, complicación y multiplicidad de vínculos entre el territorio y los componentes. Las problemáticas se refieren a las alianzas, o a la variabilidad en el tiempo que debe registrar procesos entre un inicio y un final; o al inquietante *conjunto vacío* que, sin tener elementos en su interior, existe como espacio con límites aun cuando carezca de elementos o, aparentemente, no posea contenido ni dinámica, motivo por el cual no debemos desconocer las discusiones y contenidos que niegan, excluyen, olvidan o simplemente ignoran; o a reconstruir el caso de los espacios sin aparente contención, como los *no lugares*, lo inmaterial del patrimonio con sus formas de ser pensado.

Para concluir esta exposición, quisiera señalar que cada sección y tipo de vinculación en que se agrupan los estudios que presentamos muestran las formas de entender el espacio al marcar la es-

pecificidad de la disciplina, las preocupaciones metodológicas, la naturaleza de las problemáticas, el enfoque que se utiliza para explicar el concepto y su referente, así como el estado en que se encuentra el análisis y los ámbitos de reflexión sobre el espacio.

Los trabajos que se ofrecen en este libro, en su mayoría, son estudios de corte histórico que están ubicados en experiencias mexicanas: el valor histórico del Jardín Borda, las propuestas forestales de Miguel Ángel de Quevedo, la novela histórica como resignificación de pasado y el futuro, la cartografía de la ciudad de México, las sociedades letradas del siglo XIX y sus medios de difusión, por mencionar algunos.

En algunos análisis del espacio ha existido un predominio descriptivo de las características físicas del entorno sobre otros factores que también determinan al espacio; discurso que ha generado una interpretación dominante, excluyente y, por lo tanto, parcial. Aquí se ubican las interpretaciones desde la geografía, la arquitectura, el urbanismo y otras disciplinas que se han dedicado a describir la presencia material. Sin embargo, estos estudios tienen la particularidad del trabajo de archivo que gana en revisión de detalles sobre el espacio físico que describe y están caracterizados por la descripción, más cercanos a la crónica por la cantidad de datos e información histórica que presentan para dar a conocer los espacios específicos.

Algunos de los artículos tienen una preocupación teórica y metodológica sobre el análisis del concepto de espacio, otros más se interesan por la existencia de espacios abstractos que están determinados por las ideas, lugares disciplinarios diferentes, con formas, formatos y estructuras menos evidentes y más complejos para su estudio; por ejemplo, el debate político, las acciones económicas, la conformación de grupos intelectuales, la creación de proyectos de futuro que pueden fundar una comunidad, el lugar social del historiador, o los mapas y el espacio urbano, o la modernidad literaria que trastoca y modifica la representación espacial.

En este sentido, lo que sí se puede concluir es que el *espacio*, como concepto, resulta transdisciplinar, multifacético y dinámico; se observa en la materialidad o en la abstracción e implica un ejercicio constante que va de la presencia a la representación, de la resignificación a la existencia, de la realidad a los imaginarios.

II. LA REPRESENTACIÓN DEL ESPACIO

Aproximaciones teóricas al espacio

La problematización del espacio y el lugar social del historiador¹

*Silvia Pappé**

EL CONOCIMIENTO Y LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICOS se basan, entre muchos otros factores, en la experiencia social, la memoria colectiva y la autocomprensión: estos tres elementos señalan fundamentalmente contrastes y divergencias culturales y simbólicos y estructuran las identidades históricas y sociales diferenciadas, aquéllas que ponen en un ámbito distinto al otro, a las culturas alternas.

El presente trabajo parte de una serie de problemas teóricos que surgieron a partir de la urgencia de problematizar el espacio histórico en relación con la historia universal, en un momento en que éste pareciera resuelto a partir de las condiciones de los procesos de globalización y su enorme presencia. Como muchos planteamientos de la historiografía actual, las siguientes reflexiones tienen en su origen varios debates disciplinarios e interdisciplinarios, de los cuales quiero resaltar dos aspectos: la problemática del espacio histórico y el interés o la necesidad de enfocar his-

¹ Algunos de los principales planteamientos de este ensayo se presentaron en el simposio internacional *Research in World History: Connections & Globalizations*, Boston, 10-12 de noviembre de 2006, bajo el título "Point zero. What happened to the so called universal points of view?" El resumen de la ponencia se publicó en inglés, en <<http://www.worldhistorynetwork.org/dev/conference/participants.htm>>

* Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

tóricamente el lugar social del historiador. No es que no se haya discutido en torno al espacio en la historiografía reciente, sin embargo, se echa de menos una mayor reflexión en torno a los entes espaciales que estructuran la historia, cuando se les asigna un sentido histórico a los usos del espacio y del lugar social desde donde se plantean los estudios actuales relacionados con la historia universal.

PUNTOS DE PARTIDA

I

Al final del primer volumen de *La identidad de Francia*, Fernand Braudel recapitula algunas de las líneas trazadas en torno al espacio y la historia en lo que llama “consideración de una geografía retrospectiva”. Para él, conocer el pasado de Francia implica, en relación con el espacio,

[...] señalar su diversidad [...], señalar los sistemas de relación entre sus espacios diferentes [...], los elementos de unidad propuestos por su medio geográfico y por fin del papel y la enseñanza de sus fronteras que, sin aislarla, la ciñen y ligan sus diversas partes [...]. De manera que afirmé y torné a afirmar la sempiterna oposición de lo plural y de lo singular. Lo singular es la unidad, lentamente construida, de una Francia que revela que debe desplegar sus fuerzas en los márgenes mismos de su territorio.²

La extensa tradición de historiografías nacionales, regionales y locales ha constituido un ámbito referencial continuo frente al que se han realizado y se siguen planteando muchos de los debates en torno a problemas teórico-metodológicos de la historia. La predilección de una gran mayoría de los historiadores por la categoría del tiempo es notoria en muchos estudios históricos; incluso en aquéllos dedicados al espacio como una de las categorías que permiten organizar el conocimiento sobre el pasado. A lo largo de los

² Fernand Braudel, *La identidad de Francia*, vol. I, 1993, p. 362.

procesos de profesionalización y constitución disciplinaria de la historiografía moderna, los espacios adquirieron sus distintos significados en relación con los imperios y los Estados-nación, y, de manera implícita, con la ubicación de éstos, con su espacio natural y geográfico, su respectiva capacidad de control de territorio y su constitución identitaria, entre muchos otros factores.³

El espacio, ciertamente complejo, parece ser la base del “mundo real” de nuestras experiencias, donde nos movemos sin que haya una mayor necesidad de interrogarlo en términos teóricos. Como categoría histórica, ocupa un lugar secundario frente al tiempo y, por su carácter “natural”, cuenta con un fundamento teórico más bien “débil”.⁴ A la primacía del tiempo se debe que la mayoría de las veces las distintas presencias y manifestaciones del espacio, así como su estructuración, se estudien a través de épocas, de periodos, es decir, en función de su transformación en el tiempo. Aun en los estudios de larga duración, como en el paradigmático *Mediterráneo* de Braudel, este enfoque se diluye sólo en parte. No en vano, Braudel llamó el espacio “el mayor enemigo” del historiador.

El espacio como lugar donde acontecen aquellos hechos y procesos que para las sociedades resultan históricamente significativos, es decir el espacio geográfico, territorial, identitario y culturalmente estratégico, incluye habitualmente lugares de memoria con funciones simbólicas representativas. La visión histórica de ambas es resultado de la propia disciplina, como señala Koselleck: “la oposición entre categorías espaciales y temporales, desde una perspectiva científica-natural y otra histórica, es moderna”.⁵

³ En esta relación entre historias nacionales, territorio e identidad, hay una serie de temáticas que se han estudiado dentro y fuera de la historia (geografía, literatura y antropología, por ejemplo), y que no voy a discutir: la relación entre el concepto de espacio y el pensamiento político-ideológico de expansión (colonial, imperial); la relación entre espacios cuya significación es tan relevante para el siglo XIX, como por ejemplo la oposición urbano-rural/civilización-barbarie; las condiciones geográficas y climáticas y la caracterización psicológica de personas, pueblos, razas; o el planteamiento de mayor actualidad acerca de que la “alternativa a espacio no es ‘no espacio’, sino espacio-hombre como factores recíprocos”. Cf. Stephan Günzel, “Einführung: *spatial turn*, *topographical turn*, *topological turn*”, 2005, p. 2.

⁴ Cf. Reinhardt Koselleck, *Zeitschichten*, 2000, p. 81.

⁵ *Ibid.*, p. 79.

El concepto *espacio* se mueve siempre en distintos ámbitos disciplinarios e históricos a la vez, y es frecuente la conceptualización combinada del espacio como territorio, el espacio historizado, el ideologizado, además de espacios metahistóricos que, constituidos como objetos de estudio propios, son a su vez historizables.⁶ Justo aquí surge una problemática adicional que representa una seria dificultad para la investigación: la ausencia de “una cuidadosa historia semántica del término ‘espacio’”,⁷ como afirma Koselleck en su ensayo en torno al espacio y la historia. Si bien en un plano distinto al de la relación entre las categorías históricas de tiempo y espacio, así como del dominio del primero sobre el segundo, los usos metahistóricos están estrechamente conectados con una característica propia que parece marcar el lenguaje histórico: el hecho de que los debates teóricos en torno a la temporalidad se sirven con frecuencia de metáforas espaciales.

Quien habla en torno al tiempo, requiere de metáforas. Porque el tiempo sólo se puede representar mediante el movimiento en determinadas entidades espaciales.⁸

Como ejemplo sirva el propio Koselleck, quien esboza tres curvas exponenciales del tiempo, a las que adscribe distintos espacios vitales y de acción —eso sí, presentados en un orden cronológico: la primera curva se caracterizaba por ser “de amplia extensión, donde dominaban las condiciones naturales”. En la segunda fase, se disponía en forma creciente de condiciones metahistóricas, cuya esencia es que “las condiciones naturales de la libertad humana y de los espacios de acción política, fueron alcanzados y rebasados históricamente”. Esta ampliación la relaciona el autor con el surgimiento de ciudades, imperios y finalmente Estados, cuya extensión tenía que equilibrarse con una organización óptima de los espacios de acción, si se quería (se quiere) evitar su caída. La tercera fase consiste en la “aceleración de nuestro propio

⁶ En palabras de Koselleck, los “espacios de organización humana” se oponen a las “condiciones metahistóricas del espacio”. *Ibid.*, p. 86.

⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁸ *Ibid.*, p. 9.

espacio temporal que hizo cuajar el espacio global en una experiencia unitaria".⁹ Quede puesta esta cita no sólo por el uso metafórico del término *espacio*, sino también con el propósito de subrayar la problemática afirmación de una "experiencia unitaria" en el espacio global, asunto del que me ocuparé más adelante.

El carácter metafórico del espacio se vincula con una serie de abstracciones, afines a su vez a espacios concretos, por ejemplo su división o su delimitación, como en el caso del umbral (de épocas), o del horizonte (de expectativas),¹⁰ por no hablar de un uso casi coloquial cuando se trata de ámbitos, entornos, colocaciones, cuando la historia se representa en función de cualquier tipo de orden y organización por niveles, estructuras y redes, entre otros. Con el fin de usar determinadas abstracciones como categorías de la historia, Koselleck propone entenderlas en un sentido metahistórico.

Al aplicar nuestras expresiones en la investigación empírica sin una determinación metahistórica que apunte a la temporalidad de la historia, caeríamos inmediatamente en el torbellino infinito de su historización.¹¹

En otras palabras, para aprovechar la abstracción de una metáfora con fines teóricos, Koselleck propone un uso esencialmente atemporal. Aun así, el parentesco entre la terminología teórica, las metáforas y su origen espacial, mantiene una lógica de organización espacial, como muestra el ejemplo del *espacio de experiencia*:

Tiene sentido decir que la experiencia procedente del pasado es espacial, porque está reunida formando una totalidad en la que están simultáneamente presentes muchos estratos de tiempos anteriores, sin dar referencias de su antes ni de su después. No hay una experiencia cronológicamente mensurable —aunque sí fechable según su moti-

⁹ *Ibid.*, p. 96.

¹⁰ Para la discusión historiográfica, véase sobre todo Koselleck, "Espacio de experiencia y horizonte de expectativa —dos categorías históricas", en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 1993. En términos más generales, véase Gadamer, Jauss y Ricoeur, entre otros.

¹¹ Koselleck, *Futuro pasado*, p. 338.

2891838

vo— porque en cualquier momento se compone de todo lo que se puede evocar del recuerdo de la propia vida o del saber de otra vida.¹²

El carácter teórico de un uso discursivo del espacio, sin embargo, puede ir incluso más allá de la abstracción de las metáforas. En sus investigaciones en torno a la historia, el tiempo y el espacio, Karl Schlögel explora las posibilidades historiográficas centradas en el espacio, y plantea la posibilidad de una renovación del relato histórico.

La narrativa histórica sigue el tiempo. La crónica es su prototipo. En el andamio del tiempo se puede organizar aun el caos más grande [...]. Estamos protegidos en la seguridad de la continuidad, y la historia que narramos llega a un final incluso cuando no alcanza un final feliz. Del espacio no podríamos decir lo mismo. No hay un punto fijo de donde agarrarnos. El espacio es abierto hacia todas partes, y depende enteramente de nosotros qué dirección tomamos. Con una sola mirada percibimos lo que nos rodea: todo lo que está alrededor nuestro, a la vez, junto. Todo junto aparece a la vez, en forma simultánea, al mismo tiempo. El mundo en su totalidad, como conjunto, como contexto.¹³

Interrumpo aquí la larga cita del texto con el que Schlögel inicia el capítulo "Horror vacui. Los horrores de la simultaneidad", para continuarla más adelante, en la discusión de la problematización del espacio y el lugar del historiador como referente inmediato.

II

El funcionamiento de las metáforas espaciales del tiempo remite visiblemente a un punto de referencia propio de la disciplina: el lugar social del historiador, situado en su presente de enunciación. Como sitio que se tiene que concretar en cada caso, la abstracción del lugar del historiador y de su horizonte de enunciación permiten problematizar, analizar y explicar con elementos

¹² *Ibid.*, p. 339.

¹³ Karl Schlögel, *Im Raume lesen wir die Zeit*, 2004, p. 48.

teórico-metodológicos una serie de características propias de la disciplina, como por ejemplo el ámbito de la verosimilitud del discurso histórico, o el enfoque subjetivo que marca los procesos de producción de sentido sobre el pasado, entre otras.

Toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural. Implica un medio de elaboración circunscrito por determinaciones propias: una profesión liberal, un puesto de observación o de enseñanza, una categoría especial de letrados, etcétera. Se halla, pues, sometida a presiones, ligada a privilegios, enraizada en una particularidad. Precisamente en función de este lugar los métodos se establecen, una topografía de intereses se precisa y los expedientes de las cuestiones que vamos a preguntar a los documentos se organizan.¹⁴

A partir de una serie de debates en el ámbito de la teoría de la historia, los historiadores en su mayoría han asumido una clara conciencia acerca de la importancia de su lugar social, es decir, de la experiencia y de los puntos de vista culturales y sociales desde donde se discute en torno a los significados del pasado. El impacto de esta conciencia se puede observar a través de los procesos de fragmentación de los grandes relatos o metarrelatos (la declaración de la pérdida de su vigencia como parte de los debates en torno a la modernidad y la posmodernidad).¹⁵ Junto con lo anterior, las controversias y la reflexión crítica alrededor de la modernidad han conducido a una amplia aceptación de procesos históricos diferenciados, caracterizados por nuevos puntos de referencia, por la percepción de modernidades múltiples, y por distintas propuestas de análisis tanto culturales como aculturales.¹⁶ En con-

¹⁴ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 1985. Véase sobre todo el capítulo II, "La operación historiográfica", pp. 71-129 (p. 73).

¹⁵ En torno al fin de los metarrelatos, en el contexto de la crítica a la modernidad, véase Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, 1993.

¹⁶ Cf. Dominic Sachsenmaier y Jens Riedel, con Shmuel N. Eisenstedt, eds., *Reflections on multiple modernities. European, Chinese & Other Interpretations*, 2002; Charles Taylor y Benjamin Lee, "Multiple Modernities Project: Modernity and Difference" (Working Draft).

secuencia, se trata de comprender los procesos históricos desde la visión simultánea de continuidad y discontinuidad,¹⁷ y de analizar esta simultaneidad cada vez menos en términos comparativos, y cada vez más a partir de las diferencias. Los argumentos se reenfocan, ahora, a lo que se ha llamado *histoire croisée*¹⁸ y *connected histories*:¹⁹ se discuten procesos de transculturación y la ampliación o incluso sustitución de la historia comparada por otras formas de plantear problemas en torno a la diversidad y las diferencias en los discursos históricos.

En relación con el lugar social del historiador, el privilegio temporal se impone al espacial —tanto al interior de una cultura como de una determinada tradición historiográfica— y se suele observar un proceso de temporalización de este lugar. Cada vez que un historiador, en un momento propiamente suyo (un presente significativo), analiza determinados problemas del pasado, no sólo retoma el conocimiento preexistente en las tradiciones historiográficas, sino que replantea, reelabora y resignifica este pasado, considerando las transformaciones que se deben a su nuevo lugar social, su nuevo espacio de experiencia, su nuevo horizonte cultural. Se ve envuelto en un proceso de temporalización de su propio presente como lugar social, significativo para el sentido que produce.

A partir de la observación de las diferencias, sin embargo, nos vemos obligados a considerar la transformación y multiplicación de los relatos y a dejar de sugerir, siquiera, la eventual sustitución en el tiempo de un relato por otro. La diversificación del lugar so-

¹⁷ Un referente obligado para el debate reciente es el número de *History and Theory* dedicado a "Presence", donde destacan los trabajos de Eelco Runia, Hans Ulrich Gumbrecht, Frank R. Ankersmit y Eva Domanska. *History and Theory*, vol. 45 (3), 2006.

¹⁸ Respecto a la discusión teórica, cf. Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, "Beyond Comparison: *Histoire Croisée* and the Challenge of Reflexivity", en *History and Theory*, 2006, pp. 30-50.

¹⁹ El término *connected histories* se utiliza sobre todo en relación con la historia universal, con el fin de enfatizar la multiplicación y la diferenciación de los enfoques, junto con su vinculación, a diferencia de una historia universal única. Cf. <<http://worldhistoryconnected.press.uiuc.edu>>

cial del historiador se encuentra, así, en quienes participan en las discusiones en torno a los problemas teóricos, trátase de historiadores, de comunidades académicas y extraacadémicas, de memorias colectivas, etcétera, como muestran las distintas tradiciones de historias nacionales en Europa, o prácticas y modos de significar el pasado con o sin el horizonte de historias nacionales en espacios no occidentales.

Menciono aquí sólo algunos de los campos de investigación más relevantes que han surgido recientemente, con el fin de destacar dos puntos: desde luego, en primer lugar, el hecho de que la mayoría de esos aspectos se han discutido a partir de una fuerte tradición de historias nacionales y su ampliación hacia historias regionales y la historia cultural; este hecho ha marcado de manera muy importante la historia comparada. Y, en segundo lugar, en el marco de la multiplicación de los relatos históricos simultáneos, resulta cada vez más evidente que metáforas como "espacio de experiencia", "lugar social del historiador", "horizonte de expectativa", entre otras, en términos de identidad, de tradición historiográfica, y en general de la "topografía de intereses" a la que hace referencia De Certeau, ya no pueden ser vistas como una abstracción.

III

No es, sin embargo, hasta que uno se coloca en el horizonte de un espacio distinto al de las identidades y tradiciones historiográficas nacionales, cuando resalta el hecho de que el espacio no se plantea como problema a investigar, a diferencia de la temporalidad; en la historia universal o mundial, la temporalidad aparece en forma de pregunta, al parecer, básica: en qué momento "entra" una determinada parte del mundo a la historia, escrita desde la tradición y el conocimiento europeos y, poco a poco, de sus derivados.

En la historia universal, la ausencia de una discusión al respecto se debe esencialmente a que, en términos del conocimiento geográfico, el espacio parece dado, responde al territorio conocido en

cierto momento. Braudel, por ejemplo, inicia el capítulo sobre “La tierra”, en *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, de la siguiente manera:

En un mapa del mundo, el Mediterráneo es un simple corte de la corteza terrestre, un estrecho huso, que se alarga desde Gibraltar hasta el istmo de Suez y el Mar Rojo.²⁰

Si bien en la relación entre la historia y el espacio, en casi cualquier tipo de investigación histórica el espacio se construye, se delimita y se define frente a los problemas de investigación, para la historia universal, eso no parece necesario. El “mapa del mundo”, la representación conjunta del espacio global, es cosa dada: un horizonte común, sin precisar, incluye el actual estado de conocimiento sobre “el mundo” como territorio. La delimitación de un espacio concreto implica una relación con este espacio global evocado de manera casi siempre indirecta y a sabiendas de que no puede ser sino una proyección.²¹ En el conjunto de los cuestionamientos de las categorías que determinan actualmente los discursos históricos en las más diversas culturas y tradiciones historiográficas, muchas de ellas con una clara intención global, sorprende la poca discusión en torno al espacio.

Una vez más, el espacio, aun el universal, se estudia en relación con la estructuración temporal, como se puede observar en los siguientes dos ejemplos. Jürgen Osterhammel marca cuatro enfoques para la historia universal en el siglo XX, de los cuales los primeros dos remiten a esta organización temporal: 1) modelos cíclicos de ascenso y ocaso de grandes colectivos; 2) modelos de una historia escalonada o evolutiva de la humanidad; 3) comparación tipológica entre estructuras (parciales) en unidades civilizatorias distintas; y 4) perspectiva de una historia a partir de relaciones espaciales (antecedente de la actual historia de las relaciones globales).²² Por su parte, Wolfgang E. J. Weber, quien incluye explícitamente

²⁰ Fernand Braudel, *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, 1989, p. 12.

²¹ Cf. Reinhardt Koselleck, *Zeitschichten*, p. 85.

²² Cf. Jürgen Osterhammel, *Geschichtswissenschaft jenseits des Nationalstaats*, 2001, p. 151.

visiones extraeuropeas en su propuesta de sintetizar los modelos para una historia universal, afirma que éstos pueden abarcar la historia como una serie arbitraria de acontecimientos sin orden ni sentido, es decir, caos; una historia arraigada en principios universales, invariables, que sólo se perciben por medio de mitos; regresos circulares; continuidad lineal; la imagen dual de un presente cerrado que contraste con un pasado en bloque; y, finalmente, la historia como un flujo de acontecimientos, interrumpido y desviado sin causa aparente.²³

Ninguno de los dos enfoques y sistematizaciones reconsidera el concepto poco menos que garantizado de *espacio*, cuyo carácter paradigmático surge del imaginario territorial; no se cuestionan, tampoco, las implicaciones de este uso paradigmático para la historia universal.

Una visión distinta se presenta cuando la reflexión se reenfoca a la relación entre espacio e historia, sin pensar al primero como lugar donde acontece aquello que se convierte en contenido de la segunda, sino como relación donde el espacio circunscribe, además, los lugares desde donde los historiadores observan, analizan, estudian e interpretan lo que se constituye como acontecimientos del pasado en función de su (cambiante) presente.

El principio parece sencillo y ni siquiera parece presentar un problema a estudiar si el lugar del historiador es únicamente una metáfora con suficiente fuerza de abstracción para convertirse en categoría teórica para la disciplina. En lo que se refiere al espacio de la historia universal, no existe un punto claro, un lugar de observación. Este problema va más allá de los intentos de mostrar visualmente la posibilidad de superar la ausencia de este lugar mediante mapas, por ejemplo, o mediante otras representaciones y simulaciones (de pretender ver y observar lo que no se puede ver).

[Parece ser un] hecho que las técnicas mediáticas de la presentación (por ejemplo una imagen) muestran algo que no existe, y que sin embargo podemos ver, a pesar de que sabemos que estamos observando una superficie bidimensional.²⁴

²³ Cf. Wolfgang E. J. Weber, "Universalgeschichte", 2001, pp. 36-37.

²⁴ Stephan Günzel, *op. cit.*, p. 15.

Eso genera unas cuantas preguntas: una primera que no desarrollaré en el presente trabajo, y que plantea la necesidad de determinados problemas teóricos en relación con el tiempo, de aparecer en esta reflexión teórica por medio de metáforas o imágenes espaciales; una segunda que atraviesa tácitamente este trabajo, y que se refiere a la dificultad de conceptos espaciales abstractos, es decir, de teorizar en torno a un espacio ni geográfico (geografía humana, cultural, etcétera) ni metafórico —y no obstante, histórico—. Una tercera es la pregunta que dio entrada al presente ensayo, evitando en lo posible (mediante un truco, una especie de vuelta) una problemática geográfica y cultural delimitada (ya sea en términos de historia nacional, de las culturas, como en el caso del *Mediterráneo* de Braudel, de la historia regional y local, o de la microhistoria y de la historia urbana). ¿Cómo pensar el espacio (cómo pensar en torno al espacio) desde el cual se hace historia, frente al espacio objeto del estudio en el caso de la historia universal?

Me interesa someter a discusión dos aspectos que me parecen fundamentales: *a)* la ausencia de un punto de vista explícito, tanto cultural como científico, que permitiera observar o, por lo menos, ver los espacios relacionados con historia universal/mundial; y *b)* la llamada experiencia social y su peso y a la vez riesgo para la historia universal, sobre todo cuando la identidad (hablamos de identidad propia) se opone a las identidades de “los otros”.

PUNTOS DE CONDENSACIÓN Y CONCRECIÓN

IV

Tradicionalmente, toda visión del mundo parte de nuestro propio espacio, de nuestra identidad territorial que culturalmente opera como un centro; todo lo demás sucede alrededor *de nosotros*, de manera cercana o a una creciente distancia. Muchos mapas antiguos están diseñados a partir de un centro concebido no sólo como “nuestro” por parte de la cultura que piensa y representa en ellos el mundo, sino incluso como centro del mundo mismo. El conocimiento sobre el espacio parte de esos centros y se extiende

hacia el exterior, los límites, los confines, los fines del mundo. Cuanto más se alejan los exploradores y viajeros de su centro, más salvajes, menos humanos se vuelven “los otros” que se encuentran en el camino, menos se reconocen unos en los otros como semejantes. Y cuanto más alejados se encuentran “los otros” del centro, menos certera es su manera de ver el mundo. “¿Es posible ver el mundo con ojos azules?”, dicen que preguntó un mandarín chino cuando por primera vez llegó hasta su corte un hombre salvaje, barbudo y de cabello color paja, que afirmaba haber venido desde las lejanas tierras de Europa.

Mientras la historia se nutría de los grandes relatos, uno de los problemas más frecuentes de la historia moderna era, en aras de la profesionalización de la disciplina, el eurocentrismo de las visiones validadas del mundo, es decir, la occidentalización del significado del pasado. El fin de los metarrelatos deriva en una enorme ramificación de historias y relatos narrados desde las experiencias no sólo de los antiguos centros de poder, sino cada vez más de sociedades locales, poscoloniales, subalternas. El efecto de la proliferación de actores históricos, sus voces y sus lugares de enunciación me parece revelador para la actualidad: la presencia simultánea de un número creciente de horizontes culturales que determinan nuestras visiones acerca de aquello que percibimos como un pasado múltiple que no reconocemos y, sobre todo, que *ya no nos pertenece*.

V

Desde un ángulo distinto, y sin que dejen de tener validez los centros culturales y de poder, surgen diversos intentos de construir visiones cada vez más “realistas”, en términos científicos: el mundo se explora, se mide de manera cada vez más precisa, se dibuja con conocimiento de las técnicas correspondientes, a escala, utilizando coordenadas, se presentan proyecciones con el fin de representarlo en mapas, planos e imágenes. Los resultados se mueven entre la idea acerca de un conocimiento verdadero del mundo físico, y un saber estratégico al cual no todos deben tener acceso: en el transcurso de los descubrimientos, su exploración y su integra-

ción en las representaciones, rutas, islas, costas, caminos estratégicos, pasos por montañas, agua, recursos naturales se ocultan, o sólo se integran a los mapas de unos cuantos. El problema que aquí interesa, sin embargo, no se relaciona con el ocultamiento de la información considerada confidencial, sino con un efecto de la propia representación y las técnicas usadas para ello:

Los mapas constituyen una realidad frente a la cual pretenden ocupar un lugar secundario. Eso no significa que los mapas estén mal hechos, o falsos. Al contrario, la distorsión regulada es una de las condiciones para una navegación exitosa: la proyección según Mercator, en uso aún en la actualidad, que cubre la superficie de la tierra con una red mediante la cual obtenemos una transformación de ninguna manera irrelevante del tamaño de los continentes. Cuanto más al norte o al sur del ecuador queden las extensiones de agua o tierra, cuanto más extendidas aparecen. En consecuencia, países como los Estados Unidos, Canadá, Rusia o Australia se nos presentan frente a la India o los Estados centroafricanos de manera mucho más poderosa, aun cuando su superficie es igual o incluso más pequeña. Las implicaciones políticas son obvias: la representación de la naturaleza se convierte aquí en una presentación de relaciones de poder. La centralización en los polos, no obstante, es el precio que se tiene que pagar si un curso calculado y su registro en el mapa con ayuda de una regla debe conducir a la meta: sólo así, la línea dibujada corresponde al curso proyectado.²⁵

Una técnica distinta ligada a las mediciones del globo terráqueo tiene, de manera muy similar a los antiguos centros de poder, un punto de partida que, pese a su intención científica, resulta cultural: Greenwich como punto cero o, mejor dicho, como punto que fija el meridiano de 0° en cualquier mapa de la cartografía moderna. En consecuencia, este meridiano rige también la medición del tiempo en el mundo. A partir de este punto se divide el mundo en este y oeste (aunque en los ámbitos político-ideológicos y culturales, se usan otras referencias espaciales que no suelen ser fijas: occidente y oriente como binomio espacial movedizo, inestable. Greenwich

²⁵ Stephan Günzel, *op. cit.*, pp. 5-6.

tampoco es el punto cero para dividir el mundo en norte y sur, ya que para ello se requiere de otra referencia más espacial: la imaginaria línea del ecuador. Harley describe con precisión una situación que lleva inherentes diversas contradicciones:

A través de la historia de la cartografía, a menudo se centran en los mapas las “tierras santas” ideológicas. Este centrismo, una suerte de “geometría subliminal” [...], agrega fuerza geopolítica y significado a la representación. También es cuestionable el hecho de que tales mapas mundiales hayan contribuido a la codificación, legitimación y promoción de las visiones del mundo prevalecientes en los distintos periodos y lugares.²⁶

Es, según Harley, la parte social en la representación cartográfica del mundo, son “las reglas del orden social” y los elementos simbólicos correspondientes lo que impone a los mapas una serie de categorías y formas de organización del espacio social que responden a la visión que tiene una sociedad de sí misma.

La razón por la cual los mapas pueden resultar tan convincentes en este aspecto es que las reglas de la sociedad y las de las mediciones se refuerzan entre sí en la misma imagen.²⁷

Volviendo a los planteamientos científicos en torno a la construcción real y la proyección teórico-simbólica de Greenwich, es enormemente sugerente la idea de ubicar en el punto cero de la medición del tiempo y del espacio un observatorio. Con instrumentos de observación científicos, desde un punto entendido como centro absoluto, se puede no sólo medir el mundo, sino verlo, observarlo, estudiarlo. Sugerente y a la vez ilusoria. Lo que se puede observar es todo *menos* el mundo propio: el cosmos y, cada vez mejor, otros planetas con características distintas, sus movimientos, sus relaciones, su historia incluso...

La idea tentadora de un observatorio para mirar el cosmos es una de las más antiguas que se encuentra en muchas culturas;

²⁶ J. B. Harley, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, 2005, pp. 193-194.

²⁷ *Loc. cit.*

tanto científicos como, ante todo, políticos se dejan seducir por la ocurrencia de que el lugar de un observatorio, el de Greenwich, podría servir también para medir el espacio del globo terráqueo y generar referentes espaciales válidos para todas las culturas. Los puntos de referencia del cosmos, ubicados y medidos con astrolabios, bajan —ésa es la pretensión— del cielo a la tierra; con los meridianos modernos, los mapas adquieren valor universal. Sólo que cada vez que se dificulta la visibilidad (en la niebla, en el desierto, donde no hay caminos con letreros, cuando uno se pierde y, evidentemente, en el mar), el mapa con el que uno carga por el mundo sigue dependiendo de los referentes que marcan los astros. Aun así: el principal objetivo de esas medidas se cumple: permite orientarse espacialmente, de acuerdo con un sistema aceptado, independientemente desde donde se observe el mundo, independientemente de las tradiciones culturales, independientemente de la visión del mundo que uno comparte o no.

En la obra *En el espacio leemos el tiempo*,²⁸ Schlögel discute lo que los mapas en tanto representación del espacio histórico pueden mostrar y lo que no; explica por qué los mapas son y permanecen estáticos, que sólo indican movimiento, que lo proyectan, pero no lo pueden representar. Dado, sin embargo, que estamos también ante un tipo de fenomenología que recoge el tiempo en mapas (a través de las técnicas usadas, de las formas sociales simbólicamente representadas), el autor explora la posibilidad de una “narración cartográfica”.²⁹ En lugar de épocas y procesos en el tiempo, cuerpos sociales y redes o círculos culturales. ¿Hermenéutica topográfica?

Quiero retomar en este punto la larga cita iniciada anteriormente acerca del espacio abierto hacia todas partes y sin que exista un punto fijo. Afirma Schlögel que

²⁸ Karl Schlögel, *Im Raume lesen wir die Zeit*, 2004.

²⁹ Schlögel cita a Edward Soja y su intención de “spatialize the historical narrative”, cercana a la propuesta de Nicolaus Sombart de sustituir la hermenéutica humanística, es decir la basada en textos, por una hermenéutica cultural más amplia “que se refiere a los espacios y reflexiona en términos de lo corporal, tridimensional, morfológico, geográfico”. Schlögel, *op. cit.*, pp. 37-38.

[Q]uien tiene que ver con lugares y escribe acerca de lugares, siempre ve varias cosas al mismo tiempo [...]. Cuando observamos un lugar, siempre es el punto de intersección de movimientos desde distintas direcciones. Podemos seguir los distintos movimientos, de manera consecutiva. Pero el lugar donde coinciden estos movimientos se define por la simultaneidad del surgimiento y la manifestación o coincidencia de esos movimientos. Sólo los podemos separar por el precio de la destrucción de aquello que es el lugar, el punto de encuentro. Podemos poner entre paréntesis algo para su análisis, separar un determinado aspecto, pero eso sólo es un movimiento pasajero que desaparece. Lo que es y lo que permanece, lo que tiene un efecto constitutivo es la unión, la mezcla, la co-presencia simultánea de lo que es distinto.³⁰

Los conocimientos geográficos y las posibilidades de orientarse, sin embargo, me parecen insuficientes para la historia universal que presenta problemas distintos relacionados con el espacio. El primero, y probablemente el de mayor impacto, es la imposibilidad de ver el espacio más inmediato, el territorio: no hay ningún punto de vista desde el cual sea posible observar o, siquiera, ver el territorio que corresponde al espacio donde acontece el conjunto de procesos que denominamos historia universal. Claro, están los mapas, los atlas, distintos tipos de planos, las fotos aéreas y las imágenes tomadas desde algún satélite; están las simulaciones virtuales cada vez más sofisticadas. Pero todo ello no oculta el hecho de que un territorio que consta de la superficie de una esfera no ofrece ningún posible punto de vista que lo abarque todo. Ninguna delimitación, ya sea temporal, ya sea temática, permite ver, territorialmente, este espacio. Ni desde arriba ni desde afuera ni desde adentro.

VI

Decía que el lugar social del historiador logra resolver, como categoría, varios problemas relacionados con el carácter interpretativo

³⁰ *Ibid.*, pp. 48-49.

y culturalmente determinado del conocimiento histórico, y que permite, en función de los debates sobre las modernidades múltiples y la fragmentación de los metarrelatos, la multiplicación de las historias y de sus horizontes de enunciación. Habría que preguntarse si la discusión en torno a la globalización actual, en especial el potencial que ofrecen las redes de comunicación y la integración de los espacios virtuales a la experiencia humana, no termina por cancelar la necesidad de este lugar social, de manera que la imposibilidad física de un lugar desde donde observar el territorio correspondiente a la historia universal ni siquiera influye ya en la producción de su sentido. Quienes argumentan así, apelan a un espacio que se reduce al grado de desaparecer, una especie de implosión, y que por lo mismo deja de tener una función estructurante, ya sea de las sociedades, ya sea de su conocimiento (histórico).

Pero también se puede entender una problemática opuesta, donde el espacio virtual conduce a una *expansión* del espacio geográfico "real", haciéndolo mucho más complejo y sometándolo a una lógica espacial distinta. Hay quienes llevan el viejo problema de lo finito y lo infinito de la superficie de la tierra³¹ al referente común de "lo global" en términos de las distintas redes comunicativas, los espacios y las realidades virtuales: se puede "ver", "presenciar" y "experimentar" lo que en un sentido tradicional no se podría ni ver ni presenciar ni experimentar.

Sin embargo, la problemática no termina allí; las redes, las posibilidades de la comunicación, la ilusión realista de lo virtual, no acortan ni eliminan sino las distancias tradicionales del espacio físico; no las distancias entre la identidad propia y las alteridades culturales y sociales, no las distancias entre la experiencia propia y la comprensión de las diferencias. No se trata sólo del conocimiento y de la selección y organización de la información que lo constituye, sino, según Schlögel, de una especie de saber íntimo, basado nuevamente en ¿identidad?, en ¿experiencia? .

³¹ De hecho, Günzel plantea que "el infinito y la finitud son opuestos mal comprendidos: la superficie de la tierra es 'infinita' en lo que se refiere a las posibilidades de atravesarla; pero es 'finita o cerrada' en lo que se refiere a su tamaño físico (su extensión)." Cf. Stephan Günzel, *op. cit.*, p. 4.

Si así fuera, tendríamos que considerar lo que en palabras de Bruce Mazlish son, para la identidad global y la historia universal, "colliding, intermixing, and interacting identities", ya que hasta ahora no ha sido posible "definir en términos de contenido material una identidad global, siguiendo el modelo de las identidades nacionales".³² Estas identidades globales tienen validez cuando se refieren a la identidad como parte del objeto de estudio, sobre todo desde una posición radicalmente opuesta al "choque de civilizaciones", como en la tesis acerca de "la historia universal [que] abre y amplía la oportunidad de reducir los estereotipos y prejuicios acerca de las características de grupos y pueblos, y a la inversa, de fortalecer la comprensión de condiciones y personas de otras culturas".³³ Pero si pretendemos utilizar esta identidad como categoría que describa el lugar social del historiador, y que más allá de sus horizontes de expectativas comprenda antes que nada su espacio de experiencia, entramos en dificultades cuando no en abiertas contradicciones.

Vuelvo a la discusión inicial: ¿el espacio de experiencia se limita a fungir como metáfora espacial para un determinado periodo histórico, es decir, un lapso de tiempo construido y asumido como propio? ¿En la abstracción de esta metáfora y su uso teórico como categoría histórica, la connotación espacial es un referente simbólico significativo? O, en otras palabras, ¿la experiencia se enlaza ante todo con el eje temporal, mas no con el espacial? Y si fuera así, ¿cómo entender la relación estrecha entre experiencia e identidad, y entre ésta y el espacio tanto territorial como metafórico y conceptual?

El problema de la experiencia parece resolverse, una vez más, en términos de abstracción teórica y no como parte de una identi-

³² Cf. Wolfgang Weber, *op. cit.*, pp. 25-26. La cita de Mazlish se encuentra en el texto de Weber.

³³ *Ibid.*, p. 26. Como muchos autores, Weber considera que la mayor dificultad para un historiador radica en la enorme cantidad de fuentes y la dificultad de acceder a ellas, y la imposibilidad de realizar los análisis y las interpretaciones correspondientes; pero no establece una relación con la problemática del lugar del historiador.

dad propia, como evidencian las definiciones que Koselleck formula o, por usar su propia terminología, "ensaya":

[...] la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento que no deben, o no debieran ya, estar presentes en el saber. Además, en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena. En este sentido, la *Historie* se concibió desde antiguo como conocimiento de la experiencia ajena.³⁴

La experiencia ajena como problema de la historia, de la "otredad" del pasado. Efectivamente, aquí el espacio de experiencia es visto como problemática propia de la temporalidad, nos remite al eje temporal.

LA IMPOSIBILIDAD DEL LUGAR SOCIAL DEL HISTORIADOR UNIVERSAL

VII

He afirmado una obviedad geométrica: un territorio que consta de la superficie de una esfera no ofrece ningún posible punto de vista que lo abarque todo. La consecuencia más inmediata para la historia es que el escenario mundial, planteado como espacio histórico, nos queda vedado. No es un problema de escala, de la cantidad de información, o de selección, aunque historiadores como Braudel lo habían planteado, en su momento, de esta manera.³⁵

³⁴ Koselleck, *Futuro pasado*, p. 338.

³⁵ Una historia total del mundo, sin embargo, puede desalentar a los más intrépidos y hasta a los más ingenuos. ¿No es acaso un río sin orillas, sin comienzo ni fin? Y aun esta comparación es inadecuada: la historia del mundo no es un río, sino varios ríos. *Los historiadores, felizmente, están habituados a hacer frente a las superabundancias. Las simplifican dividiendo la historia en sectores (historia política, económica, social, cultural, etcétera).* [Las cursivas son mías.] Cf. Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVIII*, 1984, p. 2.

Tiene que ver con el lugar sociocultural desde donde organizamos nuestra experiencia, un lugar conectado con nuestra identidad, experiencia y expectativa. Pero, ante todo, es la base teórica actual de todo conocimiento histórico consciente de los horizontes sociales y culturales, así como de las condiciones de su propia construcción.

Conforme se han dado los procesos de profesionalización de la historia, conforme se ha reflexionado en torno a las condiciones teóricas de la historia y la historiografía a lo largo del siglo xx, la pregunta por el lugar social del historiador se ha planteado prácticamente en todos los ámbitos de la historia, con excepción de la historia universal. Aquí, el espacio se problematiza en relación con los objetos de estudio, y se plantea como estructura o sistema, como red o como asunto de la comunicación; y la tendencia en este sentido aumenta conforme crecen los discursos en todos los ámbitos alrededor de los procesos de globalización.

La fuerza discursiva en torno a la globalización en términos de la comunicación, la economía, la política, entre otros, parece arrastrar la reflexión teórica de la historiografía. Se pierden de vista los efectos de la ausencia de lugares sociales basados en experiencias, en horizontes culturales y en expectativas, desde donde se podría conceptualizar una historia universal. Eso significa en principio que, para el historiador universal, cambian las nociones de espacio, la conciencia sobre su propio enfoque, su uso de las metáforas espaciales, la relevancia y el impacto de algunas premisas teóricas —todo eso que hemos planteado a lo largo de este ensayo.

La auto-observación y la autorreflexión, asociadas a las posiciones teóricas acerca del lugar del historiador y todas sus implicaciones para el quehacer histórico, no sólo no se han cuestionado lo suficiente para el caso de la historia universal; no han producido, y eso me parece más inquietante, las preguntas que uno esperaría. Por ejemplo: ¿podemos hablar de historia universal en el mismo sentido en que hablamos de las historias nacionales, regionales o locales? La imposibilidad de un lugar social para el historiador universal, ¿debilita las posibilidades para una historia universal crítica?

Quiero concluir con el replanteamiento de algunas preguntas que, más que negar las posibilidades de un tipo de historia uni-



versal que concuerde con las discusiones teóricas relacionadas con los distintos niveles del espacio y sus usos en otros ámbitos de la historia, amplíe determinadas líneas de investigación. ¿Qué tipo de historia se puede tener sin este lugar social del historiador? Es claro que no se puede regresar a una historia "objetiva"; no se puede prescindir de los espacios de experiencia, es decir, no se puede prescindir del factor que significa tomar en cuenta la identidad propia. En este sentido, las discusiones a reconsiderar vienen, entre otros, de la antropología y sus referencias a la otredad, la diferencia, la alteridad.

[...] el enfoque como tal, y el ajuste también, proceden de la descripción y no de lo que la descripción describe [...]. No hay duda de que las cosas, cualquier cosa que sean, son: ¿qué otra cosa podrían ser? Pero en los relatos que hacemos de ellas traficamos con los relatos de nuestros informantes, de nuestros colegas, de nuestros predecesores, con los nuestros propios; son constructos. Relatos de relatos, visiones de visiones.³⁶

En lo que se refiere a los procesos de observación y descripción de una cultura, y sus implicaciones que son complicadas y turbadoras, Geertz no sólo alude a las culturas no occidentales que son observadas por los antropólogos que llegan de fuera. Apunta en general hacia el tipo de contradicciones que surgen cuando, desde un espacio propio, se reflexiona en torno a lo observado, al objeto de estudio, y a la manera como se hace eso, con lo que se conforma un continuo ejercicio de *auto-observación* y autorreflexión.³⁷

La identidad propia de los historiadores está formada, en las tradiciones de las historias nacionales respectivas, aun cuando su

³⁶ Clifford Geertz, *Tras los hechos*, 1996, p. 69.

³⁷ Rebasaría las posibilidades de este trabajo estudiar a fondo siquiera algunos de los aspectos que me parecen fundamentales para la reflexión. Por ello lo siguiente se menciona sólo a manera de nota. Los trabajos de Foucault en torno a la "muerte" del sujeto y el carácter autónomo de los textos, así como las críticas que se le han hecho; los planteamientos de Luhmann en torno a la observación de segundo grado, pero también acerca de la relación entre los sistemas y sus entornos, tendrán que considerarse. Edward Said con sus análisis sobre "el mundo" y "el texto" no podría quedar fuera.

conocimiento especializado tenga que ver con enfoques históricos distintos y, al haberlas estudiado, con otras identidades nacionales y locales. Las identidades nacionales, aun en la actualidad, tienen una función de delimitación y, sobre todo, de diferenciación: son distintas a las de “los otros”, se basan en experiencias específicas, su relación con el resto del mundo parte de este lugar concreto, característico. Son identidades evidentemente construidas, y en determinados casos y situaciones se pueden y se suelen reconstruir: como ejemplo tenemos los procesos de los que surgen las sociedades poscoloniales; el desmantelamiento y la fragmentación de Estados multiculturales, los efectos de la enorme cantidad actual de los flujos migratorios, de exiliados, de diásporas. Las continuas construcciones y reconstrucciones, en las que se ven inmersos también los historiadores como parte de las sociedades involucradas, a la fecha no han construido algo como una “identidad universal” (como ha mostrado Jörn Rüsen en estudios interdisciplinarios realizados a partir de las discusiones en grupos de trabajo multiculturales, ni siquiera existe un consenso acerca de lo que es, en distintas culturas, el “ser humano”).³⁸

El riesgo, si se quiere, es que los análisis históricos e historiográficos de los procesos de globalización se analicen desde lugares que retomen las posiciones de los viejos o nuevos centros de poder como punto de referencia cultural e identitario, o que planteen una supuesta integración de los distintos espacios nacionales y regionales, tanto en el sentido territorial como en el de las tradiciones historiográficas. Se privilegian, de esta manera, los centros por encima de los márgenes, y los temas de globalización vista desde Occidente, por encima de las visiones que pudieran diferir. En otras palabras, el riesgo está en centrarse en determinadas problemáticas que implican un claro sesgo cultural.

La problemática, una vez más, no es nueva. Este hecho me permite cerrar (aunque no concluir) estas reflexiones con una cita de

³⁸ Los resultados de estas investigaciones han sido presentados en conferencias magistrales, artículos y varios libros. Cf. Jörn Rüsen, *Zerbrechende Zeit. Über den Sinn der Geschichte*, 2001; *Geschichte im Kulturprozess*, 2002; *Kultur macht Sinn. Orientierung zwischen Gestern und Morgen*, 2006.

Braudel: el mismo Braudel que me proporcionó la primera de las citas que acompañan estas reflexiones, si pensamos en el hombre; un Braudel distinto si pensamos en el autor: no el de *La identidad de Francia*, sino el de la *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVIII*:

El centro, el "corazón", reúne todo lo más avanzado y diversificado. El anillo siguiente sólo tiene una parte de estas ventajas, aunque participa de ellas: es la zona de los "brillantes segundos". La inmensa periferia, con sus poblaciones poco densas, es, por el contrario, el arcaísmo, el atraso, la explotación fácil por otros. Esta geografía discriminatoria, todavía hoy, hace caer en la trampa y explica la historia general del mundo, aunque ésta, a veces, también crea ella misma la trampa por su connivencia.³⁹

BIBLIOGRAFÍA

- Assman, Aleida. *Erinnerungsräume. Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*. Munich, C. H. Beck, 2003 (1999). 424 pp.
- Braudel, Fernand. *La identidad de Francia*. 3 vols. Trad. Alberto Luis Bixio. Barcelona, Gedisa, 1993 (1986). Vol. 1, "El espacio y la historia". 402 pp.
- . *El Mediterráneo: el espacio y la historia*. Trad. Francisco González Arámburo. México, Fondo de Cultura Económica, 1989. 207 pp. (Colección Popular 431.)
- . *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*. Trad. Néstor Miguez. Vol. 3, "El tiempo del mundo". Madrid, Alianza, 1984 (1979). 597 pp.
- De Certeau, Michel. *La escritura de la historia*. Trad. Jorge López Moctezuma. México, Universidad Iberoamericana, 1985 (1978). 372 pp.
- Geertz, Clifford. *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Trad. Miquel Aramburu. Barcelona, Paidós, 1996 (1995). 190 pp.

³⁹ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo siglos XV-XVIII*, 1984, p. 22.

- Günzel, Stephan. "Einführung: *spatial turn*, topographical turn, topological turn". *Symposium "Topologie. WeltRaumDenken"*, Weimar, 10 de nov. 2005. <http://www.stephan-guenzel.de/Material/Guenzel_Topologie-Einfuehrung.pdf.>
- Harley, J. B. *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. Compilación Paul Laxton; introducción J. H. Andrews. Trad. Leticia García Cortés y Juan Carlos Rodríguez. México, Fondo de Cultura Económica, 2005. 398 pp.
- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge MA & Oxford UK, Blackwell, 1990. 378 pp.
- Koselleck, Reinhardt. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Trad. Norberto Smilg. Barcelona, Paidós, 1993. 368 pp.
- . *Zeitschichten. Studien zur Historik* (mit einem Beitrag von Hans-Georg Gadamer). Francfort aM, Suhrkamp, 2000. 399 pp.
- Lyotard, Jean-François. *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Trad. Mariano Antolín Rato. México, Rei, 1993. 119 pp.
- Nora, Pierre. *Zwischen Geschichte und Gedächtnis*. Trad. al alemán Wolfgang Kaiser. Francfort aM, Fischer Taschenbuch Verlag, 1998 (1984). 137 pp.
- Oommen, T. K. "Recognizing Multiple Modernities: A Prelude to Understanding Globalization". <<http://people.cas.sc.edu/coate/Readings/Oommen.pdf>.>
- Osterhammel, Jürgen. *Geschichtswissenschaft jenseits des Nationalstaats. Studien zur Beziehungsgeschichte und Zivilisationsvergleich*. Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2001. 384 pp.
- y Niels P. Petersson. *Geschichte der Globalisierung. Dimensionen, Prozesse, Epochen*. Munich, C. H. Beck, 2006 (2003). 128 pp.
- Jörn Rüsen. *Zerbrechende Zeit. Über den Sinn der Geschichte*. Colonia, Böhlau, 2001. 357 pp.
- . *Geschichte im Kulturprozess*. Colonia, Böhlau, 2002. 280 pp.
- . *Kultur macht Sinn. Orientierung zwischen Gestern und Morgen*. Colonia, Böhlau, 2006. 269 pp.
- Runia, Eelço y Elizabeth J. Brouwer, eds. "On Presence". *History and Theory*. Vol. 45 (3), Middletown. 2006.

- Sachsenmaier, Dominic y Jens Riedel, con Shmuel N. Eisenstedt, eds. *Reflections on multiple modernities. European, Chinese & Other Interpretations*. Leiden, Boston Colonia, Brill, 2002. 314 pp.
- Schlögel, Karl. *Im Raume lesen wir die Zeit. Über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik*. Munich/Viena, Carl Hanser Verlag, 2004. 367 pp.
- Schroer, Markus. *Räume, Orte, Grenzen. Auf dem Weg zu einer Soziologie des Raumes*. Francfort aM, Suhrkamp, 2006. 334 pp.
- Taylor, Charles y Benjamin Lee. "Multiple Modernities Project: Modernity and Difference" (Working Draft). <<http://www.sas.upenn.edu/transcult/promad.html>.>
- Weber, Wolfgang E. J. "Universalgeschichte" *Aufriss der historischen Wissenschaften*. Band 2, *Räume*. Stuttgart, Reclam, 2001. pp. 15-98.
- Werner, Michael y Bénédicte Zimmermann. "Beyond Comparison: *Histoire Croisée* and the Challenge of Reflexivity". *History and Theory*. Vol. 45 (1), Middletown. 2006. pp. 30-50.

¿Los mapas son ciudades? La cartografía como prefiguración de lo urbano¹

*Priscilla Connolly**

INTRODUCCIÓN

ESTE TRABAJO ES PARTE DE UNA INVESTIGACIÓN más amplia sobre los efectos de los sistemas de información geográfica (SIG) y mapas digitalizados en la manera de percibir, proyectar y actuar en nuestro entorno urbano. Los SIG se basan en la tradición cartográfica desarrollada desde la Europa renacentista, en la cual se representa el espacio en un plano bidimensional de acuerdo con una serie de convenciones simbólicas y acorde con las reglas de la geometría euclidiana. Por ello ahora, como en otros momentos de mi vida profesional como especialista en problemas urbanos contemporáneos, mi tema de investigación me remite a la historia, en este caso la historia de la cartografía, sobre todo en su vertiente crítica que intenta develar “el poder de los mapas”.² Esta historiografía me ha aportado conocimientos y puntos de vista de riqueza extraordinaria. Es más: me ha cambiado totalmente la manera de ver esos trazos que han estado tan presentes en mi tránsito de arquitecta a ur-

¹ Este trabajo se elaboró durante una estancia sabática en el Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México.

* Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

² Brian Harley, *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography*, 2001; Denis Wood, *The Power of Maps*, 1992; John Pickles, *A History of Spaces. Cartographic Reason, Mapping and the Geo-coded World*, 2004.

banista a científica social. También me ha llevado a analizar con nuevos ojos la cartografía histórica de la ciudad de México. Este trabajo trata de comunicar esta manera —para mí novedosa— de ver los mapas. Con ello espero poder devolver tan sólo una fracción del valor que he cosechado de la historiografía.

La pregunta planteada en el título —¿Los mapas son ciudades?— surge de cuatro enunciados que me han ayudado a investigar la relación entre mapas y la construcción social de nuestra realidad territorial:

1. El mapa es el territorio.
2. El mapa no es el territorio.
3. El territorio es un mapa.
4. El mapa es un mapa.

Los enunciados están inspirados en diversos textos, principalmente de la historia de la cartografía y de la geografía humana crítica. La agrupación de las ideas en torno a estos cuatro enunciados para fines metodológicos responde a las necesidades de mi propia investigación. Cada enunciado genera una serie de preguntas que orienta mi análisis de mapas o tipos de mapas específicos, en distintos contextos geográficos e históricos.

UNO: EL MAPA ES EL TERRITORIO,

en el sentido en que el mapa representa o describe el territorio, de acuerdo con las convenciones de la ciencia geográfica. Ésta es la definición moderna, occidental, de “mapa” (*map*, en inglés, *mappa* en italiano)³ y términos afines como “plano” (*plan*, *piano*), carta

³ Del latín clásico *mappa* (“trapo” o “lienzo”); se utilizaba en el latín medieval para denotar la representación sobre tela de una propiedad rústica. Según Ricardo Padrón, *The Spacious World. Cartography, Literature and Empire in Early Modern Spain*, 2004, pp. 9-10, las palabras derivadas de “mappa” empezaban a usarse en Europa hasta bien adentrado el siglo XVI, inicialmente como *mapamundi*, con la nueva comprensión de la tierra que ello implicaba y reflejaba. Sobre la revolución cartográfica en Europa del los siglos XV al XVII, véanse Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, 1984; Norman Thrower, *Maps and Civilization*, 1999; David Buisseret (ed.), *Monarchs, Ministers and Maps. The Emergence of Cartography as a Tool*

(*chart*, *carta* o *carte*, en francés, *kaart* en holandés). La cantidad de sinónimos de “mapa”, así como la multiplicidad de significados que cada uno de ellos posee en los distintos idiomas, refleja lo relativamente novedoso del pensamiento humano sobre mapas como representaciones del territorio.⁴ Todas estas palabras, al igual que el concepto que denominan, empezaron a emplearse en la Europa renacentista a partir de dos fenómenos: los viajes de descubrimiento de nuevas tierras y océanos, por un lado, y por el otro, las múltiples versiones publicadas en el siglo xv del texto *Geographica* de Claudio Tolomeo, astrónomo griego que vivió en Alejandría entre 90 y 180 d. C. La figura 1 es un ejemplo tomado de uno de tales atlas, publicado a finales del siglo xvi, con toda la simbología convencional y ubicación del territorio mediante la retícula de coordenados.⁵ El uso de este tipo de mapa se limitaba inicialmente a un grupo de eruditos y navegadores, pero rápidamente se extendió a otras profesiones y uso común.⁶ En la península Ibérica y en Hispanoamérica, la adopción generalizada de la palabra y su denominación fue más lenta que en Europa del norte.⁷

of Government in early Modern Europe, 1992, y *La revolución cartográfica en Europa*, 2004; Ricardo Padrón, *op. cit.*; Naomi Miller, *Mapping the City. The Language and Culture of Cartography in the Renaissance*, 2003. Para un tratamiento más general de la transición modernista del concepto aristotélico del espacio percibido al cartesiano espacio matemático, absoluto y preexistente, con sus respectivas propuestas de otras maneras de concebir el espacio, véanse también Henri Lefebvre, *The Production of Space*, 2005; Doreen Massey, *For Space*, 2005.

⁴ Christian Jacob, *Sovereign Map. Theoretical Approaches in Cartography throughout History*, 2006, pp. 18-21.

⁵ Para una descripción de las sucesivas publicaciones de *Geografía*, de Tolomeo, véanse Naomi Miller, *op. cit.*, pp. 8-26; Norman Thrower, *op. cit.*, pp. 58-90; David Buisseret, *La revolución cartográfica*, pp. 33-38, entre otros.

⁶ David Buisseret, *Monarchs Ministers and Maps*, p. 1.

⁷ El “atraso” de España en el sentido de la difusión de la cartografía moderna, sobre todo la cartografía urbana, se comenta en Geoffrey Parker, “Maps and ministers”, 1992, pp. 124-152; Barbara Mundy, *The Mapping of New Spain Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, 2000, pp. 55-58; Richard Kagan, *Urban Images of the Hispanic World 1493-1793*, 2000, p. 46, lo mismo que fue lamentado por Manuel Orozco y Berra, citado en Víctor Manuel Ruiz Naufal, “La faz del terruño. Planes locales y regionales, siglos xvi-xviii”, p. 64 y en Elías Trabulse, “La cartografía urbana y rural y las técnicas de medición”, 1998, p. 64.

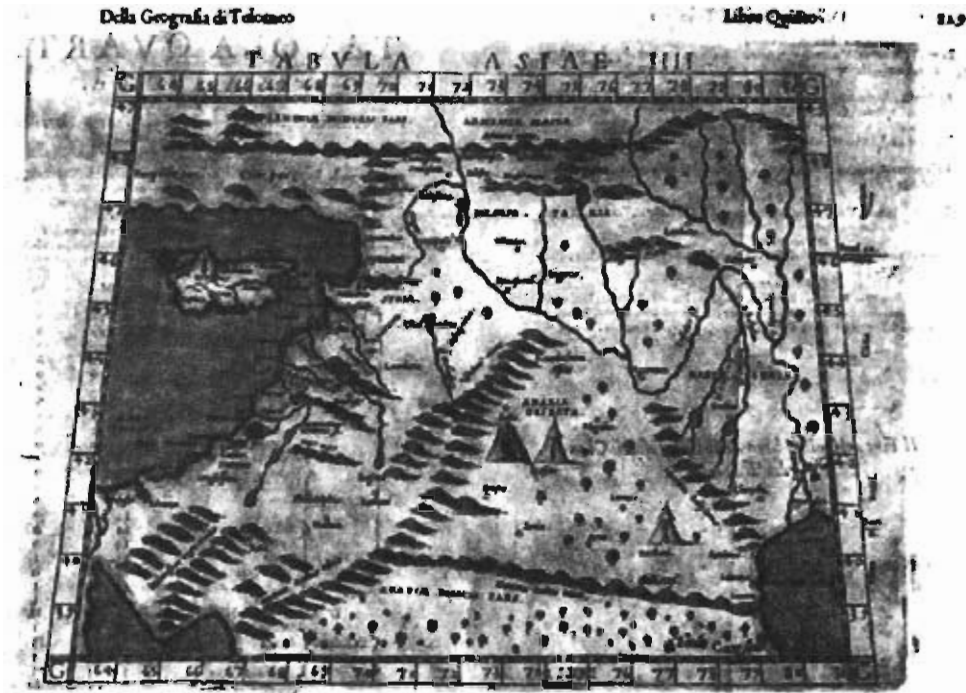


Figura 1. El mapa es el territorio. *Asia*, Mapa de Tolomeo en versión de Ruscelli/Sessa (Ptolemy/Gastaldi). *Tabula Asiae IIII*. 1599. (1561 - 99+)

Sin embargo, la acepción moderna de la palabra “mapa” ya está asentada en el *Diccionario de autoridades* de 1734 de la manera siguiente:

MAPA. S. amb. La descripción geográfica de la tierra, que regularmente se hace en papel, ó lienzo, en que se ponen los lugares, mares, rios, montañas, y otras cosas notables, con las distancias proporcionadas, según el pitipié que se elige, señalando los grados de longitud y latitud que ocupa el País que se describe, para conocimiento del parage, ò lugar que cada cosa destas ocupa en la tierra.⁸

Hasta hace poco, yo entendía los mapas casi exclusivamente con esta acepción: la representación del territorio según reglas

⁸ *Diccionario de la Real Academia Española*, 1734, p. 492, 2.

científicas de proyección, orientación, escala y convenciones simbólicas. Puede haber mapas buenos y malos, pero su calidad se determina por la precisión con que, según estas reglas científicas, representan el territorio. Es en este sentido como empleamos mapas cuando nos preguntamos: ¿qué dice el mapa sobre la realidad, territorio o ciudad? O bien: ¿qué queremos demostrar de la realidad con este plano?

DOS: EL MAPA NO ES EL TERRITORIO,

con el mismo sentido paradójico de la pintura de Magritte: "*Ceci n'est pas une pipe*" (figura 2). En efecto, el mapa no es el territorio; es una imagen en papel o en la pantalla digital, constituida por fragmentos de tinta o píxeles ordenados por instrucciones digitales en código binario. Y esta imagen resultante representa un territorio sólo a través de símbolos visuales codificados e interpretados culturalmente. Si no entendemos esta simbología, las convenciones geográficas y los conceptos de escala y proporcionalidad, un mapa moderno nada nos dice sobre el territorio representado. El mapa y el territorio son dos cosas distintas. De hecho, el mapa no puede ser el territorio; si lo fuese, no tendría función alguna, como dice Jorge Luis Borges en su multicitada fábula sobre la futilidad de un mapa a escala natural.⁹ Para ser útil, el mapa tiene que ser selectivo en cuanto a los aspectos de la realidad que representa.¹⁰

⁹ Jorge Luis Borges, "Del rigor en la ciencia", *El hacedor*, 1960, p. 103. "...En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas. Suárez Miranda: *Viajes de varones prudentes*, libro cuarto, cap. XLV, Lérída, 1658."

¹⁰ Mark Monmonier, *How to Lie with Maps*, 1996.



Figura 2. El mapa no es el territorio. *Ceci n'est pas une Pipe*, René Magritte.

Al reconocer el carácter simbólico y selectivo de los mapas como representaciones parciales de la realidad, surge una serie de nuevas consideraciones. Primero, se abre la definición de "mapa" para denotar cualquier "representación gráfica que facilita la comprensión espacial de cosas, conceptos, condiciones, procesos o eventos en el mundo humano"¹¹ y no sólo las representaciones que se apegan a las convenciones del mapa moderno. Segundo, si el sistema simbólico incorporado en un mapa tiene particularidades culturales, preocupan ahora la historia y la fuente de su autoridad (por ejemplo, las convenciones de representación en las figuras 1 y 5).¹² De ahí que sea relevante preguntar sobre la autoría y propósito de los mapas. ¿Quién selecciona las cosas significativas que deben estar en el mapa, y por qué? ¿Cómo se relaciona la técnica de representación con la intencionalidad y efecto real del mapa? ¿Quién controla la difusión del mapa, cómo y por qué?

TRES: EL TERRITORIO ES UN MAPA,

como corolario del enunciado anterior: si bien la representación del territorio no es el territorio mismo, sólo podemos aprehender

¹¹ J. Brian Harley, David Woodward, "Preface", p. xvi.

¹² Sobre la evolución cultural del poder, o "utilidad" de la simbología de los mapas, véase Wood, *op. cit.*

o concebirlo a través de su representación, dentro de un esquema de signos culturalmente adquiridos. En cierta forma, esto puede ser válido en relación con nuestra cognición de cualquier cosa. La filosofía idealista apunta en este sentido al desechar la posibilidad de concebir la realidad extramental, independientemente del propio proceso cognoscitivo. De manera similar, las teorías estructuralistas de la percepción visual argumentan que no “vemos” una transmisión directa de una imagen capturada en la retina, sino una interpretación de esta imagen informada por hipótesis mentales previas.¹³ Con mayor razón, el territorio, la ciudad o el espacio, que no son cualquier cosa, sino construcciones sociales, requieren ser interpretados por un esquema previo o mapa.

La emergencia de los estados nacionales es un buen ejemplo de lo anterior. Si la pintura de Magritte no es una pipa, el mapa de la figura 3, sí es Francia. ¿Se puede imaginar un país sin mapa? Hasta mediados del siglo XIX esto lo empezó a entender el flamante Estado mexicano, lo que dio como resultado, entre otras cosas, el atlas de García Cubas (figura 4), pero no antes de perder más de la mitad de su territorio ante una nación que sí entendía la importancia de los mapas.¹⁴ De esta manera, el lenguaje —en este caso “nación”— aparece como el puente entre el mapa y la construcción social del territorio.

Ahora, si bien el lenguaje es la base del sistema semiótico, desde hace tiempo se ha reconocido la importancia de la conciencia espacial en la adquisición del lenguaje, no sólo en el aprendizaje temprano del individuo,¹⁵ sino también en la evolución del *homo sapiens*.¹⁶ Prueba de ello es la proliferación del uso metafórico de la palabra “mapa” como esquema cognoscitivo que nos permite

¹³ Gregory, “Knowledge in perception and illusion”, 1997.

¹⁴ Sobre la función de la cartografía en la construcción del Estado nacional mexicano véanse Héctor Mendoza, “Las opciones geográficas al inicio del México independiente”, 2000, pp. 89-106 y Raymond Craib, *Cartographic Mexico: A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*, 2004.

¹⁵ Jean Piaget, *A child Perception of Space*, 1967, citado por David Turnbull, *Maps are Territories. Science is an Atlas*, 1993, p. 1.

¹⁶ M. Lewis, “The origins of cartography”, 1987, citado por David Turnbull, *op. cit.*, p. 2.



Figura 3. El territorio es el mapa. *La France*, siglo XVIII.

aprehender la realidad.¹⁷ Los mapas, pues, construyen nuestra percepción del territorio, junto con el lenguaje necesario para

¹⁷ El neurolingüista polaco Alfred Korsybski (1879-1950), en el planteamiento de su "semiótica general", acuñó la frase: "El mapa no es el territorio", utilizando "mapa" como metáfora de la base de conocimiento humano. Los mapas son, para él, "abstracciones" derivadas de las impresiones aportadas por la estructura del sistema nervioso y la estructura del lenguaje. "La única utilidad del mapa depende de la similitud de estructura entre el mapa y el mundo empírico." Siguiendo la metáfora con un mapa convencional, esta similitud se garantiza por los códigos de representación o simbología de las formas significadas: ríos, montañas, ciudades,



Figura 4. El territorio es el mapa. *México en el Atlas de García Cubas, 1858.*

nombrarlo. Por ello, los mapas tienen el poder de dictarnos cómo es, cómo ha sido y cómo debe ser el territorio. En más de un sentido Harley puede afirmar: "Al igual que los fusiles y acorazados, los mapas han sido las armas del imperialismo".¹⁸

De este enunciado se derivan preguntas importantes: ¿qué es lo que nos hace creer el mapa respecto al territorio? ¿Qué territorio está creando? Sin embargo, la potencia del mapa está en la mirada. Un mapa que se pierde o que se destruye, o queda enterrado en una biblioteca durante siglos, no tiene el mismo poder que un mapa publicado en un libro de texto o en un documento legal. Otra serie de preguntas surge, entonces, en torno a quién ve el mapa.

vías de comunicación, orientación, escalas y georeferenciación. De modo paralelo, en el campo de la percepción visual, además de comprobar el predominio de la percepción visual por encima de los otros sentidos, por lo menos a partir del Renacimiento, se ha comprobado que reconstruimos imágenes visuales a partir de estímulos visuales parciales con base en "mapas" generados por experiencias previas. Gregory, *op. cit.*, p. 1121.

¹⁸ Brian Harley, *op. cit.*, p. 57.



Figura 5. Mapa sin territorio. *Términos Geográficos* (Gran Bretaña, 1897),
tomado de: Van Roojen, Pepin (2005). *The Agile Rabbit Book
of Curious Maps*, Amsterdam, The Pepin Press

CUATRO: EL MAPA ES EL MAPA,

a partir de estos tres enunciados, surge otro más. Si el mapa no es el territorio, tiene una existencia propia, una simbología convencional y una historiografía, independiente del territorio espe-

cífico.¹⁹ La figura 5, tomada de un libro de texto inglés del siglo XIX, no deja de ser un mapa por representar un territorio inexistente. De hecho, su función no es representar un territorio, sino representar un mapa, de acuerdo con la tradición cartográfica del momento: cómo se dibujan los mapas, qué cosas deben pintarse y cómo.

Sin conocer esta vida propia de los mapas, “la naturaleza genérica de sus códigos”,²⁰ resulta prácticamente imposible entender la relación que pueden tener con el territorio. En la era de la cartografía digital, esta vida propia se conoce como “metadatos”: la información referente a autores, fechas, técnicas de recopilación y verificación, escalas, proyecciones y otros.²¹ En relación con los mapas históricos, se trata de información similar: ubicación, autoría, técnicas empleadas, contexto cartográfico en cuanto a estilos y convenciones, y otros datos del documento bajo consideración.

¹⁹ Sin embargo, los mapas no pueden existir independientemente de una conceptualización general del territorio. Me declaro incompetente para opinar sobre un posible quinto enunciado filosófico: si *el territorio es el territorio* con independencia del mapa, es decir, si existen espacios o territorios si no los percibimos.

²⁰ Christian Jacob, *op. cit.*, p. 16.

²¹ En México, el Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI), siguiendo los estándares del Federal Geographic Data Committee (FGDC) de Estados Unidos, propone la siguiente lista de aspectos que deben ser cubiertos en los metadatos de información geográfica:

- Identificación: título, área incluida, temas, actualidad, restricciones, etcétera.
- Calidad de los datos: precisión, a qué nivel están completos los datos, linaje, etcétera.
- Organización de los datos espaciales: vector, raster, punto.
- Referencia espacial: proyección, datum, sistemas de coordenadas, etcétera.
- Entidad y atributos: información acerca de entidades, atributos, dominio de valores de los atributos, etcétera.
- Distribución: distribuidor, formatos, ineditos, estatus, precio, etcétera.
- Referencia de los metadatos: nivel de actualización, institución o persona responsable, etcétera.

<<http://mapserver.inegi.gob.mx/geografia/espanol/normatividad/metadatos/index.cfm?c=631#i1>>

PARA ESTUDIAR LOS MAPAS URBANOS HISTÓRICOS

Si el territorio que nos interesa es la ciudad, a la luz de las consideraciones anteriores la pregunta que debemos plantear a los mapas históricos de ciudades no se limita solamente a: “¿qué nos dicen sobre la transformación física del territorio urbano” (como lo hacen, por ejemplo, González Aragón y Cortés).²² Otras preguntas sobre los propios mapas, sus autores y sus espectadores develarán la historia urbana más allá de su arquitectura. En este sentido, Sonia Lombardo, en la introducción a su insustituible publicación en dos tomos de mapas históricos de la ciudad de México, propone analizar por lo menos los aspectos siguientes.²³

1. Forma de proyección (cómo la superficie esférica se vuelve plana).
2. Escala.
3. Sistema de localización y convenciones cartográficas, lenguajes y signos empleados.
4. Tecnologías de levantamiento e instrumentos utilizados.
5. Elementos que quería destacar el cartógrafo.
6. Motivos del cartógrafo o funciones del mapa.
7. Técnicas y procedimientos de representación y transmisión de conocimiento.
8. Puntos de vista e intereses particulares comunicados.

Y termina: “Al hacer la doble lectura de un plano puede encontrarse, además de la distribución espacial de la ciudad, la representación de las ideas y concepciones sobre la ciudad, vigentes en la cultura en la que está inmersa la cartografía”.²⁴

Creo que a esta lista se pueden agregar otras interrogantes o ampliar las anteriores para explorar cabalmente la relación entre mapas y la ciudad, en especial el papel de los mapas en la construcción histórica —conceptual y concreta— de la geografía urba-

²² Jorge González Aragón y José Luis Cortés, *Corpus urbanístico de México en España*, 2004, p. 17.

²³ Sonia Lombardo, *Atlas histórico de la ciudad de México*, 1996, pp. 13-44.

²⁴ *Loc. cit.*

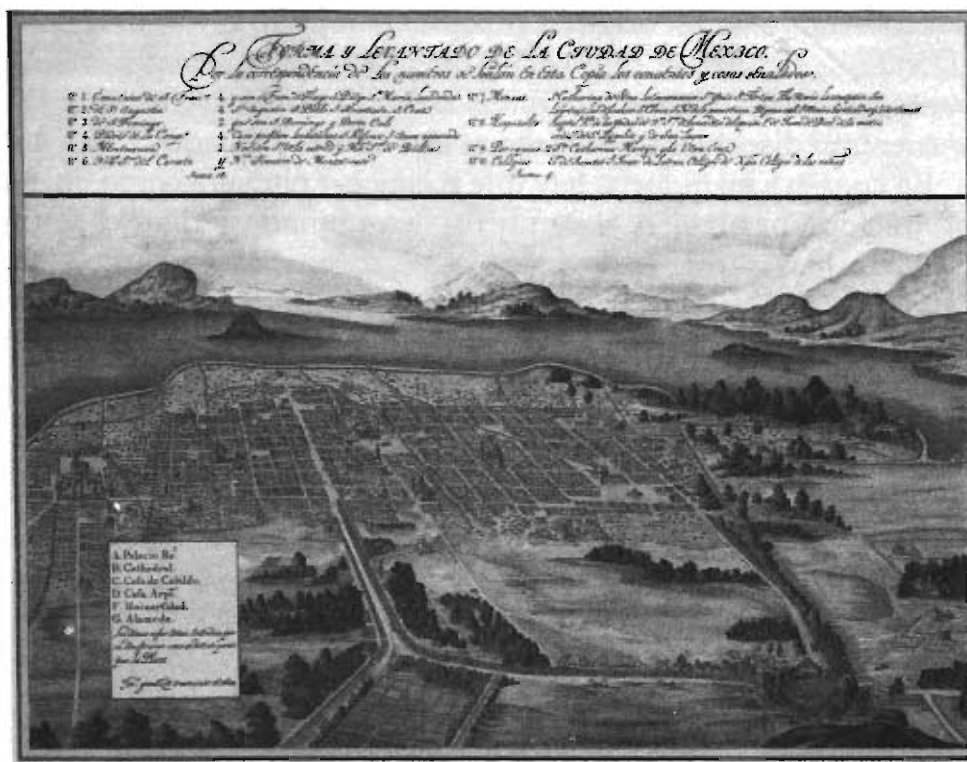


Figura 6. La versión conocida. *Forma y levantado de la Ciudad de México*. 1628. Juan Gómez de Trasmonte. Cromolitografía, A. Ruffoni, Florencia, 1997, 62 x 55 cm., múltiples impresiones y reproducciones. Cortesía: Benson Library, University of Texas at Austin.

na. En lo que sigue ejemplifico la aplicación de tales interrogantes con algunas referencias a mi propia investigación sobre la cartografía histórica de la ciudad de México, en especial sobre el plano denominado *Forma y levantado de la ciudad de México* de Juan Gómez de Trasmonte, fechado en 1628 (figura 6).

Empiezo con el cuarto enunciado: “El mapa es el mapa”, es decir, sus metadatos e historiografía propia. Antes que nada, es necesario dar cuenta de sus características básicas: fecha y autor atribuidos al mapa, su constitución material como medio y tamaño, su escala, orientación, proyección, técnica de representación y descripción general. Hay que darse cuenta de si es un mapa manuscrito o impreso. Si es impreso, ¿cuándo, dónde y en qué publicación se editó? ¿Qué circulación tuvo y dónde? ¿La imagen que

tenemos enfrente es original o copia, o reproducción de copia? ¿Dónde se localiza el original? ¿Cómo llegó allí? (Pregunta relevante para el caso mexicano, muchos de cuyos mapas históricos se encuentran dispersos en bibliotecas de Europa y Estados Unidos.)

En cuanto a su autoría, hay que reconocer el mapa como objeto producido por alguien, para un fin determinado y dentro de un contexto histórico y cartográfico específicos. Sin embargo, este "alguien" no se limita —y muchas veces no corresponde— al nombre que aparece como autor del plano; en otras ocasiones el mapa no está firmado. En todo caso, además del autor principal a quien se le atribuye el mapa, es conveniente indagar sobre quién más participó en el levantamiento, elaboración, reproducción, difusión, edición, publicación y aplicación del mapa. ¿Qué le agregaron al plano (o quitaron del mismo)? Además de los motivos del cartógrafo y los otros participantes en el proceso de levantamiento, elaboración, reproducción y difusión, ¿quiénes más colaboraron en la hechura del mapa? ¿Quién lo mandó hacer o reproducir y para qué? ¿Logró el cometido?

Después de considerar las características materiales y autoría del mapa, conviene ubicarlo en lo que se podría llamar su contexto cartográfico. Para ello habrá que consultar fuentes secundarias y comparar el mapa bajo consideración con otros de la época y anteriores de la misma región o ciudad. Además de las técnicas de levantamiento y representación, ¿qué tanto el mapa se basa en versiones anteriores y qué tanto incorpora conocimientos y tecnologías nuevas? ¿En qué medida se asemeja a otros planos contemporáneos y cuáles son las innovaciones? En este sentido, es de gran ayuda conocer los usos y costumbres, convenciones y reglas cartográficas del momento. Finalmente, como en toda investigación, son casi tan importantes las lagunas de información, las preguntas que no han encontrado respuesta, como los datos recopilados.

La aplicación de este tipo de cuestionario al tema del *Forma y levantado de la ciudad de México* de Juan Gómez de Trasmonte, 1628, me arrojó largas y complejas respuestas. En resumen, encontré que no hay sólo un mapa, sino dos (uno en versión ortogonal prácticamente desconocido en México: véase figura 7); que la conocida versión de la "vista de ojo de pájaro" (figura 6) es repro-



Figura 7. La otra versión. *Platte Grandt van de Stadt Mexico*, 1728. Johannes Vingboons. Fotografía en negativo de un original en tinta y acuarela en papel, 42 x 55 cm. Museo del Vaticano. Archivo Fotográfico de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del Museo Nacional de Antropología e Historia. DCCLXVI-39

ducción de una litografía a colores impresa en 1907, junto con dos vistas de Acapulco y Veracruz atribuidas a Adrián Boot; que Francisco del Paso y Troncoso mandó hacer estas litografías con base en uno de varios juegos de copias en tinta y acuarela realizadas por el cartógrafo holandés Johannes Vingboons, alrededor de 1650; que otras copias de los mismos planos —los dos de Trasmonte y los dos de Boot— están en diversas bibliotecas de Europa con procedencia documentada; que las copias de Vingboons probablemente se basaron en un mismo juego de mapas de tamaño más grande, pintados al óleo; que según evidencias confiables, para 1632 estas pinturas adornaron el palacio de Noorteynde del príncipe de Orange en La Haya, y en 1930 estaban en el archivo

municipal de Middleburg, Holanda; que las cuatro pinturas fueron destruidas en 1940 por un incendio, al igual que su documentación; que no se conoce la autoría ni procedencia de las pinturas, ni tampoco se sabe cómo se trasladaron los originales de Gómez de Trasmonte y Boot de México a Holanda entre 1628 y 1632.

En cuanto a su contenido cartográfico, ambos planos de Gómez de Trasmonte son revolucionarios para el contexto de la Nueva España, tanto por las técnicas cartográficas empleadas, como por su escala proporcional, perspectiva matemáticamente construida, calidad y precisión de la información representada. También el concepto general de ciudad que representa es de una urbe "moderna" y europea, constituida por construcciones pobladas. Esto es muy diferente a los mapas anteriores, como el llamado *Plano de Uppsala*, de 1556, de hechura y concepto claramente indígenas. En cierta forma, los planos de Gómez de Trasmonte podrían considerarse técnicamente superiores a muchos mapas de la ciudad de México realizados posteriormente, como por ejemplo el bello plano de Pedro de Arrieta de 1737, que utiliza la perspectiva vertical.

Una vez despejadas, en la medida de lo posible, las interrogantes sobre el mapa como objeto en sí mismo, se puede proceder a contestar las preguntas derivadas de los otros enunciados. Del primero —"el mapa es el territorio"— se deriva la búsqueda de la información geográfica representada: lo que normalmente buscamos en los mapas. El mapa desaparece como objeto de estudio en sí mismo; nuestro interés se enfoca en la región o ciudad representada. ¿Cómo era ese espacio urbano? ¿Qué nos dice el mapa sobre la estructura física de la ciudad, su extensión, sus construcciones, su hidrografía y orografía, vías de comunicación y otros datos geográficos? Esta información posteriormente puede confrontarse con fuentes alternas: otros mapas históricos, pinturas, grabados, fotografías, aerofotografías, evidencias verbales y, sobre todo, información de toda clase sobre la estructura urbana actual.

En el caso del *Forma y levantado* de Gómez de Trasmonte, este ejercicio de verificación lo han hecho varios expertos.²⁵ En gene-

²⁵ Manuel Toussaint, Federico Gómez Orozco y Justino Fernández, *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII*, 1990 [1938]; Richard Boyer, "La ciudad de México en 1628. La visión de Juan José de Trasmonte", 1980.

ral, su veredicto coincide con el juicio emitido por De la Maza²⁶ en el sentido de que gracias a ese plano “sabemos bien cómo era la ciudad”. Igualmente, al confrontar los mapas de Trasmonte con la traza urbana actual, hay coincidencias asombrosas con el amanzamiento, trayectoria de acequias, ubicación de plazas y edificios religiosos y otros detalles. Pero este ejercicio de verificación también ayuda a contestar la pregunta fundamental acerca de lo que *no* está representado en el mapa. Al mismo tiempo, puede ayudar a despejar dudas acerca de elementos que están representados en el mapa de modo exagerado, o bien, los elementos representados que son ficticios. Todos los autores anteriormente mencionados comentan sobre la exageración del área urbanizada y del tamaño de las construcciones en el plano de Trasmonte, al igual que la eliminación de la zona urbana en torno a Tlatelolco.

La explicación de tales omisiones, exageraciones o invenciones conlleva al cuarto enunciado: “el mapa no es el territorio”. Esto enfoca nuevamente nuestra atención en el mapa mismo, para retomar la cita anterior de Lombardo acerca de cómo el mapa representa las ideas y concepciones sobre la ciudad, dentro del contexto cartográfico determinado. Son varias las pistas que se pueden seguir al respecto.

Primero, el significado de las omisiones: aquí conviene distinguir entre los elementos que no se representan normalmente por la cultura cartográfica del momento, y aquellos que se omiten sólo en el mapa particular en consideración. Por ejemplo, nos hemos acostumbrado a que los planos comerciales de una ciudad, como los de la *Guía Roji*, señalen la localización de los edificios públicos, iglesias y campos de golf, pero no las subestaciones eléctricas o mercados callejeros. Es de interés especial detectar los edificios públicos o iglesias que *no* se incluyen en los planos de la *Guía Roji*: prácticamente todas las oficinas de la administración pública federal y local que no son sedes históricas y las iglesias no católicas, por nombrar algunos. Los mapas turísticos de São Paulo representan algunas favelas como manchas verdes, como si no existieran, como áreas no urbanas. Esto no sucede general-

²⁶ Francisco de la Maza, *La ciudad de México en el siglo XVII*, 1968, p. 13.

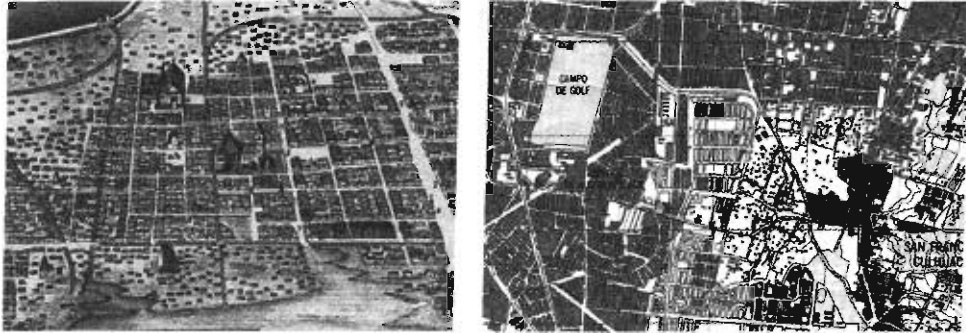


Figura 8. Herencias cartográficas: Ciudad formal e informal.
Izquierda *Forma y levantado de la Ciudad de México*. 1628. Juan Gómez de Trasmonte. Cromolitografía. Florencia 1907 (Detalle).
Derecha *Ciudad de México* c. 1980, Escala 1:50,000, INEGI, hoja E14A39 (Detalle)

mente en mapas contemporáneos de la ciudad de México, pero desde el mapa de Trasmonte en adelante, los planos históricos tienden a minimizar los barrios de indios, o cortan el plano a la altura de Santiago Tlatelolco para eliminar la necesidad de representar esta parte de la ciudad.²⁷ La técnica de representación también sirve para minimizar la presencia de ciertos elementos. Por ejemplo, los arrabales o zonas periféricas aparecen como diminutas manchas desordenadas que contrastan con la sólida retícula de la traza española: convención cartográfica que reproduce el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) hasta la fecha (figura 8).

En contrapartida de los elementos eliminados o minimizados, están los temas seleccionados para su representación o sobrerrepresentación en el mapa. En general, los planos de las ciudades mexicanas de casi todas las épocas, al igual que el plano de Trasmonte y la *Guía Roji* actual, tienden a mostrar las construcciones religiosas y gubernamentales, los espacios públicos y otros “sitios de interés”, como monumentos, puentes y acueductos. Muchas veces su importancia se exagera por su tamaño relativo, ubicación en el plano, color u otras técnicas visuales. Desde luego, hay otros

²⁷ Edgar Mejía, “La ciudad amenazada: rebeliones de negros y fantasías criollas en una crónica de la ciudad de México del siglo XVII”, 2004, p. 19.

planos elaborados para propósitos específicos, por ejemplo, para obras de saneamiento, defensa y fines administrativos; en tal caso, es muy importante tomar nota de su función y propósito. Incluso muchos de los planos históricos de las ciudades mexicanas representan proyectos que no necesariamente se realizaron. Éste es el caso de muchas versiones de las ciudades costeras con proyectos de fortificación.

El mismo plano de Trasmonte puede considerarse más como proyecto que como representación geográfica. Retrata una ciudad en armonía con su entorno lacustre que dista mucho de la realidad en 1628: inundaciones recurrentes, barrios anegados, indios ahogados o muertos por enfermedad, problemas de navegación por el azolve de las acequias, calzadas destruidas y una discusión seria sobre la conveniencia de trasladar la capital a otro sitio con menos riesgos naturales.²⁸ La vista proyectada por Gómez de Trasmonte, en cambio, retrata una ciudad consolidada, ordenada y construida a la manera europea, con abundantes edificios e importantes obras de infraestructura como el recién terminado acueducto de Santa Fe. Es más, como lo ha argumentado Kagan,²⁹ es muy probable que este mapa haya sido elaborado para convencer al virrey, al Cabildo de la ciudad de México o al mismo rey Felipe IV, de las bondades del proyecto de Adrián Boot para resguardar la ciudad de México de las inundaciones. En contra del proyecto de Enrico Martínez para desaguar el río Cuautitlán hacia el norte, Boot propuso conservar el ambiente lacustre de la ciudad, protegiéndola del agua excesiva por diques y albarradones reforzados, compuertas y esclusas en las acequias, "como se usa en Holanda". Así se conservarían los lagos y los canales navegables que servi-

²⁸ Existe una muy extensa bibliografía sobre el problema hidráulico del Valle de México, por ejemplo: Luis González Obregón, "Reseña histórica del desagüe del Valle de México", 1902; Jorge Gurría Lacroix, *El desagüe del Valle de México durante la época novohispana*, 1978; Alain Musset, *El agua en el Valle de México. Siglos XVI al XVIII*, 1992; Priscilla Connolly, *El contratista de don Porfirio*, 1997. La situación crítica en que se hallaba la ciudad en 1627-1628 se reporta en las actas de Cabildo de noviembre de 1627. José Ignacio Rubio Mañé, *El Virreinato. Vol. IV. Obras públicas y educación universitaria*, 1983, pp. 53-55.

²⁹ Richard Kagan, *op. cit.*, p. 153.

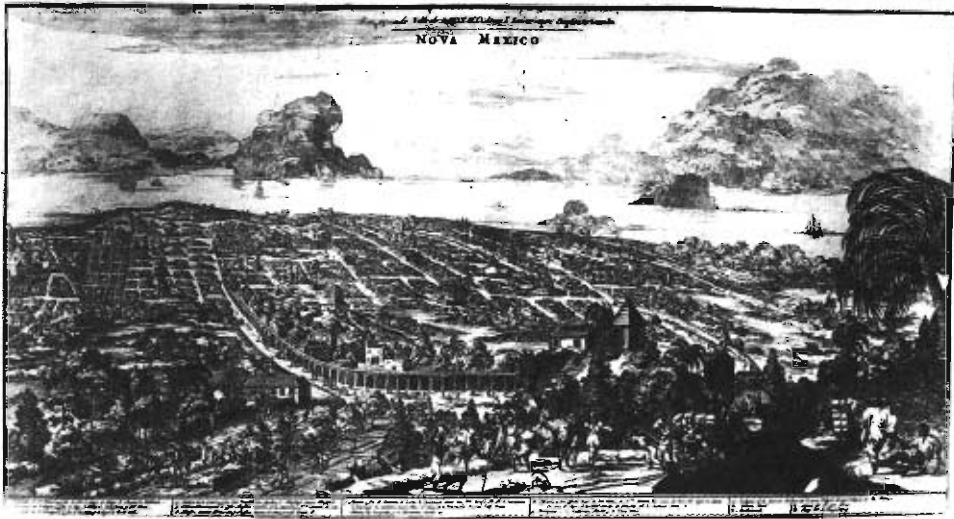


Figura 9. Imagen europea de la ciudad de México basada en el mapa de Juan Gómez de Trasmonte. *Nova Mexico*, John Ogilvy, 1671. Grabado, 28 x 54 cm., publicado en *America: Being an Accurate Description of the New World*, Londres, Thomas Johnson.

rían no sólo para medios de transporte, sino también para limpiar la ciudad y regar los campos y huertas.³⁰ El mapa coincide con bastante exactitud con la descripción del proyecto de Boot, por lo que es factible suponer que, más que representar la ciudad como era, pinta un proyecto nunca realizado. En efecto, después de la gran inundación de 1629, prevalecería el proyecto de desecar el Valle de México.

Aunque el proyecto no se realizó y el mapa no se conoció en México hasta 1907, no deja de ser relevante la consideración: ¿qué ciudad creó el mapa de Juan Gómez de Trasmonte? Si los mexicanos tuvieron que esperar casi tres siglos para ver este mapa, no fue así en Europa. Para la segunda mitad del siglo XVII, los mapas de Vingboons, copiados de los planos de Trasmonte y Boot, empezaron a circular, y muy pronto fueron reproducidos y copia-

³⁰ Transcripciones de sucesivas versiones del proyecto de Boot se presentan en José Fernando Ramírez, *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México*, 1976, pp. 102-106; Elías Trabulse, art. cit., pp. 207-208, y María Luisa Rodríguez Salas, *Letrados y técnicos de los siglos XVI y XVII*, 2002, pp. 274-275.



Figura 10. Versión mexicana de la imagen europea: la Ciudad de México criolla.
Biombo de la Muy Noble y Leal Ciudad de México, 1690-1692.
Anónimo, óleo sobre madera. Museo Franz Mayer, Ciudad de México.

dos.³¹ Concretamente, se conoce una interpretación de *Forma y levantado* realizada por el holandés Arnoldus Montanus en 1670 o 1671, cuyo destino era ser publicado en un atlas que nunca se terminó. Sin embargo, casi al mismo tiempo, en 1671, la imagen de Montanus fue grabada por el inglés John Ogilvy para publicarse en un libro de amplia difusión intitulado *America: Being and Accurate Description of the New World* (figura 9). Después, el mismo grabado fue reproducido con ligeras variaciones en numerosas publicaciones europeas durante la segunda mitad del siglo XVII y hasta principios del XIX.³²

Los libros donde se publicaron estos grabados circularon ampliamente en Europa e inevitablemente se difundieron en México

³¹ Por ejemplo, Roberto Mayer, "Trasmonte y Boot. Sus vistas de tres ciudades mexicanas en el siglo XVII", 2005, p. 194; Richard Kagan, *op. cit.*, pp. 91-93; Sonia Lombardo, *op. cit.*, pp. 291-292.

³² Entre la larga lista de publicaciones que reproducen la imagen editada por Ogilvy, inspirada en la copia de Vingboons del plano de Gómez de Trasmonte están: en holandés, en 1673, Arnoldo Montanus, *De Nyeuwe en Onbekende Weerld: of Beschryving van America en 't Zuid-Land*, Amsterdam, Jacob von Muers, traducido al alemán y publicado por la misma casa editorial en el mismo año (citado en Roberto Mayer, *op. cit.*, p. 194). En francés, en 1729: Pieter van der A, *La Galerie Agréable du Monde*, Leiden (*loc. cit.*) y también en varios idiomas, los mapas de Jacques Nicolas Bellin grabados por Chedel, para ilustrar el libro del abate Prevost, *Histoire generale des voyages*, publicado en 1747 por L. Schey en La Haya y en 1754 por Scwabe, Leipzig, Alemania.



Figura 11. *Tenochtitlán*, Gerardo Murillo (Dr. Atl), 1930.
Óleo sobre tela. Museo de Antropología, México, D.F.

antes de que se terminara el siglo XVII. De esta manera, sin conocerse directamente aquí, el plano de Gómez de Trasmonte regresó con todas la imprecisiones, exageraciones y antojos de los grabadores *europeos* que nunca conocieron esta ciudad. Esta perspectiva —en el sentido literal y figurativo— rápidamente se asimiló al imaginario cartográfico novohispano:³³ un conjunto de imágenes que Richard Kagan³⁴ ha llamado la “visión criolla” de la ciudad de México. Es una visión de una ciudad ordenada, con traza ortogonal, llena de edificios y espacios públicos europeos y poblada exclusivamente por españoles peninsulares y criollos (figura 10). Así, el análisis del mapa de Gómez de Trasmonte pasa también por su contribución a visiones posteriores de la ciudad de México, tanto desde la óptica de Europa del norte, como de la clase criolla en México.

Finalmente, no hay que olvidar el impacto directo de la imagen original, difundida a través de la cromolitografía encargada por Del Paso y Troncoso en 1907, a lo largo del siglo XX y hasta la fecha. Aquí se abre la posibilidad de una investigación extensísima, debido justamente a la amplia difusión que ha tenido y sigue teniendo el mapa. Por lo pronto, y para terminar, un imaginario que indudablemente ha reforzado y reproducido es la mirada nostál-

³³ Sonia Lombardo, *op. cit.*, pp. 291-307.

³⁴ Richard Kagan, *op. cit.*, pp. 154-167.

gica a una ciudad de antaño en armonía con su entorno acuático. La adopción de la misma vista por Gerardo Murillo (Dr. Atl) en su panorama de Tenochitlán (figura 11) se combina y se confunde con la visión de un proyecto fallido, pintado por el maestro arquitecto en 1628.

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis. *El Hacedor*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1960.
- Boyer, Richard. "La ciudad de México en 1628. La visión de Juan José de Trasmonte". *Historia Mexicana*. El Colegio de México. Vol. 29, Núm. 3. México, 1980. pp. 447-471.
- Buisseret, David, ed. *Monarchs, Ministers and Maps. The Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe*. Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1992. 189 pp.
- . *La revolución cartográfica en Europa*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2004. 255 pp. [Primera edición en inglés: *The Mapmakers' Quest. Depicting New Worlds in Renaissance Europe*. Oxford, Oxford University Press, 2003]
- . "El desagüe del Valle de México". Kuntz, Sandra y Priscilla Connolly, coords. *Antología de historia económica y social, siglos XVIII y XIX. Volumen: Ferrocarriles y obras públicas (1867-1910)*. México, Instituto Mora-El Colegio de Michoacán-El Colegio de México, 1999. pp. 191-219.
- Connolly, Priscilla. *El contratista de don Porfirio*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997. 423 pp.
- Craib, Raymond. *Cartographic Mexico: A History of State Fixations and Fugitive Landscapes*. Durham and London, Duke University Press, 2004. 300 pp.
- De la Maza, Francisco. *La ciudad de México en el siglo XVII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1968. 135 pp.
- Diccionario de la Real Academia Española, 1734. <<http://buscon.rae.es/drae/>>
- Fernández, Martha. *Arquitectura y gobierno virreinal. Los maestros mayores de la ciudad de México. Siglo XVII*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de investigaciones Estéticas, 1985. 420 pp.

- González Aragón, Jorge y José Luis Cortés. *Corpus urbanístico de México en España*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Embajada de España en México-Fundación Santillana, 2004. 137 pp.
- González Obregón, Luis. "Reseña histórica del desagüe del Valle de México". *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras de desagüe del Valle de México 1449-1900*. Vol. I. México, Junta Directiva del Desagüe-Oficina de la Impresora de la Oficina de Estampillas-Palacio Nacional, 1902. pp. 29-272.
- Gregory, Richard. "Knowledge in perception and illusion". *Philosophical Transactions of the Royal Society, B, Biological Sciences*. London, 352. 1997. pp. 1121-1128.
- Gurría Lacroix, Jorge. *El desagüe del Valle de México durante la época novohispana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1978. 175 pp.
- Hardoy, Jorge E., Richard Morse y Richard P. Schaedel. "La cartografía urbana en América Latina durante el período colonial". *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Buenos Aires, SIAP, 1968. pp. 19-58. [En inglés: Hardoy, J. E. "Urban Cartography in Latin America during the Colonial Period". *Latin American Research Review*. Vol. 18, núm. 3. pp. 127-134.]
- Harley, J. Brian. *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography*. Baltimore and London, Johns Hopkins University Press, 2001. 334 pp.
- Harley, J. Brian, David Woodward. "Preface". *The History of Cartography. Volume one. Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*. Chicago and London, University of Chicago Press, 1987. 622 pp.
- Herrera Moreno, Ethel y Concepción de Ita Martínez. *500 Planos de la Ciudad de México 1325-1933*. México, Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, 1992. 376 pp.
- Jacob, Christian. *Sovereign Map. Theoretical Approaches in Cartography throughout History*. Chicago and London, University of Chicago Press, 2006. 417 pp. [Versión revisada del original en francés: *L'Empire des cartes. Approche Teorique de la cartographie à travers l'Histoire*. Paris, Albin Michel, 1992.]

- Kagan, Richard L. *Urban Images of the Hispanic World 1493-1793*. New Haven, Yale University Press, 2000. 236 pp. [Versión en español: *Imágenes urbanas del mundo hispano 1493-1780*. Madrid, Iberdrola, 1998.]
- Korzybski, Alfred. *Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*. 5a ed. Englewood, New Jersey. Institute of General Semantics, 1994 [1933].
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Oxford, Blackwell, 2005. 454 pp. [Primera edición: *La production de l'espace*, 1974.]
- Lewis, M. "The origins of cartography". Harley, J. Brian, David Woodward, eds. *The History of Cartography. Volume one. Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*. Chicago and London, University of Chicago Press, 1987. 622 pp.
- Lombardo de Ruiz, Sonia. *Atlas histórico de la ciudad de México*. T. I. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Smurfit Cartón y Papel de México, 1996. 514 pp.
- Massey, Doreen. *For Space*. Londres, Sage, 2005. 222 pp.
- Mayer, Roberto. *Poblaciones mexicanas, planos y panoramas. Siglos XVI a XIX*. México, Smurfit Cartón y Papel de México, 1998. 347 pp.
- . "Trasmonte y Boot. Sus vistas de tres ciudades mexicanas en el siglo XVII". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Universidad Nacional Autónoma de México. Núm. 87. México, 2005. pp. 177-198.
- Mejía, Edgar. "La ciudad amenazada: rebeliones de negros y fantasías criollas en una crónica de la ciudad de México del siglo XVII". *Colorado Review of Hispanic Studies*. Vol. 2. 2004. pp. 7-23.
- Mendoza, Héctor. "Las opciones geográficas al inicio del México Independiente". Mendoza, Héctor, coord. *México a través de los mapas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Geografía, 2000. pp. 89-106.
- Miller, Naomi. *Mapping the City. The Language and Culture of Cartography in the Renaissance*. London and New York, Continuum, 2003. 288 pp.
- Moñmonier, Mark. *How to Lie with Maps*. Chicago. University of Chicago Press, 1996. 207 pp.

- Mundy, Barbara, E. *The Mapping of New Spain. Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*. Chicago, University of Chicago Press, 2000. 281 pp. [1a. ed. 1996.]
- Musset, Alain. *El agua en el Valle de México. Siglos XVI al XVIII*. México, Pórtico de la Ciudad de México-CEMCA, 1992. 245 pp.
- O' Gorman, Edmundo. *La Invención de América*. México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1984. 195 pp. [Primera edición: 1958.]
- Orozco y Berra, Manuel. *La ciudad de México*. México, Porrúa, 1987. 381 pp. (Colección "Sepan Cuantos".) [Primera edición: 1853-56.]
- Padrón, Ricardo. *The Spacious World. Cartography, Literature and Empire in Early Modern Spain*. Chicago and London, University of Chicago Press, 2004. 287 pp.
- Parker, Geoffrey. "Maps and ministers: The Spanish Hapsburgs". Buisseret, David, ed. *Monarchs, Ministers and Maps. The Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe*. Chicago and London, University of Chicago Press, 1992. pp. 124-152.
- Piaget, Jean y B. Inhelder. *A Child's Perception of Space*. Nueva York, W.W. Norton, 1967. 490 pp.
- Pickles, John. *A History of Spaces. Cartographic Reason, Mapping and the Geo-coded World*. London and New York, Routledge, 2004. 233 pp.
- Ramírez, José Fernando. *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Centro de Investigaciones Superiores, 1976. 254 pp.
- Rodríguez Salas, María Luisa. *Letrados y técnicos de los siglos XVI y XVII*. México, Miguel Ángel Porrúa-Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Sociales, 2002. 343 pp.
- Rubio Mañé, José Ignacio. *El Virreinato. Vol. IV. Obras públicas y educación universitaria*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 1983. 494 pp.
- Ruiz Naufal, Víctor Manuel. "La faz del terruño. Planes locales y regionales, siglos XVI-XVIII". Mendoza, Héctor, coord. *México a*

- través de los mapas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Geografía, 2000. pp. 33-69.
- Thrower, Norman J. W. *Maps and Civilization*. 2a ed. Chicago and London, University of Chicago Press, 1999. 326 pp. [Primera edición, 1972.]
- Toussaint, Manuel, Federico Gómez Orozco y Justino Fernández. *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII* [1938]. Edición facsimilar. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Estéticas, 1990. 200 pp.
- Trabulse, Elías. *Historia de la ciencia en México. Siglo XVII*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984. 301 pp.
- Trabulse, Elías. "Las cartografías urbana y rural y las técnicas de medición". Mayer, Roberto, *Poblaciones mexicanas. Planos y panoramas. Siglos XVI a XIX*. México, Smurfit Cartón y Papel de México, 1998. pp. 63-70.
- Turnbull, David. *Maps are Territories. Science is an Atlas*. Chicago, University of Chicago Press, 1993. 66 pp. [Primera edición, 1989.]
- Wieder, Frederic Caspar. *Monumenta Cartographica: Reproductions of unique and Rare Maps, Plans and Views in the Actual Size of the originals; Accompanied by Cartographical*. 6 vols. La Haya, Martinus Nijhoff, 1925-1933.
- Wood, Denis, John Fels. *The Power of Maps*. New York and London, The Guildford Press, 1992. 248 pp.
- Zandvliet, Kees. *Mapping for Money: Maps, Plans, and Topographic Paintings and their Role in Dutch Overseas Expansion during the 16th and 17th Centuries*. Amsterdam, Batavian Lion International, 1998. 328 pp.

El concepto de espacio entre la modernidad inicial y la modernidad contemporánea

Margarita Olvera Serrano*

Desde la segunda guerra mundial, hemos entrado en la etapa de la historia mundial total, cuyos centros de acción se han distribuido, partiendo de Europa, a todo el globo; a consecuencia de ello, empiezan a despuntar nuevas historias que (...) fundan un espacio común de experiencia.

Reinhart Koselleck

EL HORIZONTE DE LA MODERNIDAD COMO EXPERIENCIA Y COMO CONCEPTO

LA MODERNIDAD HA SIDO DEFINIDA de múltiples formas por filósofos, historiadores, politólogos, economistas, filólogos, sociólogos y antropólogos, principalmente. No obstante tal plurivocidad, hay coincidencias en cuanto a que —ya sea como época histórica, como ideal normativo o como un tipo específico de estructuras sociohistóricas— es un tiempo histórico que se caracteriza por el debilitamiento de la tradición, la emergencia de marcos normativos universalistas, el ascenso del capitalismo, el individualismo, así como también del mercado entendido como un “espacio” sistémico central en la vida social. Las disciplinas histórico-sociales han tomado estos rasgos como eje para la construcción del concepto *modernidad*, tanto en su dimensión de ideal regulativo dominante al menos desde el siglo XVIII, como en los recortes analíticos

* Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

que la refieren a los procesos de modernización locales que ha orientado y condicionado desde sus orígenes geográficos en Europa.

A lo largo de más de cien años de historia de nuestras ciencias la modernidad ha sido objeto de estudio y de debate. Una de las razones que han estimulado esas discusiones es el hecho de que el curso empírico de los múltiples proyectos de modernización locales que han tenido lugar en el último siglo muestra una gran distancia respecto de las expectativas y promesas que se desprendían del proyecto de la modernidad desde sus orígenes europeos. En los últimos lustros, estas discusiones han tenido como eje precisamente el contraste de dichas expectativas con sus variados, múltiples y ambivalentes resultados.¹ La “ronda” de reflexión más reciente ha tenido como detonante el fin de la guerra fría y el desplazamiento hacia un mundo globalizado y unipolar en el cual el futuro ya no se percibe como una promesa sino, en muchos casos, como algo incierto y, en otros, abiertamente como una amenaza. En este contexto se cuestionan, entre otras cosas, la suposición de que la modernidad era irreversible e inevitable; la idea de que era un proceso deseable que había que acelerar para conducir a las sociedades a un orden armónico, igualitario, seguro y pacífico; la convicción de que el modelo de referencia para que tuviesen lugar modernizaciones locales eran Europa y Estados Unidos. De una u otra forma, esta crítica permea la reflexión en torno a la globalización, las modernidades múltiples, las tensiones entre lo local y lo global, la disociación entre Estado nacional y soberanía, las nuevas guerras desterritorializadas, entre muchas otras cuestiones.²

La teoría social contemporánea ha introducido un eje temporal de diferenciación entre el *antes* y el *después* que ha derivado en una distinción entre modernidad “inicial o temprana” y la modernidad que vivimos ahora, a la cual se adjetiva de “tardía”, “líqui-

¹ Sobre este tema pueden consultarse Zigmunt Barman, *Modernidad y ambivalencia*, 2004; Ulrich Beck, Anthony Giddens *et al.* *Modernización reflexiva*, 1997; Silvia Pappe, coord., *La modernidad en el debate de la historiografía alemana*, 2004, y Frederick Jameson, *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, 2002.

² Al respecto puede consultarse un breve pero iluminador texto de Ulrich Beck, *Sobre el terrorismo y la guerra*, 2003.

da", "de riesgo" o "fluida".³ Evidentemente, la posibilidad de esta distinción temporal se debe a los múltiples intercambios de ideas e informaciones que han tenido las ciencias sociales en las últimas décadas; la sociología se ha visto especialmente beneficiada, en este sentido, del contacto con la historia y la historiografía, como lo muestra la sensibilidad del pensamiento sociológico contemporáneo hacia la historicidad y la temporalidad.

Uno de los aspectos más relevantes que pueden advertirse en estas discusiones es que se percibe en las formas de vida actuales que el espacio y el tiempo son experimentados de una manera distinta a la que correspondería a la modernidad temprana; más aún, se considera en muchos casos que el eje de diferenciación más importante de la experiencia histórica de la modernidad entre sus inicios y la actualidad es precisamente la manera como ha cambiado el espacio/tiempo. El propósito de este trabajo es mostrar que en el pensamiento sociológico clásico subyace una noción prerreflexiva de espacio como el lugar, el *locus* de la acción y que, en cambio, en la sociología contemporánea se tematiza el espacio reconociendo su actual carácter plurívoco y diverso y que estas variaciones semánticas no pueden entenderse sin hacer referencia al tipo de experiencia histórica que en cada caso se trató o se trata de hacer inteligible.

LA SITUACIÓN DE OBSERVACIÓN

Los sociólogos frecuentemente hablamos de los conceptos y categorías que forman parte de nuestro patrimonio de conocimiento como si fuera algo fijo y estable. En realidad no lo es. Detrás de cualquier idea o concepto están determinados tipos de experiencia histórico/social, precisamente aquella que, a través de ellos, se trata de hacer inteligible. Cuando esta experiencia cambia (inde-

³ Aunque los sociólogos ubican la modernidad inicial en los siglos XVII/XVIII, nos parece más útil la periodización de los historiadores que la sitúa, generalmente, en los siglos XIV/XV, puesto que abarca un periodo más amplio que, en consecuencia, favorece la comparación. Véase Ruggiero Romano y Alberto Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno*, 1981, particularmente el capítulo 10.

pendientemente de las causas y de la velocidad) los conceptos recibidos requieren de un ajuste, de una resignificación que les posibilite mantener su capacidad de conocer, explicar y comprender las nuevas situaciones. En este ajuste, conviven no sin tensión, tradición e innovación, puesto que ningún cambio ocurre en el vacío, sino en el contexto de horizontes y tradiciones específicas que son, precisamente, la condición de posibilidad de redescrición de lo recibido por una comunidad intelectual.

Como las posibilidades de reconstrucción y análisis de un patrimonio conceptual son múltiples y diversas, consideramos necesario especificar los puntos de partida de nuestro propio "recorte". De las tradiciones interpretativas de la teoría social, así como de la historia y la historiografía, hemos tomado los siguientes presupuestos (o prejuicios) para el examen de las modificaciones semánticas que ha tenido el concepto de espacio en la sociología:

- 1) Las comunidades humanas son entidades histórica y simbólicamente orientadas que actúan en el estrecho espacio que media entre el condicionamiento "material" y los marcos de significación a través de los cuales "filtran" dichos condicionamientos. En este sentido, partimos de que tanto las estructuras sociales como los modos de vida sociales son construcciones simbólicas intersubjetivamente compartidas.⁴
- 2) Las sociedades no son, *están siendo*,⁵ por lo que cualquier observador que tome como problema el cambio en cualquiera de sus dimensiones tiene que reflexionar sobre lo que significa, tanto teórica como metodológicamente, abordar las variaciones culturales, económicas, históricas, lingüísticas, etcétera, de un "objeto" acotado, históricamente hablando. En este sentido consideramos un problema epistemológico de primer orden la imputación de modificaciones en la experiencia sociohistórica por parte del observador. Al afirmar que algo se transformó, el observador introduce un juicio comparativo entre el "antes" y el "después", el cual puede

⁴ Alfred Schutz. *La fenomenología del mundo social*, 1972.

⁵ Norbert Elías. *El proceso de la civilización*, 1987.

ser explícito o simplemente formar parte de los supuestos de fondo de los que se parte en la investigación. A la luz de los desarrollos de la teoría social y la historiografía contemporánea, pensamos pertinente una elaboración mínimamente reflexiva de esta dimensión temporal, a fin de contar con criterios de orientación de las prácticas disciplinarias implicadas en la observación que contribuyan a incrementar nuestra capacidad de explicar y comprender la realidad histórico-social. Esto requiere un enfoque diacrónico que permita el trazo de un arco temporal que posibilite la identificación de lo *nuevo*⁶ en la experiencia.

- 3) Los conceptos son índices y factores de las experiencias histórico-sociales⁷ de las generaciones que nos han antecedido en el tiempo y frente a las cuales estamos en posición de sucesores, de herederos de legados y tradiciones culturales que nos han sido transmitidas, precisamente, a través de procesos de aprendizaje histórico-social que se organizan alrededor de cadenas intergeneracionales. Por más abstracto que pueda ser un concepto, arraiga siempre en este "acervo" de experiencias humanas acumuladas que son el referente empírico de aquello que los conceptos tratan de hacer inteligible al permitirnos nombrar, clasificar, hipotetizar y, eventualmente, comprender y explicar la realidad histórico-social.
- 4) Tanto el actor en el mundo ordinario, como el observador en el campo de los "expertos", comprenden y explican el mundo a partir de marcos de interpretación que están organizados como acervos de conocimiento "a mano". La tradición fenomenológica ha mostrado que estos patrimonios de conocimiento son válidos "hasta nuevo aviso", es decir, que mientras la experiencia confirme que dichos marcos son su-

⁶ Lo nuevo siempre arraiga en lo anterior, entretejiendo repetición y novedad. Nadie innova a partir de cero, sino siempre en el terreno de lo recibido por los antecesores, frente a los cuales estamos en posición de *herederos*. Véase Paul Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, 2004.

⁷ Sobre este tema puede consultarse Reinhart Koselleck, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, 1995.

ficientes —en el mundo ordinario para continuar adelante y en el mundo científico para seguir produciendo conocimiento válido y significativo— se dan por sentados y no se cuestionan. Sólo cuando surge un *problema*, una falla, una fisura en el curso del pensamiento o de la acción, el observador o el actor se ven movidos a pasar de la *actitud natural* a la *actitud reflexiva* y cuestionar los marcos de interpretación recibidos.⁸ En estas coyunturas, las comunidades disciplinarias revisan, cuestionan, critican las herramientas propias de sus tradiciones y llevan a cabo procesos de resemantización conceptual que tienen como propósito incrementar su capacidad de orientación histórico-social.⁹ El estudio de estas variaciones requiere un enfoque diacrónico que posibilite un trazo comparativo que nos muestre qué se conserva, qué se modifica y qué se reinterpreta en el devenir histórico, así como una perspectiva transdisciplinar que permita a los sociólogos nutrirse de los aportes de la historia, la historiografía y la filología.

Aunque no es el lugar para hacer un comentario extenso al respecto, consideramos pertinente señalar que ha sido de este conjunto de supuestos del que hemos obtenido los criterios de selección y las preguntas que han orientado nuestro trabajo sobre el tema del cambio conceptual, el desarrollo de la sociología como disciplina y sus vínculos con las transformaciones de los horizontes simbólicos y prácticos de la sociedad. Este escrito es uno de los resultados de esta línea de indagación.

⁸ La sociología fenomenológica de Alfred Schutz sostiene que la comprensión es una condición ontológica del mundo social, no sólo una metodología del observador, por lo que para él los seres humanos significan y comprenden simbólicamente la realidad en su conjunto. Esta comprensión tiene lugar a partir de la actitud natural, que suspende toda duda acerca de lo real; la actitud del observador es la reflexiva, que suspende toda certeza a fin de investigar cómo se construye lo que se toma como *dado* en el mundo común y corriente. Véase Alfred Schutz, *El problema de la realidad social*, 1987.

⁹ Véase Jörn Rüsen. "Ilustración histórica de cara a la posmodernidad: la historia en la era de la Nueva Dispersión", 2000.

*EL ESPACIO EN LAS TIPOLOGÍAS DE LA TEORÍA
SOCIOLÓGICA CLÁSICA: CONCEPTOS Y EXPERIENCIA HISTÓRICA*

La sociología, desde sus orígenes como disciplina institucionalizada hacia finales del siglo XIX, tuvo entre sus propósitos fundamentales explicar la lógica social del mundo moderno. Todas sus tradiciones intelectuales, de un modo u otro, se orientaron a dilucidar los procesos de cambio que estaban experimentando las sociedades europeas desde los siglos XVII y XVIII. Las tipologías más célebres del pensamiento sociológico clásico, tales como solidaridad mecánica/solidaridad orgánica en Émile Durkheim; comunidad/sociedad en Ferdinand Tönnies; vida militar/vida industrial en Herbert Spencer; acción racional/acción tradicional en Max Weber o la oposición sociedad tradicional/sociedad moderna en Talcott Parsons, se elaboran como instrumentos analíticos para hacer inteligibles estos procesos. Lo relevante para el tema que nos ocupa es que este conjunto de conceptos se elaboran dando por sentado, tácitamente, una noción de espacio entendido como lugar, como la *sede física* de la acción social y de los procesos sociohistóricos en general.

La construcción de las tipologías señaladas partió de varias preguntas centrales: ¿cómo cambian las sociedades?, ¿cómo es posible explicar la profundización de la división del trabajo y el debilitamiento del orden tradicional?, ¿cómo puede entenderse la emergencia de formas de sociabilidad que ya no tienen su referencia ni en la proximidad física ni en la mesa ni en la sangre?, ¿qué significa el crecimiento exponencial de las relaciones impersonales mediadas por el mercado y el dinero?, ¿a qué formas de vida y organización institucional apunta el incremento de las interdependencias sociales implicadas en el orden social *moderno*?

Las respuestas conceptuales a estas preguntas fueron variadas, pero, como señalamos antes, comparten una noción aporosa de espacio como lugar físico que se corresponde con la experiencia del mundo ordinario de la época, escasamente diferenciado (en comparación con el nuestro) y arraigado a la comunidad local y las relaciones "cara a cara". Así, el positivista Émile Durkheim, fundador de la sociología como disciplina autónoma, entiende la moder-

nidad como el resultado del pasaje de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica. La primera es definida como el tipo de vínculos sociales que unen "partes" semejantes, producto de una estructura social simple, cuyos rasgos más visibles son una escasa densidad territorial que condiciona que las poblaciones estén aisladas, dispersas por territorios poco abarcables, dadas las limitaciones de los medios de transporte y comunicación; la proximidad física como la pauta común de la sociabilidad; y un bajo desarrollo de la división del trabajo y, en consecuencia, de las interdependencias sociales. La solidaridad orgánica, en cambio, nace de una estructura social compleja que implica un incremento de la densidad demográfica, el crecimiento de las ciudades,¹⁰ la multiplicación de las redes de interdependencias entre los miembros de la colectividad, así como una profundización constante de la división del trabajo en todas las esferas de la vida social (mercado, ciencia, derecho, educación, etcétera), misma que encuentra su condición de posibilidad en la mejora de los medios de comunicación y de transporte que hacen accesibles nuevos espacios geográficos a la sociedad que son sometidos a diversas formas de control y explotación.

En las coordenadas de la tradición histórico-culturalista alemana, el concepto de comunidad de Tönnies asume también esta noción de espacio. Este autor define la comunidad como una forma de sociabilidad humana caracterizada por la proximidad física, por las relaciones cara a cara, por la adscripción a una vecindad y un territorio comunes, por los lazos de sangre, por la mesa, por los antepasados y por los marcos de sentido derivados de la tradición. En cambio, la sociedad se identifica por la impersonalidad, por la distancia física y social,¹¹ así como por institu-

¹⁰ Durkheim atribuye gran importancia al crecimiento de las ciudades en la emergencia de las estructuras modernas, dado que son centros que favorecen el tráfico social, un nuevo tipo de nomadismo y la multiplicación de los lazos entre los próximos y los lejanos.

¹¹ Representada, por ejemplo, en la ciudad, en las diferencias de clase y en la división capitalista del trabajo que es, en la modernidad, también una separación física de las tareas que se desempeñan en espacios geográficos recientemente segmentados, especializados y distintos del espacio doméstico: fábricas, oficinas, escuelas y talleres.

ciones diferenciadas sistémicamente y reguladas por entidades abstractas como el mercado, por marcos normativos universalistas o el dinero.

En esta misma tradición, Max Weber elabora un conjunto de conceptos generales (producto de las regularidades que identifica a través de la comparación histórica que implicó su labor como historiador de la economía) entre los que ocupa un lugar central la noción de Estado, al cual define como el instituto político que detenta el monopolio legítimo de la fuerza física en un *territorio* determinado.¹² El Estado como concepto sociológico en Weber tiene como referencia empírica una experiencia histórico-social en la que los Estados nacionales modernos buscan la protección y extensión de sus perímetros, el mantenimiento de un orden en un lugar específico, así como la definición y el control de los miembros de la comunidad política. En este sentido, al Estado corresponde la asignación del estatus de ciudadano como integrante de la *nación*. Aquí, espacio es idéntico a territorio físico y, evidentemente, es significado también como un recurso escaso por el cual los Estados compiten, por medios pacíficos o violentos, puesto que de su control depende la posición de éstos dentro de la jerarquía internacional de la política estatal. Siempre que los intereses de dos o más Estados se refieran al mismo territorio, la posibilidad de su coexistencia dependerá de que haya una frontera, un *límite* que separe sus respectivas esferas, el cual puede trazarse consensualmente o por la fuerza. A los Estados nacionales les fue necesario medir, racionalizar y controlar el espacio geográfico: los territorios debían ser conocidos e inteligibles a fin de controlar sus recursos.

Hacia mediados del siglo XIX, la sociología funcionalista norteamericana recoge la idea de espacio como lugar físico en la oposición conceptual moderno/tradicional, especialmente a través de la elaboración de Talcott Parsons.¹³ El tipo social moderno es el que va *adelante*, mientras que el tradicional va *detrás*, el que ha avanzado menos. Las sociedades tradicionales tienen escasas in-

¹² Véase Max Weber, *Economía y sociedad*, 1981, pp. 40 y ss.

¹³ Cf. Talcott, Parsons *El sistema social*, 1978.

terdependencias, poca movilidad geográfica, están coordinadas por marcos normativos particularistas y locales, sus miembros actúan orientados por los referentes adscriptivos de la vecindad común, la solidaridad relacional que nace de la proximidad física, la familia y la religión. Las sociedades modernas tienen estructuras complejas, tienden a la individualización de sus miembros, a la impersonalidad, al incremento de las interdependencias funcionales entre las distintas partes de la sociedad, así como a la multiplicación de las relaciones sociales coordinadas por medios simbólicos de intercambio, como el dinero, la influencia y el poder. Esta tipificación de las sociedades implica una teoría de la evolución que valora diferencialmente lo que ocurre antes y lo que ocurre después: devalúa el pasado, sobrevalora el presente moderno y abraza expectativas de futuro según las cuales la sociedad seguirá una marcha progresiva hacia estados cada vez "mejores". Asimismo, la teoría parsoniana supone un concepto de sociedad como sistema de partes interdependientes que tiende a la auto-protección de sus *límites* en un entorno o ambiente físico. Si bien Talcott Parsons alcanza a entrever las dimensiones simbólicas de la acción —como puede verse en su teoría de los medios simbólicos de intercambio—, indudablemente sigue anclado a una idea prerreflexiva de espacio, al igual que los autores a los que nos hemos referido antes.

Aunque este patrimonio conceptual fue y continúa siendo una herramienta valiosa para el análisis del mundo social, pasa de largo frente al tema de cómo es que los conceptos, siendo por definición hijos de la abstracción, arraigan en experiencias humanas mediadas por procesos de significación, no sólo de las acciones, sino también de la realidad en general, incluido el espacio geográfico. En la sociología, dicho rápidamente, fue la perspectiva hermenéutico-interpretativa vinculada a Wilhelm Dilthey, Georg Simmel y Alfred Schutz, la que mayores aportaciones hizo a la comprensión de la dimensión simbólica de las nociones y conceptos que orientan tanto a los actores, como a los observadores. Sin embargo, su influencia en el análisis sociológico fue sumamente limitada, comparada con la que tuvieron los autores mencionados

antes.¹⁴ Por ejemplo, en su célebre obra *La fenomenología del mundo social*, publicada en 1932, Alfred Schutz advierte que los seres humanos viven en el mundo comprendiendo y significando la realidad física, social y simbólica.¹⁵ De esta manera, examina cómo un lugar geográfico, por ejemplo, tiene significaciones diversas dependiendo de las coordenadas espacio/temporales y biográficas del actor y/o del observador: un punto en un mapa para una persona puede ser sólo un trozo de territorio, pero para otra ese mismo punto representa simbólicamente su hogar o su tierra natal, por lo que la carga significativa implicada en cada caso es muy distinta.

La gran aportación de Alfred Schutz consistió en mostrar que toda la realidad es interpretada por los actores en el mundo de la vida a través de patrimonios de conocimiento que operan como "recetas", como marcos de significación de lo real que posibilitan que las personas cuenten con un "mapa" del mundo que les permita hacerlo significativo y, en consecuencia, manejable, al menos lo suficiente para sus propósitos prácticos. Esto representa en el pensamiento fenomenológico una *condición ontológica anterior al observador*. La consecuencia metodológica de este planteamiento es que se asume que el mundo histórico-social que el observador toma como objeto de investigación es una realidad significada e interpretada previamente por los actores en sus mundos cotidianos y ordinarios. Así, la fenomenología otorga a la comprensión un estatuto ontológico anterior al estatuto metodológico que impone al observador científico como tarea central, según esta perspectiva, *interpretar las interpretaciones* del mundo de la vida. Puede entenderse así que haya sido precisamente esta tradición de pensamiento la que pudo advertir que la realidad física nunca es sólo eso para los seres humanos, sino fundamentalmente una realidad

¹⁴ Sobre el peso diferencial de las diversas tradiciones de la teoría sociológica en el desarrollo de la disciplina, véase T. Bottomore y R. Nisbet, *Historia del pensamiento sociológico*, 1988, así como Salvador Giner, *Teoría sociológica clásica*, 2003.

¹⁵ La sociología comprensiva de Max Weber también repara en el problema de la significación, pero su límite analítico en relación con el concepto que nos ocupa lo adscribe exclusivamente a la acción social, por lo que su recorte no se detiene en los procesos de significación del espacio y la realidad física en general.

significativa y significada desde múltiples marcos de orientación simbólica y cultural, aportando con ello una valiosa herramienta para la reflexión sobre los conceptos y categorías que utilizan rutinariamente los sociólogos y los científicos sociales en general, así como también sobre las tipificaciones del lenguaje ordinario que utilizan los actores.

Contrastando estos conceptos con el conocimiento histórico del que disponemos sobre las estructuras y los modos de vida del mundo occidental, una conclusión parcial que podemos extraer del breve recorrido hecho hasta aquí es que el pensamiento sociológico clásico recoge la experiencia histórica de los albores de la modernidad inicial; en ella, ciertamente, la vida es predominantemente local, los condicionamientos geográficos más fuertes que en la actualidad, la separación y diferenciación funcionales están en ciernes, los vínculos sociales se entretajan pautados por la cercanía física; el nivel de desarrollo de los medios de comunicación y de transporte condicionan que los seres humanos raramente tengan la experiencia de salir de su entorno local,¹⁶ la circulación de informaciones, ideas, mercancías y personas es extremadamente limitada; la mayor parte de los habitantes del mundo no podían viajar, sus desplazamientos eran pocos y a pie, y la comunicación, sumamente estrecha.¹⁷ Es pertinente señalar que, todavía en el siglo XVIII, el mundo era muy "pequeño"; fuera de escasas zonas, el mapa del globo consistía en espacios blancos cruzados por las postas marcadas por los peregrinos, los exploradores y los mercaderes siglos atrás. La extensión y altura de las cadenas montañosas europeas, por ejemplo, era conocida, pero las de América Latina, Asia y África eran casi totalmente desconocidas.

Asociar los contenidos de la idea de espacio rastreados en la teoría sociológica clásica con la historia permite sostener que las razones por las cuales la conceptualización del espacio adscribe

¹⁶ Desde luego, siempre han existido actores con mayor movilidad que otros, como los viajeros, peregrinos, ermitaños, vagabundos, mercaderes, misioneros, artesanos, buhoneros, soldados, etcétera. Pero, en el contexto señalado, eran verdaderamente excepciones.

¹⁷ Eric Hobsbawm señala que la noticia de la caída de La Bastilla tardó trece días en llegar a Madrid. Cf. Eric Hobsbawm, *La era de la revolución*, 1997, pp. 17 y ss.

su contenido semántico al *lugar* están vinculadas a la especificidad de este contexto. Las discontinuidades, los matices que ahora es posible percibir a partir del contraste presente/pasado, no formaban parte de las condiciones ontológicas de dicho horizonte y constituyen imputaciones retroactivas desde la situación contemporánea de la observación.

No es ocioso señalar, en este sentido, que la situación ontológica del observador del pasado implica un ángulo de visión que necesariamente es más amplio que el de sus antecesores, ya que conoce las consecuencias de los procesos y tendencias examinados por ellos.¹⁸

*ESPACIO Y EXPERIENCIA EN LA MODERNIDAD
TARDÍA: LA REDESCRIPCIÓN CONCEPTUAL*

A la luz de la experiencia histórico-social de las sociedades contemporáneas, podemos ver que el concepto de espacio como lugar físico/geográfico, sede por excelencia de la acción social durante miles de años de historia humana, no permite ya comprender cabalmente la experiencia social contemporánea, la cual desborda la dimensión específicamente geográfica que tenía aún en la modernidad temprana. Sociológicamente, el concepto de espacio que aparece en los debates actuales ya no designa únicamente el lugar geográfico donde tienen lugar la interacción social, la conquista, la producción o la guerra, sino que ha incorporado significados plurívocos que tratan de hacer inteligibles aspectos de la vida humana que no existían en la modernidad inicial, tales como la interacción mediada tecnológicamente, el recrudescimiento de los procesos de individualización, el desdibujamiento de las fronteras entre lo externo y lo interno a nivel del mercado, la profundización de los vínculos entre lo local y lo global, la "compactación"

¹⁸ Gadamer sostiene, en este sentido, que como contemporáneos sabemos más que las generaciones que nos han precedido. Véase Hans Georg Gadamer, *Verdad y método*, 1987.

de las distancias y de las barreras geográficas, la desterritorialización del capital y la difusividad de las fronteras entre Estados.¹⁹

La emergencia de estos aspectos de la vida social en nuestras modernas sociedades contemporáneas está condicionada por la densificación de las redes de interdependencias mundiales, resultantes de la *aceleración* de los procesos de cambio tecnológico, especialmente en el campo de las comunicaciones en su sentido más amplio: capitales, informaciones, finanzas y conocimiento se mueven a una velocidad impensable hace tan sólo dos o tres décadas.²⁰ Las mercancías y las personas no escapan a esta tendencia, aunque a una escala menor, como lo muestran los ritmos de los flujos migratorios y los tiempos requeridos para la transportación de bienes por todo el globo terráqueo. Esto ha conducido a una deslocalización de la producción y del poder, así como al surgimiento de conflictos que rebasan ampliamente la capacidad de contención de los Estados nacionales, entre otros, el desempleo, la flexibilización del trabajo,²¹ la globalización de la criminalidad, el narcotráfico, el terrorismo como amenaza difusa global "sin lugar", el desgaste de los recursos naturales y el consecuente recrudescimiento de los problemas ecológicos,²² por mencionar sólo los más visibles. En el plano sociocultural no pueden dejar de mencionarse los procesos de diversificación de los marcos de sentido,

¹⁹ El espacio en el pensamiento sociológico contemporáneo tiene contenidos semánticos móviles y plurívocos que permiten hablar de espacios físicos, espacios simbólicos, espacios intelectuales, espacios personales e íntimos, espacios públicos, espacios privados, espacios cibernéticos o virtuales, espacios científicos, espacios artísticos.

²⁰ Véase Manuel Castells, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura: fin de milenio*, 1998.

²¹ Sobre este tema puede consultarse Richard Sennet, *La corrosión del carácter. Los efectos del trabajo en la vida personal*, 2002.

²² Entre los grupos que mayor compromiso tienen hacia el medio ambiente, surge una nueva representación del espacio que, teniendo como punto de partida la crítica de las consecuencias secundarias de la modernidad en el mismo, apunta a un contenido semántico distinto: el espacio geográfico mundial (el globo terráqueo) como *herencia* que vincula a las generaciones actuales con las posteriores, inexistentes empíricamente, pero representadas y representables a través del tiempo futuro.

debido a la gran importancia que tienen como ejes de orientación de los comportamientos sociales e individuales, así como por su peso en la percepción que cada grupo e individuo tiene del espacio en sus situaciones vitales. La modernidad contemporánea indudablemente contiene novedades en la experiencia, pero hay que decir que, al tener su propia especificidad, son *efecto* no intencional de una historicidad de largo aliento que se ha hecho a “ras de suelo, con los pasos”.²³ Las variaciones temporales de estos pasos *construyen* los lugares.

Hemos visto que la idea de espacio como lugar arraiga en miles de décadas de historia humana en las que la vida era, justamente, local, y la movilidad geográfica extremadamente limitada.²⁴ El espacio tiene una historia que se modifica social, económica y políticamente; en función de esta historia el espacio se ensancha o se amplía, fluye o es algo fijo, es la sede local de la acción y/o la rebasa, limita o multiplica las posibilidades de la acción humana, aumenta o disminuye su disponibilidad, tiende a la homogeneidad o a lo plurívoco.²⁵ La modernidad es sólo una parte de esa historia. Ugo Pipitone recientemente la ha resumido metafóricamente de la siguiente manera: el *homo erectus*, partiendo de África, puebla el continente a lo largo de miles de años y, cuando lo abandona, va hacia Occidente y Oriente. La tribu se separa y, con el paso de los milenios, se olvida el lugar donde comenzó todo. Los ritmos del

²³ Cf. Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*, 2000, p. 109.

²⁴ El contraste con nuestra manera de vivir el espacio es enorme. La modernidad “achica” las distancias. Por ejemplo, Giddens cita que el tiempo que toma viajar de la Costa Este a la Costa Oeste de Estados Unidos se podría calcular del siguiente modo: a pie, el viaje llevaría dos años; a caballo, ocho meses; en coche o diligencia, cuatro meses; por ferrocarril, cuatro días; por líneas aéreas regulares a fines del siglo XX, cinco horas; por medio del transporte aéreo más rápido, aproximadamente dos horas. Cf. Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad*, 1997, pp. 147. Por su parte, Koselleck nos dice que en el siglo XVI existían en París únicamente tres coches: uno para el rey, otro para la reina y otro para un “señor noble que era demasiado gordo para montar a caballo”. Cf. Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, 2001, pp. 108.

²⁵ Sobre estos aspectos puede verse Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, 2001.

cambio se van recortando: los hombres inventan armas mortales hace 30 000 años; la agricultura, aproximadamente hace 12 000; las primeras culturas desarrolladas, hace 6 000. En algún momento intermedio, el *homo sapiens* (que se volvió tal recorriendo el mundo) había cruzado un helado estrecho de mar y comenzado a extenderse sobre un continente sin límites (al menos en ese entonces). “La tribu, cuyas mitades se habían perdido, se reencuentra consigo misma en 1492 y lo hace como si enfrentara al enemigo”.²⁶ Comienza aquí la lenta construcción de la unidad del mundo; en estos marcos, tiene lugar todo aquello que caracteriza nuestro moderno modo de vida; el mundo configurado por la ciencia, la técnica, la razón y la industria puso en marcha procesos de aceleración que alteraron radicalmente las relaciones entre tiempo y espacio.

La *globalización*²⁷ es uno de los términos que recoge y hace inteligible este proceso histórico de densificación de las interdependencias, al mismo tiempo que da cuenta de una toma de conciencia (reciente) de su extensión por todo el globo terráqueo, de su capacidad de producir espacios *nuevos* (que no son físicos), del incremento de la velocidad del cambio societal, así como de la dimensión planetaria de las consecuencias no intencionales de la modernidad y las modernizaciones de los últimos dos siglos. “Fluido”, “líquido”, “liviano”, son algunos de los adjetivos que se asocian a la modernidad contemporánea para identificar sus diferencias con otra, anterior, “sólida”, “estable”, “densa”, que ya no es procesable con conceptos que excluyan una reflexión mínima sobre el espacio.

²⁶ Cf. Ugo Pipitone, *Caos y globalización*, 2002, pp. 15.

²⁷ No podemos profundizar aquí en la ambivalencia de la experiencia que recoge este concepto, pero señalaremos rápidamente que, lo que para unos es globalización, para otros es localización; lo que para ciertos grupos es movilidad creciente, para otros representa una fijación cada vez mayor al lugar. Sobre este tema puede revisarse Zigmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, 1998.

CONCLUSIÓN

El paso del concepto de espacio como lugar geográfico a la idea de espacio como una entidad múltiple y plurívoca, que podemos advertir en la descripción que la sociología ha hecho de la modernidad contemporánea, tiene como condición de posibilidad la diferenciación "acumulativa" de las formas de vida y de las estructuras sociales que experimentaron los seres humanos en Occidente desde hace cinco siglos. Estos procesos rompen la homogeneidad de las formas de vida anteriores, ensanchan el espacio geográfico y posibilitan, tiempo después, la diferenciación de la sociedad en esferas autónomas, cada una de las cuales tendría su propia lógica y sus propios criterios internos de funcionamiento: economía, moral, derecho, arte, ciencia, vida personal, etcétera. Como tendencia, este conjunto de cambios fue identificado claramente por el pensamiento sociológico clásico de Émile Durkheim y, sobre todo, de Max Weber. La dimensión que no pudieron ver, porque no estaba en su espacio de experiencia, fue la tendencia al aceleramiento creciente de los procesos de cambio que describen a partir de sus tipologías. Aunque ya desde 1830 el mundo europeo se asombraba con el aumento de la velocidad de la transportación de objetos y personas que posibilitaron el ferrocarril o los barcos de vapor; aunque el Imperio Austrohúngaro tenía, en consecuencia, 50 000 kilómetros de caminos hacia 1850 y Estados Unidos 170 000 millas en el mismo año;²⁸ aunque por tierra, aire y mar el espacio geográfico disponible se estaba ensanchando cada vez más, nada indicaba la dimensión y la *escala* de los cambios futuros. Nada sugería, por ejemplo, que la humanidad pasaría de aproximadamente quinientos millones en el siglo XVII a los seis mil doscientos millones que hoy poblamos el globo terráqueo. Nada indicaba, tampoco, que las modernas señales electrónicas que cruzan ahora el espacio aéreo generarían espacios simbólicos disociados del lugar, posibilitando la comunicación instantánea entre *distantes*. Tampoco podía preverse que, completada la conquista del espacio físico, las sociedades modernas continuarían con la ilusión de la conquista

²⁸ Cf. Eric Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 177 y ss.

del espacio extraterrestre o, más recientemente, con la colonización del cuerpo como espacio a conquistar y dominar, como puede advertirse en las expectativas utópicas que se proyectan hacia el cuerpo, el envejecimiento, el dolor o la muerte. En cada uno de estos casos, la idea de espacio supone contenidos y significaciones diversos.

Hemos seleccionado el término globalización para contrastar las nociones de espacio implicadas en la sociología clásica y la que es elaborada (más bien, la que está en elaboración) ahora en esta disciplina, porque articula tanto las dimensiones de la experiencia social del espacio en el plano de las estructuras, como las asociadas a sus consecuencias en el mundo de vida ordinario. Por otra parte, su examen permite la observación y la reflexión sobre otros conceptos secundarios, tácitamente implicados en él, de uso rutinario en la sociología y que implican (reflexivamente o no) nuevos modos de entender el espacio.²⁹

La sociología, como cualquier otra disciplina histórica, depende de sus herramientas conceptuales para tratar de producir conocimiento válido, por lo que la reflexión sobre la manera en que cambian éstas a lo largo del tiempo, la variación de sus contenidos semánticos en su uso práctico, así como la aclaración del tipo de experiencia histórica que es su referencia, constituye una tarea disciplinar relevante que merece ser atendida.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Zigmunt. *La globalización. Consecuencias humanas*. Trad. Daniel Zadunai Sky. México, Fondo de Cultura Económica, 1998. 171 pp.
- . *Modernidad y ambivalencia*. Trad. Enrique y Maya Aguiluz. Madrid, Anthropos, 2004. 380 pp.
- Beck, Ulrich. *Sobre el terrorismo y la guerra*. Trad. R. S. Carbó. Barcelona, Paidós, 2003. 61 pp.

²⁹ Es el caso de los siguientes términos: trabajo flexible, mercado formal/informal, espacios público, privado e íntimo.

- , Anthony Giddens *et al.* *Modernización reflexiva*. Trad. Jesús Albores. Madrid, Alianza, 1997. 265 pp.
- Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura: fin de milenio*. Madrid, Alianza, 1998. 592 pp.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. Trad. Alejandro Pescador. México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, 2000. 229 pp.
- Dilthey, Wilhelm. *Dos ensayos sobre hermenéutica*. Trad. Antonio Gómez Ramos. Madrid, Istmo, 2000. 247 pp.
- Duby, Georges. *Año 1000. Año 2000. La huella de nuestros miedos*. Trad. Óscar Ruiz Molina. Santiago de Chile, Andrés Bello, 1997. 141 pp.
- Elías, Norbert. *El proceso de la civilización*. Trad. Ramón García Cotarelo. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. 581 pp.
- . *La sociedad cortesana*. Trad. Guillermo Hirata. México, Fondo de Cultura Económica, 1997. 404 pp.
- Gadamer, Hans G. *Verdad y método*. Trad. Ana Agud y Rafael de Agapito. Salamanca, Sígueme, 1987. 697 pp.
- Giddens, Anthony. *La constitución de la sociedad*. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires, Amorrortu, 1997. 412 pp.
- Giner, Salvador. *Teoría sociológica clásica*. Barcelona, Ariel, 2003. 400 pp.
- Hobswam, Eric. *La era de la revolución, 1789-1848*. Trad. Felipe Ximénez de Sandoval. Barcelona, Crítica, 1997. 340 pp.
- Jameson, Frederik. *Una modernidad singular. Ensayos sobre la ontología del presente*. Trad. Horacio Pons. Barcelona, Gedisa, 2002. 204 pp.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro Pasado*. Trad. Norberto Smilg. Barcelona, Paidós, 1995. 368 pp.
- . *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Trad. Daniel Innerarity. Barcelona, Paidós, 2000. 154 pp.
- . *Aceleración, prognosis, secularización*. Trad. Faustino Oncina Coves. Valencia, Pre-textos, 2003. 97 pp.
- . *historia/Historia*. Trad. Antonio Gómez Ramos. Madrid, Trotta, 2004. 153 pp.
- Le' Goff, Jacques. *La baja edad media*. Trad. Lourdes Ortiz. México, Siglo XXI, 1975. 336 pp.

- Nisbet, R., y T. Bottomore. *Historia del pensamiento sociológico*. Trad. Leonardo Wolfson, Lidia Espinosa y Ariel Bignani. Buenos Aires, Amorrortu, 1988. 797 pp.
- Parsons, Talcott. *El sistema social*. Buenos Aires, Revista de Occidente, 1978.
- Pipitone, Ugo. *Caos y globalización*. México, Centro de Investigación y Docencia Económica, 2002. 40 pp. (Documentos de Trabajo, 18.)
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*. Trad. Agustín Neira. Madrid, Trotta, 2004. 684 pp.
- Romano, Ruggiero y Alberto Tenenti. *Los fundamentos del mundo moderno*. Trad. Marcial Suárez. México, Siglo XX, 1981. 327 pp.
- Rüsen, Jörn. "Ilustración histórica de cara a la posmodernidad: la historia en la era de la Nueva Dispersión." Trad. Kermit McPherson. Pappe, Silvia, coord. *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2004. pp. 427-456.
- Schutz, Alfred. *La fenomenología del mundo social*. Trad. Eduardo Prieto. Barcelona, Paidós, 1972. 279 pp.
- . *Estudios sobre teoría social*. Trad. Néstor Miguez. Buenos Aires, Amorrortu, 1974. 276 pp.
- . *El problema de la realidad social*. Trad. Néstor Miguez. Buenos Aires, Amorrortu, 1987. 327 pp.
- y T. Luckman. *Las estructuras del mundo de la vida*. Trad. Néstor Miguez. Buenos Aires, Amorrortu, 1977. 313 pp.
- Sennet, Richard. *La corrosión del carácter. Los efectos del trabajo en la vida personal*. Trad. Marco Aurelio Galmarini. Madrid, Anagrama, 2002. 185 pp.
- Simmel, Georg. "El espacio y la sociedad". *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza, 1986. pp. 643-740.
- Weber, Max. *Economía y Sociedad*. Trad. José Medina Echavarría, Juan Roura Parella, Eugenio Imaz, Eduardo García Maynez, Jose Ferrater Mora. México, Fondo de Cultura Económica, 1984. 1237 pp.

Metáforas del espacio

La construcción del *espacio letrado* en los albores del siglo XIX mexicano. El *Diario de México*

Esther Martínez Luna*

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS fundamentales del primer cotidiano de la Nueva España, el *Diario de México*, hasta hoy escasamente estudiada, fue el haber dado cabida a las discusiones constantes que los distintos actores de la sociedad letrada de principios del siglo XIX en nuestro país sostuvieron entre sí.

El *Diario de México*, desde su nacimiento, dio cobijo al ejercicio público e independiente de la palabra escrita, a pesar de la censura a la que eran sometidos los textos que se publicaban en sus páginas. El único límite que tuvo nuestro periódico respecto a lo que publicaba era el relativo a los temas políticos.

Por otro lado, también resulta destacable el hecho de que el *Diario de México* no fuera un periódico editado por un solo hombre a la manera de ciertos periódicos europeos que tuvieron su auge en el siglo XVIII. El periodismo ejercido en las páginas de nuestro cotidiano tenía como propósito ser una empresa colectiva, en la cual, si bien no se renunciaba a obtener ciertas ganancias pecuniarias, sobre todo se pretendía suscitar, reunir y articular la colaboración de los hombres educados de la sociedad novohispana para que participaran con su inteligencia y sus conocimientos en la discusión de los asuntos públicos y en el examen más o menos especializado de una gran diversidad de temas tanto de índole

* Instituto de Investigación Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

científica, filosófica y económica, como de asuntos educativos, filológicos, históricos y literarios. Por todo lo anterior, estamos en condiciones de afirmar que las páginas del *Diario de México* se convirtieron en el primer *espacio público* de carácter independiente de que hayan gozado las élites intelectuales del Virreinato de la Nueva España.

A este panorama habría que añadir a quienes se sumarían al grupo de consumidores del *Diario*: los lectores. Los lectores del *Diario de México* eran un grupo letrado que compartía un sistema de valores culturales semejante al discurso ideológico de los artículos publicados en el cotidiano. Este discurso se caracterizaba primordialmente por su interés y conocimiento del mundo grecolatino, así como también por las lecturas de ciertos autores franceses, ingleses y clásicos españoles. De tal manera que cuanto consumían como lectores no estaba fuera del capital cultural que poseían de acuerdo con los diversos instrumentos e instituciones educativas que los habían puesto en contacto con los bienes culturales de su tiempo y de su entorno. Por lo tanto, estos lectores tenían la capacidad y las herramientas no sólo para consumir y disfrutar pasivamente, sino para responder, cuestionar, corregir o enriquecer con su punto de vista lo publicado en el *Diario*. Como resulta casi natural, de acuerdo con lo que venimos exponiendo, muchos lectores del *Diario de México* se convirtieron también en colaboradores, pues no les resultaban ajenas las preocupaciones que animaban el debate público. En este sentido, podemos afirmar que si bien el *Diario* tenía un campo de difusión de cierta manera reducido, esta limitante se compensaba con los lectores activos que rápidamente se convirtieron en los protagonistas del espacio público articulado en las páginas de este órgano.

Cabe destacar que la intención de los lectores-colaboradores del periódico era brindar remedios y soluciones a los problemas que aquejaban a la sociedad de acuerdo con el afán de contribuir con el bien público. Estos lectores-colaboradores, en primera instancia, buscaban tener un peso en la vida de su comunidad mediante su participación en un espacio público donde pudieran emitir propuestas o consejos prácticos para reformar lo que a su decir era incorrecto. De tal manera que tenemos en el *Diario* a un

grupo de individuos interesados en hacer uso de su capacidad racional, participando con sus opiniones para solucionar los diversos problemas sociales y, a la vez, modificar la marcha de los asuntos públicos de la Nueva España.

Por otra parte, en el *Diario de México*, incluso en las materias relacionadas con la literatura, el partido de la razón ilustrada también era observado celosamente. Por ejemplo, quienes reflexionaban sobre la preceptiva literaria querían demostrar que en América se producían obras de calidad comparables a las que formaban parte de las literaturas europeas.¹

De acuerdo con esta intensa actividad desarrollada en las páginas del *Diario*, podemos afirmar que los primeros lustros del siglo XIX en México se abren al debate en todos los campos del conocimiento. Los hombres ilustrados que se daban cita en nuestro primer cotidiano comenzaron a darse cuenta de que tenían una voz propia que les permitía expresarse y dialogar, e incluso disentir entre sí. La identidad de esta clase letrada en formación dependía de la discusión y la circulación libre de las ideas en el *Diario*, ya que estas discusiones permitían a sus miembros relacionarse para compartir un mundo de conocimientos que los separará y diferenciará de otros grupos sociales. La discusión pública les abrió un espacio de comunicación que les hizo singularizarse como clase, pues representaban un selecto grupo de hombres que pertenecía a un ámbito social reducido que sabía expresarse por escrito y que estaba en posesión plena de tradiciones intelectuales como la retórica, la versificación o el arte de la traducción. En consecuencia, los debates llevados a cabo en las páginas del periódico son la expresión clara y abierta de un espíritu renovador que se manifiesta en los intensos debates periodísticos registrados fielmente por el *Diario de México*; espíritu que ha comenzado a gestarse en el ocaso de la sociedad novohispana.

Es importante señalar, una vez más, que este grupo de letrados procuró ser un *poder autónomo* respecto de las instituciones y las dependencias gubernamentales a las que muchos de ellos perte-

¹ Véase Esther Martínez Luna, *Fray Manuel Martínez de Navarrete. Ediciones, lecturas, lectores*, 2004, p. 99.

nección, como las audiencias, cabildos, capítulos, seminarios, colegios, etcétera, y que este grupo intentó con enorme ímpetu formular su identidad social con base en las tradiciones intelectuales y las prácticas de cultura vinculadas a la letra impresa. Se trata de un "gremio simbólico", por así decirlo, articulado gracias a su libre concurrencia en el espacio público representado por el *Diario*. Los colaboradores del *Diario de México* fueron poseedores de una independencia intelectual que les permitió entablar una conversación sin la necesidad de emitir sus puntos de vista en obediencia a su estatuto como funcionarios del gobierno virreinal, en caso de serlo, sino como un grupo que confía en las virtudes racionales del diálogo público y que no conoce ninguna jerarquía ajena a las tradiciones intelectuales que conducen su debate.²

Desde que apareció el primer número del *Diario de México*, la idea de lo que era un hombre ilustrado se definió con plenitud. Un artículo firmado por "El Proyectista" Jacobo de Villaurrutia nos describe claramente qué era ser un letrado en los primeros lustros del siglo XIX. El contenido de esa contribución es tan importante para nuestros intereses que se justifica la extensa cita que haremos en seguida:

Es el caso que yo no he fijado mi pie por mucho tiempo en ninguna parte, desde muchacho he andado de aquí para allí, y así he corrido la zeca, y la meca, he visto bastante de tres partes del mundo, entiendo el idioma Toscano, el Francés, el Portugués, el Latín, algo de Inglés, y con el auxilio de estos idiomas, he pasado revista a lo demás del Orbe, por medio de los libros históricos, y geográficos antiguos, y modernos. En el Rollin tomé una idea general de las naciones que vinieron a desaparecer sumergidas, o confundidas en la excesivamente ponderada república romana, y en otros autores que no quiero citar porque no

² Este aspecto lo ha explicado acertadamente Ángel Rama al hablar de los hombres letrados en general que "también por su experiencia saben que puede modificarse el tipo de mensajes que emitan sin que se altere su condición de funcionarios, y ésta deriva de una intransferible capacidad que procede de un campo que les es propio y que dominan, por el cual se les reclaman servicios, que consiste en el ejercicio de los lenguajes simbólicos de la cultura", en *La ciudad letrada*, 1984, p. 31.

se me gradúe de pedante, me he impuesto a la perfección en las costumbres, la política, la filosofía, la moral, la jurisprudencia, la economía, *la bélica*, esto es, el arte de la guerra, de todas las naciones civilizadas, y de muchas que no se cuentan en este número. Sobre todo conozco a fondo por adentro, y por afuera las celebradas repúblicas de Grecia, que en efecto merecen gloria inmortal en *algunas cosas*, y hasta me he paseado por las calles de Atenas, guiado por Mr. Barthelemí en su puntualísimo *Viaje de Anacharsis*. No me son desconocidas las repúblicas de Platón, el Smith, etcétera.

Ahora bien un hombre como yo, que no tiene ningunas cabras que guardar, que junta a los indicados otros conocimientos, que omito por no ser jactancioso, que sabe *cuasi* de memoria *El Quijote*, *El Telémaco*, y el inapreciable tratado de *El comercio, y el gobierno mirados con relacion recíproca*, escrito por Condillac, y traducido en las memorias de Suárez con mucho demérito, por haberlo querido castellanizar demasiado, fundiendo en unas cláusulas dilatadas y confusas, lo que el original dice con claridad en periodos pequeñitos [...]

Por otra parte el hábito de leer, meditar, combinar, y calcular, el de tratar con sabios, por que yo huyo de la conversación insulsa de las mujeres, y del mayor número de los hombres, que no saben hablar, sino cuando se trata del negocio, esto es de ganar dinero, o de frivolidades, de bailes, paseos etcétera; me han puesto en estado de dar un proyecto para cualquier cosa que ocurra. De repente soy capaz de dictar leyes fundamentales para una república absolutamente democrática, federativa, o representativa, una aristocracia, una oligarquía, una monarquía, o un gobierno mixto: las reglas para la fundación de un gran pueblo marítimo, o interno, con cuanto es necesario para su policía, y buen gobierno, en cuyas dos palabras se comprende la seguridad, la comodidad, y cuanto es preciso para la felicidad civil.

Sin embargo de esto, y de que en mis conversaciones familiares me dejo ir en las materias que se tocan, y que por eso mis amigos me llaman *proyectista* [...] Si uno propone un pensamiento es el blanco... etcétera. En una palabra, por no perder enteramente mi trabajo, ya que el *Diario* nos abre una puerta tan franca, si V. las ha de publicar (*) le dirigiré de cuando en cuando mis cartas, que así podré decir algunas cosas buenas, sin los recelos que me detienen para presentarme de cuerpo entero en una palestra. Si se utilizaren, grandemente, tendré

mucho gusto en ello; y si no paciencia, que poco se pierde; pero ad-
vierto desde ahora, que no soy inventor, las más de las especies son
adquiridas, aplicadas, o combinadas, y no guardaré orden, sino que
cada vez escribiré sobre lo que me ocurra.

El Projectista.

(*) *Lo harémos siempre que se observen las calidades prescritas en el
prospecto: y en su caso darémos los tajos convenientes, como lo hemos
hecho en esta, siguiendo la regla de que *utile per inutile non vitiatur*. Y
con un auxiliar tan armado, no tenemos ya que temer. D[iarista].³*

Al leer esta larga cita no queda duda de que las lecturas obliga-
das para un hombre del siglo XVIII y de los primeros lustros del si-
glo XIX en México están expresadas por este colaborador del
Diario. En esas líneas figuran las autoridades clásicas y diecioches-
cas de la retórica, *les philosophes*, los clásicos castellanos, los temas
relativos a la administración pública estudiados por los padres
fundadores de las ciencias sociales y políticas, la necesidad de leer
en varias lenguas, tanto clásicas como modernas. El testimonio in-
telectual de El Projectista evidencia que puede participar del de-
bate público sostenido por una comunidad profundamente afec-
tada por los bienes de la cultura letrada; el capital cultural referi-
do en esas palabras le permite subrayar a su autor, por un lado,
su diferencia respecto del resto de la gente; y, por el otro, incluirse
en una clase social en ciernes que se está abriendo un nuevo espa-
cio de sociabilidad intelectual. Una clase social configurada sim-
bólicamente por este patrón de consumo de bienes culturales y
por el optimismo y el entusiasmo que caracteriza su avidez de co-
nocimientos. La idea en la que nos sumerge la lectura del texto de
"El Projectista" es una propuesta fuertemente determinada por la
cultura letrada que implica el ejercicio de las facultades intelec-
tuales más refinadas para lograr el "bien común", pero desde un
espacio público donde se puede participar activamente en la re-
forma de todos los ámbitos de la esfera social y cultural, de un

³ *Diario de México*, t. I, núm. 1, 1 de octubre de 1805, pp. 2, 3, 4. Transcribo respec-
tando la ortografía y la sintaxis originales. Sólo se han corregido erratas evidentes.

modo en apariencia “sutil” para no inquietar a la autoridad virreinal. Esta definición de hombre letrado nos traza también la imagen de un sujeto elitista y refinado que posee una inteligencia libre de ataduras tradicionales y que privilegia el orden y el trabajo dictado por las conquistas de la razón; además, el autor de este pasaje periodístico no pierde la oportunidad de proponer su participación activa como miembro de la sociedad novohispana.⁴

Si todo lo anterior ya resulta destacable, no podemos dejar de referir que este “retrato de sí mismo” que hace “El Proyectista” y envía al *Diario* nos recuerda uno de los hábitos más comunes del periodismo europeo. Me refiero al retrato que hacían de sí mismos los escritores Joseph Addison y Richard Steele en los diarios ingleses *The Spectator* (1711-1714) y *The Tatler* (1709).⁵

Se dice que estos “autorretratos” eran necesarios para establecer puentes de comunicación con los lectores, pues éstos eran el

⁴ Señalemos asimismo que El Proyectista reclama el reconocimiento de los miembros de la sociedad virreinal que basan su prestigio en sus conocimientos, y que la riqueza material o los títulos nobiliarios han pasado a un segundo término como instrumentos únicos de reconocimiento, poder y promoción en la comunidad. A decir de Joaquín Álvarez Barrientos, el hecho de que los escritores-periodistas ofrecieran una imagen de sí mismos “es una forma de construir un perfil que les reconozca e institucionalice” socialmente, además de “una costumbre o [una] forma de instaurarse dentro de un cuerpo de escritores ajustándose a las convenciones del género”. Ciertamente, no debemos olvidar que el hecho de seguir las obligaciones sancionadas por un género de la escritura implica, naturalmente, una visión social y cultural de quienes se someten a ellas, pues estos autorretratos nos darán un modelo de conducta moral e intelectual del nuevo escritor que se está formando. Cfr. Joaquín Álvarez Barrientos, “El periodista en la España del siglo XVIII y la profesionalización del escritor”, 1990, pp. 36-37.

⁵ En el primer número de estos periódicos aparecía un discurso inicial o prólogo que se dedicaba, entre otras cosas, a explicar a los lectores el periodismo como profesión y modo del discurso en ciernes. Pero, sobre todo, estas publicaciones solían iniciar sus trabajos con un “retrato imaginario” para ofrecer a los lectores “una suerte de tarjeta de visita acompañada del currículum con que el autor ficticio se presenta ante el público [para abordar] los más diversos asuntos con tono generalmente satírico y moralizador, y voluntad educativa y divulgadora”. Véase Francisco Uzcanga, ed., “El Censor: un Quijote ilustrado a finales del siglo XVIII”, *El Censor*, 2005, p. 10. “Siguiendo la costumbre de *The Spectator*, muchos de los periódicos dieciochescos españoles se personificaban y salían a la luz con el nombre del autor ficticio: *El Pensador*, *El Apologista Universal*, *El Corresponsal del Apologista* [...]” (p. 61).

fin principal de un tipo de periodismo cuya búsqueda era enseñar a su público lo que se ocultaba tras ciertas acciones y situaciones de ignorancia y explotación. No obstante, cabe señalar que, aunque nuestro "Proyectista" hace un autorretrato con ciertos rasgos inherentes a la prensa antes referida, se dirige al "Sr. Diarista" y no al lector. Sin duda, esto se debe a que, para "El Proyectista", el responsable del *Diario de México* era una suerte de árbitro, juez y autoridad que da voz, modera o censura al público lector. Es a él a quien hay que dirigirse, en primera instancia, y no a sus colegas lectores. A diferencia de sus modelos europeos, el *Diario de México* no sería la empresa periodística de un solo hombre, sino el vehículo de una comunidad virtual, constituida por miembros *alejados físicamente entre sí*, pero identificados gracias al capital cultural referido en el autorretrato que venimos comentando.

Además, habría que agregar que este autorretrato de hombre ilustrado se diferencia de los tradicionales del siglo XVIII europeo en que nuestro colaborador es mucho más concreto y minucioso en su forma de expresarse y en la designación de las lecturas que deben primar en el hombre culto e informado. Este ilustrado novohispano no se detiene en la descripción física de su persona, como sus antecedentes de ultramar; en cambio, le importa más tener un espacio donde publicar sus ideas y sus conocimientos sobre el progreso, la crítica de las costumbres, la filosofía, los avances científicos, el didactismo, la literatura, etcétera. Tras "El Proyectista" no se disimula un escritor que tenga que guardar la identidad de su prestigio intelectual; esto es, no hay un *autor* reconocido en un circuito de bienes editoriales. Tras "El Proyectista" no hay un nombre ni un prestigio ni una identidad creativa; mucho menos un profesional de la cultura impresa. En cambio, sólo hay una conciencia intelectual en trance de cobrar una noción plena de sí misma, un naciente orgullo de clase y, sobre todo, el optimismo de un hombre educado que confía en la razón y los conocimientos disciplinadamente cultivados.

Si bien suele decirse que este tipo de presentación del autorretrato tiende a desaparecer después de 1791 y no se vuelve a presentar hasta los años treinta del siglo XIX dentro de los usos y costumbres de la prensa española, mencionemos que nuestro "Proyectista" se

autorretrata en el *Diario de México* en octubre de 1805 por la necesidad que aún tiene, junto con sus colegas, de tomar conciencia del papel que desempeña esta sociedad letrada en formación dentro del complejo mundo novohispano.

En consecuencia, las élites letradas son un selecto grupo cultural y social que comparte una visión del mundo similar y se plantea problemas desde un mismo horizonte conceptual; en una palabra, es una pequeña comunidad que posee un mismo código intelectual e intenta mejorarlo. En este sentido, es conveniente recordar que se han realizado trabajos que estudian desde distintos horizontes a las élites intelectuales para intentar clasificarlas. Así, tenemos un primer grupo que se caracteriza por su movilidad y dispersión, pero sobre todo por su estrecha proximidad con el poder político; por ende, su carácter es de tipo oficial. Un segundo grupo más cohesionado y estable que busca ampliar el horizonte de expectativas de la comunidad a la que pertenece y cuya actuación es ilícita y clandestina. Y, finalmente, un tercero, del tipo que representan las élites letradas que debatieron en el *Diario de México*, que se encuentran dispersas, pero aspiran a la unión como miembros de un grupo que debate públicamente y busca su independencia del poder: “[...] lo que nos importa enfatizar es que las élites no tienen una condición maciza, no son una capa única, simple y sencilla de la sociedad: todo lo contrario, están escindidas y se articulan en niveles muy distintos”.⁶

En el panorama de las prácticas de socialización del conocimiento de los hombres letrados novohispanos a principios del siglo XIX, el caso más logrado es el de la Arcadia de México, primera agremiación cultural y literaria en nuestro país. Cabría decir que el surgimiento de la Arcadia de México se da casi como un proceso natural que sigue el modelo de las agremiaciones ilustradas de la Nueva España. Entre esta clase de agremiaciones me refiero a la tendencia de agrupar el conocimiento o materializar el

⁶ Para un mayor conocimiento respecto a estas clasificaciones sobre élites intelectuales en los siglos XVII-XIX, véase Jesús Bustamante y Mónica Quijada, “Introducción”, *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*, 2002, p. 31.

ideal ilustrado por medio de seminarios o academias que habían dado como resultado la creación del Seminario de Minería, la Cátedra de Botánica y la Academia de San Carlos.⁷ Cada uno de estos establecimientos institucionales representa la organización racional de un área del conocimiento, ya sea científico o artístico. La Arcadia de México surgió a la par que nuestro primer cotidiano al influjo de este tipo de asociaciones e instituciones de corte ilustrado verificadas en el último siglo del virreinato y el primero de la Independencia.⁸ Esta asociación buscará aglutinar a los poetas de la época utilizando las páginas del *Diario* como palestra. Los poetas-árcades, con fray Manuel Martínez de Navarrete a la cabeza, buscarán el intercambio de ideas y el estímulo vivo para continuar escribiendo y publicar sus composiciones poéticas, a la vez que reclamarán y exigirán el reconocimiento a su labor intelectual, pero sin la intención ulterior de tocar a la puerta y tener acceso a los círculos del poder del virreinato para obtener un puesto dentro de la élite gubernamental. El *Diario de México* será el espacio institucional que permitirá la identificación y la cohesión del grupo, así como también la difusión de sus conocimientos y de sus composiciones, pues los miembros de la Arcadia, hasta donde sabemos, no tuvieron un lugar concreto de reunión que no fuera las páginas del periódico. Esto merece ser destacado, pues recuérdese, por ejemplo, que la Academia del Buen Gusto de Madrid tuvo uno de los salones de la casa de la marquesa de Sarria como un espacio privilegiado para las reuniones de los es-

⁷ Para una visión más amplia acerca de las organizaciones ilustradas en América, véase Diana Soto Arango, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Carlos Arboleda, eds., *La Ilustración en América Colonial*, 1995. Así mismo, Manuel A. de la Paz, ed., *La América española (1763-1898)*, 2000.

⁸ "Se puede decir que la Arcadia de México surgió casi a la par que nuestro primer cotidiano; pues, a pesar de no existir un manifiesto o estatuto de esta asociación, nos enteramos, por medio de las páginas del *Diario*, que los árcades ya firmaban algunos poemas publicados en esas páginas, en el primer lustro del siglo XIX, y que tales poemas a veces se dedicaban a la Arcadia Mexicana y a sus miembros. El primer soneto que así lo atestigua pertenece al poeta veracruzano Juan José de Güido (*El Pastor Guindo*), quien el 10 de noviembre de 1805 dedicó su poema titulado *Cantinelita* a esta asociación: "El Pastor Guindo desde Veracruz, a los de la Arcadia mexicana". Véase Esther Martínez Luna, *op. cit.*, pp. 88-89.

critores españoles.⁹ Nada parecido ocurrió respecto de la comunidad intelectual que aquí nos atañe.

En estos primeros años del siglo XIX los miembros de la Arcadia de México buscaron en las páginas del cotidiano acreditar su identidad cultural y literaria, al tiempo que intentaron mantener al margen de las discusiones, en este nuevo espacio que se abría para el debate, sus convicciones políticas. La orientación estrictamente cultural y literaria de esta comunidad es un rasgo que merece toda nuestra atención, pues indica la matriz ilustrada de este espacio público; es decir, un entorno intelectual y emotivo dominado por la confianza en la razón y los conocimientos.

Resulta importante destacar que este grupo de letrados está interesado en dirimir sus diferencias en un espacio abierto y de carácter nacional y ya no de forma cerrada y al cobijo de una tertulia, porque esta nueva clase considera que todo asunto que tenga que ver con la sociedad debe salir a la luz pública.

Por otro lado, se debe señalar la paradoja que experimenta esta clase letrada en ciernes en busca de espacios abiertos para la discusión: el hecho de que se dé un tipo peculiar de censura entre ellos mismos, pues al entablar su diálogo público estos hombres censurarán el contenido, la forma y la estética de las composiciones de sus colegas. Es interesante advertir que en este nuevo intercambio de opiniones públicas surge, sin duda, una censura de carácter intelectual, a pesar de que en estos debates no se hace referencia a temas políticos o a aspectos relacionados con el gobierno virreinal. Esta clase letrada, representada en el *Diario de México*, busca la hegemonía cultural en el heterógeno grupo conformado por los escritores y por el público receptor que giran alrededor del cotidiano. El espíritu general de este grupo quiere someter a crítica cuanto se escribe, y censura aquello que no ayude a la formación de hombres instruidos que hagan posible un mejor funcionamiento de las instituciones. Para muestra transcribo el siguiente texto:

⁹ Para conocer cómo estaban ligadas las academias letradas a instituciones del poder véase Francisco Aguilar Piñal, "Cultura elitista: las academias", *La España del absolutismo ilustrado*, 2005, pp. 153-160. También resulta de interés el texto de Antonio Risco, "Sobre la noción de Academia en el siglo XVIII español", 1993, pp. 35-57.

Sr. redactor: al leer el tema propuesto pensarán algunos que los consejos de que voy a tratar se dirijan al público. Pero nada menos que eso. Su objeto es el *Diario*: periódico en cuyo plan deben entrar todos los asuntos de que es capaz la ilustración humana, como ya ha dado usted a conocer con la inserción de algunos papeles selectos. Mas advierto que éstos son escasos en tan recomendable papel, al paso que abundantes los insulsos, como por ejemplo, los dedicados a la amena poesía, cuyos cansados epigramas, odas y disputas impertinentes, suscitadas entre sus mismos autores, llenan por lo común casi todo el lugar que debieron ocupar las noticias más interesantes. ¿Para qué ocurrir al difícil idioma de las musas, y a los extractos de los sucesos anticuados y extraños, cuando nuestra populosa y envidiable capital de México nos ministra día con día sobrada materia para que pueda usted ejercitar con general aplauso su discreta pluma?¹⁰

Así tenemos que la crítica y la censura crean una posición de autoridad. Es importante dejar claro que cuando nos referimos a *censura*, esta palabra no tiene una carga represiva entre estos hombres letrados, sino más bien su significado corresponde a promover una revisión de sus tradiciones y modelos culturales; es decir, al censurar se busca rechazar y señalar todo aquello que no corresponda con la tradición intelectual que privilegiaba esta clase letrada novohispana.

En estas discusiones, el mayoral de la primera asociación literaria de México, fray Manuel Martínez de Navarrete, fungió como árbitro de algunas polémicas, pues se le consideró una autoridad intelectual dada su amplia cultura, además de su buena capacidad para versificar. Pero también otros hombres letrados, como Mariano Rodríguez del Castillo, Mariano Barazábal, Juan María Lacunza, Francisco Estrada, Juan Wenceslao Sánchez de la Barquera, Francisco Sánchez de Tagle, Ramón Roca, Jacobo de Villarrutia o los anónimos colaboradores nutrieron las páginas del cotidiano al proponer nuevas maneras en la lectura e interpretación de diversos temas que estaban en la mesa de discusión.

Insistamos en que el *Diario de México* ni fue el órgano periodístico de un solo hombre ni el brazo de una corporación, tal y como

¹⁰ "Consejos útiles", en *Diario de México*, t. xv, núm. 2209, 1811, pp. 450-451.

ya lo hemos asentado páginas atrás, sino el espacio abierto de una comunidad sólo atendida a su cultura ilustrada. Como se podrá ver, el papel que desempeñó el *Diario de México* fue el de un espacio abierto a los hombres ilustrados para que participaran en la plaza pública y sus opiniones no se quedaran en la intimidad de la tertulia de los amigos o en el gabinete personal. Los frutos de la razón y del estudio debían irrigar todo el cuerpo social, tal era la convicción tácita de nuestros personajes.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Piñal, Francisco. *La España del absolutismo ilustrado*. Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral), 2005. 354 pp.
- Álvarez Barrientos, Joaquín. "El periodista en la España del siglo XVIII y la profesionalización del escritor". *Estudios de Historia Social*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Núms. 52-53. Madrid, 1990. pp. 29-39.
- Martínez Luna, Esther. *Fray Manuel Martínez de Navarrete. Ediciones, lecturas, lectores*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Col. Letras de la Nueva España, 10) 2004. 125 pp.
- Paz, Manuel A. de la, *La América española (1763-1898)*, Madrid, Síntesis. 2000. 293 pp.
- Quijada, Mónica y Jesús Bustamante, eds. *Élites intelectuales y modelos colectivos. Mundo ibérico (siglos XVI-XIX)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Departamento de Historia de América (Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, 45), 2002. 390 pp.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
- Risco, Antonio. "Sobre la noción de Academia en el siglo XVIII español". *Boces XVIII*. Núms. 10-11. 1993. pp. 35-57.
- Soto Arango, Diana, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Carlos Arboleda, eds. *La Ilustración en América colonial*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Ediciones Doce Calles-Colciencias (Colección Actas), 1995. 233 pp.
- Uzcanga Meinecke, Francisco, ed. *El Censor*. Barcelona, Crítica (Clásicos y Modernos, 2.), 2005. 355 pp.

La representación del *espacio público* en el discurso pedagógico de los funcionarios ilustrados de la Nueva Granada, 1767-1790

Luz Mary Castellón*

INTRODUCCIÓN

EN LAS SIGUIENTES PÁGINAS me propongo examinar cómo y de qué forma se comenzó a construir en el discurso de los funcionarios ilustrados en Nueva Granada la idea de un *espacio público moderno* desde el tema educativo. En este caso, analizaré el discurso pedagógico del fiscal Francisco Antonio Moreno y Escandón¹ y de

* Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

¹ Abogado, reformador de la educación durante la Colonia, nació en Mariquita, Tolima, en 1736, muerto en Chile en 1792. En 1764 viajó a Europa, a su regreso al Nuevo Reino de Granada se posesionó de su nuevo cargo en Santa Fe en enero de 1766. Desde entonces comenzó a asumir nuevos cargos en los que fue notoria su influencia sobre los virreyes que llegaron a Santa Fe. En 1767, el virrey Messía de la Zerda lo comisionó para que ejecutara la orden dada por España de expulsar a la Compañía de Jesús del reino. Bajo el gobierno de Manuel de Guirior (1772-1776), llegó a la cúspide de su poder siendo así en 1775 simultáneamente fiscal de la audiencia, protector de indios, patrón de reales hospicios, juez conservador de la administración de aguardiente y tabaco, y regente y director de estudios. Jorge Orlando Melo, comp., *Antonio Moreno y Escandón. Indios y mestizos de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII*, 1985, "Introducción". También hay que destacar que la influencia ejercida por Moreno y Escandón a la sombra de estos virreyes, desde su llegada de España (1765), hasta su traslado a Lima (1781), fue una de las más duraderas y decisivas ejercidas por funcionario alguno en la historia de Colombia.

algunos virreyes ilustrados que llegaron a este virreinato después de 1761.² Mi intención es identificar cómo estos funcionarios representaron y construyeron el concepto de “espacio público” universitario.

Abordaré el análisis mediante dos puntos de vista: en primer lugar, desde la concepción del espacio público universitario como un lugar “abierto al público”, es decir, como un espacio donde el “pueblo” fuera instruido en los nuevos conocimientos. En segunda instancia, desde una concepción político-estratégica,³ donde “público” fue concebido con relación al Estado monárquico. Bajo esta última visión, los funcionarios ilustrados plantearon la idea de que, en lo correspondiente a la enseñanza pública, era el monarca quien debía dedicarse a su vigilancia y a su fomento.

Los documentos que he tenido en cuenta para realizar este trabajo poseen la característica de ser en su mayoría proyectos educativos que llevaban el propósito de reformar la educación superior y los métodos de estudios que en ella se seguían.⁴ Varios de

² Los virreyes ilustrados aquí estudiados son: Pedro Messía de la Zerda (1761-1773), en cuyo gobierno fueron expulsados los jesuitas y se construyeron fábricas de salitres, pólvora y loza; Manuel Guirior (1773-1776), quien le encargó a Moreno y Escandón la realización de la reforma educativa. Durante el gobierno de este virrey se abrió la primera biblioteca pública que tuvo como base la de los jesuitas, así como también se llevó a cabo la realización del primer censo de población y, por último, Antonio Caballero y Góngora (1782-1789), virrey-arzobispo que apaciguó al movimiento comunero. Bajo su gobierno impulsó la minería trayendo al mineralogista José Delhuyar; además fundó la Expedición Botánica. Véase Diana Soto Arango, “La política del ‘Despotismo Ilustrado’ en la educación superior en el virreinato de la Nueva Granada”, 2002, pp. 19-52.

³ Henri Lefebvre sustenta que el espacio no es un objeto científico separado de la ideología o de la política; siempre ha sido político y estratégico. Henry Lefebvre, *Espacio y política: el derecho a la ciudad*, 1976, p. 46.

⁴ Se tuvieron en cuenta los siguientes proyectos elaborados por Moreno y Escandón: “Método provisional e interino de los estudios que han de observar los colegios de Santafé por ahora y hasta tanto que se erige Universidad Pública o su Majestad dispone otra cosa, 1774”; “Proyecto para el establecimiento en la ciudad de Santafé de Bogotá de una Universidad de Estudios Generales, 1768”; “Segundo memorial del Fiscal Moreno y Escandón para ratificar y defender su proyecto de Universidad de Estudios Generales de 1769” y “Estado del Virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada, y relación de su gobierno y mando de excelentísimo señor Bailo Frey don Pedro Messía de la Zerda, 1772”. Los tres primeros publicados

estos proyectos fueron elaborados por Moreno y Escandón, uno de los funcionarios ilustrados más sobresalientes del gobierno granadino, quien fue el principal impulsor de las reformas educativas en este virreinato.

Las Reformas Borbónicas, aplicadas a mediados del siglo XVIII en todo el imperio español, buscaban reorganizar tanto la península como los territorios de ultramar. Para la Corona, las transformaciones se plantearon bajo una concepción de actualización de la economía y del Estado.⁵ Tales reformas proponían un cambio “modernizante”, pese a que no tenían como objetivo la construcción de nuevas estructuras sino la modificación de las existentes.

En las Indias españolas, durante las tres últimas décadas del siglo XVIII, se dio una fuerte inquietud por introducir los nuevos saberes contenidos en la “filosofía y ciencia modernas”, cuyos ideales y actitudes fueron sintetizados por la Ilustración. Los habitantes de esas tierras no sólo hicieron eco a este movimiento, sino que lo desarrollaron con tal singularidad que se puede hablar de la existencia de la “Ilustración americana”, teniendo en cuenta las particularidades propias de cada espacio, además de que para entonces ya habían adquirido una tradición política y cultural.

Las reformas contenidas en los principios ilustrados de centralización y unificación impulsadas por los Borbones en la España del siglo XVIII también se extendieron a sus territorios en ultramar. En el Nuevo Reino de Granada este proceso de centralización y unificación se inició en el primer intento por fundar el virreinato con este nombre en el año de 1720, gestión que no se logró sino hasta el año de 1740. Sin embargo, como anota Renán Silva:

Sólo adquiere un perfil propio a partir de los años 70, cuando lo que se denomina el “reformismo Borbónico”, con cabeza visible en los

por Guillermo Hernández de Alba en su obra *Documentos para la historia de la educación en Colombia*, tomos IV y V, 1980. El último, publicado por Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, t. I, 1989.

⁵ John Lynch en un ensayo titulado “las Reformas Borbónicas y la reacción Hispanoamericana 1765-1810”, publicado en su libro *Hispanoamérica 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*, 1987, afirmó que la ideología reformista de los borbones fue ecléctica en inspiración y pragmática en intención, porque su punto de partida se centró especialmente en la productividad de España, p. 8.

virreyes ilustrados, intenta de manera decidida el sometimiento de un territorio y de una sociedad que se le escapaban, aunque los resultados globales del proceso parecen no haber ido demasiado lejos.⁶

La Nueva Granada alcanzó a ser en un principio, en 1739 y luego en 1771, el tercer virreinato del imperio español, siguiendo el objetivo de la dinastía borbónica de dividir en forma más efectiva las posesiones americanas a través de representantes del poder real. El virreinato comprendió el dominio de las audiencias de Quito, Santa Fe y Panamá, así como la provincia de Venezuela; esta unidad política correspondió a los territorios que más adelante se convertirían en los actuales Estados de Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela.

En este virreinato, la división del poder entre los gobernadores provinciales frenaba la imposición de un mando central originado desde España; las realidades geográficas inhibían la construcción de líneas claras de comercio y comunicación con la metrópoli. La reimplantación y consolidación del virreinato a mediados del siglo XVIII permitieron que la Corona ejerciera una autoridad más sólida sobre la Nueva Granada. Esta intervención de la Corona española también se pretendió en el ámbito educativo, que en este virreinato era controlado por los religiosos, especialmente por los dominicos, quienes después de la expulsión de los jesuitas fueron los únicos que podían otorgar grados universitarios.

Había, como se decía entonces, que “regenerar a la sociedad” instruyéndola, haciéndola progresar, modernizándola. Era necesario crear instituciones acordes con los nuevos tiempos y reformar aquéllas que resultaban obsoletas mediante la utilización de la ciencia y las técnicas modernas, necesarias para lograr la transformación económica y social de la población. También había que educar a ese pueblo, proporcionarle una nueva forma de pensar ajena a las viejas preocupaciones, familiarizarlo con la nueva filosofía, con el derecho público y la economía política, y sacarlo de sus añejas formas de ver la vida y el mundo circundante.

⁶ Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*, 2002, p. 16.

La figura del virrey le dio una imagen más vigorosa a la Nueva Granada, pero sus esfuerzos por transformar muchas de las cosas que se percibían como perjudiciales se veían permeados por la misma realidad que los envolvía. Es así que los virreyes con tinte ilustrado que gobernaron la Nueva Granada a partir de 1761 optaron por aplicar algunos cambios pero de una forma gradual; conscientes, por un lado, de que los nuevos tiempos les estaban imponiendo nuevas formas de ver el mundo y, por otro, de la urgencia de aplicar cambios sobre aquellas cosas que no iban de acuerdo con el momento que se vivía. Sin embargo, también eran conscientes de que no se podía actuar de forma acelerada, pues las consecuencias podrían ser lamentables. Pese a la vigorosa imagen que le dio la figura de virrey, el gobierno de la Nueva Granada seguía dominado por un grupo pequeño de conservadores locales que no querían perder sus privilegios y atributos. Esta situación fue criticada por Moreno en la descripción que hizo del *Estado del Virreinato de Santafé* en 1772.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la élite intelectual española y americana hizo intentos por orientar al imperio español por la vía de la modernidad, lo que implicaba promover cambios —en lo económico y en lo social— y modificar, aunque parcialmente, la estructura estamental de la sociedad. Un elemento de cambio para estos pensadores fue la educación, la cual, bien dirigida, contribuiría a sacar del atraso, la ignorancia y la superstición a los pueblos, pero, para ello, primero había que reformar las instituciones educativas. Las reformas promovidas por estos ilustrados se aprecian en dos sentidos: por una parte, se proponían reformar las instituciones existentes y, por otra proyectaron la creación de nuevas instituciones. Con la idea de formar individuos más prácticos y diestros, se buscaba modificar los planes de estudio de las universidades y colegios, al suplir la enseñanza teórica y especulativa por una instrucción más práctica que se difundiera ampliamente.

En este contexto, Antonio Moreno y Escandón como algunos de los virreyes ilustrados que gobernaron la Nueva Granada en la segunda mitad del siglo XVIII, se destacaron por impulsar las reformas educativas y por estimular la creación de una universidad

pública como un espacio donde “todo público” se educara en los nuevos saberes, pero también como un espacio político donde la Corona ejerciera el control a través de sus representantes: el sector civil. A continuación, ampliaré estas dos visiones que, sobre el concepto de espacio público universitario, abrigaron estos funcionarios.

EL ESPACIO PÚBLICO UNIVERSITARIO: ¿UN ESPACIO “EXTENDIDO A TODO PÚBLICO”?

En la Nueva Granada, los funcionarios que impulsaron la reforma educativa estaban de acuerdo en que la educación era el medio por el cual se lograría impulsar el progreso del Estado, pero también el progreso del reino. No obstante, este progreso no sólo estaba dirigido a la obtención de ciertas ventajas económicas y políticas, sino también a un sentido social. Lograr este último fin inquietó a los reformadores granadinos, quienes pensaron que toda política educativa debía enfocarse en promover la introducción de los nuevos saberes y en modernizar las instituciones educativas que, en este virreinato, se encontraban en manos de la Iglesia.

En este virreinato no se conoció, durante los siglos XVII y XVIII, una universidad pública de estudios generales como sí la conocieron los virreinos del Perú y Nueva España. Lo que se observó en el virreinato granadino en cuanto a estudios superiores fueron dos grandes colegios que ostentaban el título de mayores: el Colegio de San Bartolomé y el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. Estas instituciones cumplían las funciones de universidad, pero la única que tenía autorización para entregar títulos era la llamada Universidad Tomista, la cual carecía de estudios públicos pues su enseñanza se limitaba, de manera casi exclusiva, a la formación de los miembros de su propia orden, los dominicos.⁷

Estas instituciones conformaban unos verdaderos cuerpos estamentales que escapaban a los controles de la política imperial española. Moreno criticó esta situación al indicar:

⁷ *Ibid.*, p. 33.

Sus religiosos han sido los que empuñando el cetro de las ciencias, han dominado en los empleos de rectores, regentes de los estudios, examinadores en los grados y árbitro en conferirlos; quedando los seculares sujetos con la dura servidumbre de vivir siempre inferiores, sin esperanza de sacudir tan pesado yugo.⁸

Con la nueva expresión que había tomado la educación en los planes de la monarquía española, después de 1767, desde la metrópoli se comenzó a generar un vasto despliegue legislativo dedicado fundamentalmente a la instrucción,⁹ en estos planes se empezó a considerar la educación como un elemento de utilidad social, declaratoria que la convirtió en el centro de interés de la política real, pues se trató de uno de los elementos que eran “convenientes al Estado”. Desde entonces se sustentó, como afirmó el virrey-arzobispo Caballero y Góngora en 1787, que “El principal asunto de gobierno, y el que ciertamente sirve de fundamento a los demás, es el de la educación de los jóvenes”.¹⁰

En la Nueva Granada, siguiendo esta misma racionalidad, tanto Moreno como los virreyes ilustrados concibieron la educación estrechamente vinculada a la idea de progreso y utilidad social. La educación fue para estos ilustrados el modo de desarrollar las capacidades y conocimientos del hombre a fin de que actuara sobre su medio ambiente transformándolo. De ahí que por vez primera en la historia se reivindicara la extensión de sus beneficios a los más amplios sectores de la población. El virrey Pedro Messía de la Zerda indicó: “Se ha tenido por objeto llenar las intenciones

⁸ Moreno y Escandón, “Proyecto para la creación en la ciudad de Santafé de Bogotá de una Universidad de Estudios Generales, 1768”, véase Guillermo Hernández de Alba, *op. cit.*, t. IV, p. 28.

⁹ Según Dorothy Tanck “En noviembre de 1770 el gobierno ordenó a todas la universidades de España que dentro de cuarenta días se presentaran nuevos planes de estudio. Con este mandato y varios otros, el gobierno trató de limitar la autonomía universitaria, reducir los gastos ceremoniales para el otorgamiento de grados, asegurar la concesión de becas a estudiantes pobres y disminuir el poder de las órdenes religiosas entre el profesorado”. Dorothy Tanck de Estrada, *La ilustración y la educación en la Nueva España*, 1985, p. 13.

¹⁰ Antonio Caballero y Góngora, “De la instrucción pública, 1789”, *op. cit.*, p. 423.

piadosa del Soberano y mover la instrucción pública y verdadero bien de los vasallos".¹¹

Los funcionarios que impulsaron la reforma educativa en el virreinato granadino estaban conscientes de que se debía actuar hacia dos objetivos: uno era promover una enseñanza en la "filosofía y ciencias útiles" que en este reino, según Moreno, "no han llegado al paladar de los jóvenes",¹² y el otro quitar a los dominicos el monopolio que tenían en la educación de los granadinos. Estos propósitos llevaron a emprender políticas educativas que terminaran con la ignorancia y solucionaran el problema del "desorden en los estudios universitarios". Porque, como sustentaba Moreno, sólo se remediarían estos problemas con las acciones del gobierno.

Sólo la fuerza ardua del superior precepto de vuestra excelencia pudiera con violencia suave reducirme a emprender una obra ardua por su naturaleza, difícil por su extensión; pero por las circunstancias de personas, lugar y tempo, casi impracticable, si animado de su celo no aplica vuestra excelencia todas sus facultades y se dedica con tesón a perfeccionar lo que hasta ahora únicamente podría ser el feliz principio de la ilustración del Reino, con que hará glorioso su gobierno, un estimable servicio al soberano y un beneficio a esta República, que sea anuncio y fundamento de su prosperidad.¹³

En la consecución de los dos objetivos descritos, los reformadores granadinos se manifestaron por una educación *pública*, la cual concibieron como aquella que debía ser "extendida a todo público" y controlada por el Estado. Lo que también llevó a plantear una educación *secular*, cuya impartición estaría al cargo de los civiles y no de los religiosos.

El discurso sobre una educación *pública* está muy bien sustentado por Moreno, quien consideró que la enseñanza de las nuevas ideas debía ser "extendida a todos"; asimismo, estipuló que el Estado fuera el encargado de promoverla y que se constituyera en

¹¹ Manuel Messía de la Zerda, "Relación del estado del Virreinato de Santafé, que hace el Excmo. Sr. D. Pedro Messía de la Zerda a su sucesor el Excmo. Sr. D. Manuel Guirior, año de 1772", *op. cit.*, p. 151.

¹² Moreno y Escandón, "Método provisional e interino de los estudios...", p. 195.

¹³ *Ibid.*, p. 195.

un instrumento que se antepusiera a todo sentido corporativo o partidista. En palabras del mismo Moreno: "No hay cátedras públicas, sino las que cada convento mantiene privadamente, para instrucción de los suyos".¹⁴ Moreno promovió una idea de lo "público" según la cual el hombre fuera visto como individuo desligado de un pensamiento de partido, capaz de pensar siguiendo el uso de la razón.

En toda república civilizada conviene mucho que sus miembros se acostumbren a pensar justamente y, si la condición humana ha sufrido, que todos igualmente aspiren a conseguir este distinguido carácter, se le haría un conocido agravio a la pequeña porción de jóvenes, que entrando a los colegios a cultivar sus entendimientos se les imposibilitan los medios de conseguirlos [...] a todos igualmente importa instruirse en los principios elementales de esta ciencia.¹⁵

En varios de los documentos elaborados por el fiscal Moreno, la expresión de "educación pública", especialmente el adjetivo de "pública", se podría entender bajo la idea de ampliar la educación a "todo público"; es decir, que ésta dejara de ser sólo privilegio de un grupo en particular para ser parte de todos aquellos que quisieran dedicarse a su cultivo, incluyendo aquéllos cuya pobreza se presentaba como uno de los obstáculos que solían impedir sus estudios por la falta de medios para sufragar sus gastos y alimentos. Con el fin de resolver este impedimento, Moreno propuso que se incrementara el número de becas con base en la recaudación de las rentas eclesiásticas.

En el "Segundo Memorial para defender su proyecto de Universidad Pública y Estudios Generales" elaborado por este fiscal en 1769, éste sustentó que era preciso que se edificara una institución pública "donde con acertadas reglas, a vista del Reino y del universo se instruyera la juventud en sana doctrina y verdaderos fundamentos de las ciencias";¹⁶ el fiscal fue muy enfático al anotar

¹⁴ *Ibid.*, p. 196.

¹⁵ *Ibid.*, p. 200.

¹⁶ Francisco Antonio Moreno y Escandón "Segundo memorial del Fiscal Moreno y Escandón para ratificar y defender su proyecto sobre la necesidad de la fundación de Universidad Pública de Estudios Generales en la ciudad de Santafé, 1769", *op. cit.*, p. 79.

que “dicha universidad no debe ponerse a cargo y cuidado de ningún convento de regulares”.¹⁷ El fiscal pensaba que con la creación de una universidad pública se construiría un espacio educativo independiente del control de la Iglesia; una institución apartada de ese carácter corporativo de gran poder social que tenían las universidades santafereñas.

Diana Soto sostiene que en el siglo XVIII el concepto de universidad pública “en ningún momento se trataba de una educación de masas, gratuita y obligatoria, ni dirigida a los sectores populares [...] por el contrario, durante estos años la educación superior se caracterizó por su orientación selectiva, reservada para la nobleza”.¹⁸ Estoy de acuerdo con la autora, pero ello no indica que en el discurso no se hayan dado unas primeras opiniones que justificaron una educación “extendida a todos”, aunque no aparezcan como una intención verdadera, ni llevaran la misma valoración que hoy día se le concede al término de educación pública.

Es mi percepción que la noción de *educación pública* puede ser entendida en el discurso de Moreno como “extendida a todos”. No obstante, es difícil saber si ese “extendida a todos” llevaba implícita la idea de dirigida a todas las castas y grupos sociales, pues Moreno no hizo distinción alguna de ello. Pero es posible identificar que Moreno alude a un “público” en relación con los habitantes de la república;¹⁹ es decir, todo lo que tenía una utilidad inmediata para el pueblo de los vecinos, en este caso, la élite criolla vecindada en la ciudad de Santa Fe, que fue el lugar donde se crearía la universidad pública.

En consecuencia, la idea de una “educación pública” como aquella “extendida a todos” hay que advertirla, en este caso, no en el sentido universal sino como “extendida a todos” los vecinos

¹⁷ *Ibid.*, p. 79.

¹⁸ Diana Soto Arango, *La reforma del plan de estudio del fiscal Moreno y Escandón, 1774-1779*, 2004, p. 4.

¹⁹ El “público” en conformidad con el “pueblo” se debe entender en el discurso de los autores aquí tratados como el pueblo de la república, que siguiendo a Lempériér, “En toda república antigua, era ‘público’ todo lo que tenía una utilidad inmediata para el pueblo de los vecinos”. Annick Lempérière, “República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)”, 1998, p. 73.

de una ciudad.²⁰ Ello plantea que había una preocupación por extender la educación más allá de lo que en ese entonces se encontraba, circunscrita especialmente a la formación de los religiosos. Por esa razón, los reformadores proponían ampliarla a un público mayor, aunque ese público sólo fuera el de la élite criolla. Lo interesante es que se dio una primera voz que deseaba ampliar la educación, idea que en el siglo XIX se hizo más específica.

Lo atractivo de la propuesta del fiscal Moreno radica en su intención de concebir una universidad pública como un espacio donde se formarían individuos "libre pensadores"; un espacio en el cual se diera la posibilidad de que los estudiantes manifestaran sus opiniones de forma libre, como él mismo señaló: "cuya elección sea libre y gobernada por el peso de la razón, sin formar empeño de sostener determinado dictamen".²¹ En este sentido, se intentó crear un espacio de debate de las cuestiones de interés público y de formación de una opinión pública activa dentro de la universidad.

EL ESPACIO PÚBLICO UNIVERSITARIO PERCIBIDO COMO POLÍTICO Y ESTRATÉGICO

El segundo significado que he podido identificar de lo "público" en el discurso pedagógico de los funcionarios ilustrados granadinos está relacionado con la imagen de la educación como aquella que debía ser fomentada y controlada por el monarca bajo la idea de alcanzar la *felicidad pública* o el bienestar general. Desde este punto de vista, se consideraba que la reforma de la enseñanza debía implicar la institución del Estado como órgano dispensador y

²⁰ Según François-Xavier Guerra, "la ciudad es el espacio público por excelencia, en el sentido estricto y antiguo del término: el lugar de deliberación y de discusión de los miembros de la comunidad, lo vecinos". Véase François-Xavier Guerra, "De la política antigua a la política moderna. La revolución de la soberanía", 1998, p. 114.

²¹ Francisco Antonio Moreno y Escandón, "Método provisional e interino de los estudios...", p. 208.

controlador de la cultura nacional. Moreno sustentaba esta idea al citar a Francis Bacon:

El Canciller de Inglaterra Francis Bacon aconsejaba a su Soberano que para ilustrar su Reino, y hacer inmortal su gloria, dedicarse su vigilancia al fomento de las letras aumentándolas, y dedicando digo mejorándoles el método de su enseñanza; porque conocía este profundo político que la felicidad de los Reinos depende de su instrucción literaria.²²

La cultura Ilustrada fue el fundamento intelectual del reformismo borbónico. Los funcionarios e intelectuales teorizaron el protagonismo de la monarquía como motor de la modernización, el fomento económico, la utilización de la crítica como herramienta para el perfeccionamiento de la organización social, la aplicación del conocimiento científico al bienestar general, el progreso y la felicidad como metas últimas del pensamiento y la práctica reformista. Estos ideales también guiaron las acciones y pensamientos de los funcionarios ilustrados que comandaron la reforma cultural en las Indias españolas, que para el caso de la Nueva Granada fue ampliamente apoyada por los virreyes hasta 1790.²³

Los principales objetivos de la política ilustrada de los Borbones fueron centralizar y hacer más eficaz el poder del Estado, mejorar la economía del imperio y modernizar la sociedad. En el aspecto político, la Corona quiso tener de nuevo los poderes que en el curso de los siglos anteriores habían sido delegados a grupos y corporaciones en las Indias. Por esta razón, en las instituciones educativas donde la Iglesia ejercía cierto control político se

²² Francisco Antonio Moreno y Escandón, "Estado del virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada, y...", p. 239.

²³ Renán Silva ha anotado: "Desde el punto de vista de la formación de un nuevo grupo cultural, el proceso de la Ilustración puede ser dividido en dos fases bien definidas. La primera es aquella que va de 1767, año de la expulsión de los jesuitas, hasta 1790, fecha en la cual es posible observar con claridad un viraje en la estrategia cultural de la Monarquía española. La segunda es aquella que va de 1790 hasta 1808, momento en el que la crisis política de la monarquía planteará problemas inéditos, cuya soluciones terminarán por redefinir las condiciones políticas y sociales en las cuales se había adelantado la actividad de los ilustrados". Renán Silva, *op. cit.*, p. 643.

dieron grandes controversias cuando los reformadores comprendieron lo importante que era que el gobierno tuviera el control de la educación, ya que ésta representaba un elemento de gran valor para el progreso tanto del virreinato como del Estado. El virrey Manuel Guirior en 1776 sustentó esta idea de la siguiente forma: “la instrucción de la juventud y el fomento de las ciencias y artes es uno de los fundamentos principales del buen gobierno que como fuente dimana la felicidad del país”.²⁴

Tanto el fiscal Moreno como los virreyes ilustrados, en su calidad de leales funcionarios de la monarquía española, convencidos de que sólo bajo la voluntad del monarca la educación podía progresar, también concibieron el “espacio público” universitario como estratégico y político. Un espacio donde se dieron intensas controversias entre los civiles y los eclesiásticos por tener el poder político en las instituciones educativas.

Estos funcionarios plantearon la idea de querer “modernizar” la educación, al instruir a los jóvenes en las nuevas ideas contenidas en “la filosofía y ciencias útiles”, lo que aparta de las universidades toda relación con el método que ellos consideraban obsoleto, “el escolasticismo²⁵ y el espíritu de partido”. Bajo esta consigna se comenzó a cuestionar la autoridad de la Iglesia en la educación. Con los proyectos educativos propuestos por el fiscal Moreno y Escandón, se inició una fuerte lucha en contra de tal institución,

²⁴ Manuel Guirior, “Instrucción que deja a su sucesor en el mando el virrey D. Manuel Guirior, 1776,” Germán Colmenares, *op. cit.*, p. 313.

²⁵ “Escolasticismo, movimiento filosófico y teológico que intentó utilizar la razón natural humana, en particular la filosofía y la ciencia de Aristóteles, para comprender el contenido sobrenatural de la revelación cristiana. Principal corriente en las escuelas y universidades de Europa durante la edad media [...], su ideal último fue integrar en un sistema ordenado el saber natural de Grecia y Roma y el saber religioso del Cristianismo. El término ‘escolástica’ también se utiliza, en un sentido más amplio, para expresar el espíritu y métodos característicos de ese movimiento de la historia de la filosofía occidental o cualquier otro espíritu o actitud similar hacia el saber de otras épocas. En su origen, ‘escolástico’ designaba a los maestros de las escuelas monásticas o catedráticas medievales, de las que surgieron las universidades, pero acabó por aplicarse a cualquiera que enseñara filosofía o teología en dichas escuelas o universidades. Véase: “Descartes y Escolasticismo”, <<http://pdf.rincondelvago.com/descartes-y-escolasticismo.html>>.

que poseía un sistema de privilegios y de influencias en la sociedad granadina.

Los funcionarios granadinos pensaban que el control político estaba íntegramente ligado al control educativo. Ellos tenían claro que si la educación quedaba en manos del Estado, el sector civil se encargaría de educar a los dirigentes del reino, quienes serían formados bajo los principios de lealtad al rey y a su país y no bajo los preceptos de la Iglesia. De esta forma, quedaría reducida toda influencia del sector eclesiástico, que por muchos años había monopolizado los puestos políticos en las instituciones educativas granadinas.

Para Henri Lefebvre "el espacio viene a ser un instrumento político intencionalmente manipulado, incluso si la intención se oculta bajo las apariencias coherentes de la figura espacial".²⁶ En este sentido, el espacio universitario representaría un instrumento importante, tanto para la Corona como para los civiles adeptos a ella, por medio del cual ejercer un control político sobre la sociedad. De lo que se trataba era de una lucha por el control de un espacio político que resultaba ventajoso, pues en éste se formarían los sujetos que servirían a los intereses de quien lo dominara. En consecuencia, se podría afirmar que la disputa emprendida entre los dominicos y los civiles por la reforma educativa en Santa Fe²⁷ no era sólo de carácter ideológico, reducida a la imposición de las nuevas ideas sobre las tradicionales, sino, también una lucha por tener el control político de las instituciones educativas.

Las autoridades virreinales estaban empeñadas en lograr el progreso social y económico del virreinato, y éste sólo se alcanzaría cuando el sector civil, es decir, los verdaderos representantes del rey y del Estado tuvieran bajo su dirección la educación. Así, se puede apreciar en sus discursos pedagógicos que estos funcionarios ilustrados concebían la educación y su cabal plasmación, la

²⁶ Henri Lefebvre, *op. cit.*, p. 31.

²⁷ Para obtener mayor información sobre las polémicas educativas que se dieron en la ciudad de Santa Fe en la segunda mitad del siglo XVIII entre los civiles, encabezados por el fiscal Moreno y Escandón, y los religiosos comandados por los dominicos, véase Diana Soto, *Polémicas universitarias en Santa Fe de Bogotá siglo XVIII*, 1993.

escuela, como un objeto de público tratamiento, lo que la sustraía del antiguo dominio privado o eclesiástico y la situaba en el terreno de la política, es decir, "el gobierno de la República". Moreno señaló:

llenando el Reino de sujetos bien instruidos en todo género de ciencias, de quienes el Rey y sus ministros puedan oportunamente valerse, tomando sus dictámenes y cargándoles con satisfacción la práctica de sus preceptos y la administración de justicia a sus pueblos.²⁸

CONCLUSIÓN

El espacio público universitario fue representado por estos funcionarios granadinos desde dos puntos de vista, que estaban vinculados a la racionalidad emanada de un siglo ilustrado. Por un lado, percibieron las instituciones educativas como un espacio de difusión del conocimiento, y a la educación como el medio que sustentaría el progreso de la república y del reino. Ellos sostenían que la educación debía ser pública, gracias a la cual se instruyera al "pueblo" en los asuntos públicos. Con esta forma de representar el espacio público universitario, se daría inicio a una nueva forma de ver al hombre como individuo que actuaría teniendo como principio la razón, lo cual le permitiría ejercer una opinión crítica desvinculada de cualquier sectarismo o de pertenencia a un grupo.

Por otro lado, estos funcionarios también concibieron un espacio público universitario controlado por el Estado, donde fueran los civiles quienes estuvieran al frente de las funciones administrativas y se encargaran de formar a los hombres que dirigirían la república y el reino. Bajo este concepto, el espacio público fue concebido como político estratégico porque, por medio de éste, la Corona formaría hombres útiles y súbditos fieles que reproduje-

²⁸ Francisco Antonio Moreno y Escandón, "Segundo Memorial del Fiscal Moreno y Escandón para ratificar y defender su proyecto...", Hernández de Alba, *op. cit.*, p. 82.

ran el Estado virreinal al promover el amor y la lealtad para el rey y su país.

En consecuencia, se comenzó a construir en la mente de estos ilustrados una educación pública con la idea de formar otros espacios donde la autoridad real, a pesar del patronato regio y todo lo que ello implicaba, fuera contundente y evidente. Pero también, la educación pública implicaba un espacio donde se adquirieran conocimientos que formarían un nuevo individuo, "libre pensador", que pudiera ejercer la crítica y tener opiniones propias. Con estas ideas se inició el proceso que más tarde afianzaría la educación pública moderna en el siglo XIX granadino.

BIBLIOGRAFÍA

- Caballero y Góngora, Antonio. "De la instrucción pública, 1789".
Colmenares, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. T. I. Bogotá, Banco Popular, 1989. pp. 443-431.
- . "Representación del arzobispo virrey, para promover la erección de una Universidad Mayor en la ciudad de Santafé de Bogotá, 1787". Hernández de Alba, Guillermo. *Documentos para la historia de la educación en Colombia*. T. V, 1777-1800. Bogotá, Nelly, 1983. pp. 121-134.
- Diccionario de Autoridades. Madrid, Gredos, 1976.
- Guerra, François-Xavier. "De la política antigua a la política moderna: la revolución de la soberanía". *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas siglo XVIII-XIX*. México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/ Fondo de Cultura Económica, México, 1998. pp. 109-139.
- Guirior, Manuel. "Instrucción que deja a su sucesor en el mando el virrey D. Manuel Guirior, 1776". Colmenares, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. T. I. Bogotá, Banco Popular, 1989. pp. 271-359.
- Lefebvre, Henri. *Espacio y política: el derecho a la ciudad*. Trads. Janine Muls de Liaras y Jaime Liaras García. Barcelona, Península, 1976. 157 pp.

- Lempérière, Annick. "República y publicidad a finales del Antiguo Régimen (Nueva España)". Guerra, François-Xavier *et al.* *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas siglo XVIII-XIX*. México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centro-americanos/Fondo de Cultura Económica, 1998. pp. 54-79.
- Lynch, John. "Las Reformas Borbónicas y la reacción Hispanoamericana 1765-1810". Trad. Magdalena Holguín. *Hispanoamérica 1750-1850. Ensayos sobre la sociedad y el Estado*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987. 128 pp.
- Messia de la Zaerda, Manuel. "Relación del estado del Virreinato de Santafé, que hace el Excemo. Sr. D. Pedro Messía de la Zerda a su sucesor el Excemo. Sr. D. Manuel Guirior, año de 1772". Colmenares, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. T. I. Bogotá, Banco Popular, 1989. pp. 123-152.
- Moreno y Escandón, Francisco Antonio. "Método provisional e interino de los estudios que han de observar los colegios de Santafé por ahora y hasta tanto que se erige Universidad Pública o su Majestad dispone otra cosa, 1774". Hernández de Alba, Guillermo. *Documentos para la historia de la educación en Colombia*. T. IV. 1767-1776. Bogotá, Nelly, 1980. pp. 195-227.
- . "Estado del Virreinato de Santafé, Nuevo Reino de Granada, y relación de su gobierno y mando de excelentísimo señor Bailo Fray don Pedro Messía de la Cerda, 1772". Colmenares, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*. T. I. Bogotá, Banco Popular, 1989. pp. 153-270.
- . "Proyecto para la creación en la ciudad de Santafé de Bogotá de una Universidad de Estudios Generales, 1768". Hernández de Alba, Guillermo. *Documentos para la historia de la educación en Colombia*. T. IV. 1767-1776. Bogotá, Nelly, 1980. pp. 26-34.
- . "Segundo memorial del Fiscal Moreno y Escandón para ratificar y defender su proyecto sobre la necesidad de la fundación de Universidad Pública y Estudios Generales en la ciudad de Santafé, 1769". Hernández de Alba, Guillermo. *Documentos para la historia de la educación en Colombia*. T. IV. 1767-1776. Bogotá, Nelly, 1980. pp. 77-85.

- Orlando Melo, Jorge. comp. *Antonio Moreno y Escandón. Indios y mestizos de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII*. Bogotá, Banco Popular, 1985. 596 pp.
- Silva, Renán. "Prácticas de lectura, ámbito privado y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen". Guerra, François-Xavier, Annick Lempérière et al. *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas siglo XVIII-XIX*. México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Fondo de Cultura Económica, México, 1998. pp. 80-106.
- . *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808: Genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín, Banco de la República-Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002. 674 pp.
- Soto Arango, Diana. *La reforma del plan de estudios del fiscal Moreno y Escandón, 1774-1779*. Bogotá, Centro Editorial Universidad del Rosario, 2004. 166 pp.
- . "La política del 'Despotismo Ilustrado' en la educación superior en el virreinato de la Nueva Granada". *Revista Synthesis Cadernos do Centro de Ciências Sociais*. Río de Janeiro, Universidad Estado Rio Janeiro. 2002. pp. 19-28.
- . "Francisco Antonio Moreno y Escandón, reformador de los estudios superiores en Santa Fe de Bogotá". *Historia de la educación colombiana*. Núm. 1. Tunja, 1998. pp. 17-55.
- . *Las universidades y Colegios mayores de Santafe, Quito y Caracas: estudios bibliográficos y de fuentes*. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional-Centro de Investigaciones, 1994. 386 pp.
- . *Polémicas universitarias en Santa Fe de Bogotá siglo XVIII*. Santa Fe de Bogota, Universidad Pedagógica Nacional-Colciencias, 1993. 244 pp.
- Tanck de Estrada, Dorothy. *La Ilustración y la educación en la Nueva España (Antología)*. México, Secretaría de Educación Pública, 1985. 159 pp.

El espacio de la sociabilidad letrada en México durante el siglo XIX. El modelo de la asociación literaria

Leonardo Martínez Carrizales*

I. ESPACIOS Y REPRESENTACIONES DE LA SOCIABILIDAD LETRADA

EN ESTE ARTÍCULO QUISIÉRAMOS contribuir con el estudio de uno de los problemas de mayor importancia en la historiografía política y cultural del siglo XIX mexicano: el correspondiente a las minorías letradas. Esta contribución ha sido posible gracias al recurso intelectual que las metáforas construidas con base en la idea del *espacio* prestan al examen de la organización de la sociedad, de las comunidades humanas que en ésta confluyen, de sus interacciones y, finalmente, del modo en que se perciben a sí mismas y en que son percibidas en el transcurso del tiempo. ¿Cómo nacen las minorías letradas en el horizonte de una sociedad y se integran como un grupo coherente, vinculado a la estructura general de la colectividad? ¿Cuál es el proceso que les ha permitido distinguirse de los sectores sociales del Antiguo régimen? ¿Cómo se relacionan con otros grupos sociales e influyen en ellos? ¿Cuáles son las representaciones simbólicas gracias a las cuales estas minorías se reconocen a sí mismas y se legitiman? ¿Cuáles son las estrategias que les permiten volverse inteligibles en el intercambio simbólico de una comunidad? En este artículo se asume la convicción de que todas

* Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

estas preguntas resultan inteligibles en el ámbito de la investigación científica en virtud de una imaginación crítica que piensa esta clase de problemas mediante representaciones fuertemente *especializadas*. Tal es el caso de la idea de una *asociación literaria*.

El imperio y el prestigio que este actor social cobró durante la primera centuria de la vida independiente de México han sido tan generalizados y tan altos que su presencia se dio por descontada en los procesos culturales y políticos del periodo sin necesidad de problematizar su origen, su articulación y su desempeño. Además, desde el punto de vista de sus rasgos socioprofesionales, las minorías letradas confunden continuamente sus límites con los de otros grupos cuya presencia en las estructuras jurídicas y administrativas de la sociedad es mucho más nítida. Así, éstos terminan por reclamar el centro de la atención de los modelos de estudio en menoscabo de aquéllas. Un hombre de letras es, desde la perspectiva de las categorías clásicas del análisis sociológico, sobre todo un abogado, un funcionario, un clérigo, un catedrático, etcétera. Sólo en segundo término nuestro hombre de cultura es considerado como un productor especializado de bienes simbólicos, los cuales se juzgan como una tarea ancilar del desempeño profesional. Nuestro objeto de interés no sólo no tenía un lugar propio en el diseño de las instituciones del Estado novohispano, sino que, gracias a su acción y su acreditación públicas contribuyó con el replanteamiento de la nueva sociedad, así fuera sólo teóricamente. Expliquémonos.

Las bases teóricas del nuevo Estado nacional fueron formuladas por los diversos integrantes de este grupo y, desde las instituciones que poco a poco los distinguieron y les sirvieron de apoyo, proyectadas al resto del cuerpo social. A menudo, los principios que dieron coherencia a estas comunidades desafiaron los fundamentos de la trama de la vida social imperante, como fue el caso de las redes clientelares y los lazos parentales. Por ello puede afirmarse que la mera formación de estas clases resulta un índice de una estructura social emergente que se aparta de la que le ha precedido. Nos referimos a una estructura dictada por la razón y manifestada gracias a los bienes de la cultura letrada: una cultura reflexiva, atendida a sistemas conceptuales de pretendida validez universal, consecuencia del estudio y la discusión libre; una cultu-

ra que estimula el desarrollo de trayectorias intelectuales cada vez más complejas y que fortalece los procedimientos del mérito personal. En consecuencia, se comprenderá el hecho de que nuestros clérigos, nuestros abogados, nuestros funcionarios, etcétera, hayan desplazado el eje de sus intereses vitales de su profesión a una nueva zona de la trama social en trance de constituirse y de acreditarse. Nuestro interés radica precisamente en la observación de los signos de ese desplazamiento.

En efecto, los patrones de sociabilidad, los rasgos de conciencia y los universos conceptuales que pusieron en juego las minorías letradas, y que terminarían por caracterizarlas como un nuevo sujeto histórico, determinaron modos del ejercicio político y cultural diferentes a cuantos habían dominado el escenario hasta el momento en el cual este actor social logró diferenciarse de los grupos gracias a los cuales se había gestado, como los abogados y los meritorios en los despachos jurídicos, los funcionarios del Estado novohispano y de la Iglesia católica, los editores, los catedráticos... Porque estas comunidades socioprofesionales perfectamente regulares en el Antiguo Régimen alimentaron con su contingente humano a las nacientes minorías letradas hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX. Las formas de la vinculación humana que iban perdiendo sentido y funcionalidad en el nuevo escenario histórico abrían paso a nuevas formas. En un principio, los personajes seguían siendo los mismos: ganaban su salario de la misma manera en la que lo habían venido haciendo, se educaban de acuerdo con los mismos procedimientos... Sin embargo, algo había cambiado en su conciencia y en su voluntad según lo revelaban algunas de las prácticas sociales en las cuales iban imprimiendo un interés inusitado y, sobre todo, formulaciones simbólicas de todo tipo a las que conviene dirigir nuestra más fina atención.

En este sentido, las minorías letradas en el México independiente se originaron gracias a un diseño nuevo de la organización social, un nuevo trazo de los límites del entorno gracias al cual un sujeto percibe el mundo y configura su conciencia; una nueva demarcación de los círculos en los cuales los individuos entran en contacto entre sí, establecen relaciones perdurables y emprenden actividades colectivas. Así como la persona al crecer abandona el

horizonte de su familia y, sucesivamente, va articulándose al salón de clases, la oficina en la cual desempeña sus labores profesionales, el club de descanso o la iglesia, enriqueciendo su experiencia y, consecuentemente, su conciencia; de la misma manera el hombre de letras en los albores del México independiente ya no se concibe a sí mismo sólo como el miembro de una familia, el paisano de una comarca, el socio de un gabinete de abogados, el funcionario del gobierno, etcétera, sino como un sujeto que libremente razona, estudia y discute sus conclusiones con otros que, como él, ya han experimentado los hábitos de una cultura crítica.¹ Entonces, la conciencia de estos sujetos rebasa el dominio de la profesión a la cual pertenecen y construye nuevos referentes.

Como puede advertirse en esta caracterización, no podemos plantear el estudio de las minorías culturales con base en una descripción elaborada gracias a una sólida base de datos, como ocurriría con grupos cuyo lugar en las estructuras jurídicas, políticas, administrativas o económicas del Estado se encuentra fuera de cualquier especulación y es fácilmente reconocible en virtud de todo tipo de huellas documentales.² Un procedimiento de este tipo puede ser aplicado, y de hecho así ha ocurrido, para despejar los problemas relativos a la profesionalización del hombre de letras y la formación de una *casta* independiente en virtud de los recursos de su sostenimiento material, como ha sido el caso de la

¹ En esta caracterización se han tenido en cuenta los planteamientos de Georg Simmel, *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*, 1972, especialmente el capítulo denominado "El cruce de los círculos sociales". En estas páginas, Simmel expone el proceso de desarrollo de los círculos de sociabilidad en que se lleva a cabo la experiencia humana: de círculos menos diferenciados, orgánicos, anímicos, emotivos y absolutos a otros mucho más diferenciados, racionales, externos y relativos. Como resultado de este proceso, el carácter de los vínculos de socialización se hace más abstracto, racional y controlado por parte del sujeto. La conciencia de éste se hace más rica, diferenciada y profunda en virtud de la conexión del sujeto con diversos círculos atendidos a intereses diversos y a patrones de organización diferentes.

² Para una consideración metodológica relacionada con este punto, consúltese Michel Bertrand, "Los oficiales reales de Nueva España: una aproximación al estudio de un grupo de poder en la sociedad novohispana (siglos xvii-xviii)", Margarita Menegus, comp., *Universidad y Sociedad en Hispanoamérica. Grupos de poder. Siglos xviii y xix*, 2001, pp. 15-39.

vida de los hombres de letras en sociedades cuyo desarrollo y diferenciación económicos permiten su ubicación en la serie de las actividades productivas y, consecuentemente, en el horizonte de los sistemas jurídicos y administrativos.³ Por el contrario, la identidad económica se encuentra muy lejos de las posibilidades reales de las minorías letradas de México a principios del siglo XIX, tal y como sucederá en todo el orbe hispánico, donde, como ya lo apuntamos, las prácticas letradas se asocian a muchas otras figuras socioprofesionales y, en última instancia, son una función dependiente de los poderes tradicionales.⁴

³ La manutención económica y el patrocinio de los intelectuales es el criterio dominante para su estudio y clasificación en sociedades altamente desarrolladas. Cito como un ejemplo notable el artículo de Priscilla P. Clark y Terry Nichols, "Patrons, publishers and prizes: the writer's estate in France", Joseph Ben-David, Terry Nichols Clark, eds., *Culture and its Creators. Essays in Honor of Edward Shils*, 1977, pp. 197-230. Como ejemplo de un estudio sobre la vida material de grupos relacionados con la impresión, venta y distribución de libros que cuenta con una sólida base de datos obtenida como consecuencia de la identidad económica de estos actores sociales en la Francia del siglo XVIII, recomiendo al lector Robert Darnton, *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, 2003.

⁴ El caso español, tan pertinente en el estudio de nuestro tema, también ha tomado en cuenta el aspecto económico y financiero de los hombres de letras. Conviene citar las conclusiones de uno de los estudiosos más acreditados del siglo XVIII español porque pueden arrojar luz sobre nuestras propias minorías letradas: "Queda por decir algo sobre los beneficios económicos de la profesión de escritor. Ni aun para los autores de fama era posible vivir solamente de los libros. Así que, para poder dedicarse a la literatura, era preciso tener otra fuente de ingresos. Los religiosos y clérigos tenían asegurada su manutención por el convento, parroquia, beneficio, capellanía. Los médicos, abogados, magistrados y militares, por el ejercicio de su profesión. Un intelectual independiente, como Mayans, que fue cate-drático y bibliotecario real, contaba con una renta familiar saneada que le permitió en los últimos años de su vida el trato incansable con los libros". Francisco Aguilar Piñal, *La España del absolutismo ilustrado*, 2005, p. 293. Sin embargo, esta debilidad estructural del grupo, no fue obstáculo para tener de él una caracterización como ésta: "Buenos o malos, cultos o vulgares, los escritores españoles del Setecientos forman ya un mundo aparte, una casta social de extrema sensibilidad, con sus envidias y rencillas, amistades y enemistades" (p. 287). De modo que habrá que estudiar las razones de la solidaridad de estos personajes en zonas diferentes de la economía. También consúltese Joaquín Álvarez Barrientos, "Los hombres de letras", J. Álvarez Barrientos et al., *La República de las Letras en la España del siglo XVIII*, 1995, pp. 19-61.

A pesar de la dificultad para situar empíricamente a las minorías culturales de México en las estructuras materiales de la sociedad, podemos centrar la discusión de nuestro objeto de interés en los términos de la formación de un nuevo *ethos* cultural y de las representaciones simbólicas que gobernaron la imaginación del sujeto letrado. El nuevo diseño de la sociedad mexicana en el cual irrumpió el hombre de letras se manifiesta nítidamente, para una mirada sensible y entrenada en la observación de los recursos simbólicos de una comunidad, en los patrones de sociabilidad que caracterizan el *tono*, por así decirlo, de una época.

Nos referimos a los espacios en los que las minorías letradas entran en contacto entre sí con base en los valores que les son más estimados; espacios regidos de acuerdo con los hábitos colectivos del nuevo actor histórico; espacios donde priman representaciones verbales e iconográficas, modos del discurso y vocablos que, si no del todo nuevos, emergen y se hacen notar con una claridad que no les conocíamos, suscitando nuevas pautas para las relaciones entre los seres humanos.⁵ Entre los espacios de sociabilidad más importantes para la integración y el funcionamiento de las minorías culturales de México durante el siglo XIX es necesario destacar a las *asociaciones literarias*. En ellas centraremos nuestra atención a lo largo de las páginas que restan de este artículo porque estamos convencidos de su gran valor testimonial para conocer a quienes se dieron cita en su entorno, lo que pensaron de sí mismos, las reglas a las cuales sujetaron su comportamiento, los recursos mediante los cuales percibieron el mundo y las formas simbólicas que elaboraron para representarlo.

II. EL ESPACIO DE LA CONVERSACIÓN

La *asociación literaria* es el denominador común de experiencias sociales numerosas y diferentes entre sí en virtud de ciertas pecu-

⁵ Un caso muy interesante de las representaciones simbólicas mediante las cuales los hombres de letras dan testimonio de la conciencia que tienen de sí mismos es el correspondiente al uso de la expresión *república de las letras*, estudiado por Joaquín Álvarez Barrientos, *op. cit.*, pp. 7-17.

liaridades que no terminan por afectar el núcleo de la convivencia que allí ocurre y que se proyecta simbólicamente sobre todos los ámbitos de la estructura social. Así, por ejemplo, ni la sede de estos encuentros entre hombres ameritados en la educación de su época, ni la etiqueta que se imponen, ni la periodicidad con la cual se reúnen, ni la índole específica de los conocimientos que abordan, ni el programa según el cual se desarrollan las sesiones, ni el número ni la asiduidad de los asistentes, ni la condición secreta o pública de los encuentros, ni la orientación política de las opiniones que allí se desahogan, etcétera, bastan para disuadirnos de sugerir a la *asociación literaria* como el modelo de un espacio social que, parafraseando a Benedetta Craveri, podríamos llamar una *cultura de la conversación*.⁶

La *asociación literaria* es un espacio diseñado para satisfacer las condiciones de una *cultura de la conversación* sostenida por sujetos que comparecen entre sí libremente, convencidos de los beneficios de la lectura reflexiva y el intercambio de ideas, orgullosos de los libros que leen y de las tradiciones intelectuales en las que han decidido ameritarse, bien dispuestos para cumplir con las leyes de un trato paritario, hábiles en el manejo del lenguaje y en la construcción de discursos de todo tipo, dueños de sus propias palabras. Precisamente en estos atributos lingüísticos y discursivos ra-

⁶ “Nacida como un puro entretenimiento, como un juego destinado a la distracción y al placer recíproco, la conversación obedecía a leyes severas que garantizaban la armonía en un plano de perfecta igualdad. Eran leyes de claridad, de mesura, de elegancia, de respeto por el amor propio ajeno. El talento para escuchar era más apreciado que el talento para hablar, y una exquisita cortesía frenaba la vehemencia e impedía el enfrentamiento verbal. / Elevada pronto al estatus de rito central de la sociabilidad mundana, alimentada de literatura, curiosa de todo, la conversación se fue abriendo progresivamente a la introspección, a la historia, a la reflexión filosófica y científica, a la evaluación de las ideas. Y dado que Francia no estaba dotada de un sistema representativo ni de un espacio institucional donde la sociedad civil pudiese manifestar sus opiniones, la conversación mundana se convirtió en un lugar de debate intelectual y político, en la única ágora a disposición de la sociedad civil. Durante la Revolución, los representantes de la nobleza que se sentaban en los bancos de la Asamblea Constituyente se siguieron distinguiendo por su tono sosegado y por su capacidad de mediación, una capacidad que había hecho célebre a la diplomacia francesa del Antiguo Régimen.” Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, 2004, p. 18.

dica la condición *literaria* de esta clase de asambleas, muy lejos de circunscribirse sólo a quienes escriben textos con propósitos estéticos.

Este hecho no podía ocurrir de otro modo si se tiene en cuenta que bajo el rubro de *literatura* se organizó durante el siglo XIX, como consecuencia del sistema neoclásico de cultura, un campo simbólico, disciplinario e institucional que dista mucho de limitarse a la ficción literaria. En cambio, la *literatura* fue un dominio en el que se conjuntó la gama entera del conocimiento expresado en textos escritos. En ese tiempo, este término no había sido reclamado con exclusividad por la estética y guardaba una estrecha relación con el valor semántico más próximo a su naturaleza etimológica. Así, *literatura* señalaba el imperio de la *letra* y legitimaba, bajo su prestigio institucional, las prácticas sociales cuyo eje descansaba en la escritura y la difusión de la palabra escrita.⁷

En consecuencia, la *asociación literaria* era un espacio reservado para quienes, reunidos en corrillos de un marcado temple intelectual, se distinguían gracias a su pericia en la producción, preservación y difusión de discursos escritos y, consecuentemente, de las materias allí contenidas. Es ilustrativo que el vulgo reconociera a quienes frecuentaban estos círculos, antes que como artistas, como *cabezones*, es decir, sujetos distinguidos y admirados por los conocimientos de todo tipo que albergaban.⁸

En el siglo XIX, las minorías letradas generalizaron su participación en los procesos políticos y culturales en una medida en que no lo había logrado hacer antes ninguna de las figuras históricas que las antecedieron. En este último aspecto, nos referimos a los grupos que, en el Antiguo régimen habían comenzado el proceso de su distinción simbólica gracias al manejo de sistemas racionales y al cultivo de las habilidades literarias. La debilidad paulatina de las instituciones del Antiguo Régimen permitió la formación de

⁷ Pedro Álvarez de Miranda, *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, 1992, p. 439.

⁸ "Desamortización, tolerancia de cultos, milicia cívica, libertad de comercio, todo se discutía entre contradicciones y aplausos exagerados, oyendo la mayoría con la boca abierta a los 'cabezones', como se llamaba a los hombres de talento." Guillermo Prieto, *Obras completas I. Memorias de mis tiempos*, 1992 [1906], p. 108.

los espacios necesarios para que este actor de la vida social se articulara en círculos definidos, estableciera redes y consolidara su patrimonio intelectual.

El origen del México independiente puede ser entendido como un proceso de renovación de los espacios de sociabilidad en virtud de los cuales los seres humanos establecían relaciones entre sí y determinaban sus acciones. El nuevo diseño de las formas de vinculación humana trae consigo nuevas prácticas y nuevos repertorios intelectuales, nuevos modos de organizar el mundo y representarlo. En suma, los nuevos espacios de sociabilidad aparecen en el horizonte de una comunidad para cumplir con funciones hasta entonces insatisfechas si no es que plenamente desconocidas. Así ocurre con los espacios en los que se dieron cita y se legitimaron los hombres de letras en el siglo XIX luego de que las instituciones virreinales correspondientes al cultivo del conocimiento y a su expresión escrita habían dejado de colmar las expectativas de estos sujetos. De este modo se abrió el paso a la consolidación de asociaciones literarias que podemos estudiar siguiendo el modelo de las *sociedades de pensamiento* que han dado su temple intelectual a la Francia del siglo XVIII, de acuerdo con la conocida descripción de Augustin Cochin asimilada para el caso mexicano por François Xavier-Guerra.

El autor de *México: del Antiguo régimen a la Revolución* estudió el origen de la cultura política moderna en *sociedades de pensamiento* tales como las logias masónicas durante los primeros años del siglo XIX.⁹ Por nuestra parte, en este artículo tendremos en cuenta un desprendimiento mucho más constante a lo largo de esta centuria: diversos tipos de *asociaciones literarias* como arcadias, academias, tertulias, liceos, cafés, cenáculos, salones, conciliábulos, redacciones de periódicos, sociedades de amigos del país... en fin, los espacios de sociabilidad que muestran a México durante el siglo XIX como una sociedad deliberante, una asamblea de sujetos que hablan entre sí, que dan lectura a sus discursos los unos frente a los otros, que debaten, que depuran y contrastan sus ideas gracias a la razón elocuente, a la inteligencia organizada literariamente.

⁹ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, t. I, 1991, pp. 158-170.

III. LOS HÁBITOS DE LA CONVERSACIÓN

Los espacios de la sociabilidad letrada enriquecen la existencia de quienes frecuentan su ámbito, pues allí ocurre una reorganización radical de las experiencias que hasta entonces el sujeto conocía; allí se cruzan los círculos en los cuales el individuo se había desempeñado como miembro de una familia, como funcionario, como paisano, como amigo o como coetáneo. En la vivencia del sujeto que acude a una asociación literaria por voluntad propia, estos círculos se intersectan entre sí, se modifican y, por consecuencia, propician que la mentalidad y la sensibilidad del hombre de letras se vuelvan más complejas. La naturaleza psicológica y el entramado conceptual del sujeto letrado se redime así de las redes tradicionales de la experiencia por las cuales atraviesa necesariamente la persona, y somete a un examen racional las pautas de la organización social en que se hallaba sumergido; entonces, el hombre de letras establece los principios de convivencia de un orden racional, abstracto, libremente elegido y soberanamente construido. Esos principios determinan la organización y el funcionamiento de la *asociación literaria*.

En estos espacios de sociabilidad priman los bienes de la cultura letrada como condición de acceso, promoción y prestigio, así como también los hábitos teóricos en la explicación del mundo. Allí circulan las ideas, los libros y los autores más avanzados de una época, sólo asequibles a quienes se han sometido en algún grado a un proceso de educación formal; allí se fomenta la crítica del orden social y cultural imperante; allí se fraguan proyectos de reforma política; allí se piensa y se escribe con los instrumentos y las normas más exigentes del periodo; allí se representa el mundo mediante formas verbales y artísticas muy refinadas. En esas comunidades se cultivan sistemas conceptuales de índole crítica y moderna que afectan de la misma manera a problemas como la teoría de la representación ciudadana y materias como la prosodia y la ortografía; la organización de la naturaleza, el origen del lenguaje y la distribución geográfica de los pueblos indígenas.¹⁰

¹⁰ Sobre esta clase de contenidos de gran refinamiento que dan sustancia a la conversación de las minorías letradas apuntemos enseguida un problema de tra-

Todos estos ámbitos son naturales en el repertorio de problemas sobre los cuales los miembros de esta clase de círculos ejercen sus facultades y, por tanto, cobran conciencia de sí mismos ante otros grupos, aprecian sus hábitos, valoran sus actitudes, desarrollan mecanismos de reconocimiento y prestigio, hábitos y fórmulas de convivencia, estructuras jerárquicas, etcétera.

Como ejemplo del régimen de convivencia que se va consolidando en torno de los hombres de letras, ofrecemos los pasajes de

bajo. El caso francés, en tanto modelo de *sociedades de pensamiento* que propician la modernización y la racionalización de los vínculos tradicionales de una comunidad política, es demasiado conocido como para demorarnos aquí a desahogar su ejemplo, y acaso tienda a ser sobreestimado en la explicación de los procesos políticos acaecidos en el territorio que nos interesa en estas páginas. En cambio, entre nosotros comienza a abrirse paso el modelo de las minorías ilustradas del reino de España, pues la autoridad política, el prestigio simbólico y la originalidad intelectual que llegaron a cobrar en el entorno de las cortes borbonas no sólo no fue desconocido para las minorías letradas de las postrimerías de la Nueva España, sino que representó un oriente sobre el cual dirigir sus lecturas, una fuente de alimentación de sus proyectos políticos y un modelo teórico de sus textos literarios. Por ejemplo, gracias al cómputo onomástico de la primera época del *Diario de México* (1805-1812) que la investigadora Esther Martínez Luna ha llevado a cabo, estamos en condiciones de consignar que el imperio de Diderot, Rousseau y Voltaire sobre las minorías letradas que se daban cita en las páginas del primer cotidiano publicado en ese territorio durante el siglo XIX fue más bien modesto si se lo compara con la tremenda autoridad de que gozaron Tomás de Iriarte, Benito Jerónimo Feijóo y Gaspar Melchor de Jovellanos. Consúltense las entradas correspondientes en Esther Martínez Luna, *Estudio e índice onomástico del Diario de México. Primera época (1805-1812)*, 2002. Con un moderado intervalo de retraso respecto a la corte de Carlos III, las minorías letradas novohispanas y mexicanas sujetaron su *conversación* (por así llamar al espacio de su encuentro, los hábitos, los contenidos y las formas verbales que allí imperaron) a los valores pretendidamente modernos y racionales para su época que advertían en sus contrapartes españolas. En la *cultura de la conversación* de las minorías letradas de los albores del México independiente, y aun del proceso de construcción cultural del nuevo Estado, es posible seguir el influjo de los hombres de letras del último periodo de la Ilustración española. Se trata de un influjo que se sobrepone a los accidentes políticos del proceso de Independencia y que debería comprenderse a la luz de uno de los valores más altos que abrigaron los escritores mexicanos como señal de su identidad socialmente construida y de su crédito público: la adopción de pautas racionales en todos los ámbitos de la actividad humana. Tal es la perspectiva desde la cual Martínez Luna escribió *Polémicas y discusiones de la clase letrada en el Diario de México (1805-1812)*, tesis de doctorado, 2006.

las memorias de Guillermo Prieto en los cuales este destacado cronista de su siglo elaboró el ritual al que se sometían los asistentes a las tertulias y academias que frecuentó mientras llevaba a cabo su incorporación en los círculos dominantes de la política y la cultura mexicanas. El retrato que Prieto hizo de la *liturgia civil* sancionada en estas asociaciones literarias es prueba del grado de conciencia que los hombres de letras habían cobrado en los primeros decenios del siglo XIX acerca de su identidad como un grupo autónomo en la sociedad. No es menos indicativa de esta condición tanto social como simbólica la construcción verbal llevada a cabo por nuestro autor: la descripción de la vestimenta de los asistentes a las sesiones, los adjetivos que califican sus actos, las autoridades culturales citadas, etcétera. En el testimonio al cual nos referimos, destaca la famosa estampa en la cual Prieto recuperó del pasado los usos y costumbres imperantes en la Academia de Letrán.

Concurrían a hora determinada los nombrados [José María y Juan Nepomuceno Lacunza, Prieto y Manuel Tossiat Ferrer] al cuarto de [José María] Lacunza, y tan de su gusto era la tertulia, que éste se daba traza para que no lo distrajese ocupación chica ni grande.

Arrellanábase en su sillón, con su levita café de trabajo, en que reía insolente uno que otro chirlo con licencia absoluta; ni había gorrito ni pantufla, ni nada del uniforme del bufete, como hoy se estila.

Juan con su saquito gris, Ferrer y yo con nuestros sendos barraganes. Todos con nuestros rollos de versos en los bolsillos; Lacunza J. M. se contoneaba; leía gravadoso y pausado, leía verbigracia su composición "A las estrellas".

[...]

Después de leer el autor la composición, pedíamos la palabra para hacer notar sus defectos, y a veces aquella era una zamba tremebunda.

Por estricta mayoría se aprobaba o se corregía la composición. Tenían ostensiblemente aquellos ejercicios el aspecto de un juego; pero en el fondo, y merced al saber de Lacunza, los nuestros eran verdaderos estudios dirigidos por él las más veces. Con el pretexto de una imitación de Herrera o de fray Luis de León, disertaba sobre la literatura española; otras, presentando alguna traducción de Ossian o de Byron, hablaba sobre la literatura inglesa, y nosotros, para no quedar desaira-

dos, con varios motivos “la brillábamos” dando nuestros saludos a Goethe y Schiller, o yéndonos a las barbas a Horacio y a Virgilio.¹¹

En esta viñeta encontramos un grupo definido de tertulianos que se distinguen por sus virtudes intelectuales y literarias a pesar de su muy escaso caudal político y económico. A medida que la Academia se consolida y crece, en las páginas de Prieto se advierte cómo de los méritos literarios de los sujetos que asisten a las sesiones se desprenden las rigurosas normas del prestigio al cual éstos se hacían acreedores, los grados en que se distribuía jerárquicamente la consideración de los miembros de la asamblea, y las leyes de una conducta que todos se imponen como derecho de aduana a ese espacio de sociabilidad: la redacción de un escrito y su lectura frente al auditorio de los socios, el comentario de dicho documento con miras a su depuración, la conversación sujeta a una materia establecida de antemano.

Con ser tan socorrido este pasaje en las memorias de Prieto, conviene destacar que en esa obra abundan escenas del mismo tipo, sobre todo cuando nuestro escritor narra el proceso de sus relaciones con el grupo que, a partir de la tertulia de Andrés Quintana Roo, se integrará paulatinamente hasta la hora de sus contribuciones políticas más importantes con la causa del liberalismo mexicano.¹² La persistencia de estos motivos en la narración de Guillermo Prieto indica la generalización que los atributos de la cultura de la conversación había cobrado entre los hombres de letras del periodo.

IV. LA RAZÓN ELOCUENTE

El siglo XIX en México está poblado por asociaciones literarias de todo tipo en las cuales los sujetos ameritados en el manejo del dis-

¹¹ Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 148. Sólo se ha citado el pasaje relativo a las sesiones del núcleo original de la Academia. Una vez ampliada y establecida formalmente, la Academia de Letrán respetó el patrón de las sesiones celebradas en el cuartito de Lacunza. Una descripción de los asistentes y los hábitos de la Academia de Letrán puede encontrarse en Marco Antonio Campos, *La Academia de Letrán*, 2004.

¹² Guillermo Prieto, *op. cit.*, pp. 97-142.

curso escrito se encuentran, se reconocen, establecen relaciones de amistad, se organizan con base en un interés mutuo conscientemente determinado, intercambian puntos de vista y lecturas, debaten, conspiran y emprenden acciones concertadas.¹³ Hablamos de espacios de sociabilidad, por una parte, rendidos ante el poder del lenguaje oral y, por otra, sujetos a los bienes culturales que la escritura propicia. Esta oscilación entre los dominios de la escritura y los de la palabra hablada es una de las características más notables de los procesos de construcción de discursos y de comunicación que se observan en las asociaciones literarias; procesos que muestran en los terrenos de la mentalidad la identidad social que las minorías culturales cobraron a lo largo del siglo XIX mexicano. Examinemos este punto con cierto detenimiento.

En estos espacios de sociabilidad reina la calidez, la cordialidad, el sentido agónico de quienes hablan y se escuchan, de quienes piensan no sólo apoyados en los sistemas conceptuales que comparten y de los que se valen para entrar en contacto entre sí, sino también en la fuerza ilocutiva de las palabras, el poder persuasivo de las palabras y, en fin, las convenciones retóricas de una comunidad que, aunque se encuentra dominada por la escritura, habla en voz alta con el propósito de persuadir, mover y conmover. Por ello nos referimos líneas antes a una *cultura de la conversación*. Pero digamos también que en este espacio habitado por hombres que hablan, por *sujetos elocuentes* que legislan el espacio de la conversación gracias a los códigos de la tradición retórica, circulan conceptos, formas de pensar y valores que sólo pudieron existir en virtud de la completa generalización de la tecnología de la escritura entre quienes animan esta clase de *conversación*.

Nos referimos a las formas y los contenidos de la cultura letrada gracias a los cuales estos sujetos han sido educados, han cobrado conciencia de sí mismos, han adoptado determinadas tradiciones intelectuales y han construido los universos conceptuales que les permiten percibir el mundo, valorarlo, representarlo y orientar

¹³ Hay un estudio pionero sobre las asociaciones literarias de México en el siglo XIX de carácter descriptivo y circunscrito al ámbito de la literatura. Se trata de Alicia Perales, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, 2ª ed., 2000.

su propia conducta. Estas complejas habilidades intelectuales sólo pueden entenderse si se las encuadra en el dominio de los cambios sufridos por las sociedades occidentales en virtud de la alfabetización generalizada de la población, aun considerando las asimetrías de este proceso.

El imperio de la escritura y de sus artefactos propició lo que algunos historiadores como Philippe Ariès y Roger Chartier han llamado la *privatización* de la cultura;¹⁴ esto es, la configuración de un dominio íntimo del sujeto gracias al cual se libera de su inmersión en la colectividad tradicional. A consecuencia del auge que cobra el reino de la escritura, en adelante los lazos tradicionales de la persona ya no serán los únicos que determinen la conciencia de grupos sociales cada vez más numerosos. Las actividades de leer y escribir tienden a debilitar el imperio de las "lecturas" que los poderes tradicionales habían venido articulando y diseminando en todo el cuerpo social. Entonces, ese cuerpo solidario se abre, sufre la interrupción de su corriente sanguínea en los sitios en que un individuo se encuentra a solas con un libro, estableciendo un diálogo fuera del control tradicional. En esos sitios se llevan a cabo procedimientos que transforman irreversiblemente la conciencia del sujeto como la lectura en silencio, la lectura intensiva, la lectura reflexiva, la capacidad de releer y de manipular completamente el texto por parte de quien lee. Este tipo de lectura produce reacciones anímicas muy intensas; entre éstas, la emoción estética, motor de una fuerte individualización del sujeto y de nuevas solidaridades. Estamos hablando de conductas que abren las puertas al análisis del lenguaje organizado en textos, a sus poderes y a sus efectos artísticos, así como también a la construcción de sistemas conceptuales de gran complejidad y abstracción. Se trata de un episodio de la vida social que, tal y como lo ha señalado Walter Ong, supone una modificación de la conciencia,¹⁵ una

¹⁴ Philippe Ariès, "Pour une histoire de la vie privée" y Roger Chartier, "Les pratiques de l'écrit", Philippe Ariès et Georges Duby, *Histoire de la vie privée*. 3. *De la Renaissance aux Lumières*, 1999, pp. 19-22, y 109, 116, 117, respectivamente.

¹⁵ Acerca de esta proposición, remito al lector a la discusión planteada por Walter Ong, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, 1987, especialmente el capítulo IV, "La escritura reestructura la conciencia", pp. 81-116.

nueva relación del sujeto con el mundo, dato psicológico del todo necesario —pongamos por caso— para la generación de un discurso como el del artista romántico y, en última instancia, la acreditación pública de las minorías letradas consistente en el orgullo de sí mismas, el elogio de sus ideas y el optimismo en la proyección de sus formulaciones sobre todo el orden social.¹⁶

En suma, el imperio de la escritura en los patrones de sociabilidad de las minorías letradas cohabita naturalmente con algunos mecanismos propios de la palabra hablada, sin menoscabo de la complejidad, la profundidad y la originalidad de sus postulaciones. Incluso deberíamos tener en cuenta que la oratoria practicada por nuestros hombres de letras supone un sistema de palabras organizado con anterioridad a su pronunciación de acuerdo con rigurosas leyes racionales que sólo han podido establecerse gracias al imperio de la escritura. Así, la oratoria, poniendo en juego la tradición erudita de la que es portadora, conduce al ámbito de las deliberaciones políticas las formulaciones acuñadas por los instrumentos racionales del hombre de letras. Esta convivencia entre la letra y la voz es un rasgo fundamental de las minorías culturales de México durante el siglo XIX pues pone de manifiesto la estrecha relación que hay entre sus capacidades racionales más refinadas y su voluntad de ejercer influencia en los asuntos públicos. El estudio del modo en que la tradición retórica fue asumida en el México del siglo XIX puede darnos la clave para explicar esta convivencia, paradójica en apariencia, que merece toda nuestra atención. Dejemos la investigación de este problema para otra oportunidad.

¹⁶ Como ejemplo de esta afirmación, leamos el siguiente juicio de Prieto acerca de la Academia de Letrán, escrito apenas un poco más de un lustro después de haber sido establecida formalmente esta sociedad literaria: "Pero lo que positivamente marca una época característica en nuestra literatura, y se puede considerar realmente como la base de su futura nacionalidad, es el establecimiento de la Academia de San Juan de Letrán, en junio de 1836". Guillermo Prieto, "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana" [1844], Jorge Ruedas de la Serna, organización y presentación, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 123.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Piñal, Francisco. *La España del absolutismo ilustrado*. Madrid, Espasa Calpe, 2005. 354 pp.
- Álvarez Barrientos, Joaquín. "Los hombres de letras". Álvarez Barrientos, Joaquín et al. *La República de las letras en la España del siglo XVIII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995. pp. 7-17. (Monografías, 16.)
- Álvarez de Miranda, Pedro. *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*. Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1992. 743 pp.
- Ariès, Philippe et Georges Duby. *Histoire de la vie privée*. 3. *De la Renaissance aux Lumières*. París, Seuil, 1999. 635 pp.
- Bertrand, Michel. "Los oficiales reales de Nueva España: una aproximación al estudio de un grupo de poder en la sociedad novohispana (siglos XVII-XVIII)". Menegus, Margarita, comp. *Universidad y Sociedad en Hispanoamérica. Grupos de poder. Siglos XVIII y XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios sobre la Universidad, 2001. pp. 15-39.
- Campos, Marco Antonio. *La Academia de Letrán*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2004. 89 pp. (Colección de Bolsillo, 23.)
- Clark, Priscilla P. y Terry Nichols. "Patrons, publishers and prizes: the writer's estate in France". Ben-David, Joseph y Terry Nichols Clark, eds. *Culture and its Creators. Essays in Honor of Edward Shils*. Chicago, University of Chicago Press, 1977. pp. 197-230.
- Craveri, Benedetta. *La cultura de la conversación*. Trad. César Palma. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004. 610 pp.
- Darnton, Robert. *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Trad. Laura Vidal. Madrid, Turner/Fondo de Cultura Económica, 2003. 269 pp.
- Guerra, François-Xavier. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. T. I. 2ª ed. Trad. Sergio Fernández Bravo. México, Fondo de Cultura Económica, 1991. 453 pp.
- Martínez Luna, Esther. *Estudio e índice onomástico del Diario de México. Primera época (1805-1812)*. México, Universidad Nacio-

- nal Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002. 332 pp.
- _____. *Polémicas y discusiones de la clase letrada en el Diario de México (1805-1812)*. Tesis de doctorado. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras, 2006. 247 pp.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Trad. Angélica Scherp. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. 190 pp.
- Perales, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. 2ª ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000. 318 pp.
- Prieto, Guillermo. "Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana" [1844]. Ruedas de la Serna, Jorge, organización y presentación. *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Humanidades, 1996. pp. 111-124.
- _____. *Obras completas I. Memorias de mis tiempos*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones, 1992 [1906]. 535 pp.
- Simmel, Georg. "El cruce de los círculos sociales". *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza, 1972. pp. 425-478.

El texto como espacio

Fundar e imaginar el espacio del origen: *La cruz y la espada* de Eligio Ancona

Leticia Algaba*

FIGURAR EL ESPACIO

LA PÁGINA EN BLANCO, el espacio fértil para la escritura, ha sido materia para los estudiosos de la representación; en el caso de los textos literarios muy frecuentemente han sido los autores quienes han reflexionado sobre el asunto. Como otros escritos, los literarios suelen ir acompañados de otros textos que, como señala Gérard Genette, les ayudan a existir, a "*darle[s] presencia*", "asegurar su existencia en el mundo" y su "recepción".¹ Es así como el texto principal, por así decirlo, es reforzado, pero esos otros textos se convierten en espacios cuya versatilidad puede convertirse en objeto de estudio. Es éste el caso de los prólogos, sean éstos denominados introducción, prefacio, advertencia, por el autor del texto o por otros autores. Si el prólogo es el del autor el proceso comunicativo se pone en marcha, el autor se dirige al lector para confiarle el propósito, los alcances, las perspectivas del texto, reflexiones y un largo etcétera ilustrativo de un mensaje dócil a contenidos muy diversos.

Si, como afirma Genette, el prólogo ayuda al texto principal a darle presencia y asegurar su existencia en el mundo, se erige como un espacio que potencia la representación en un tiempo, el momento de producción, que puede ser muy distante del asunto

* Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Gérard Genette, *Umbrales*, 2001, p. 7.

central. Normalmente es el caso de la novela histórica, un género que juega con la retrospectiva para figurar —representar— un viaje de ida y regreso por espacios y geografías auténticas, mas sometidas a las necesidades de la trama narrativa.

En el desarrollo de la novela histórica mexicana del siglo XIX el punto de inicio de la retrospectiva es el momento de la Conquista que llenó muchísimas páginas casi de inmediato; la crónica fue el género adecuado. Los siglos coloniales fueron materia de todos los géneros del discurso, pero sobre todo para la novela histórica que no sólo se apoyaba en la historiografía, sino también competía con ésta. El referente más antiguo, la época prehispánica, se ofrecía como un campo fértil, mas escasamente documentado, de ahí que fuese materia para desplegar imaginarios como una necesidad de encontrar el origen como un punto esencial para asumir la identidad, tanto local como nacional. Tales preocupaciones dotaron de especificidad a los escritores del siglo XIX, un afán de despejar incógnitas sobre el pasado más remoto. El escaso conocimiento del mundo prehispánico fue muy notable en Yucatán; hacia los años de 1850 se sabía y se tenía orgullo de la cultura maya, pero era un espacio misterioso, brillante, digno de estudio para los arqueólogos, los antropólogos. Los textos conocidos referían los mitos, las formas y las condiciones sociales. Faltaba, sin embargo, unir el pasado más remoto al presente, y la novela histórica se apropió de ese espacio fértil para imaginar y fundar un espacio del origen, para figurar y dejar memoria del punto inicial. La que se percibe como una difícil tarea fue emprendida en el prólogo a *La cruz y la espada*, materia del presente ensayo.

El escritor yucateco Eligio Ancona escribió cuatro novelas históricas concebidas como una serie pues la retrospectiva inicia en los primeros años de la conquista española en Yucatán y continúa en los siglos coloniales. Al tiempo más antiguo corresponden *La cruz y la espada* (1864) y *Los mártires del Anáhuac* (1870), y a la etapa colonial dos novelas: *El filibustero* (1864) y *El Conde de Peñalva* (1879).² Apenas dos años después el novelista escribió entre 1878

² La primera novela que escribió Eligio Ancona es *La mestiza* en 1861, que no es una novela histórica, y la última *Memorias de un alférez*, tampoco ha sido considera-

y 1880 la *Historia de Yucatán*. El presente ensayo aborda el texto introductorio de *La cruz y la espada* y su función respecto de la intriga novelesca centrada en los primeros años que siguieron a la conquista de Yucatán.

Gérard Genette señala que el prefacio ha tenido —y conserva— un buen número de denominaciones: prólogo, introducción, presentación, preámbulo, advertencia, preludio, etcétera. La función de este paratexto tiene una larga tradición; baste recordar a Herodoto y el proemio que abarcaba la intención, el método y el título de su célebre *Historia*.³ Durante el siglo XIX la instancia prefacial formó un gran cauce que en nuestro presente nos recuerda la interesada y fina atención de los autores frente a los lectores al iniciar un diálogo que imprime cordialidad, prepara la atmósfera, adelanta intenciones, un ejercicio tanto para el autor como para el lector.

La versatilidad de los prólogos fue materia para la novela, cuyo estatuto comenzó a discutirse a finales del siglo XVIII e inicios del XIX en Europa. Iris Zavala, por ejemplo, se refiere al uso del prólogo en las novelas españolas como una fuerte tendencia e, incluso, los autores iban más allá de la introducción a la intriga novelesca: eran manifiestos literarios.⁴

En el género novela histórica la instancia prefacial fue acrisolando su especificidad; justamente Walter Scott escribió un “prefacio ficticio”, como lo denomina Genette,⁵ a *Ivanhoe*. Se trata de una carta, “Dedicatory Epistle to the Rev. Dr. Dryasdyt, FAS”, firmada por Laurence Templeton, seudónimo del novelista. La epístola responde a las críticas sobre la novela relativas a la combinación de sucesos históricos con ficticios, el reproche más común a un género que atrajo a un gran número de lectores y suscitó polémicas entre los propios novelistas a propósito del “color local”, de

da novela histórica y fue publicada póstumamente, en 1904, por José María Pino Suárez, quien escribió un prólogo.

³ “Herodoto expone aquí sus investigaciones, para evitar que con el tiempo se borre de la memoria lo que han hecho los hombres, y que las grandes y maravillosas hazañas de los bárbaros y de los griegos no cesen de ser nombradas”, Gérard Genette, *op. cit.*, p. 140.

⁴ Véase Iris Zavala, *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, 1971.

⁵ Véase Gérard Genette, *op. cit.*, p. 155.

la ubicación de los personajes históricos en primer o segundo plano,⁶ del telón de fondo histórico, que se dieron a lo largo del XIX, el siglo de la historia y de novela.

Durante ese siglo la novela histórica mexicana dio muestras de la versatilidad del género e, incluso, los autores intentaron llenar vacíos de la historiografía; pretendían que sus novelas se leyeran como historia, no sólo atendiendo los fines didácticos de dar lecciones de historia nacional, sino también creando e imaginando espacios, símbolos para construir el pasado más remoto, interpretar la opresión de la etapa colonial cifrada en su contrario: la libertad, la anhelada independencia, que abrió las discusiones sobre un modelo de Estado hasta la restauración de la república en 1867. En nuestros días, la novela histórica nos permite apreciar la búsqueda del pasado para comprender el presente, la ida y el regreso, el viaje anacrónico que suele tener una carta de navegación para el lector, un prólogo⁷ que en *La cruz y la espada* indica las coordenadas de la intriga novelesca.

IMAGINAR EL ESPACIO DEL ORIGEN

*La cruz y la espada*⁸ es un título emblemático que une los dos instrumentos que validan la Conquista: la misión católica y la empresa militar. En su primera novela histórica, Eligio Ancona escribió un prólogo —“Introducción”—, en el que interpreta el descubrimiento de América desde el providencialismo, la voluntad de Dios en la empresa de Cristóbal Colón, a la que seguirán dos clases de hombres extraordinarios. Una clase corresponderá a los militares

⁶ El novelista italiano Manzoni, por ejemplo, consideraba que los personajes históricos debían ir en primer plano. José María Heredia, un autor más cercano a nosotros, era de la misma opinión.

⁷ En adelante usaré la palabra *prólogo*, no obstante que en la novela el término correspondiente sea “Introducción”.

⁸ La primera edición es de 1864, Mérida, Imprenta de Cervera. Dos años después, la segunda edición es de Rosa Bouret, París, 1866; esta edición, junto con la segunda edición de *El filibustero*, de 1864, colocaron a Eligio Ancona junto a autores y títulos de gran relieve en Europa.

y la otra a los emisarios de la fe católica. En la novela formarán la primera clase Francisco Hernández de Córdova, quien llegó a Champotón en 1517 para iniciar la conquista en la Península de Yucatán; Juan de Grijalva y Gonzalo Guerrero, y después Montejo padre y Montejo hijo. La segunda clase de hombres resalta la misión de la orden franciscana.

El prólogo a *La cruz y la espada* es un texto pleno de imágenes que inician en claroscuro para simbolizar la creación del mundo, la gran obra que fertilizó el cristianismo, en cuya misión providencial faltaba la llegada a un nuevo mundo que tomó corporeidad con la gran empresa de Colón. En los primeros cuatro párrafos del prólogo el lector tiene frente a sí una imagen del origen, un momento de fundación que potencia eficazmente el inicio de una historia que contar.

La gran empresa de la Conquista es presentada como una aventura, un impulso hacia lo desconocido, correspondiente al ideal caballeresco:

Los libros de la caballería andante habían preparado aquellas ideas y enardecido sus imaginaciones [...] en la época de que vamos hablando, nadie se burlaba todavía del valor de los Amadises y los Esplandianes. Aún no había venido Cervantes al mundo para ponerlos frente a frente con su ingenioso hidalgo; y no había caballero español que no soñase dormido y despierto con una princesa rescatada, un ejército roto, o un imperio conquistado con sólo el valor de su potente brazo. (*La cruz y la espada*, V-VI.)⁹

Muy probablemente influido por las crónicas de Indias, Ancona exalta el ideal caballeresco en la misión de los conquistadores. El prestigio de la fama se otorgará en la intriga novelesca a Hernán Cortés:

Has de saber, donosa Zuhuy Kak —dice Benavides, uno de los personajes principales de la novela— que el nombre de ese guerrero cristia-

⁹ Puesto que me referiré centralmente a la novela *La cruz y la espada*, las citas textuales llevarán la referencia en el texto para facilitar la lectura. Citaré la segunda edición de Rosa Bouret, París, 1866; la ortografía se actualizará.

no desconocido entonces, vuela hoy por el universo en lenguas de fama. (*La cruz y la espada*, V-VI.)

La fama del conquistador de México había sido acuñada apenas 20 años después de la caída de Tenochtitlan pues los sucesos narrados transcurren a partir del año de 1539.

Al retomar el ideal caballeresco, nuestro autor coloca a Cortés y a sus soldados en un estrato literario, recurso presente en las crónicas de Indias. En la *Historia de Gómara*, por ejemplo, es presentado como un hombre de fama.¹⁰ Al retomar marcas genéricas de la crónica, Ancona no sólo las descubre como fuentes para su novela, sino que también intenta atenuar la cruenta realidad sobre la conquista de Yucatán pues los móviles de la empresa militar se asemejan a los de los misioneros católicos, partícipes también del carácter aventurero y caballeresco proveniente de las lecturas de las vidas de los santos hechas con la misma avidez que los libros de caballerías. Unos y otros veían a los caballeros andantes como modelos, y en la novela tomarán de los caballeros auténticos "realidad" para enfrentar a los "rojos", como llamaban a los indígenas, y de Don Quijote quizá tomarían el impulso de enderezar entuertos domeñando a los "idólatras" y así ponerlos a salvo del "príncipe de las tinieblas".

El parentesco con la prosa novelada ha existido desde la antigüedad a través de los recursos expresivos, señala Enrique Pupo-Walker, estudioso de tal relación; específicamente postula una "aprehensión imaginaria en la historiografía de indias":

Es lógico suponer que las imágenes que aportó el mundo americano desbordarían en muchos planos los moldes envejecidos que habían diseñado los cronistas medievales. Súbitamente fue necesario dar cuenta de una vasta entidad desconocida, que era a un mismo tiempo, para los improvisados cronistas, realidad palpable y fantasía. En muchos

¹⁰ Francisco López de Gómara, en su *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, presenta al conquistador como hombre de fama, calificativo que se repite en otras crónicas. La primera edición de la obra de Gómara es de 1552; en el transcurso de tres años tuvo seis ediciones, dato que por sí mismo señala su influencia. En "Prólogo" a *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, por Jorge Gurúa Lacroix, 1970.

casos, las noticias transmitidas en aquellas relaciones exigirían al narrador recursos expresivos que sólo habían conocido en la prosa novelada. Al nutrirse de fuentes disímiles, la historiografía americana configuró en pocos años, ante el mundo renacentista, una nueva escritura, que informaba con rigor ejemplar, pero en la que se consagraba también una aprehensión creativa y espectacular de lo narrado.¹¹

De esta forma de aprehender el nuevo mundo Ancona se sirve para ligar su primera novela histórica a la historiografía. En el prólogo a *La cruz y la espada* los resabios de la lectura de las crónicas de Indias apuntalan el momento de la conquista de Yucatán y los primeros y difíciles años como una etapa heroica que, en la intriga de la novela, se nutrirá además del mito y de elementos sagrados: *Chilam-Balam*, el gran libro de los mayas ocupará un lugar destacado.

Un ejemplo de lo anterior en la intriga novelesca ocurre en la conversación del anciano Tutul Xiu —cacique de Maní y descendiente directo de los señores de Mayapán— con el joven guerrero Kan Cocom. Escuchamos la inminencia de las profecías, inaceptable por el joven que, irreverentemente, la refuta con el hecho de que unos años antes —15— los 300 españoles que habían entrado por las Bocas del Tonel y habían ocupado Chichén-Itzá y Bakhalad permanecieron ocho cruentos años que terminaron cuando los indígenas crearon una alianza de grupos para ir en contra de ellos. Haciendo una precisión en la temporalidad, el anciano le informa al joven que tal episodio no figuraba en la edad designada por las predicciones y, en seguida, construye una analogía: si se siembra el maíz en marzo los gusanos se lo comerán antes de que la lluvia lo germine, y los españoles “sembraron antes de tiempo y por eso no recogieron entonces el fruto” (*La cruz y la espada*, 151). Ahora —continúa— “vienen a resembrar y siendo ésta la edad designada por los profetas, la planta germinará mañana” (*La cruz y la espada*, 151).

La conversación anterior transcurre en el capítulo X de la novela. En el capítulo anterior —IX— el autor toca el conflictivo juego de intereses entre la empresa militar y la misión religiosa de los

¹¹ Enrique Pupo-Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, 1982, p. 33.

franciscanos. Significativamente declara en una nota a pie de página la historicidad de los episodios referentes a Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, el naufragio de ellos en la isla de Cozumel y su posterior cautiverio, referidos por el historiador Vicente Calero. Respecto de los franciscanos encabezados por el padre Testera, señala el autor haberse basado en la crónica de Las Casas y otros historiadores como Cogolludo. No obstante, el novelista, que explicita sus fuentes historiográficas, se suma a la opinión de Justo Sierra O'Reilly en el sentido de la dificultad de creer en "esa serie de hechos, al menos de la manera en que están presentados por personas que tenían un interés reconocido en alentarlos" (*La cruz y la espada*, 142). De ahí que al dirigirse al lector al final de la nota en cuestión resulte muy significativa la frase: "nosotros hemos cumplido con nuestro deber de historiadores" (*La cruz y la espada*, 142).

En la declaración anterior Ancona muestra la relación de su novela con la historiografía, de ahí que el capítulo XI, titulado "Kan Cocom", el nombre del joven guerrero que intenta derrotar a los españoles, muestre un nuevo recurso al acudir al *Chilam-Balam*, fuente primigenia de la cultura maya, para beber de él el halo del origen y el destino del pueblo maya, otra interpretación de la derrota ante el conquistador que continuará en los siguientes capítulos, el XII "La destrucción de Mayapán" y el XIII "Las Profecías del Chilam", en el que "la voz del oráculo" es pronunciada por el Cacique de Maní y profundiza en el título emblemático de la novela: "Las predicciones de los profetas van a cumplirse y los dioses van a ser derribados de sus altares al soplo de la cruz" (*La cruz y la espada*, 187). Chilam-Balam, el sabio sacerdote de Maní, continúa prediciendo la llegada de "hombres blancos y barbados que dominarán la tierra de los itzalanos" y que "el culto de los dioses y [...] la señal de la cruz aparecerá en las alturas". El sacerdote previno a Tutul-Xiu, el anciano que recogió el último legado, que "hiciese una cruz de piedra para que fuese adorada en los templos" (*La cruz y la espada*, 189). Es así como en este capítulo de la novela, el autor-narrador funde el símbolo de la cruz: los macehuales no la rechazarán puesto que es la señal indicada en las profecías de Chilam-Balam.

El apoyo en los textos mayas actúa en la intriga novelesca como un recurso más sobre el imaginario de un pasado prefigurado, dolorosamente vivido por los indígenas que opusieron tenaz resistencia a los 300 españoles que llevaban a cabo la empresa militar y la misión católica. En los capítulos referidos, Ancona amplía la perspectiva, coloca su punto de vista de un modo que se antoja muy semejante al del joven guerrero: se rebela frente a las "verdades" sesgadas de la historiografía de Yucatán y abreva en el texto sagrado, en el Génesis de su cultura, un movimiento que destila la nostalgia de una nación portentosa que ve su fin y lentamente se mezclará con otra raza para formar una nueva nación. Sin embargo, la lentitud, materia de los tres capítulos, acelera la intriga novelesca al unir en el símbolo de la cruz el tiempo antiguo con el tiempo nuevo.

Luego de presentar en el prólogo a los conquistadores como hombres influidos por las novelas de caballerías, las vidas de los santos y una "ardiente imaginación meridional" (*La cruz y la espada*, V), nuestro autor comienza a deslindar terrenos:

La conquista de México por Cortés es una epopeya que sólo se diferencia de la de Homero, en que ésta es el parto de la imaginación de un poeta, y aquélla un hecho real e indudable, comprobado por numerosas historias e incontrovertibles monumentos. (*La cruz y la espada*, VI.)

En esta cita, el prólogo comienza a desplegar su relación con la intriga novelesca y su función como el umbral de su lectura: la conquista de México es un suceso verídico comparable a una epopeya, a un género literario que en 1864 ya no existe, ha sido sustituido por la novela. Frente al lector el autor comienza a tocar el terreno de la verosimilitud de los sucesos que serán materia de la novela, pero el mensaje dominante pone de relieve el afán de dotar de epicidad la conquista de México, cuyo efecto beneficiará la retrospectión al pasado más remoto pues éste se presenta como una época poblada por héroes cuyas hazañas fundaron una nueva estirpe. El horizonte temporal comienza en esta época y la siguiente será la de los siglos coloniales.

La construcción que levanta Eligio Ancona es semejante a la de Víctor Hugo en el singular *Prefacio a Cromwell*, donde figura la su-

cesión de edades en la sociedad y su relación con la expresión literaria. En los tiempos primitivos —la primera edad— la lírica es el género por excelencia y se expresa en la oda; uno de los personajes característicos es Adán que personifica la juventud. En los tiempos antiguos —segunda edad— la épica, la epopeya, es la expresión característica; el personaje paradigmático es Aquiles, el héroe de la edad viril cuyas hazañas convierten a *La Iliada* y a Homero, su autor, en piedra de toque de una etapa de la historia occidental. A la épica seguirán los tiempos modernos —tercera edad— cuando dominará el drama propio de la vejez de la sociedad; entre los personajes paradigmáticos está Hamlet. Los rapsodas marcan la transición de la lírica a la épica, y los romanceros la de los poetas épicos a los dramáticos. Los historiadores nacen en la segunda edad, la de la epopeya. Víctor Hugo comprueba la división afirmando que en todas las literaturas figuran primero los poetas líricos, después los épicos y luego los dramáticos. Al caracterizar las tres edades subraya el carácter dominante de cada una pues en la obra de Homero, por ejemplo, hay resabios de la lírica y rasgos iniciales de la poesía dramática.¹²

El planteamiento de Eligio Ancona se acerca también a la estética de Hegel, en la que postula un estado intermedio entre la barbarie y la civilización: ahí “colocan su acción los poetas épicos”, edad que nutrió de temas y personajes a los poetas trágicos.¹³

La convivencia de los historiadores con los poetas épicos da pie a la construcción de una plataforma de retrospección en el prólogo a *La cruz y la espada*. En este punto de contacto entre la historia y la epopeya, Ancona deriva el parentesco de su novela con los dos géneros y, expandiendo tal relación, la sitúa en la novela histórica para otorgarle el rango de heredera directa de la epopeya por cuanto ésta es el género fundador en la sociedad occidental. En tal confluencia prestigiosa el lector del prólogo se introducirá a la novela, a un género donde los personajes y sus acciones son

¹² En Víctor Hugo, *Manifiesto romántico*, 1989, p. 24-25.

¹³ Hegel, *De lo bello y sus formas*, 1946, pp. 102-3. Las lecciones de estética se publicaron en alemán en Berlín, en 1835 y 1838. Charles Bernard las publicó en traducción al francés en 1846.

como de la vida real pues su destino depende enteramente del autor-narrador, no obstante que algunos de *La cruz y la espada* realicen misiones providenciales. Así lo declara el autor en el capítulo XI de la novela titulado "El destino de los pueblos", a propósito de un ensimismamiento de Benavides, uno de los personajes principales, en un preludio amoroso:

¿Cuál era, pues, aquel pensamiento encerrado en ese libro que se llama corazón humano, y cuyas páginas son legibles sólo para Dios, porque el Creador se quiso reservar tan precioso privilegio? Por fortuna el novelista que es el creador de su héroe, casi como Dios lo es del hombre, puede penetrar en el corazón de aquél y responder a la pregunta que acaba de hacerse. (*La cruz y la espada*, 156.)

La velada discusión sobre los géneros literarios propios de cada época en la historia de los pueblos alude a la certeza de Ancona sobre la potencialidad del género novela histórica para tocar el delicado y sensible tema de la formación de una nueva nación. Por eso el prólogo empuja la lectura de la intriga novelesca, en la que la empresa signada por la cruz y la espada discurrirá ambiguamente, entre la violencia y la piedad, entre la vocación espiritual y la franca ambición de riqueza y poder, esto es, entre las pasiones de los personajes movidos por los resortes del alma humana y, por ello, materia prima de una novela:

La cruz y la espada se aunaron para conseguir tan grandioso objeto —la conquista— y no es extraño que la reunión de dos elementos tan diversos produjese a cada mil caprichosos contrastes, crímenes de un carácter odioso mezclados con virtudes y sacrificios heroicos del nuevo mundo. (*La cruz y la espada*, IX-X.)

En la combinatoria de estos dos elementos parece residir la índole de los protagonistas de la novela, sin embargo, Ancona se empeña en subrayar la epicidad en el prólogo, en el umbral de la novela, mostrando una táctica frente al lector, orientada a recordar el origen. Y la idea de la fundación opera en una novela dedicada a los primeros años de la conquista en Yucatán, pero también alude al momento de producción, el año de 1864, cuando Ancona comienza la escritura de novelas históricas en un es-

fuerzo que, él mismo señaló, intentaba llenar un vacío en la historiografía yucateca.

En los dos últimos párrafos del prólogo leemos uno de sus propósitos explícitos: “es una pintura del cuadro que vamos a presentar a nuestros lectores” (*La cruz y la espada*, X), esto es, servirá como una especie de telón de fondo para la intriga novelesca, es decir, cumple la función de ubicar al lector espacial y temporalmente, dimensión ésta que recibe mayor precisión al declarar la audacia de revisar tan grande acontecimiento en el siglo XIX, tan distinto a aquella “época portentosa que se diferencia tanto de la nuestra como la edad viril de la vejez” (*La cruz y la espada*, X). En esta analogía la temporalidad se inserta plenamente en los postulados de Víctor Hugo; el tiempo de la épica corresponde a la virilidad de los pueblos ya viejos, tanto los europeos como los americanos, y ahora —1864— todavía puede revisarse escribiendo una novela, heredera de la épica, punto en el que Eligio Ancona se aproxima a José María Heredia en su célebre “Ensayo sobre la novela”, del año 1832, cuando afirma: “La epopeya de Homero es la novela de la antigüedad”.¹⁴

En una novela, lo sabemos, los personajes parecen de la vida real. Los protagónicos de *La cruz y la espada* son presentados de antemano como hombres de carne y hueso empeñados en una misión, dignos herederos de los caballeros andantes y deseosos de dar veracidad a la imaginación desatada por una nueva realidad. Según lo declara el autor, se trata de un episodio

menos ruidoso y brillante que las conquistas de Anáhuac y del Perú; pero no menos sembrado de aventuras, de dificultades y de asombrosas peripecias [...] que tiene para nosotros el glorioso recuerdo de las hazañas de nuestros padres, la grata sombra de los bosques y las montañas de nuestra patria y el suavísimo perfume que exhalan las flores del país en que nacimos. (*La cruz y la espada*, XI.)

¹⁴ José María Heredia, “Ensayo sobre la novela”, *Miscelánea. Periódico Científico y Literario*, núm. 5, 1832, p. 1. La investigación que sobre el autor cubano realiza el doctor Alejandro González Acosta nos ha permitido leer el ensayo de Heredia, del que antes sólo se conocía una parte. Generosamente el doctor González Acosta me proporcionó una copia.

Con estas líneas finaliza el prólogo, una muestra del movimiento vertiginoso construido por el autor-narrador. En apenas 16 párrafos y 11 páginas sitúa al lector en la expresión literaria de una época, en el género novela histórica, en el telón de fondo de una intriga que discurre en 27 capítulos y 360 páginas, materia de las entregas que se reunieron en un volumen editado por la Imprenta de Cervera en la ciudad de Mérida, Yucatán, el año de 1864 como primera edición, a la que sucedió dos años después un bello volumen con el sello de Rosa Bouret, París, 1866.

El movimiento del prólogo en cuestión presenta, como he tratado de señalar, varias vertientes. En una primera el autor despliega la conciencia del género novela histórica y la induce al lector bajo la garantía de que la mirada hacia el origen, el punto de partida, posee el prestigio de la epopeya, como sucedió en Europa. Pero ¿cómo contar la historia del pasado más remoto?; ¿cómo contar la historia del mundo prehispánico, el de los mayas, en 1864? En este punto Ancona se apoya en la expresión lírica, se sirve del mejor instrumento para crear ante el lector un origen que aparece condensado en el primero y el último párrafo del prólogo. En el primero muestra la voluntad de Dios para producir grandes acontecimientos alusivos a su inmenso poder:

[...] sabe suscitar un crecido número de esos hombres extraordinarios, que con su inteligencia superior, su voluntad de hierro y el valor de su brazo, se elevan sobre la multitud que los admira y la conducen fácilmente al término señalado por los designios de la Providencia. (*La cruz y la espada*, I-II.)

En seguida una imagen cuya intensa sonoridad entreabre la luz antecesora de la lluvia que prepara la tierra al cultivo de la semilla del cristianismo:

Relámpagos que fulguran en noche tempestuosa, deslumbrando nuestros ojos: serpientes de fuego que por momentos parecen abrir a la bóveda de los cielos para enseñarnos un mundo de seductora brillantez, se desvanecen con triste y cruel celeridad y sólo dejan tras sí la huella benéfica del agua que refresca la atmósfera y fertiliza los campos. (*La cruz y la espada*, II.)

La imagen anterior acelera el paso del tiempo antiguo en Europa para llegar al descubrimiento de América, que dará inicio a la empresa simbolizada en *La cruz y la espada*, el título de la novela.

LOS AVATARES DEL PRÓLOGO

La proyección del prólogo en el corpus de *La cruz y la espada* coincide con la diferenciación que J. Derrida hace entre prefacio e introducción, subtítulo este último que figura en la novela; en su relación con el texto formulan el mismo problema, pero:

La introducción [...] tiene un vínculo más sistemático [...] menos circunstancial a la lógica del libro. Es *única*, trata sobre problemas arquitectónicos generales y esenciales, presenta el concepto general en su diversidad y su autodiferenciación, mientras que el Prefacio puede no figurar en todas las ediciones o, incluso, puede cambiar, tiene una historicidad más empírica, responde a una necesidad de circunstancia.¹⁵

El distingo anterior bien puede aplicarse a la edición más reciente de *La cruz y la espada*, de 1948, en la Editorial Club del Libro, Mérida, Yucatán, en la que no figura la "Introducción" presumiblemente por criterios del editor quizá relacionados con la recepción de una novela escrita en 1864, esto es, con la expectativa del lector de mediados del siglo xx y su mayor conocimiento del pasado, de los primeros años de la conquista en Yucatán, distinta a la expectativa del lector en el momento de la producción. En ese momento, 1864, el prólogo ubicaba al lector, le daba una guía para leer la novela, lo invitaba a conocer el pasado más remoto, el punto de partida de una nueva nación, elementos que redundaban en la necesidad de formar un público en una empresa iniciada por Justo Sierra O'Reilly cuya lentitud es referida en *La Enciclopedia Yucatanense* en los siguientes términos: "el medio ambiente yucateco de aquella época era si no precisamente hostil del todo, sí francamente indiferente a esta clase de literatura".¹⁶

¹⁵ En *La dissémination*, 1972, citado en Gérard Genette, *op. cit.*, p. 137.

¹⁶ *Enciclopedia Yucatanense*, 1946, t. V, p. 639. Conviene precisar que ésta sigue siendo una de las mejores fuentes para conocer el desarrollo de la literatura yuca-

Como otros escritores de su generación, Ancona formó un circuito de producción-recepción gracias al apoyo de Leonardo Cervera, el editor, quien generosamente invertía dinero en la publicación de obras literarias sin obtener ganancias, no tanto por la calidad de éstas sino por la falta de lectores, situación que mejoraba con el sistema de suscripciones para colocar la edición posterior a las entregas. La fragilidad del circuito es señalada por el novelista en una carta inserta en la primera edición de *La cruz y la espada*; ahí leemos, ahora, el esfuerzo del autor por atraer lectores para su primera novela histórica, cuando en Yucatán no había aprecio por los escritores en la esfera gubernamental y los particulares se convertían en mecenas.¹⁷

La precaria situación del novelista tuvo, sin embargo, un magnífico aliciente en 1866, apenas dos años después de la primera edición de *La cruz y la espada*, pues la segunda edición se hizo en Rosa Bouret de París, en la que se conservó el prólogo. La segunda edición viró la suerte de un elemento del circuito, el de la pro-

teca del siglo XIX; desde luego también el de otros ámbitos de la vida social y cultural. El trabajo de los colaboradores de la *Enciclopedia* es digno de reconocimiento y, sobre todo, merecedor de estudios sobre la concepción de una historia literaria; ahí leemos con mucha frecuencia la necesidad de dar a conocer las preocupaciones estéticas de los escritores, su expresión en las revistas literarias, el espacio privilegiado para la discusión.

¹⁷ En la carta dirigida a Carlos Mañé, Ancona destaca lo siguiente: "Quisiera animar al público a que corresponda a mi trabajo, *costeando siquiera los gastos de impresión*. Pero la pluma se me cae de la mano de intentarlo, porque tengo alguna experiencia en lo relativo a empresas literarias. Cuántos al pasar los ojos por estas líneas, exclamarán: '¿a qué fin perder el tiempo en la niñería de escribir para el público? ¿no hay por ventura otras preocupaciones, en que al revés de lo que sucede en ésta, se gane el dinero y se adquiera consideración en la sociedad?' Pero no faltarán quienes crean que, aunque el escritor no ocupe un lugar preeminente entre los hombres, es acreedor a que el público le proteja en un país donde la literatura sólo cuenta con el apoyo de los particulares. Así, pues, a los que no participen *de la indiferenciación con que se suelen mirar los trabajos del escritor*, a los que comprendan qué la literatura es digna de alguna atención en un país civilizado, a los que no crean que suscribirse a una obra literaria *es proteger la vagancia y el vicio*, a esos SUPLICO tiendan una mano protectora a la obra que hoy empiezo a publicar", *Enciclopedia yucatanense*, t. V, p. 640.

ducción, impulsora del factor determinante, el de lectores. El autor y la novela figuraron entre novelistas europeos ya afamados.

EL PRÓLOGO Y LOS LECTORES

La búsqueda de lectores se asienta en la "Introducción" a *La cruz y la espada* mediante la *captatio benevolentiae*, la figura retórica dirigida a persuadir al lector para que avance sobre el texto de la novela, como señala Genette, equivalente a lo que en términos modernos se designa como "valorizar el texto", término que abarca varios sentidos. Tratándose de una novela que se postula como histórica, se coloca en la utilidad documental advertida por los textos de historia clásicos —Herodoto, Tito Livio, Tucídides— respecto de conservar el recuerdo del pasado en un esfuerzo hacia la veracidad, elemento muy común en el prefacio de esos textos.

El lector del prólogo a *La cruz y la espada* tiene ante sí un texto nuevo, renovado, por cuanto las fuentes historiográficas explicitadas ingresan a la ficción en un tono crítico, beligerante, en aras de una más justa interpretación al servicio de la intriga novelesca. Y este texto novedoso parece requerir de una guía, una entrada en materia, bajo la siguiente advertencia:

En verdad no deja de ser una profanación el que nosotros pobres pigmeos del siglo intentemos describir las costumbres y hazañas de esa época portentosa que se diferencia tanto de la nuestra como la edad viril de la vejez. Para hacer menos ostensible nuestra audacia, no nos ocuparemos de Colón, ni de Cortés, ni de Pizarro, las tres figuras que resaltan en la historia de aquel siglo prodigioso. Nos limitaremos a referir un episodio, menos ruidoso y brillante que las conquistas del Anáhuac y del Perú. (*La cruz y la espada*, XI).

El lector queda así advertido del asunto a tratar en la novela mediante frases que establecen una especie de pacto: el autor-narrador muestra por igual modestia y arrojo para narrar el episodio que dio origen a una nueva nación, actitudes puestas bajo el amparo de la grandeza, la suntuosidad de un momento histórico

digno de la épica y ahora materia de una novela que intenta incidir en la divulgación del origen e “inmodestamente” desea llenar vacíos e interpretaciones de la historiografía yucateca. El lector es invitado a corresponder a tal esfuerzo ante la promesa de recordar “las hazañas de nuestros padres, la grata sombra de los bosques y las montañas de nuestra patria y el suavísimo perfume que exhalan las flores del país en que nacimos”. (*La cruz y la espada*, XI.) En las líneas citadas, la armonía entre la perfección de la naturaleza y la gesta de los actores realza el concepto de Patria, palabra clave en el discurso histórico y enteramente sensible en el momento de producción de la novela, 1864, cuando México probaba por segunda vez un régimen imperial con Maximiliano de Habsburgo.

Como otros escritores mexicanos del siglo XIX, Eligio Ancona pretendía formar un público lector en su natal Mérida, donde los intelectuales discutían una variedad de temas científicos y artísticos a la luz de un sinnúmero de lecturas que hoy nos señalan, una vez más, la circulación inmediata de autores mexicanos, europeos e hispanoamericanos. Entre los temas de reflexión y discusión estuvo el del pasado más remoto, el prehispánico. *La Guirnalda*, periódico que circuló entre 1860 y 1861,¹⁸ entregó poemas, artículos y ensayos que, en nuestros días, apreciamos como la auténtica necesidad de cultivar los géneros literarios, comentar las obras de autores europeos e hispanoamericanos y estudiar la historia de Yucatán. En este punto destacan tres entregas del ensayo “Estudios Históricos” de J. P. Nicoli.

En la primera parte figura la periodización y los trazos de la sociedad:

Yucatán ha tenido tres épocas, la anterior a la conquista, la dominación española y la independencia. En la primera oscuridad, en la segunda dominio y por último la aurora de una libertad joven para un

¹⁸ El subtítulo es: *Periódico de una Asociación de Jóvenes*. Gracias al apoyo del Área de Historia e Historiografía del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcápotzalco, a la que pertenezco, pude leer este periódico y otras fuentes hemerográficas en Mérida, Yucatán. La lectura de tales fuentes amplió mi perspectiva sobre la novela histórica de Eligio Ancona, un segmento de mi proyecto de investigación sobre la novela histórica mexicana del siglo XIX.

pueblo también en su juventud [...] Antes de la conquista un pueblo laborioso, inteligente, capaz de luchar, si se consideran sus obras con los antiguos egipcios; nos han dejado monumentos para admirar su poder. Después un pueblo dócil, obediente, lleno de fe, de creencias nuevas, porque llegó a comprender que ellas emanciparon al hombre; una nación que experimenta una metamorfosis social, cambiando de dueño sin por eso estar sujeta a un poder más riguroso. Y en los últimos días una nación que busca ser libre.¹⁹

La "oscuridad" de la primera época, señala el escaso conocimiento de la historia y la cultura prehispánica. Al pasado más remoto, prosigue Nicoli, "[...] no se puede penetrar sino con el auxilio de una historia que apenas ha tocado la materia y de una tradición que más complica las cuestiones que las aclara".²⁰

La memoria del mundo indígena tomaba sólo corporeidad en la soberbia arquitectura, una presencia que desataba interrogantes. Pastor Esquivel en su artículo "La civilización en Yucatán" así lo expresa:

Monumentos de las generaciones pasadas testifican que esta tierra fue habitada por tribus y naciones de alguna cultura. ¿Qué naciones fueron éstas? ¿Cuál fue su origen. ¿En qué época existieron y desaparecieron? ¿En qué artes sobresalieron, cuál era su literatura, qué progreso tuvieron las ciencias, cuál era su vida social, cuál por último su civilización? Cosas son éstas que se nos ocultan, cubiertas por el velo opaco de un pasado sin faz y sin luz. [...] La historia de Yucatán empieza, pues, desde la conquista y desde ella su civilización.²¹

UNA MISIÓN CUMPLIDA

Las interrogantes sobre el pasado más remoto pugnaban a favor de la investigación histórica, pero, como sabemos, durante el siglo

¹⁹ J. P. Nicoli, "Estudios Históricos. Artículo Primero", *La Guirnalda*, 1861, pp. 162-163. El artículo tiene la fecha de diciembre 4 de 1860.

²⁰ *Ibid.*, p. 163.

²¹ Pastor Esquivel, "La civilización en Yucatán", *La Guirnalda*, 1861, p. 124. El artículo tiene la fecha junio de 1860.

XIX, la historia y la literatura dibujaron líneas fronterizas apenas o, aparentemente, imperceptibles. La necesidad de conocer el pasado más remoto bien podía ser materia literaria. Eligio Ancona, uno de los asociados a *La Guirnalda*, asumió la necesidad de buscar el pasado escribiendo *La cruz y la espada*, cuatro años después de los artículos de J. P. Nicoli, y la novela parece ceñirse al comentario de la segunda parte de "Estudios Históricos":

El que se propusiese escribir un poema sobre la conquista de Yucatán por los españoles a principios del siglo diez y seis, encontraría el misterio que envuelve a los primeros habitantes de esta península, un campo para el libre vuelo del pensamiento; la imaginación en ese caso supliría lo que falta a la historia.²²

Ancona no escribe un poema sino una novela histórica; sin embargo, en el prólogo a *La cruz y la espada* echa mano del género lírico para dar las imágenes de un mundo que se sabe el antecedente más remoto de su cultura, pero del que se conoce muy poco. Y la eficacia de las imágenes, como señalé antes, le sirve para discutir sobre los géneros literarios propios de cada época. Dicho de otro modo, atiende la necesidad historiográfica sobre el pasado más remoto, pero lo aborda desde la novela, la sucesora de la epopeya, del género correspondiente al pasado prehispánico.

Empeñado en una misión, Ancona comienza a escribir novelas históricas no sólo para llenar vacíos de la historiografía, sino para dar a sus lectores la idea de pertenencia a Yucatán, el suelo natal, parte de un territorio amplio, que se funde y se confunde en la palabra *Patria*. Al oscuro pasado prehispánico seguía la conquista, punto de inicio, a la que siguió la opresión de los siglos coloniales hasta llegar a la aurora de la libertad con la independencia. De la oscuridad a la luminosidad, en 1864 Ancona y los escritores yucatecos de su generación expresaban atisbos de pertenencia a la nación mexicana, un concepto que en el prólogo a *La cruz y la espada* constituye en nuestro presente un ejemplo notable.

²² *Ibid.*, p. 174.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Ancona, Eligio. *La cruz y la espada*. 2 vols. París, Rosa y Bouret, 1866. 256 pp.
- Enciclopedia Yucatanense: conmemorativa del IV Centenario de Mérida y Valladolid, Yucatán*. Vol. V. Ernesto Novelo Torres, ed. Carlos Echánove Trujillo, dir. México, Gobierno del Estado de Yucatán, 1947. 720 pp.
- Esquivel, Pastor. "La civilización en Yucatán". *La Guirnalda. Periódico de una Asociación de jóvenes*. 1861. p. 124.
- Genette, Gérard. *Umbrales*. Trad. Susana Lage. México, Siglo Veintiuno, 2001. 366 pp.
- Gurría Lacroix, Jorge, pról. y cronología. López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1970. 373 pp.
- Hegel, G. W. *De lo bello y sus formas. (Estética)*. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1946. 211 pp.
- Heredia, José María. "Ensayo sobre la novela". *Miscelánea. Periódico Científico y Literario*. Núm. 5. 1832. p. 1.
- Hugo, Víctor, *Manifiesto romántico*. Trad. Jaime Melendres. Barcelona, Península, 1989.
- Nicoli, J. P. "Estudios Históricos. Artículo primero". *La Guirnalda. Periódico de una Asociación de Jóvenes*. 1861. pp. 162-163.
- Pupo-Walker, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid, Gredos, 1982. 218 pp. (Biblioteca Románica Hispánica. Estudios y Ensayos, 318.)
- La Guirnalda. Periódico de una Asociación de Jóvenes*. Mérida, Yucatán, 1861.
- Zavala, Iris. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Madrid, Anaya, 1971, 372 pp. (Temas y Estudios.)

La novela histórica como *espacio* de las operaciones simbólicas. La representación del héroe

Norberto Castro López*

LA NOVELA HISTÓRICA es uno de los espacios narrativos en donde la significación, interpretación y reconfiguración simbólica encuentran un mayor y particular dinamismo. La flexibilidad que tiene su estructura, sus infinitos despliegues creativos, sus amplios pero finitos valores estéticos y formas estilísticas, aunados con la conjunción de realidad y ficción, hacen de la novela histórica un espacio simbólico que requiere un análisis detallado y minucioso que explique su proceso de construcción de significados y representaciones. En este sentido, este artículo plantea los ejes a considerar en el estudio de la construcción de figuras heroicas, así como la exploración de la representación de la imagen de Francisco I. Madero en tres obras noveladas del siglo XX.

La producción de las obras que estudiaremos en estas páginas corresponde a diferentes periodos y cumple con finalidades distintas. La primera de ellas en orden cronológico es la biografía novelada de Mariano Azuela, un trabajo que fue publicado póstumamente por el Fondo de Cultura Económica, en una recopilación de las obras de dicho autor, titulado *Madero*.¹ La segunda obra es un relato novelado escrito por Francisco L. Urquiza, militar y actor de los acontecimientos revolucionarios, llamada *¡Viva Madero!*

* Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

¹ Mariano Azuela, *Obras completas. Madero*, 1960, pp. 512-566.

Esta obra primero se publicó en 1954 por la editorial Marte, y posteriormente se imprimió para un público más general en 1957 por la editorial que actualmente publica el periódico *La Prensa*, en una serie llamada Populibros.² Es de suma importancia señalarlo, ya que nos habla de la necesidad de una mayor difusión y es la edición a la cual nos abocamos. El tercer trabajo es una novela publicada, 1989, escrita por Ignacio Solares,³ que rompe con las interpretaciones pasadas, penetra en aspectos ignorados por los dos trabajos anteriores, como son las prácticas espiritistas de nuestro personaje y la influencia de este aspecto en su vida pública, titulada *Madero, el otro*.

Para llevar a cabo un análisis profundo de las representaciones heroicas en la novela histórica tenemos que considerar el desarrollo de ejes que funjan como hilos conductores en el estudio. El primero de ellos es el eje "histórico-social", en el cual tenemos que reconstruir las condiciones de la producción de la obra; esto nos podrá mostrar los principios socialmente dominantes que se ven reflejados en la novela. Del mismo modo tenemos que considerar el ambiente político de cada época, que influye directamente en el discurso que ostenta, ya sea a favor de lo establecido hasta entonces o cuestionándolo sustancialmente. El segundo eje, que está íntimamente relacionado con el anterior, es el que he llamado "vivencial"; éste desarrolla la historia de vida del autor, en donde se destaca su desarrollo literario, su sesgo político y, si es el caso, su participación directa en el movimiento revolucionario, así como las consecuencias que la experiencia y su participación le trajeron en el resto de su vida. Este eje nos podrá dejar ver los prejuicios del autor, así como su intencionalidad. Los dos en conjunto nos permiten reconstruir los horizontes culturales de una época y de expectativas de los autores.

El tercer eje es el de "significados simbólicos". En él tenemos que encontrar y diferenciar la naturaleza y el significado de los símbolos que se presentan en la construcción de la imagen del héroe. Aquí distinguimos fundamentalmente tres tipos de símbolos:

² Francisco Urquiza, *¡Viva Madero!*, 1957.

³ Ignacio Solares, *Madero, el otro*, 1989.

los “arquetípicos”, que son propios de las construcciones míticas y que tienen un significado estático y permanente; los “socialmente dominantes”, que responden a un tiempo y espacio en particular a pesar de su carácter dinámico, pues siempre se encuentran en disputa; y, por último, los “innovadores”, que pretenden dar un nuevo sentido a las representaciones heroicas y son los más atribuibles al autor. Antes de continuar con el siguiente eje quiero señalar que son los símbolos “arquetípicos” los que imperan en las dos primeras obras, cumpliendo con una función de apoteosis en su narrativa, llevando a lo más alto la figura de Francisco I. Madero como héroe mítico, al menos en el papel; mientras que en la novela de Solares existe un equilibrio entre los símbolos “arquetípicos” y los “innovadores” por lo cual hay dos figuras fuertemente diferenciadas en la misma obra. Estos símbolos perennes se encuentran en las construcciones de dichas figuras en lo que Joseph Campbell hace llamar “el ciclo del héroe”,⁴ que consta de tres etapas: la partida, la iniciación y el regreso. La primera se vincula con la necesidad del héroe de llevar a cabo un cambio sustancial en su vida, por medio de una revelación hecha por un mensajero, que motiva la conciencia de éste a la “llamada de la aventura”. La partida lleva al héroe al desprendimiento de las condiciones en las que vive, abriendo el camino a la siguiente etapa, la de iniciación, y que Julio Amador Bech tipifica con el nombre de “la prueba”:

es el momento esencial del ciclo. Representa la confrontación del héroe con el conflicto fundamental de la existencia. Es visto a la manera de un conjunto de dificultades a superar, de enemigos a vencer. El combate ocurre siempre en una doble dimensión: interior y exterior. Lucha en un terreno individual, personal, con sus propios demonios y limitaciones interiores. A la vez que en un espacio social con las “objetivaciones colectivas del mal”.⁵

Por último, el retorno, que implica el regreso de un mundo supraterrrenal en donde el hombre ha alcanzado la conciencia plena,

⁴ Joseph Campbell, *El héroe de las mil máscaras*, 2005.

⁵ Julio Amador, *Las raíces mitológicas del imaginario político*, 2004, p. 63.

y donde, después de superar las pruebas, se encuentra con la verdad espiritual, beneficiando a toda la colectividad.

El ciclo del héroe se anuda con otros significados particulares atribuibles a los héroes mitológicos, estos rasgos característicos se comparten con el guerrero y los rasgos propios del mártir. Amador Bech señala las siguientes características:

1. tiende a romper los límites de su medio;
2. emprende una travesía;
3. enfrenta peligros y enemigos;
4. tiene las virtudes clásicas de la valentía y los ideales elevados;
5. arriesga su vida para defender una causa individual o colectiva, y
6. protege a los débiles.⁶

A los que yo agrego los aspectos del mártir:

7. desprendimiento y poco apego a los bienes materiales;
8. muerte trágica;
9. se le otorga un grado de divinidad;
10. cumplimiento de las metas aun después de la muerte.

Mientras que encontramos dentro de los símbolos socialmente dominantes aquéllos que se comparten en un tiempo y espacio determinado, que la conciencia colectiva mantiene activos y que tienen como referencia un pasado aceptado y asumido, por ejemplo aquellos significados que tienen que ver, entre otros:

1. con el carácter "apostólico" de Madero, derivado de su convicción democrática y la difusión de estos valores como los buenos e inequívocos para lograr una sociedad y un Estado libre. Por otro lado, esta imagen es construida de este modo por su personalidad no bélica; siempre trató de convencer antes de llegar a las armas. A pesar de que fue el impulsor del movimiento armado, sus primeras intenciones eran las de convencer al sumo gobernante de su renuncia pacífica y de que fuera el protector de elecciones libres. En *La sucesión presi-*

⁶ *Ibid.*, p. 69.

dencial se ve la postura conciliadora que adoptaba ante el dictador.⁷

2. con su personalidad bondadosa y noble. En este punto reitero su poca posición bélica. El fusil no era la forma para hacer convergir opiniones, para razonar. No le gustaba derramar sangre, así fuera de sus enemigos. Toleraba muchas actitudes que no fueran leales hacia su persona y su proyecto.
3. con su respeto y promoción a la legalidad. Estaba convencido de que sólo bajo un marco legal y el respeto a éste se podría llegar a la pacificación y buen gobierno. Aspecto reiterativo en dos de las tres novelas.

Entre la adopción y la reproducción de estos símbolos en una narración, se encuentran los principios dominantes de una sociedad, yuxtapuestos con los prejuicios del autor, motor de la invención de los símbolos innovadores, que a su vez, aunados a la capacidad creativa y estética, dan como resultado nuevos sentidos de los héroes históricos. Los prejuicios son entendidos, en el sentido gadameano,⁸ como juicios positivos preconcebidos, que tienen que ver con su formación, con su ser, con su conciencia histórica. Todos estos símbolos se convierten en los pertrechos necesarios a analizar para entender la representación de Madero en las distintas obras.

El cuarto eje es el "estructural" y corresponde al análisis de la obra en sí, en función de nuestros intereses. En esta parte nos damos a la tarea de desmenuzar la trama, para notar cómo nuestro personaje protagónico se llena de significado vía la historia y los personajes que lo circundan. En consecuencia, se crea una tipología de los personajes que interactúan con el protagónico, y que se tipifican según el rol que juegan en la trama en función del aspecto que se quiere sobresaltar o minusvalorar del héroe. En esta clasificación destacan:

1. Los "personajes secundarios positivos y negativos", que cumplen con una función guía y que concentran los atributos compartidos con el héroe o los atributos antagónicos.

⁷ Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial de 1910*, 1999.

⁸ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*, 1994.

2. Los “personajes oscilatorios”, que corresponden a aquéllos que siguen las inclinaciones políticas en cada coyuntura. En ciertos momentos se muestran fieles al héroe y en otros acérrimos rivales.
3. Los “personajes alternos”, que son por lo general anónimos, y se presentan en escena ya sea para mostrar un ánimo personal o social, ya para enaltecer al héroe.
4. Los “personajes de refuerzo”, que son figuras estereotípicas que le dan fuerza a la imagen del héroe para la toma de decisiones o como resultado de éstas.

Estos son sólo algunos personajes, entre otros, que se clasifican como resultado del análisis de la trama. Pero el eje estructural no se limita a esto, al mismo tiempo se tiene que penetrar en la psicología del personaje protagónico que coadyuvan a construir los anteriores personajes. El autor explora mayormente la psicología del héroe, le da énfasis a sus deseos, ambiciones, anhelos, frustraciones, creencias, etcétera, en el marco de los valores adoptados por los personajes, o valdría decir, que le heredó el autor, recreando estéticamente sus andares. Se sobrevaloran sus hechos o se cuestionan sus decisiones, todo ello en un espectro muy amplio de simbolismos que permiten forjarse una imagen muy clara de lo que representan los personajes protagónicos en su narrativa y que terminan, por la fuerza de sus figuras, guiando la trama de sus novelas.

Lo anterior es sólo parte de la estrategia metodológica con la cual desarrollé parte de la tesis de maestría en Historiografía de México, siendo sólo una propuesta de lectura e interpretación del espacio discursivo y simbólico de la novela histórica. A continuación, considero conveniente reproducir la conclusión de las tres obras, para poder valorar la representación del personaje en las distintas historias; aunque estas citas no muestran en su totalidad el significado global del héroe en las novelas, sirven para ejemplificar las posturas de los autores y cumplir con los fines prácticos de este artículo, asumiendo que la complejidad de las representaciones va más allá de lo que aquí se muestra.

En Azuela encontramos que la historia se enfoca principalmente, por el número de páginas dedicadas, al Madero en campaña,

al de la revuelta armada y al momento de crisis en su administración, concluyendo de la siguiente forma:

Madero dormía sobre un diván y Pino Suárez daba vueltas incesantes a la luz de una lámpara que escasamente alumbraba el separo. Éste se detuvo al oír distantemente pasos que se acercaban y despertó a Madero. Madero se incorporó bruscamente. El ruido de pasos se oyó mejor.

—Vamos a morir —dijo Pino Suárez irguiéndose con extraña entereza.

—¡Vamos a nacer! —respondió Madero, ya con ojos de iluminado.

Se oyó ruido de llaves, Pino Suárez estaba inmóvil, hierático. Madero, en plena alucinación. Las estepas del norte... una inmensa polvareda en el horizonte lejano, sordo rumor de cornetas y tambores, relincho de caballos. Asoma la caballería como masa enorme y difusa, se oye el vocerío que se acerca, se destacan los acentos marciales de clarines y tambores, aparecen los pechos impetuosos de los caballos, distingúense los gritos regocijados de los soldados y como un centauro cruza la pantalla la figura de Pancho Villa al restallar del canto de la Adelita.

—¡Ahora comienza la revolución! —dice Madero con voz supraterrrestre.⁹

Podemos notar en el pasaje anterior a un Madero dueño de sí mismo, con gran entereza aun en los momentos más adversos, conocedor de su destino: la muerte. Con la capacidad de saber lo trascendental de su legado. Se le dota de un carácter divino al utilizar las frases "con ojos de iluminado" y "con voz supraterrrestre", símbolos arquetípicos propios de los héroes míticos, que reconocen su triunfo social e histórico aun después de la muerte. Su martirio de mucho importa, pues la Revolución, gracias a él, apenas comienza. Existe un halo de misticismo, cuando a pocos momentos de su muerte, en plena alucinación, ve en el norte del país a Pancho Villa como el heredero y defensor de sus ideales, reproduciendo un paisaje típico y por tanto compartido de los combates revolucionarios. Un héroe mártir por las condiciones de su

⁹ Mariano Azuela, *op. cit.*, pp. 565-566.

muerte, y guerrero por las expectativas bélicas que se crea del movimiento. Al "apóstol de la democracia" el narrador lo representa con anterioridad en la historia, siendo muy reiterativo en este aspecto, para redondear una imagen que se muestra del todo congruente en la novela.

Por su parte, Urquiza narra de forma más detallada la vida de Madero, ya que su obra es más extensa que la de Azuela. Comenzando desde el reencuentro con sus familiares en Coahuila después de sus estudios en el extranjero, y la toma de conciencia de éste por las condiciones paupérrimas de la peonada, hasta la orquestación de su traición y el curso de la decena trágica. A esta última etapa dedica más de la mitad de su obra, pasando por el Madero en campaña política y militar. Su obra finaliza de la siguiente forma:

El automóvil que lleva al señor Madero, también hace alto, y al parar, el mayor Cárdenas dice al señor Madero, bruscamente:

—¡Aquí es! ¡Bájese!

—¿Pero aquí, en el campo raso...? ¿Es qué me van a matar? —inquire sobresaltado el señor Madero.

El mayor Cárdenas lo empuja con violencia lanzándolo fuera del automóvil, y tras él baja Cárdenas con la pistola en la mano, y sin decir una palabra más, dispara toda la carga de su arma sobre el cuerpo del Presidente de la República, don Francisco I. Madero, matándolo instantáneamente. [...]

Creyeron que con la muerte física del señor don Francisco I. Madero daban el cerrojo para tapar para siempre su personalidad y sus ideales, y resultó exactamente lo contrario. Vivo, el señor Madero tenía, como todos los hombres, partidarios, simpatizadores, enemigos y detractores; muerto, Francisco I. Madero ascendió a la categoría de símbolo de una idea y de una norma. Fue la bandera de la legalidad y la democracia que volvió a congregarse en torno de esos ideales a los hombres amantes de la patria, pero de una patria libre y amplia, como antes congregara en torno a su persona a los que abrieron en México el camino a la democracia.

Francisco I. Madero, muerto, vive y vivirá en la conciencia nacional.¹⁰

¹⁰ Francisco Urquiza, *op. cit.*, pp. 242-244.

Como podemos ver en estas últimas páginas de la novela de Urquiza, existe un discurso político muy explícito que representa a un Madero hombre, que llega en el mismo sentido que Azuela a ser un héroe mártir por las condiciones de su muerte, pero a diferencia de este último, no es a la hora de su asesinato cuando el personaje tiene conciencia de su trascendencia, sino que con anterioridad, en otros capítulos, es cuando sabe de la importancia de sus actos, situación que no se expresa en este pasaje, pero que reconoce. Del mismo modo el autor hace explícito lo que simboliza Madero para la historia nacional, "la bandera de la legalidad y la democracia", aspecto que lo liga con los grandes hombres que forjaron y lucharon por este orden. Cabe resaltar la importancia que le da Urquiza a la muerte como símbolo de vida cultural, queriendo dar a entender que las circunstancias del deceso de Madero son la causa del renacimiento y mantenimiento de sus ideas en la conciencia colectiva a través del tiempo. Por otro lado, es de notar la manera como este autor se refiere a Madero como "el señor don", otorgando dos títulos en la misma frase, que expresa su necesidad de hacer patente la grandeza del hombre que se hizo héroe y, en su construcción, mito.

Solares en su novela a grandes rasgos desarrolla en un ambiente onírico las reflexiones que tiene Madero a la hora de su muerte, construye su historia personal a partir de la influencia que los espíritus tienen sobre él para tomar sus decisiones de vida. Confronta el destino al cual está sujeto y que los personajes del más allá le revelan con las decisiones que él quiere tomar. El personaje de Madero se encuentra en un conflicto interno por acatar su posición de elegido libertador o hacer su vida como la de un hombre común, al mismo tiempo que sus pasiones personales lo confunden ya entrado en la vorágine de su vida espiritista y política. El periodo que abarca la historia comienza con el Madero joven, que es influido en el extranjero por las doctrinas en ese momento en boga, sobre las prácticas de médium, y finaliza después de su muerte cuando descubre que él es parte del espíritu rector de los hombres. La novela de Solares concluye así:

El silencio del tapanco de la hacienda en donde por fin podías, podrás, puedes ser tú (y él, y nosotros): ése, el loco Madero, que fue un místico equivocado porque lo invadieron demasiadas voces y un político equivocado porque transpuso el umbral de la paz y de la democracia y holló con sus pies un terreno que no le correspondía y aceptó y generó una violencia que temía y rechazaba, que lo desconcertó y culpó tanto que terminó por hacer exactamente lo contrario a aquello que debería haber hecho para evitarla. El loco Madero que, por otra parte, creía que “puede más un hombre de oración en un día que un hombre de poder en un año”, según ilustraba uno de sus cuentos predilectos. Ese mismo loco Madero que, sin embargo, lo supo todo desde el principio, desde aquí, desde el silencio, y sin embargo salió a la algarabía del mundo a plantar la semilla de un sueño que le dictaron. Por defender y realizar un sueño parecido —¿el mismo sueño?— morirán millones de hombres en los años siguientes, y aún más y más después. Casi, la humanidad toda irá detrás de ese sueño de libertad del loco Madero.

Mira, ¿lo ves?, aquí; en ese sencillito tapanco has logrado abolir la muerte y lo puedes ver: eres todos nosotros y tú mismo, y estás en donde, desde siempre tenías que haber estado. Total, piensa que ninguna existencia terrenal es mejor que otra si la asumimos, y además padecemos un deseo infinito de encarnar una y otra vez, una y otra vez.¹¹

Como podemos ver en estas últimas líneas, el personaje de Madero se encuentra en un diálogo con un narrador omnisciente, que es él mismo, en la última reflexión que tiene ya muerto. En un tono de reclamo, el narrador le cuestiona los errores de sus decisiones, como hombre espiritual y político. Se transponen las dos figuras, la del hombre místico y la del héroe guerrero, al asumir el espíritu rector; la combinación de ambas lo hizo obstinarse y equivocarse en su toma de decisiones, sin llegar a ser ninguna de las dos personas o llegando a ser las dos personas. La imagen de Madero se trasfigura en este pasaje, porque, no siendo, es lo uno y lo otro. Al mismo tiempo se le da el don de profeta, aquel que sabía lo que iba a ocurrir y que tenía una misión que cumplir, porque se lo revelaron los espíritus, decisión que de todos modos se

¹¹ Ignacio Solares, *op. cit.*, pp. 246-247.

encontraba en sus manos. El tapanco al que se hace referencia es donde Madero pasaba sus días de reflexión en una de sus haciendas, y simboliza en estas líneas la liga entre lo espiritual y lo terrenal. La alusión del término el "loco Madero" es símbolo de su lucha en estas dos dimensiones, y hace referencia directa al título de la obra de Enrique Krauze, *Místico de la libertad*,¹² que es una de las fuentes de Ignacio Solares. Esta lucha implica el sentido de una libertad que ni el mismo Madero supo delimitar entre la que acongoja el alma o la que atormenta el cuerpo, o ambas. Sin embargo al "loco Madero" al final se le reconoce su lucha y la trascendencia de sus actos, siendo la humanidad la que aprueba y justifica su legado.

Para finalizar esta parte, es de suma importancia resaltar la última frase, el "deseo infinito de encarnar una y otra vez, una y otra vez", porque tiene un doble sentido; el primero, es la analogía que aparece constantemente durante toda la novela entre la obra del personaje y la obra de Jesús, equiparando la vida de ambos, dando a entender que el espíritu rector en diferentes momentos de la historia manda a uno de esos grandes hombres que ponen en marcha el devenir de la humanidad en los momentos de grandes crisis sociales y espirituales. Pero, a diferencia del último, Madero no supo controlar y contener la violencia que su lado humano desató. Los dos son mártires, pero este último se desvió por sus desatinos convirtiéndose sólo en mártir social. El segundo sentido que tiene la frase se relaciona con la encarnación cultural, con la permanencia en el imaginario colectivo de la figura de Madero. Un imaginario que el autor quiere nutrir con otros significados, pero con los residuos de la estructura de los viejos Maderos novelados que siguen estando activos.

Las dos primeras novelas tenían una finalidad muy clara que respondía a las necesidades de su tiempo, buscaban como objetivo primordial construir y representar una figura heroica que fuera una guía social, una imagen a seguir que heredaran las generaciones revolucionarias y posrevolucionarias en un régimen emanado de este gran acontecimiento histórico. Lo socialmente establecido

¹² Enrique Krauze, *Místico de la libertad*. Francisco I. Madero, 1995.

o "aceptado" tenía como eje primordial el rescate y conciliación de los personajes que forjaron un orden social aparentemente congruente, resultado de lo que los variados protagonistas habían dejado como saldo de su actuar y forma de pensar. El Madero de Azuela cumple con un primer papel de salvamento en los momentos de pugna en la búsqueda de legitimización y estatus histórico de los personajes revolucionarios, mientras que el Madero de Urquiza es una reafirmación del valor, ya reconocido, del héroe iniciador del movimiento armado. Ambos trabajos están integrados por un fuerte relato que tenía como base "empírica" lo vivido y visto de primera mano por los autores, reforzado por el carácter estético de cada autor. Por su parte, Ignacio Solares reconstruye la vida de Madero desde otra óptica, escapando del tiempo y espacio, por obvias razones, de los autores anteriores. Solares cuestiona y replica las primeras representaciones a partir de la humanización del personaje que resulta en una mitificación del héroe por sus prácticas espiritista. La narración lleva al héroe a su lado más humano gracias a la descripción de sus costumbres religiosas y no políticas; en todo caso, la segunda se deriva de la primera, según la trama de la novela. Si las dos primeras obras cumplen con una función de apoteosis, la de Solares conlleva una función iconoclasta que deja observar el lado más humano de Madero, distinguiendo al héroe del hombre, al humanitario y al violento, al místico y al banal, al mito y a la persona, en una circulación de significados que deja abierta la posibilidad de interpretación y valoración del legado del personaje.

Para concluir, podemos ver cómo en la novela histórica la "ficción y lo real" se entremezclan para reinterpretar el pasado y crear una historia (con minúsculas) que enuncia más del presente por la intencionalidad de los autores y los horizontes en los que se encuentran inmersos. Por ello, es de suma importancia contextualizar el momento de producción de la obra, así como de su publicación, que no necesariamente se da a la par, para considerar los principios dominantes y prejuicios, que imperan tanto en el autor como en los posibles lectores, que significan a los personajes, en este caso heroicos. Es importante aclarar que la figura heroica a la que hice referencia, que cuenta con aspectos míticos en su estruc-

tura y representación, sólo se encuentra en el papel, en la novela como un género literario narrativo.

Entonces, podemos decir que la novela histórica es un espacio en la urdimbre simbólica, es una de las producciones culturales que refleja las inquietudes de su tiempo. Este espacio de elaboraciones simbólicas es de una gran importancia en una sociedad como la nuestra que descansa en mucho sobre los hombros del pasado y que, como recordó Ignacio Solares parafraseando a Borges, surge "más de lo simbólicamente verdadero que de lo históricamente exacto".

BIBLIOGRAFÍA

- Amador, Julio. *Las raíces mitológicas del imaginario político*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Porrúa, 2004. 280 pp.
- Azuela, Mariano. *Obras completas*. Vol. III. *Madero*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960. pp. 512-566.
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil máscaras*. Trad. Josefina Hernández. México, Fondo de Cultura Económica, 2005. 372 pp.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Trad. Manuel Olasagasti. Salamanca, Sígueme, 1994.
- Krauze, Enrique. *Místico de la libertad. Francisco I. Madero*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. 113 pp. (Colección Biografía del Poder, 2.)
- Madero, Francisco. *La sucesión presidencial de 1910*. México, Colofón, 1999. 357 pp.
- Solares, Ignacio. *Madero, el otro*. México, Joaquín Mortiz, 1989. 254 pp.
- Urquiza, Francisco. *¡Viva Madero!* México, División Comercial de Editora de Periódicos, 1957. 253 pp. (Serie Populibros, 19.)

III. LA PRESENCIA DEL ESPACIO

Miguel Ángel de Quevedo: precursor de los espacios verdes urbanos y reservas forestales en México

Ramona Pérez Bertruy*

INTRODUCCIÓN

ESTA INVESTIGACIÓN FUE REALIZADA en el año 2004 para acompañar, como prólogo, la edición facsimilar de una de las primeras obras que escribió el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo, la titulada *Espacios libres y reservas forestales de las ciudades. Su adaptación a jardines, parques y lugares de juego. Aplicación a la ciudad de México*. Por razones de diversa índole que corresponden exclusivamente a los herederos intelectuales y familiares de dicho autor, no se pudo contar con la anuencia correspondiente para la reproducción del texto en facsímil, pero ello no me impide buscar nuevos cauces para dar a conocer lo que he indagado en torno a tan interesante personaje. En este escrito presento mis consideraciones sobre la perspectiva histórica en la que se vio inmerso el ingeniero Quevedo para la realización de éste, uno de sus primeros escritos. Además, un análisis de su producción urbana y de las ideas científicas y las influencias arquitectónicas y forestales que éste recibió, serán útiles para poder explicar sus proyectos urbanos y de reforestación sanitaria.

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

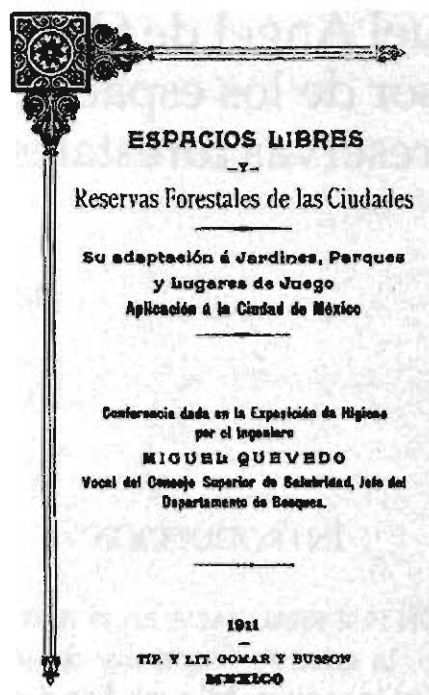


Figura 1. Carátula del folleto. Quevedo, 1911.
Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

LAS EDICIONES DEL FOLLETO

A sus 48 años de edad, el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo publicó en la casa tipográfica Gomar y Busson, en 1911, el folleto que aquí se presenta (figura 1). Esta impresión tuvo un tiraje muy corto,¹ no obstante fue muy solicitada, obligando a su autor a enviar dicho texto al *Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal*, para que lo publicara periódicamente entre el 8 de septiembre y el 10 de octubre de 1911, sin alterar su contenido.

¹ Dos ejemplares de esta publicación se encuentran en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, un tercero en las colecciones especiales de la Biblioteca de Antropología e Historia "Eusebio A. Dávalos", y otro más en una miscelánea de la Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar", del Instituto José María Luis Mora. Se trata de un folleto de 40 páginas con 15 láminas distribuidas a lo largo de la publicación que se puede consultar en los repositorios mencionados.

Dos décadas más tarde, Quevedo reprodujo una vez más el trabajo señalado, ahora en la revista *México Forestal*,² de la que era fundador y director, consciente de que aquél seguía manteniendo su valía tanto en materia urbana como en la forestal. En efecto, desde su aparición dicho folleto representó, tal y como afirma María Estela Eguiarte Sakar, la propuesta más acabada de su tiempo, dedicada a planificar la introducción de áreas verdes en la capital del país con el propósito de rodearla de bosques, porque toma en cuenta el trazo de calles, avenidas, espacios públicos, formación de colonias, conservación de recursos naturales acuíferos y reservas forestales en el Valle de México.³

Es indudable que dicho texto mantiene hasta la fecha tal pertinencia, toda vez que muchos de los problemas ahí planteados continúan sin solución, que por lo mismo debe seguir siendo objeto de reflexión de cara al siglo XXI. Conocer los desafíos urbanos y ambientales a los que se enfrentó la ciudad de México en ese entonces, así como las soluciones que plantearon los hombres de ciencia, son un buen punto de partida para dar respuestas diferentes y más adecuadas en torno a la relación que tenemos que asumir como sociedad con nuestro entorno natural.

ESBOZO BIOGRÁFICO

Miguel Ángel de Quevedo Zubieta nació en Guadalajara, Jalisco, el 27 de septiembre de 1862 en el seno de una familia ilustre y acomodada, de orígenes hispanos. Aunque sus padres, José Valente de Quevedo, aficionado a la literatura, y Ángela Zubieta, hija del jurisconsulto liberal Pedro Zubieta, se esmeraron en la educación de sus 10 hijos, fue Miguel Ángel el que mostró mayor empeño en ella, lo que le valió que a los 18 años de edad, y ya huérfano, el gobierno mexicano becara sus estudios en Francia, donde estaría

² En los números 11 y 12 del tomo XIII de noviembre y diciembre de 1935 y en los números del 1 al 8 del tomo XIV de enero a agosto de 1936.

³ María Estela Eguiarte Sakar, *La ciudad pensada. Arquitectura y urbanismo en el imaginario de la construcción de la ciudad de México, 1890-1911*, 2004, p. 193.

bajo la custodia de un tío sacerdote radicado en la catedral de Bayona. Ya ahí, ingresó en la Escuela Politécnica de París para convertirse, en 1887, en Ingeniero de Puentes y Calzadas especializado en obras hidráulicas. Al año siguiente regresó a México, donde los afanes gubernamentales de progreso y su amistad con algunos políticos prominentes no tardaron en permitirle su ingreso a las obras públicas que llevaba a cabo el gobierno de Porfirio Díaz. Así, de inmediato colaboró en la construcción del desagüe del valle de México y en la modernización del puerto de Veracruz. Posteriormente, realizó innumerables obras civiles y arquitectónicas tanto para organismos oficiales, como para empresas privadas, destacando su empeño en el rescate de edificios y fábricas afectadas por temblores, lo que le valió el epíteto de “ingeniero contra catástrofes”.⁴

A principios del siglo xx, después de varios viajes de estudio, investigación y participación en congresos científicos en Europa, África y Estados Unidos, Quevedo decidió por fin aceptar las varias invitaciones que tenía para ingresar en la política burocrática. En 1902 y 1903 fue regidor de Obras Públicas en el Ayuntamiento de la ciudad de México; en este último año se desempeñó también como vocal del Consejo Superior de Salubridad, mientras que de 1904 a 1913 estuvo al frente de la Junta Central de Bosques. Desde dichos puestos promovió una campaña permanente de salud e higiene pública, con base en el mejoramiento de la jardinería urbana y la instalación de bosques. También, desde ahí influyó en los reglamentos de la construcción y edificación de colonias para que incluyeran la adecuación de plantas y árboles en espacios abiertos y privados. Además, en materia educativa logró en 1908 la fundación de la Escuela Forestal en Santa Fe y, consecuentemente, la instalación del servicio profesional del ramo (figura 2).

Tras la caída de Díaz, Francisco I. Madero respaldó la obra de Quevedo en funciones semejantes a las que venía realizando desde años atrás. Sin embargo, al sobrevenir la Decena Trágica que puso fin al gobierno maderista, Miguel Ángel de Quevedo se vio obligado a refugiarse en Francia, tras la amenaza de muerte que

⁴ Miguel Ángel de Quevedo, *Relato de mi vida*, 1943, p. 25.



Figura 2. Alumnos de la Escuela Forestal plantando árboles en la barranca de Santa Fe. Al fondo se observa la parroquia del pueblo. *México Forestal*, t. X, núms. 11-12, noviembre-diciembre de 1932, p. 146. Hemeroteca Nacional.

dictó en 1914 Victoriano Huerta en su contra. La enemistad con éste provenía de 1912, cuando se opuso a que el yerno de dicho general instalase un centro de juegos y una cantina en el ex convento del Desierto de los Leones (figura 3), ya que éste estaba destinado a ser un parque nacional (figura 4). Cuando Huerta ascendió al poder, Quevedo y los técnicos franceses de la Escuela Forestal fueron acusados de desafectos al nuevo régimen militar, lo que provocó su persecución.

Con el triunfo carrancista, Quevedo gestionó de inmediato su retorno al país. En su opinión merecía este derecho, ya que en ningún momento se había beneficiado de manera deshonestamente de su posición y, por lo mismo, eran falsas las acusaciones que se le hacían respecto al papel que había desempeñado al frente del vivero de Coyoacán, sobre todo porque éste había sido formado de su propio peculio. Apoyado por Luis Cabrera y Alberto Pani, Quevedo regresó a México en 1915; dos años después participaría en el Congreso Constituyente de Querétaro. En él promovió, a través de su presidente, Natividad Macías, y su secretario, Manuel Rojas, una ley nacional de protección de los recursos naturales de la flora y la fauna, que sería rectora en América, así como el opúscu-



Figura 3. Convento del Desierto de los Leones hacia 1925, en ruinas. *Mexiko*, 1925, p. 71. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.



Figura 4. Parque nacional Desierto de los Leones. *Mexiko*, 1925, p. 69. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

lo titulado *Algunas consideraciones sobre nuestro problema agrario*,⁵ en el cual fijó su posición sobre el reparto de tierras e hizo una defensa de los bienes comunales para la riqueza agrícola y forestal del país.⁶

En los años siguientes, lejos de la gestión pública se dedicó por entero al ejercicio de su profesión, estrechando relaciones con su gremio mediante la creación del Centro Nacional de Ingenieros (1917), además de continuar con su labor de conservación y difusión de la flora nacional, vía la Sociedad Forestal Mexicana (1923) y la revista *México Forestal*. Su actividad social y educativa en pro de una cultura de las áreas verdes urbanas y rurales, lo hizo merecedor de un reconocimiento como "apóstol del árbol" (figura 5), mismo que le fue otorgado el 20 de marzo de 1930, por los miembros del primer Congreso Forestal celebrado en la ciudad de México.

Más tarde, la ardua labor desarrollada entre la sociedad y la comunidad científica del país le valió para que el presidente Lázaro Cárdenas le concediera una posición autónoma a su cargo de director del Departamento Forestal de Caza y Pesca, puesto que desempeñó de 1935 a 1940 y en el que logró la formación de 34 parques nacionales.

⁵ Impreso por la casa Victoria en 1916 con 110 páginas.

⁶ La cuestión agraria interesa a Quevedo por su vínculo con los bosques. Para él, el reparto de los ejidos y demás terrenos del común en la segunda mitad del siglo XIX fue perjudicial para el bienestar del indígena y para la riqueza agrícola y forestal del país. Las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857 agudizaron el problema agrario en México, pues al crear al pequeño labriego se abandonó el campo por improductivo, y se inició un proceso de degradación de los bosques al quedar éstos en manos de terratenientes, quienes los explotaron por algún tiempo hasta convertirlos en pastos yermos o "desiertos". Tras considerar que el porfiriato facilitó la concentración de tierras en pocas manos al apoyar el deslinde y la colonización de los terrenos nacionales y baldíos, señaló que eran más justos los principios agrarios de la Revolución mexicana. No obstante, en su opinión el conflicto agrario desatado por la ambición de tierras no se resolvería con el reparto legal de las mismas, sino con un mayor aprovechamiento del campo gracias a nuevas técnicas de cultivo y al capital suficiente para un mejor desarrollo de la agricultura. En este sentido, la educación y la calidad de vida de los agricultores darían como resultado un mejor aprovechamiento de los recursos naturales. Véase Miguel Ángel de Quevedo, *Algunas consideraciones sobre nuestro problema agrario*, 1916.



Figura 5. El ingeniero Miguel Ángel de Quevedo.
Iconoteca, Biblioteca Nacional.

En definitiva, Quevedo fue un hombre visionario que no sólo detectó en su tiempo los problemas ecológicos que ya presentaban algunas zonas del país debido a la incipiente industrialización, sino que también gestionó acciones concretas para contrarrestarlos, mismas que tenían como base, además de su carácter científico, diversos elementos urbanos y artísticos muy en boga en el mundo occidental. Por lo mismo, no es equivocado asegurar que gracias al ingeniero Quevedo, desde principios del siglo XX México se involucró de lleno en la adecuación del derecho internacional en el rubro señalado. Sus opiniones al respecto están plasmadas tanto en el folleto de 1911, primero, como en el ensayo *Zona protectora forestal de 2 000 metros para los caminos*,⁷ presentado al primer Congreso Nacional de Seguridad en Calles y Caminos, celebrado en la ciudad de México, en 1937.

Hombre generoso y consciente de que los afanes de la reforestación debían contar con el apoyo permanente del gobierno nacio-

⁷ Dicho folleto fue publicado en 1937 por Imprenta Mundial.



Figura 6. Calzada principal del vivero de Coyoacán, en 1919, formada por *Eucalyptus* y *Cupressus*. *Primer concurso de flores, plantas, frutas y legumbres, verificado en el vivero forestal de Coyoacán, 1920*, p. 119. Biblioteca Nacional.

nal, poco antes de morir cedió a la Secretaría de Agricultura los Viveros de Coyoacán (figura 6), mismos que mantienen hasta la fecha ese nombre.

A petición de algunas personas que estimaban que “su vida era un estímulo para la juventud mexicana por todo lo que había podido hacer en bien de la nación”,⁸ en 1943 nuestro personaje publicó su autobiografía con el título de *Relato de mi vida*. Miguel Ángel de Quevedo murió en la ciudad de México tres años después, el 15 de julio de 1946, a la edad de 84 años. Como reconocimiento póstumo a su labor, hoy en día una de las principales avenidas de la delegación Coyoacán lleva su nombre.

⁸ Miguel Ángel de Quevedo, *Relato de mi vida*, 1943, p. 1.

CONTEXTO HISTÓRICO DE LA OBRA

El 5 de septiembre de 1910, durante los festejos del Centenario de la Independencia de México, el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo, vocal del Consejo Superior de Salubridad y jefe del Departamento de Bosques, participó en la Exposición de la Higiene, celebrada en la ciudad de México, con una ponencia de 40 páginas en la que resumía tanto las ideas sanitarias como los planes urbanos sobre espacios libres y reservas forestales de su época, y cuyo texto íntegro publicaría al año siguiente. En este contexto, el folleto de 1911 debe considerarse como un resumen del aprendizaje adquirido por el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo entre 1901 y 1910, su etapa de madurez intelectual, y debe interpretarse como el "corolario de sus propuestas y acciones en materia forestal y desarrollo urbano, en cumplimiento de sus funciones públicas."⁹

Quevedo era parte de los higienistas finiseculares cuyas ideas de tradición europea profesaban el gremio de ingenieros, médicos y arquitectos mexicanos, los cuales tenían por objetivo lograr el saneamiento urbano mediante políticas de salud pública y el mejoramiento de los servicios, a fin de contrarrestar las enfermedades y epidemias que diezaban a la población.

Para resolver los problemas de charcas, lodo, inundaciones, atarjeas de aguas negras, tifo, viruela y demás, la ciudad tenía que dejar atrás su pasado virreinal y dar paso a los cambios que cubrieran la demanda demográfica de una metrópoli en pleno desarrollo, decían aquellos profesionales. En efecto, desde la década de 1860, y como consecuencia de la desamortización de los bienes corporativos, la capital mexicana había iniciado su expansión, misma que se aceleró en los años de 1880 en manos de la gestión política del presidente Porfirio Díaz, derivada del aumento sin precedentes que se dio en la actividad fabril, comercial y financiera.

En esa época de estabilidad política y "progreso económico", como sede de los poderes federales, la ciudad de México fue el re-

⁹ María Estela Eguiarte Sakar, *op. cit.*, p. 202.

ferente obligado para acreditar el progreso alcanzado en el porfirato. La mayor parte de las inversiones públicas se canalizaron hacia ésta para transformarla en una urbe “cosmopolita y civilizada”, a la manera europea. La capital nacional cambió su fisonomía conforme se constituyeron numerosas colonias y se actualizó la infraestructura de los servicios públicos, los medios de transporte y las vías de comunicación. De hecho, se decía, había que equipararla con las principales poblaciones del mundo occidental, dotándola de un aspecto moderno con alumbrado y tranvías eléctricos, teléfonos, agua corriente por medio de tuberías, drenaje subterráneo, calles pavimentadas, camellones arbolados, estatuas y monumentos públicos, numerosos edificios gubernamentales y centros comerciales; grandes almacenes, hoteles, cafés, restaurantes de alta cocina, teatros y mercados de armazón de hierro, casetas de ferrocarriles, casinos, hipódromos, plazas de toros, frontones y cinematógrafos.

El ingeniero Miguel Ángel de Quevedo fue partícipe activo de la modernización de la nueva ciudad capital, ya que desde 1889, teniendo como referente a la arquitectura e ingeniería europeas, se dedicó a levantar casas elegantes para la elite nacional y extranjera porfiriana, remodelar fábricas, acondicionar teatros públicos y construir majestuosas tiendas con estructuras metálicas (Fábricas Universales de Francia y Palacio de Hierro), además de un edificio para el asilo de ancianos en la colonia Doctores, así como también se encargó de varias plantas hidroeléctricas para el corredor industrial de Veracruz y del Distrito Federal, las que a su vez sirvieron para mejorar los sistemas de alumbrado y transporte públicos. También llevó a cabo la ejecución de las vías del ferrocarril del valle de México, y un dique de contención para las obras del puerto de Veracruz.¹⁰

Es en esta etapa de auge constructivo donde se ubica la obra que aquí se presenta. Por esos años, el Ayuntamiento capitalino se percató de que por falta de planeación y legislación adecuada sobre colonias el crecimiento inusitado de la metrópoli mexicana

¹⁰ Miguel Ángel de Quevedo, *Relato de mi vida*, 1943, p. 11, 15, 20-22, 25, 27, 29, 31-33 y 35.

mostraba una notoria desigualdad urbana en materia de servicios públicos. Si, por un lado, era indudable el embellecimiento y la higienización del centro burocrático y comercial, junto con las colonias del poniente y suroeste, porque allí despachaban los detentadores del poder político y residían los sectores altos y medios; por el otro, era inobjetable que los barrios antiguos y las colonias populares yacían en el olvido. Ante esto, las autoridades municipales trataron de actuar conjuntamente para introducir y financiar con recursos públicos la infraestructura en las zonas necesitadas. Una razón fundamental había para ello: una ciudad bella y sana era un buen ejemplo hacia el exterior del progreso que el país alcanzaba en todos los órdenes. En consecuencia, la Comisión de Embellecimiento y Mejoras de la Ciudad de México, dirigida por profesionales de la construcción, diseñó a partir de 1901 un plan meditado para alinear y ampliar las calles e introducir pavimentos artificiales, drenaje subterráneo y agua potable, construir jardines y establecer parques suburbanos.¹¹ Asimismo, preparó un plan concertado de ensanches de vías internas y de expansión de la capital. En dicho organismo institucional participaban, además de don Miguel Ángel, los arquitectos Nicolás Mariscal y Emilio Dondé, así como el ingeniero e historiador Jesús Galindo y Villa.

De hecho, muchas de las ideas recogidas por Quevedo en su texto de 1911 fueron parte del trabajo técnico de este grupo, lo que convierte a este folleto en un producto de la experiencia burocrática y profesional de su autor durante los años que van de 1901 a 1910.

Por ejemplo, el énfasis de Quevedo en torno de los espacios libres llenos de vegetación en la capital, se basa en la propuesta que hizo como Regidor de Obras Públicas en 1902 y 1903 relativa a que se debían retirar de las plazas públicas todo tipo de estorbos, desde carpas de circo, teatrillos de madera y puestos ambulantes, hasta escombros y materiales de construcción, para instalar en ellas árboles y, si era factible, jardines infantiles.

¹¹ Véase Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante AHDF), Ramo Obras Públicas y Mejoras en la Ciudad, vol. 1504 A, exp. 3 (1901).

También se hacen presentes en aquel texto los trabajos que desde la sección de ingeniería sanitaria, dependiente del Consejo Superior de Salubridad, realizó a partir de 1903 para remodelar plazas y ampliar muchos jardines, sobre todo los de los barrios pobres, como se observa en el siguiente plano (figura 7).¹²

En tales empresas, Quevedo recibió el apoyo del secretario de Hacienda, licenciado José Ives Limantour, quien sentía gran simpatía por los espacios urbanos arbolados. Esto último explica los afanes de la Junta Superior del Bosque de Chapultepec, presidida

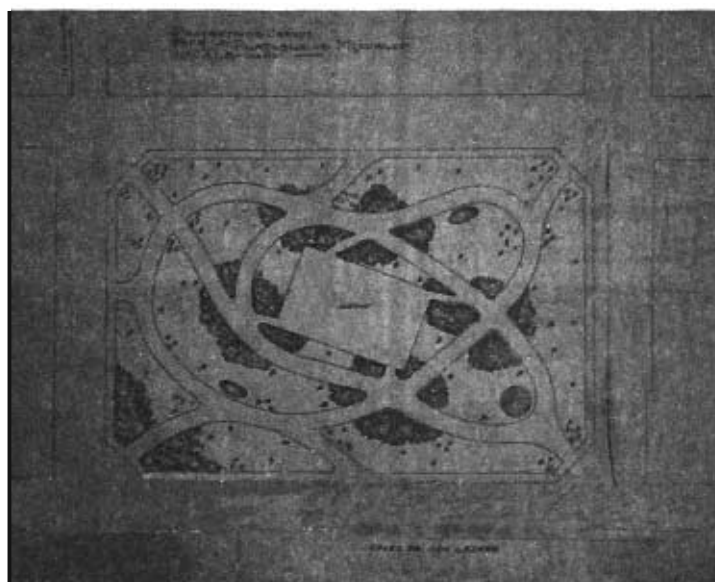


Figura 7. Proyecto de jardín para la plaza de Mixcalco, al oriente de la ciudad de México, con un cuadro de juegos infantiles. Planoteca del Archivo del Ayuntamiento del Distrito Federal. Sección Parques y Jardines. Planero 4, módulo 1, fajilla 36.

¹² Ejemplos de “plazas remodeladas” a sugerencia de nuestro autor, son el jardín de la plaza del Árbol en 1907 y el de San Lucas en 1909. Las plazas mayores de los barrios se transformaron en jardines con una sección de juegos infantiles; a saber, la de Santiago Tlatelolco en 1901 y la Ciudadela en 1908. Aconsejaba hacer lo mismo en la plaza Concepción Cuevas en la colonia Guerrero (1904), y en la de Mixcalco (1911), destinada al sector obrero. Véase al respecto: Serie Parques y Jardines, Planero 3, módulo 1, fajilla 106 y Planero 4, módulo 1, fajilla 9, en la Planoteca del AHDF. También *Boletín Oficial*, 29 septiembre de 1911, p. 404-405.

por Limantour, para construir en terrenos adyacentes un parque a la manera del Bosque de Bolonia establecido en París, y que serviría a la diversión de la clase alta tanto nacional como extranjera.

Quevedo también fue el artífice de la instalación del parque Roma o de la Piedad (1908), al suroeste de la capital, para la clase media, y de la proyección del parque Balbuena (1910), al sureste, donde se reservaron 96 hectáreas destinadas a la recreación de los sectores populares (figura 8). Incluso, Quevedo era de la idea de que este tipo de parques debían instalarse en los cuatro puntos cardinales de la ciudad, siempre tomando en cuenta el estatuto socioeconómico de sus habitantes.

El autor también incluyó en el folleto de 1911 lo que había hecho en los primeros reglamentos de colonias para ampliar las áreas verdes urbanas, y dejó memoria en esas páginas de los nuevos ensanches planificados en la metrópoli que incluían camellones, banquetas y diagonales extendidas.

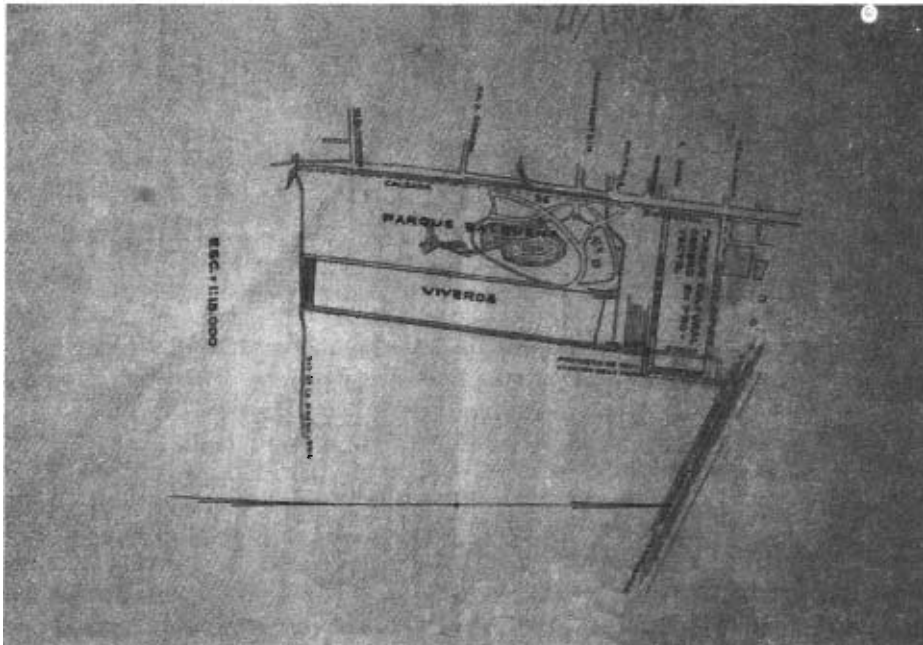


Figura 8. Planta de conjunto del parque Balbuena, hacia 1930. Planoteca del Archivo del Ayuntamiento del Distrito Federal. Sección Parques y Jardines. Planero 1, módulo 1, fajilla 76.

Aunque en esta obra Quevedo se refirió a un proyecto de periférico capitalino para vincular el sistema de parques, omitió comentar algo sobre sus características y funciones. No obstante, en otros escritos hizo hincapié en que la formación de una gran avenida de circunvalación periférica tenía por objetivo conectar toda la ciudad de México mediante bellas arboledas y campos deportivos. Para llevar adelante estos planes, la Secretaría de Hacienda había adquirido en el extremo oriente los ranchos de Balbuena y la Vaquita, poniéndolos a su disposición junto con otros terrenos federales de la parte norte; sin embargo, la intervención de especuladores de tierras y la caída del régimen porfirista dieron al traste con el proyecto.¹³

Además, como presidente de la Junta Central de Bosques entre 1904 y 1913, Quevedo promovió la reforestación de los bosques aledaños a la capital, con el afán de establecer en ella una especie de cerco sanitario protector, mismo que incluía la desecación de pantanos. Preocupado por la desertificación del valle de México, hecho en el que también él había colaborado en su papel de ingeniero constructor,¹⁴ propuso diversas medidas para revertir esa tendencia; una de las primeras y más importantes fue el establecimiento de viveros y la instalación de bellas arboledas en diversas partes de la capital. Para ello echó mano de todos los recursos posibles: ensayos con plantas originarias, semillas extranjeras para climas secos y terrenos degradados, viajes de estudio y hasta contratación de personal técnico francés especializado. Santa Fe, Coyoacán y Tlalpan fueron de las zonas más beneficiadas en este sentido.¹⁵ Sin embargo, como dijo en 1910, faltaba aún mucho por hacer, correspondiéndole a las próximas generaciones de

¹³ *México Forestal*, julio-agosto de 1941, p. 79 y mayo-junio de 1942, p. 39.

¹⁴ Construyó presas en San Idelfonso, en los ríos de Monte Alto y Tlanepantla para surtir de energía eléctrica la ciudad de México, en la Cuenca del río Magdalena del Distrito Federal y para la fábrica Hilados y Tejidos de Santa Rosa en Orizaba, Veracruz, entre otras. Todas ellas fueron objeto de su interés posterior para reforestarlas. Miguel Ángel de Quevedo, *Relato de mi vida*, 1943, pp. 29, 31, 33, 34 y *Boletín Oficial*, 10 diciembre de 1909, p. 738.

¹⁵ *México Forestal*, julio-agosto de 1941, p. 80 y mayo-junio de 1942, p. 39.

Fig.9. PLANO DEL DISTRITO FEDERAL con indicación de las RESERVAS FORESTALES de la CIUDAD de MEXICO.

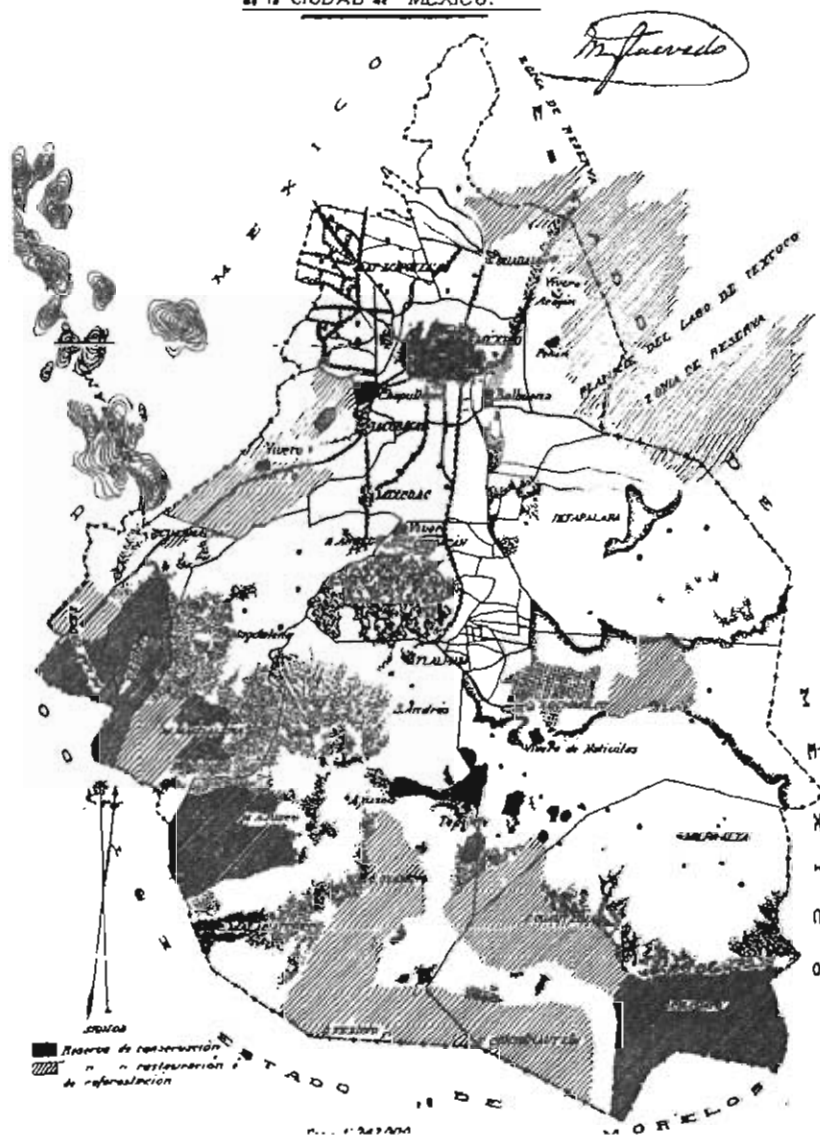


Figura 9. Plano del Distrito Federal con indicación de las reservas forestales de la ciudad de México. Quevedo, 1911, lámina núm. 15. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

capitalinos realizar tareas encomiables en materia forestal, tanto en el rubro de la práctica como de las leyes (figura 9).

LAS IDEAS DEL AUTOR SOBRE LA CIUDAD DE MÉXICO

El tema central del folleto de 1911 es la capital mexicana de 1910 y las transformaciones que debía sufrir para incorporarle espacios abiertos cubiertos con vegetación. De acuerdo con el principio ilustrado de Juan Jacobo Rousseau, nuestro autor estimaba que en las ciudades se originaba la corrupción del hombre porque había vicios (alcoholismo), perversiones (prostitución) y enfermedades (anemia y tuberculosis). Creía que las personas padecían malestares del cuerpo por el aire "infectado" o contaminado tanto por sus actividades fisiológicas, como por las industriales en fábricas, vehículos, etcétera, sin contar con la proveniente de cocinas y animales, entre otras. Si las estadísticas de las grandes capitales europeas finiseculares confirmaban el desarrollo de graves afecciones somáticas y hasta psicológicas (neurastenia y enajenación social) en un medio ambiente malsano, México tenía que hacer lo posible para no caer en la misma situación. Por ende, las autoridades sanitarias, las de obras públicas y las de paseos municipales de la ciudad de México debían actuar para mejorar la atmósfera, el clima, la salubridad física y mental de las personas, argüía Quevedo.

La necesidad de tener una ciudad que tuviera casas con jardín o patios, calles anchas, avenidas y plazuelas con árboles, parques y reservas forestales, estaba en función de los criterios de higiene y salubridad pública que prevalecían en su tiempo. Así, al igual que el biólogo francés Claude Bernard, Quevedo sostenía en el folleto de 1911 que la vegetación tenía la propiedad de purificar el aire al expeler oxígeno y asimilar los gases nocivos que producen el hombre, los animales y la industria.

Los espacios públicos cargados de flores y plantas fueron para Quevedo la solución para mejorar la vida en las ciudades. Sus beneficios no sólo eran físicos sino también estéticos, sociales y económicos. Los jardines, los lugares de juego y los parques ayudaban al ambiente y al bienestar físico de los habitantes, además de

que embellecían la urbe y divertían a la población. Las arterias anchas e internas no eran sólo obras estéticas e higiénicas, sino también servían para mejorar el tránsito urbano, aparte de que captaban la atención de inversionistas locales y extranjeros. Con tales características, dichas mejoras materiales formaban parte imprescindible del diseño de una ciudad de corte industrial con medios de comunicación y servicios que nuestro autor proponía para la capital mexicana.

De acuerdo con su vocación práctica, el ingeniero Quevedo proponía, en suma, que la capital debía sustituir su viejo patrón urbano rectangular por un sistema de grandes avenidas o paseos que, combinando trazos diagonales o radiales para lograr figuras espaciales variadas, albergaran allí plazas monumentales o remodeladas con árboles, lugares de juego y parques (figura 10). Acordonada por un anillo periférico también arbolado, la metrópoli debía establecer además puntos de contacto y de reserva forestal en los cerros colindantes. Los lectores se preguntarán ¿qué tan válida era esta propuesta en aquella época, y qué tenía de novedosa?

De novedosa no tenía mucho en realidad; de validez, toda. De hecho, Quevedo reconoció que desde la época colonial las autoridades intentaron dotar a la capital novohispana de espacios públicos tales como plazas y paseos; sin embargo, fracasaron ante la usurpación que de éstos hacían los propietarios urbanos y ante las múltiples actividades a que estaban sometidos, entre ellas el comercio ambulante, los servicios religiosos y los espectáculos públicos.

Después, al consumarse la independencia del país, el acaparamiento se aceleró con la consabida desaparición de los espacios abiertos, lo que dificultó aún más la resolución de los problemas urbanos, causados por las frecuentes inundaciones, la basura acumulada, la falta de alumbrado y pavimentación, entre otras cosas. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando la política liberal de los reformistas hizo posible el crecimiento de espacios abiertos en la ciudad de México, lo que trajo como consecuencia la fractura de la ciudad colonial. En efecto, la desamortización de los bienes comunales y del clero dejó como baldíos muchos terrenos

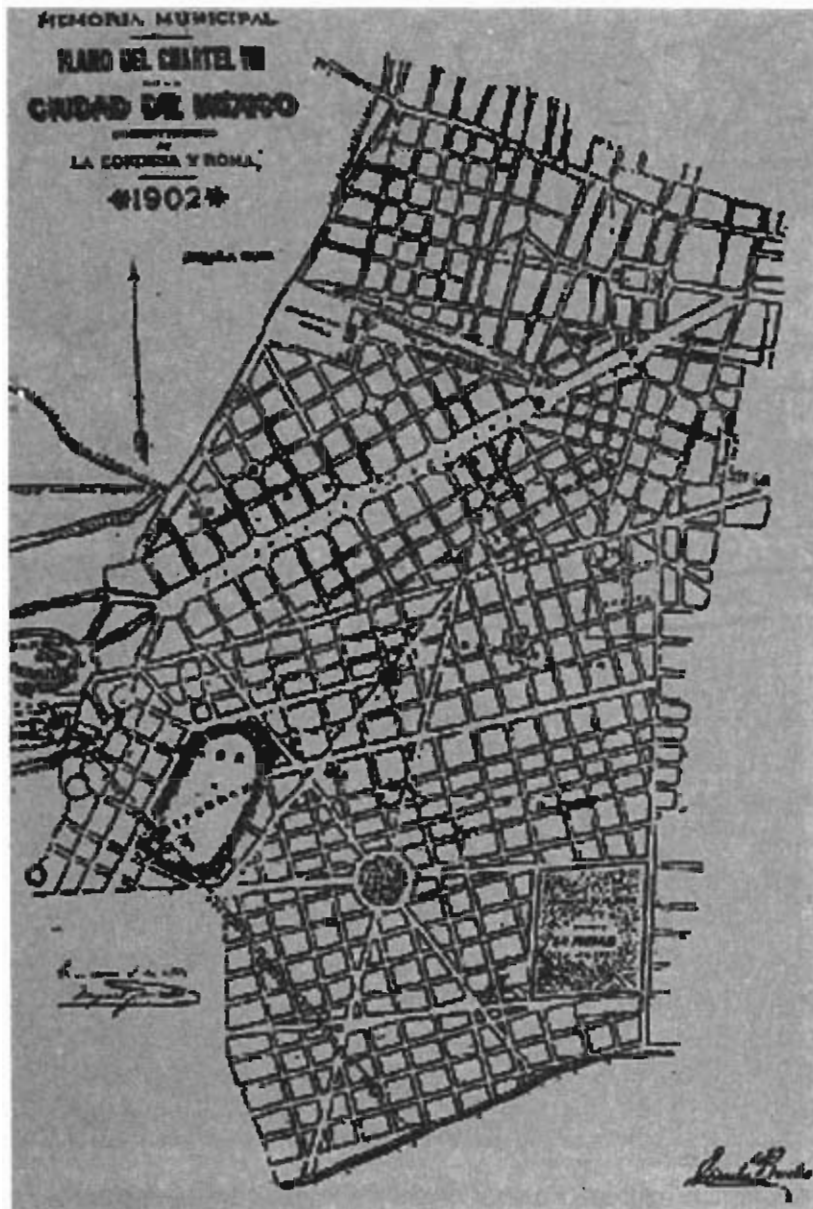


Figura 10. Planificación de Miguel Ángel de Quevedo y Emilio Dondé de amplias avenidas y espacios libres, para formar glorietas y jardines en las colonias Roma y Condesa. Quevedo, 1911, lámina núm. 5. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

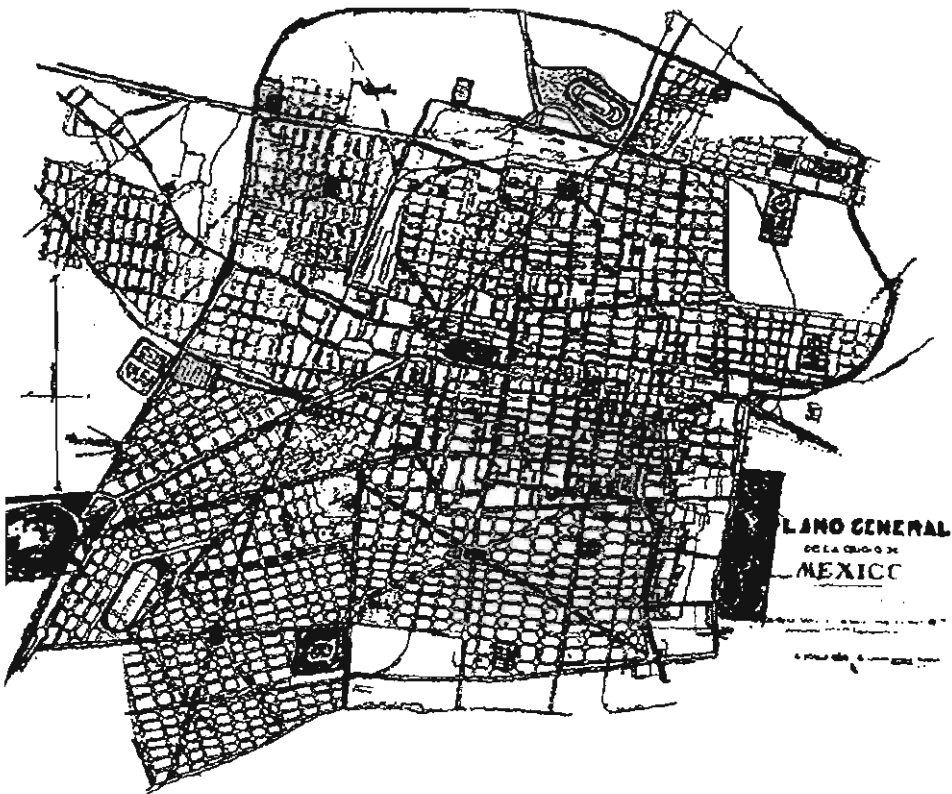


Figura 11. Plano de la ciudad de México donde se indican con manchas oscuras las avenidas de paseo, parques y jardines construidos y en proyecto, hacia 1910. Quevedo, 1911, láminas núms. 13 y 14. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

que posteriormente serían susceptibles de reparto. Además, al incorporarse las propiedades urbanas y rurales a la economía comercial como consecuencia de la venta de los bienes nacionalizados, se modificaron los usos de suelo generando la expansión de la urbe hacia la periferia.

El segundo imperio mexicano aprovechó tales espacios, revolucionando el embellecimiento de la capital mexicana con la introducción de nuevos patrones estéticos y urbanos. Así, los planes del propio emperador, Maximiliano de Habsburgo, fueron cruciales en el adorno de la ciudad de México con diferentes tipos de plantas y flores, mediante la conversión de plazas en jardines, así

como con la apertura de amplias vías arboladas. Este patrón fue imitado por los tres gobiernos liberales inmediatos —Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz—, los cuales tenían el afán de higienizar y vestir a la capital con el ropón del progreso. No obstante, fue durante el Porfiriato cuando el número de parques y jardines aumentó de forma considerable,¹⁶ aunque no de manera suficiente, en opinión de Quevedo (figura 11), toda vez que la capital mexicana de 1910, con su hectárea de espacio libre por cada 2500 habitantes, o sea 4 m² por habitante y su 2.8% de espacios libres en relación al área urbanizada, estaba muy lejos del estándar internacional que señalaba que lo óptimo era tener entre 5 y 15% de áreas plantadas en una urbe. Además, los montes áridos del valle de México hacían indispensables los bosques para asegurar los mantos acuíferos y evitar inundaciones.



Figura 12. Terrenos para juegos infantiles de Londres que sirvieron de modelo a nuestro autor para aplicarlos a la ciudad de México. Quevedo, 1911, láminas núms. 9 y 10. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

¹⁶ De los 61 paseos, parques, alamedas y jardines públicos que existían en el porfiriato, 54 se formaron en esta época. Ramona Pérez Bertruy, *Parques y jardines públicos de la ciudad de México, 1881-1911*, 2003, p. 77.

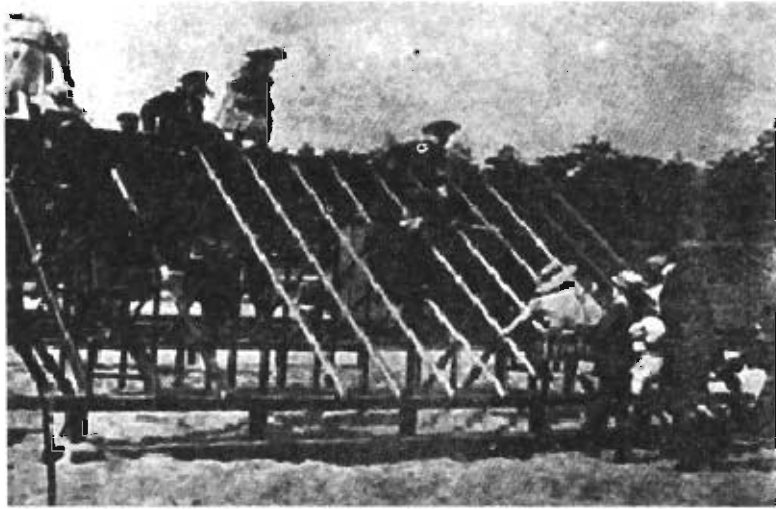


Figura 13. Campo deportivo de Chicago, sugería Quevedo ejecutarlo en la plaza de Mixcalco. Quevedo, 1911, lámina núm. 11. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

Es obvio que el proyecto de reforestación urbana de Miguel Ángel de Quevedo no era la única experiencia en ese momento en el mundo, pero sí de México, aunque su valor fundamental no radicaba en esto último, sino en la promoción de nuevas formas urbanas a través del estudio de los espacios libres, de acuerdo con los diseños paisajísticos de parques y jardines producidos en Europa y Estados Unidos (figuras 12 y 13).

SUS INFLUENCIAS

El conocimiento que tenía Miguel Ángel de Quevedo sobre el desarrollo urbano provenía del pensamiento decimonónico occidental. Las referencias más fascinantes de nuestro ingeniero en la planificación de la capital mexicana eran el París del Segundo Imperio Napoleónico y la transformación que había emprendido Londres a mediados del siglo XIX. De la capital francesa tomaba como aprendizaje para ponerlas en práctica en México, las remodelaciones que había practicado el barón Georges Eugène de

Hausmann estilo medieval, adoptando grandes avenidas de tránsito arboladas, los trazos diagonales para tener espacios libres y hacer crecer jardines y parques, más el diseño de ampliación urbana a través de un anillo concéntrico.

Por su parte, de los ingleses apreciaba la destreza técnica con que dotaron a su capital nacional de un perímetro suficientemente oxigenado, con áreas verdes disponibles para campos de juegos, edificios de baja altura para procurar espacios públicos ventilados; además de la maestría con que realizaron la ciudad jardín,¹⁷ modelo puesto en marcha en Adelaide, Australia (figura 14). Por otra parte, Quevedo conocía las conclusiones de la reunión Town Planning que tuvo lugar en Inglaterra en 1909,¹⁸ de donde se desprendió el esquema de la planeación de ensanches urbanos para dejar terrenos libres, acorde con la necesidad de descentralizar los servicios, y que de hecho fue la innovación que rigió la modernización de muchas ciudades estadounidenses.

Tal y como lo menciona en su folleto, Quevedo quería que la capital mexicana imitara a sus pares del mundo europeo y norteamericano, no sólo para presentar a nuestra República como país de avanzada y otorgarle un lugar en el orden internacional, sino también para elevar su calidad de vida urbana. En este sentido, Quevedo tenía claro que la migración masiva y la concentración poblacional, provocada por la expansión industrial del capitalismo, exigía que los lugares afectados, generalmente las sedes de los gobiernos nacionales, como era el caso de México, llevaran a cabo remodelaciones bien planeadas para el largo plazo y no sólo de efectos inmediatos. Por ejemplo, se debía hacer énfasis en la

¹⁷ La ciudad jardín tiene su antecedente en diseños utópicos urbanos que se pensaron en Europa durante la primera mitad del siglo XIX. Este movimiento apareció en Inglaterra en las últimas décadas de ese siglo en respuesta a la industrialización, al desplazamiento de la gente del campo a las ciudades, al hacinamiento de los pobres en vecindades y a la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y de los recursos naturales. En 1898, Ebenezer Howard, funcionario del Tribunal de Justicia de Londres, concibió la idea de la ciudad jardín planteada como un retorno a la naturaleza y al ideal de la comunidad cooperativa. María Estela Eguiarte Sakar, *op. cit.*, pp. 160-161 y 183.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 183-184.

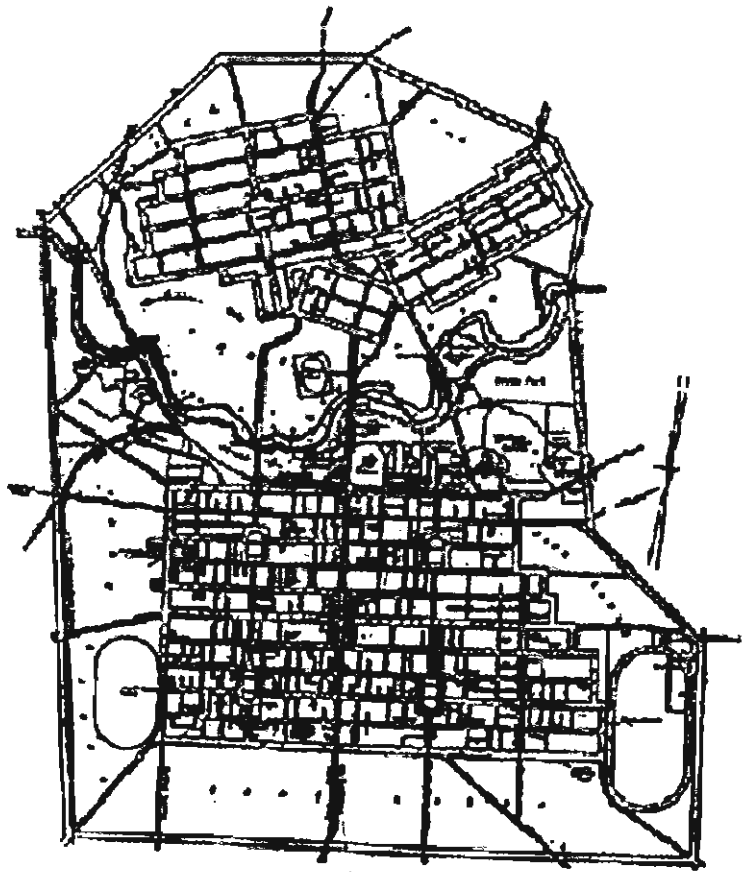


Figura 14. Ciudad Jardín en Adelaida, Australia. Quevedo, 1911, lámina núm. 2. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

realización de nuevas obras públicas de tránsito que permitieran agilizar el tráfico de mercancías y el transporte de personas; así como en obras sanitarias que facilitaran el abasto de agua potable y el desalojo de los desechos, además de la creación de espacios públicos cargados de flores y plantas. Sólo con obras de estas características se podían cubrir los requerimientos de una ciudad en constante crecimiento, como era el caso de la ciudad de México en 1910, con sus cerca de 500 000 habitantes.

Quevedo asimiló en sus viajes y en los congresos internacionales casi todo lo que sabía sobre urbanismo, sobre espacios libres y reservas forestales; en especial, de los foros académicos a los que



Figura 15. Mr. J. C. N. Forestier en su visita a la ciudad de México, hacia 1928.
México Forestal, t. VI, núm. 10, octubre 1928. Hemeroteca Nacional.

asistió como delegado mexicano: el de Higiene y Urbanismo de 1900 en París, el de 1907 en Berlín, y el de Recursos Naturales de 1909 en Washington. Todo lo que en ellos escuchó y aprendió, se comprometió a ponerlo en práctica en México.

En este contexto, la maduración intelectual de nuestro autor en este periodo fue fundamental para aterrizar en la serie de propuestas urbanas a las que hace alusión en el folleto. Por ejemplo, del primero de estos actos internacionales se trajo enseñanzas y documentos en boga sobre las actividades de administración y conservación de los parques parisinos, lo que le sirvió de modelo para el rescate del bosque de Chapultepec y la planeación del parque Balbuena.¹⁹ En este sentido fue muy importante la influencia que recibió Quevedo del famoso arquitecto paisajista Jean Claude

¹⁹ Saúl Alcántara Onofre y Lorenza Tovar de Teresa, "Los jardines en el siglo xx. El viejo bosque de Chapultepec", 2002, p. 57.

Nicolás Forestier (figura 15) —Director de Parques y Jardines de París—,²⁰ quien impulsó su acción política en México, al sumarse nuestro país a la Asociación Internacional de Espacios Libres en defensa de las áreas verdes urbanas.

En el segundo foro Quevedo descubrió a los bosques como parte indispensable de la vida urbana, cuestión que lo condujo a incentivar en su país los servicios forestales y la recuperación de montes, lo que lo impulsó a organizar, a su regreso la reconstrucción de zonas boscosas degradadas en el valle de México y en Veracruz, estableciendo así las bases del servicio forestal moderno mexicano.

Finalmente, en el tercer caso confrontó diversos modelos de legislación forestal, hasta definir que, a semejanza de lo planteado en Argelia y Suiza, lo más adecuado era decretar la nacionalización de los bosques y establecer una reglamentación para su conservación y su explotación.²¹

En síntesis, el aprendizaje académico de Miguel Ángel de Quevedo en estos congresos y su práctica pública entre 1901 y 1910 fueron los pilares para que nuestro autor formulara en la Exposición Nacional de la Higiene, celebrada en 1910, el proyecto urbano que aquí se ha analizado.

EPÍLOGO

Miguel Ángel de Quevedo es sin duda uno de los primeros exponentes del rescate ecológico en México. Para ello aprovechó su vasto conocimiento adquirido fuera del país y sus múltiples relaciones dentro de la burocracia mexicana desde principios del siglo XX. Su labor no se enfocó sólo en la teoría, sino que dejó huella

²⁰ Jean Claude Nicolás Forestier (1861-1930), originario de Saboya, Francia, se graduó de ingeniero forestal en la Escuela Nacional de Nancy, y por su trayectoria en el arte y la historia de los jardines llegó a ostentar en su país el título de "primer arquitecto paisajista de los tiempos modernos". Fundó la primera escuela de este género en Francia. Cfr. *México Forestal*, octubre de 1928, pp. 191-192 y noviembre-diciembre de 1930, p. 286.

²¹ *Boletín Oficial*, 6 mayo de 1910, pp. 545-547.

con múltiples ejemplos prácticos, como se reseña en este ensayo. Basta citar al respecto los Viveros de Coyoacán, una de sus obras más reconocidas, y en la que gastó no sólo buena parte de su tiempo, sino también de sus recursos económicos, pues hasta el terreno donó. Por ésta y otras acciones, el ingeniero Quevedo bien se merece el reconocimiento de la sociedad mexicana y la divulgación de toda su obra.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcántara Onofre, Saúl y Lorenza Tovar de Teresa. "Los jardines en el siglo xx. El viejo bosque de Chapultepec". *Arqueología Mexicana*. Vol. X, núm. 57. México, septiembre-octubre 2002. pp. 56-61.
- Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF). Ramo Obras Públicas y Mejoras en la Ciudad. Serie Parques y Jardines de la Planoteca.
- Chacalo Hilu, Alicia y Lorena Martínez González. *Los árboles de la ciudad de México*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1994. 351 pp.
- Eguiarte Sakar, María Estela. "Los jardines en México y la idea de ciudad decimonónica". *Historias*. Dirección de Estudios Históricos/Instituto Nacional de Antropología e Historia. Núm. 27. México, octubre-marzo 1991-1992. pp. 129-138.
- _____. *La ciudad pensada. Arquitectura y urbanismo en el imaginario de la construcción de la ciudad de México, 1890-1911*. Tesis de Maestría en Estudios de Arte. México, Universidad Iberoamericana. 2004. 227 pp.
- Klooster, Dan. "Campesinos and Mexican forest policy during the twentieth century". *Latin American Research Review*. Vol. 38, issue 2. Austin, Texas, 2003. pp. 94-126.
- Martínez González, Lorena. *El arbolado urbano de la zona metropolitana de la ciudad de México*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco-Instituto de Ecología, A.C., de Xalapa, Veracruz-Programme on Man and the Biosphere, UNESCO, 1991. 388 pp.

- Mexiko; baukunst, landschaft, volksleben*. Aufnahmen von Hugo Brehme, mit einer einleitung von Walter Staub. Berlín, Verlag Ernst Wasmuth A.G., 1925. 256 pp.
- Palavicini, Félix Fulgencio. *Biografía de Miguel Ángel de Quevedo*. [S.l.] 1961. 18 pp.
- Pérez Bertruy, Ramona Isabel. *Parques y Jardines públicos de la ciudad de México, 1881-1911*. Tesis de doctorado en Historia. México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 2003. 423 pp.
- Prado, Julio. *El apóstol del árbol: biografía del señor ingeniero don Miguel Ángel de Quevedo*. México, Emilio Pardo e Hijos, 1936. 10 pp.
- _____. *Primer concurso de flores, plantas, frutas y legumbres verificado en el vivero forestal de Coyoacán, D.F., el 13 de julio de 1919*. México, Secretaría de Agricultura, Departamento de Propaganda y Estadística Agrícolas. 1920. 138 pp.
- Quevedo, Miguel Ángel de. "La Junta Central de Bosques". *Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal*. T. XIII, núm. 47. México, 10 de diciembre de 1909. pp. 737-739.
- _____. "De la disertación del delegado mexicano, sobre las condiciones forestales de México, ante la Conferencia Internacional de la Conservación de los Recursos Naturales de Norte América, celebrada en Washington en febrero de 1909". *Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal*. T. XIV, núm. 35. México, 6 de mayo de 1910. pp. 545-547.
- _____. *Espacios libres y reservas forestales de las ciudades. Su adaptación a jardines, parques y lugares de juego. Aplicación a la ciudad de México* (conferencia dada en la Exposición de la Higiene). México, Gomar y Busson, 1911. 40 pp.
- _____. "Resultado práctico de la propaganda para los espacios libres y reservas forestales". *Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal*. T. XVII, núm. 26. México, 29 de septiembre de 1911. pp. 404-405.
- _____. *Algunas consideraciones sobre nuestro problema agrario*. México, Victoria, 1916. 110 pp.
- _____. "La necesidad de ligas de defensa urbana para garantizar la ejecución de los proyectos de planificación". *Obras Públicas*. Vol. 1, núm. 4. México, abril de 1930. pp. 239-243.

- _____. "El origen de la cuestión forestal en México. Espacios libres y reservas forestales de las ciudades. Su adaptación a jardines, parques y lugares de juego. Aplicación a la ciudad de México". *México Forestal*. T. XIII, núms. 11-12. México, noviembre-diciembre de 1935. pp. 105-116.
- _____. "El origen de la cuestión forestal en México. Espacios libres y reservas forestales de las ciudades. Su adaptación a jardines, parques y lugares de juego. Aplicación a la ciudad de México". *México Forestal*. T. XIV, núms. 1-2. México, enero-febrero de 1936. pp. 1-6.
- _____. "Espacios libres y reservas forestales de las ciudades. Su adaptación a jardines, parques y lugares de juego. Aplicación a la ciudad de México". *México Forestal*. T. XIV, núms. 3-5. México, abril-mayo de 1936. pp. 21-28.
- _____. "Espacios libres y reservas forestales de las ciudades. Su adaptación a jardines, parques y lugares de juego. Aplicación a la ciudad de México". *México Forestal*. T. XIV, núms. 6-8. México, julio-agosto de 1936. pp. 43-48.
- _____. *Zona protectora forestal de 2000 metros para los caminos*. México, Mundial, 1937. 7 pp.
- _____. "Las resoluciones de los congresos internacionales de higiene de 1900 en París y de 1907 en Berlín, sobre los espacios libres para parques y jardines y las zonas protectoras forestales de las grandes ciudades y su cumplimiento respecto a la ciudad de México y las capitales de los estados". *México Forestal*. T. XVIII, núms. 3-4. México, marzo-abril de 1940. pp. 19-24.
- _____. "La realización de los espacios libres para parques y jardines y la zona protectora forestal de la ciudad de México". *México Forestal*. T. XIX, núms. 7-8. México, julio-agosto de 1941. pp. 77-85.
- _____. *Relato histórico de la familia tapatía de los Quevedo*. Ponencia sustentada ante el V Congreso Nacional de Historia celebrado en la Universidad de Guadalajara con motivo de las fiestas del IV Centenario de su fundación. Guadalajara [s.n.] 1942. 28 pp.
- _____. "Los jardines, parques y arboledas de la ciudad de México". *México Forestal*. T. XX, núms. 5-6. México, mayo-junio de 1942. pp. 35-39.

- _____. *Relato de mi vida*. [S.l.] 1943. 92 pp.
- Redacción, La. "La visita a la ciudad de México del señor J.C.N. Forestier, conservador de los paseos y jardines de París". *México Forestal*. T. VI, núm. 10. México, octubre de 1928. pp. 189-211.
- _____. "El gran forestal paisajista, monsieur J.C.N. Forestier, ha muerto". *México Forestal*. T. VIII, núms. 11-12. México, noviembre-diciembre de 1930. 286 pp.
- Rena Arroyo, José Antonio. *Las plazas de la ciudad de México (siglo XIX)*. Tesis de maestría en Historia de México. Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Filosofía y Letras, 1998. 177 pp.
- Sosa, Antonio. "La influencia de Francia en el desarrollo forestal de México". *México Forestal*. T. XIV, núm. 9. México, septiembre-octubre de 1936. pp. 73-75.

Los patrones espaciales de la estructura de poder y el control territorial para la conquista militar y espiritual de Azcapotzalco

Guadalupe Sánchez Álvarez*

INTRODUCCIÓN

A LO LARGO DE ESTE TEXTO SE HABLARÁ de la permanencia de la estructura de poder sociopolítico, económico y religioso que consiste, principalmente, en alianzas matrimoniales-militares que se aplicaron en la sociedad tecpaneca (antiguos habitantes de Azcapotzalco) y en los señoríos por ellos dominados.

Cuando los mexicas conquistaron a los tecpanecas y sometieron a todos los pueblos dominados por éstos, la estructura fue retomada. Del mismo modo, cuando Hernán Cortés conquistó a esos mismos pueblos, dicha estructura se mantuvo en lo particular con las encomiendas, pero se modificó en lo general con la nueva religión, ya que con ésta se tuvo un mayor control de los pueblos y se evitaron posibles nuevas alianzas entre ellos.

En la época tecpaneca, la estructura de poder se plasmó espacialmente en el señorío, territorio delimitado políticamente y constituido por varios *calpullis*, gobernados por el *tlatoque* que habitaba el *cu* (palacio del señor).

Durante el periodo de la conquista, la estructura territorial permaneció; no obstante, la estructura política tecpaneca sufrió una transformación, ya que al territorio reconocido por los habitantes

* Posgrado en Historiografía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

como señorío se le denominó, al mismo tiempo, encomienda. En él gobernaban paralelamente el *tlatoani* y el encomendero y, posteriormente, con la llegada de los dominicos a Azcapotzalco, a los anteriores se sumó el control religioso.

La conquista militar y espiritual en Azcapotzalco se estudia en tres momentos históricos:

1. El señorío tecpaneca.
2. La conquista mexicana.
3. La conquista militar y espiritual española, cuyo máximo protagonista fue Hernán Cortés.

LA ORGANIZACIÓN TECPANECA

La organización social tecpaneca se encontraba ligada a la política, la economía y la religión; se trató de una estructura única con la que se dominaba y controlaba a los habitantes del señorío. La clase social se definía de acuerdo con las posesiones materiales que, lógicamente, eran producto de las actividades económicas de los habitantes.

Los tecpanecas contaron con una cultura bien definida y se organizaban geográfica y políticamente a partir de una extensión territorial llamada *atepétl*, donde se gobernaban los *calpullis*¹ dispersos a su alrededor a partir del *Cu*.

Los *calpullis*² fueron la base de dicha estructura y cada uno contó con su propia deidad y templo, donde se realizaban los ritos y ceremonias concernientes a sus creencias. Los habitaba cierto número de personas, en su mayoría parientes, que tenía una organización propia con derechos igualitarios donde la tierra podía ser propia o comunal, y tanto la distribución del trabajo como la estratificación estaban bien definidas.

El cargo de jefe o representante de cada *calpulli* era ocupado generalmente por el más anciano de la familia, quien los representaba ante el *tlatoani* (nobles y sacerdotes), ya que estaban sujetos a

¹ Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español*, 1967, pp. 36-37.

² Los barrios sustituyeron durante la conquista la figura de los *calpullis*.

él. El *tlatoque* habitaba en el *cu* y permanecía en el cargo toda su vida; al morir, el puesto era heredado a un hijo o al pariente más cercano.³

Los *calpullis* más antiguos de Azcapotzalco, hoy en día reconocidos como *barrios*, son: Amalinaltzingo o Amantla, Acayucan, Ahuexotla y Tomatlan.

Para la fundación de un pueblo, los antiguos habitantes mesoamericanos solían elegir aquellos lugares que les parecían más aptos de acuerdo con su visión cosmogónica. Construían ahí sus templos con una plaza cuadrada y, en torno a ella, disponían sus templos ceremoniales y construcciones importantes,⁴ rodeadas con un muro en el que dejaban puertas que daban a los caminos principales.

La plaza podía ser trazada en forma de arco en los poblados considerados de menor importancia, o sea, los *Calpullis*, pero, en todos los casos, los caminos desembocaban y confluían en ella con la intención de que la gente del *Calpulli* llegara a ofrecer sacrificios al dios o diosa que en ese templo se adoraba. Así, al inducir a los habitantes a las prácticas religiosas a través de los caminos, también se les controlaba religiosamente por medio de la estructura territorial.

La estructura interna de control que se aplicó a los habitantes del señorío tecpaneca no se dio de forma fortuita o aislada en el territorio de Azcapotzalco, el modelo se repitió en todos los pueblos que los tecpanecas conquistaron y fue la base principal de una gran *estructura de control* en la mayoría de los pueblos que habitaron el territorio mesoamericano.

PRIMER MOMENTO: EL ORIGEN DE LA ESTRUCTURA

Evidentemente, el origen de la estructura se encuentra relacionado con el origen del señorío tecpaneca. Como primera fuente del suceso, cito a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, quien escribió:

³ Charles Gibson, *op. cit.*, p. 37.

⁴ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, 1986, p. 94.

Estructura territorial tecpaneca

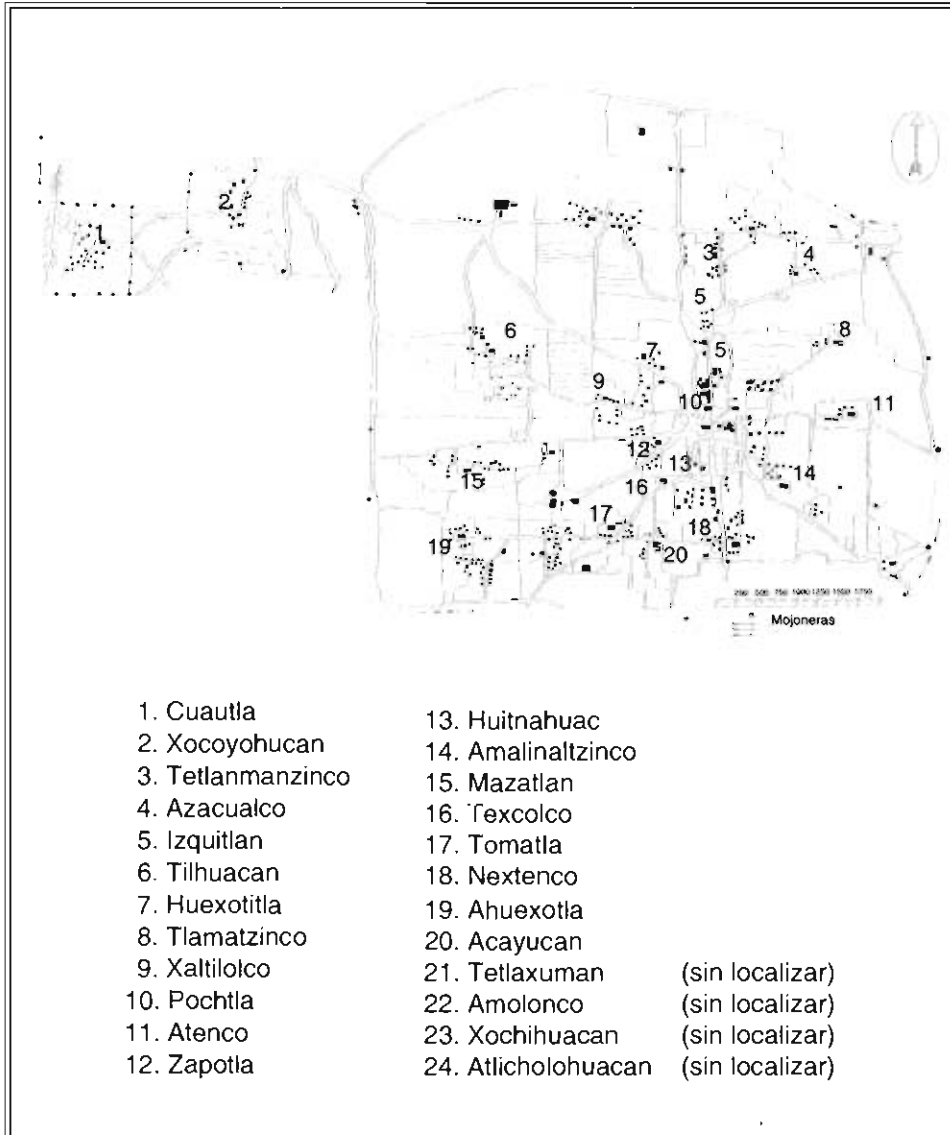


Figura 1. Estructura territorial tecpaneca. Para esta representación gráfica se tomó como base el *Plano General de la Municipalidad de Azcapotzalco* (1836 aproximadamente) y los barrios reconocidos por los conquistadores en 1525.

la ciudad de Azcaputzalco, le cupo a un caballero llamado Izputzal, y así se llamó primero este lugar (Izputzalco), aunque después se corrompió el vocablo, poniéndole Azcaputzalco, que quiere decir hormiguero, por haber sido una de las mayores ciudades que ha tenido esta tierra.⁵

Sin embargo, esta primera fuente no se sustenta en otros documentos, por lo que ahora menciono una segunda fuente: la mitología azteca que señala como origen tecpaneca a los chichimecas (*los del linaje de los perros*), tribu nómada proveniente del valle de Teoculhuacan y Aztlán, de la cueva llamada Chicomoztoc⁶ (hoy zona arqueológica La Quemada, en el estado de Zacatecas).

De acuerdo con esa mitología, a principios del siglo XII, Xólotl (que en náhuatl significa *perro* o *animal*) condujo a varios grupos chichimecas a la cuenca de México.⁷ Esta fuente alude a ese hecho como el inicio de la dinastía de señores tecpanecas sucesores al trono, específicamente con la unión matrimonial de Acolhua y la princesa Cuetlaxochitzin, hija de Xolotl, cuando éste gobernaba Tenayuca. Xólotl entregó el territorio de Azcapotzalco como dote por el matrimonio, y Acolhua se estableció ahí con su corte para fundar de esa manera la cabecera del señorío tecpaneca.

Como tercera fuente presento lo escrito en *Unos anales de la Nación Mexicana*,⁸ que se liga a la segunda fuente; allí, a pesar de reconocerse el periodo de reinado de Acolhua (1052-1152), se considera como tecpanecas a los habitantes de Azcapotzalco a partir de la presencia de Matlaccouatl,⁹ personaje que en 1152 llegó a un poblado llamado Azcapotzaltongo,¹⁰ gobernado por el chichimeca Tziuac Tlatonac, con quien formó una alianza al casarse con su hija Azcueitl.¹¹

⁵ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, t. I, 1985, p. 296.

⁶ Heinrich Berlin, *Anales de Tlatelolco*, 1980, p. 31.

⁷ *Azcapotzalco en la Cultura*, A.C. Archivo histórico de Azcapotzalco, 2003, p. 8.

⁸ Heinrich Berlin, *op. cit.*, p. 21.

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

LOS PATRONES ESPACIALES DE LA ESTRUCTURA DE PODER

Ruta de Xolotl para la fundación del señorío tecpaneca

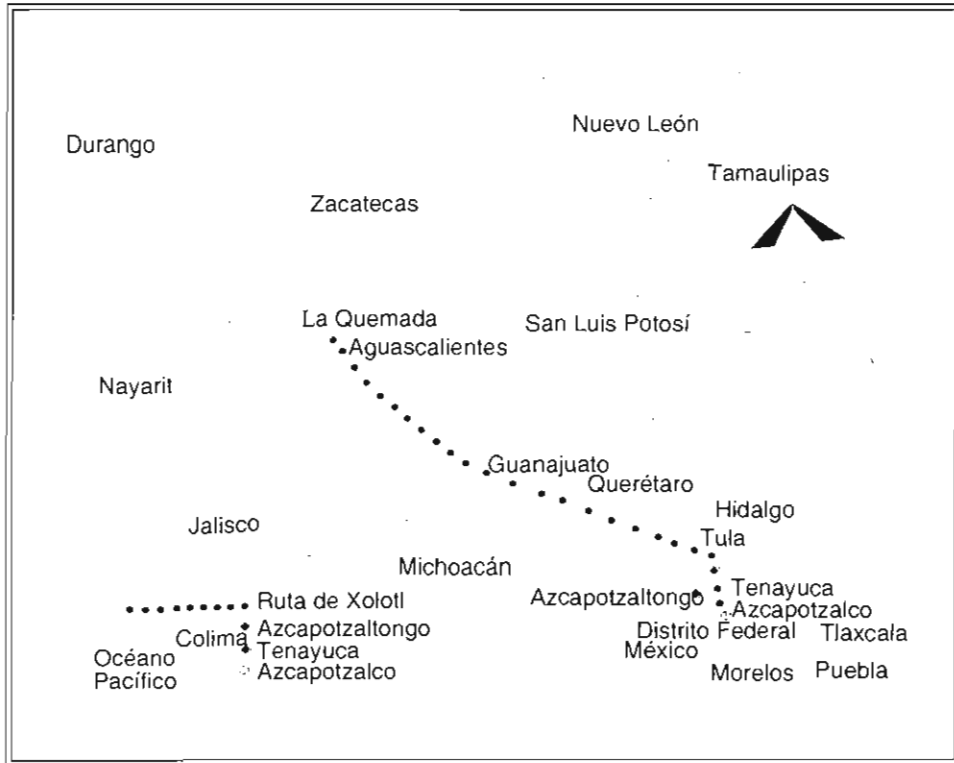


Figura 2. Para esta representación gráfica se tomó la información contenida en los *Anales de Tlatelolco* y la división política actual de la República Mexicana.

Nótese en este punto que, independientemente de ser considerado o no como el fundador del señorío tecpaneca, al igual que Acolhua, este nuevo personaje formó una alianza matrimonial. La estrategia se convertiría en una característica constante del linaje tecpaneca: las alianzas matrimoniales establecidas para asegurar la permanencia y continuidad del linaje de los señores dominantes de las sociedades que poblaban el territorio mesoamericano.

Así como los *calpullis* fueron conformados por parientes dentro de la estructura interna de los tecpanecas, al establecer alianzas matrimoniales entre los señoríos trasponían el esquema de control de la sociedad y, con ello, extendían su dominio.

En los dos casos, los personajes considerados como fundadores del señorío tecpaneca pertenecieron antes a grupos chichimecas, por lo tanto, puede decirse que las alianzas matrimoniales y la organización interna fueron costumbres arraigadas en esa sociedad prehispánica.

Matlaccouatl reinó hasta 1222 y su descendencia llegó hasta el príncipe Tezozomoc, quien se casó con Iztac Xochitl y gobernó Azcapotzalco de 1343 a 1427.¹²

Sin embargo, las alianzas matrimoniales, en realidad, se implantaron como un primer paso para la verdadera alianza: la militar, constituida además, cuando fue viable, por los señores de aquellos pueblos o señoríos donde no existían lazos familiares.

Con la estratégica alianza *matrimonial-militar* se implementó una estructura política, económica y social con la verdadera finalidad de controlar el territorio y, en consecuencia, a la población de los pueblos, tanto aliados como conquistados, tal como ocurría en el señorío tecpaneca, donde se organizaba y controlaba internamente a la población por medio de la estructura territorial.

La práctica continuó hasta los hijos y nietos de Tezozomoc, penúltimo rey de la dinastía tecpaneca que permaneció en el poder. Fue durante su reinado cuando el señorío alcanzó su máximo esplendor, ya que debido a las numerosas y variadas alianzas, el dominio tecpaneca se extendió en gran parte del territorio mesoamericano.

Los autores¹³ que apoyan la llegada de Acolhua como el origen de los tecpanecas (*los que viven en palacios*) indican que desde su arribo se estableció en Azcapotzalco (*Azcaputzalco*, "en los hormigueros"; de *ázcatl*, "hormiga", *putzalli*, "terrero" y *co*, "en")¹⁴ y creó una unión entre grupos teotihuacanos. Dicho señorío abarcó en un principio las regiones de Azcapotzalco, Ajuapan, Tlacopan y parte de Coyoacan, limitado al oriente por el lago de Texcoco y al poniente por el Cerro del Chiquihuite y la serranía de la Carbonera.

¹² Heinrich Berlin, *op. cit.*, documentos III y IV, 1980, pp. 21, 28.

¹³ Gilberto Pérez Rico, *Azcapotzalco en la Cultura*, A.C. Archivo histórico de Azcapotzalco, p. 18; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. II, 1985, p. 17.

¹⁴ G. Pérez Rico, *op. cit.*, p. 5.

Independientemente de quien haya sido el fundador o del toponímico que se haya empleado para reconocerlo, el asunto que interesa ahora es únicamente ubicar el área de *control territorial* que alcanzó el señorío tecpaneca.

Pero ¿qué ocurría con el señorío tecpaneca? ¿Cómo se estructuraba socialmente su población? ¿Cuál era su estratificación?

Como dije, la organización social tecpaneca se encontraba ligada a la política y a la economía; los esclavos o *mayerques* fueron el estrato social más bajo en Azcapotzalco, no contaban con propiedades y trabajaban las tierras de su amo. Les seguían los agricultores o *macehuales*, grupo más numeroso, que trabajaba las tierras en comunidad; con el trabajo de éstos se sostenía la clase noble, conformada por el sacerdote o *tlamacazque* y el juez o administrador (llamado *teteuthtin*), que ocupaban los cargos públicos, ya que generalmente pertenecían al linaje del señor.

A la par de la nobleza se encontraba la clase militar, sólo que a ésa podían pertenecer, en un momento determinado, incluso los *macehuales*, gracias a sus hazañas militares. Cabe señalar que, aun alcanzando la nobleza, no gozarían de los mismos privilegios y propiedades que aquellos *nobles* que lo eran por *descendencia*.

Existía un grupo aparte de comerciantes o *pochtecas* y artesanos, que pagaban tributo al *tlatoani* con productos que posteriormente intercambiaban por productos de otros pueblos.

La economía de Azcapotzalco fue básicamente agrícola, aunque era complementada con la caza, la pesca y la recolección de animales y productos lacustres procedentes del lago de Texcoco; sin embargo, durante su reinado, Tezozomoc implantó el pago del tributo, con lo que logró fortalecer la economía y la estabilidad del señorío tecpaneca.

Los tecpanecas realizaban una gran actividad de intercambio comercial en canoas que partían desde el embarcadero de la gran ciudad, llamado *Acolotenco* (que significa: *en el muelle*), hacia todos los puntos del lago de Texcoco (Hidalgo, Estado de México y Michoacán, y al sur con Chalco, Cuernavaca,¹⁵ Puebla, Oaxaca, Guerrero y Veracruz).

¹⁵ Menciona R. Barlow en el resumen analítico de *Unos Anales de la Nación Mexicana*, en la obra de Heinrich, Berlin, *Anales de Tlatelolco*, 1980, que el Cuerna-

Debido al tributo que recibía, Azcapotzalco tuvo excedentes agrícolas que le permitieron el desarrollo de las artes (producción de artesanías); su gran organización política y comercial granjeó la admiración y el respeto de otros pueblos.

SEGUNDO MOMENTO: EL ESPLENDOR DE LAS ALIANZAS MILITARES. TECPANECAS Y MEXICAS

Según la historia de Tlaltelolco, habían pasado poco más de 170¹⁶ años de la llegada de Matlaccouatl, y casi 270 de la de Xólotl, cuando en 1320 llegaron los "tenochas" en busca de tierras donde asentarse. Éstos bajaron por regiones como Tula y Xaltocan y, finalmente, se trasladaron a Chapoltepec,¹⁷ donde fueron vencidos y hechos prisioneros por guerreros de Colhuacan, quienes los trasladaron a los barrios de Colhuacan, Xochimilco, Chalco, Acoluacan, Xaltocan y Azcapotzalco.¹⁸

Los que sobrevivieron se refugiaron en Acolco y, en apariencia, fueron dejados en libertad, ya que se les permitió vivir en Tizazapan; sin embargo, debieron pagar tributo y fueron constantemente engañados.¹⁹ Finalmente, salieron y fue así como llegaron a Tenochtitlan, territorio tecpaneca.

Estos inmigrantes fueron invitados por Acolnahuacatzin, en ese tiempo señor tecpaneca, a quedarse a vivir en la isla de Tenochtitlan, ya que le pertenecía. Ante tal gesto, los mexicas decidieron ir a Azcapotzalco y permanecieron ahí tres años, viviendo según las costumbres chichimecas; al cuarto, levantaron un palacio en ese lugar;²⁰ por lo que a partir de 1321 los mexicas pagaron tributo a los tecpanecas.

vaca que se menciona en dichos anales no corresponde al actual centro morelense, sino a un poblado que aparece en el mapa de Santa Cruz, cercano a Mizquie, p. XX.

¹⁶ Heinrich Berlin, *op. cit.*, p. 44.

¹⁷ G. Pérez Rico, *op. cit.*, p. 12; Heinrich Berlin, *op. cit.*, p. 36.

¹⁸ H. Berlin, p. 36.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 36-40.

²⁰ *Ibid.*, p. 46.

Los mexicas se establecieron entonces en Tenochtitlan y fundaron ahí la ciudad de México-Tenochtitlan en 1325, donde permanecieron unidos 12 años; posteriormente se dividieron y una parte de la población se marchó a Tlaltelolco.²¹

Así nació la alianza entre los tecpanecas, tlaltelolcas y mexicas (habitantes de Tenochtitlan), de la que el rey tecpaneca obtuvo ventajas, ya que con su ayuda invadió otros pueblos²² y aumentó su dominio hasta Atotonilco. Documentos como el *Códice Xólotl* y las *Relaciones de Chalco Amaquemecan*²³ describen importantes batallas, entre ellas la que permitió al rey tecpaneca derrotar a chichimecas y toltecas, fortalecido con la alianza anterior.

Tiempo después, cuando Tezozomoc se sentó como soberano tecpaneca, gobernó igual que sus antecesores a los mexicas y, según lo escrito en los *Anales de Tlaltelolco*, por petición de los mismos envió a su hijo Epcouatzin Quaquauhzin como su soberano.²⁴

Quaquauhzin se sentó en el trono, pero permaneció ahí sólo un año; tiempo después, a partir de 1351²⁵ continuó gobernándolos desde Tlaltelolco.²⁶ El tributo que el nuevo rey tecpaneca-mexica recibía de los mexicas tlaltelolcas y tenochas era enviado a su padre Tezozomoc.

Independientemente de los verdaderos intereses de los mexicas al realizar dicha petición, la forma tradicional de las alianzas hasta entonces conocida se rompió, y se estableció una alianza netamente militar, no matrimonial, como las ya mencionadas. Como resultado de ese acto, y siguiendo las tradiciones de sus antepasados, Quaquauhzin y sus descendientes continuaron las alianzas matrimoniales para extender el reino tecpaneca.

A los 15 años de su reinado, el tributo que recibía Tezozomoc de los mexicas fue suspendido cuando éstos fueron conquistados y se sentó Macuixochitl como su rey. Ese hecho no evitó que los

²¹ *Loc. cit.*

²² Charles Gibson, *op. cit.*, p. 20.

²³ Chimalpain, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, 1965.

²⁴ Heinrich Berlin, *op. cit.*, p. 46.

²⁵ *Ibid.*, p. 81.

²⁶ *Ibid.*, p. 47.

tenochas se mantuvieran unidos a los tlatelolcas, que continuaron siendo gobernados por el tecpaneca Quaquauhzin.²⁷

A la muerte de Macuixochitl, los tenochas eligieron a Acamapich como rey mexica; posteriormente, Tizahuatzin, uno de sus descendientes, renovó la alianza al casarse con la princesa Uacaltzintli, hija de su antiguo soberano Quaquauhzin (hijo de Tezozomoc), y juntos gobernaron Tenochtitlan.²⁸

Tezozomoc no desapareció del escenario al mandar a su hijo a gobernar a los tenochas, continuó defendiéndolos y luchando junto a ellos en contra de los acolhuaques, a quienes derrotaron en 1347, y en 1371 dominó el señorío chichimeca de Tenayuca y las regiones de Cuahutitlan y Tepetzotlan. También sometió a los mixquicas en 1376, a los xochimilcas y quauhtinchantlacas en 1378, a los cuitlahuacas en 1380, a Cuahuanahuac (Cuernavaca) en 1396 y Xaltocan y Jilotepec en 1395. Esta alianza destruyó totalmente a los quauhtinchantlacas en 1398 y derrotó a los ahuilizapanecas, gente de Orizaba, Veracruz, en 1424. Con anterioridad, estos personajes ya habían conquistado parte de la región matlatzinca de Toluca y posiblemente Taxco y Guerrero.

Lo anterior demuestra la importancia del señorío tecpaneca en la historia de México durante los tiempos anteriores a la Conquista. Las constantes alianzas que Tezozomoc efectuó, no sólo con los mexicas, le permitieron fortalecer su *estructura de control* y consumir su dominio en el territorio mesoamericano.

Como hemos visto, las alianzas militares no surgieron justamente con la relación establecida entre tecpanecas y mexicas; en éstas se hallaban involucrados otros pueblos en los que ya existían varias generaciones de tecpanecas fuera de la zona de Azcapotzalco, producto de las alianzas alcanzadas a través de los matrimonios. Se consideraban tecpanecas los habitantes de las regiones de Chalco y Culhuacan, quienes en 1418 decidieron atacar, junto con Tezozomoc, al señorío acolhua de Ixtapalapa.

Como segunda estrategia constante, Tezozomoc creaba las triples alianzas; él y su ejército se unieron con Tlacatecatl, señor de

²⁷ *Ibid.*, pp. 50, 51.

²⁸ *Ibid.*, p. 54.

Tlaltelolco, y con Chimalpopoca, señor de Tenochtitlan, para atacar las cabeceras acolhuas de Texcoco, Coatlinchan y Huexotla. Los tres ejércitos lograron quemar algunos templos y los conquistaron, por lo que los acolhuas rodearon por la sierra algunos lugares cercanos a Azcapotzalco. Tezozomoc pidió una tregua durante la que consolidó su posición y lanzó ataques sorpresa, logrando así derrotar a Ixtlixochitl, padre de Netzqualcoyotl. A partir de su derrota, los acolhuas pagaron tributo a Azcapotzalco, igual que todos los pueblos por ellos conquistados.

Tezozomoc impuso, para un mejor manejo del tributo, gobernadores y mayordomos en Texcoco, Chalco, Otompan, Acolman y Coatlinchan; repartió, además, tierras y pobladores de la provincia acolhua entre las cabeceras de Azcapotzalco, Tlaltelolco y Tenochtitlan.

Tiempo después, Tezozomoc otorgó el título de "señorío" a los tenochas o mexicas y a los tlaltelolcas. Con esta renovada triple alianza se fortalecieron y beneficiaron los habitantes de los tres señoríos; en adelante, ya no pagarían tributo a los tecpanecas; lo entregarían directamente a su gobernante.

Con la información que proporciona Carrasco,²⁹ se logró representar en mapas la conformación del territorio tecpaneca, incluidos los señoríos conquistados y la creación de pueblos nuevos, desde la llegada de Acolhua hasta el reinado de Tezozomoc.

A la muerte de Tezozomoc, el territorio tecpaneco se encontraba constituido aproximadamente por 26 localidades gobernadas por sus descendientes.

Se establecieron, además, Coyoacan y Tlacopan dentro del mismo territorio; no obstante, y debido a su expansión, a éste se sumaron el señorío conquistado de Coatlinchan, además de Tecpatepec o Tonacochtla, que se fundó dentro de territorio tomado, y Tultitlan, creado para contener la invasión de los chichimecas de Cuauhtitlan.

²⁹ Pedro Carrasco Pizana, *Los otomíes, cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomíama*, 1979, p. 269.

FIN DEL SEÑORÍO TECPANECA. LOS MEXICAS
RETOMAN EL DOMINIO TERRITORIAL TECPANECA

Así quedó establecida la estrecha relación de parentesco entre los habitantes de estos pueblos, la cual propició la adopción y trasposición de costumbres entre unos y otros, no sólo en lo que respecta a las estrategias bélicas, sino también a aspectos relacionados con la organización económica, política, social y religiosa.

Cuando Tezozomoc murió, entre 1426 y 1427,³⁰ por sucesión dinástica le correspondió a su hijo Quetzal Tlayauhzin subir al trono. Pero Maxtlazin, su hermano y señor de Coyoacan, lo asesinó para usurpar el poder.³¹ Posteriormente, agravió a los señores de Texcoco y Tenochtitlan y provocó una guerra que llevaría a Netzahualcoyotl, heredero al trono acolhua, e Izcoatl, señor mexicana, a unirse a Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, y organizar una guerra en su contra.

Curiosamente, esa triple alianza que imitaba las estrategias de Tezozomoc fue creada para volverse en contra de los propios tecpanecas.³² En 1428, Maxtlazin fue derrotado y asesinado por Izcoatl³³ y sus aliados, quienes procedieron a repartirse los dominios tecpanecas.

Las ciudades fueron sometidas y Azcapotzalco quedó dividido en dos parcialidades: Azcapotzalco Tepanecapan, donde vivirían en adelante los antiguos nativos del lugar, y Azcapotzalco Mexicapán,³⁴ donde se asentarían los conquistadores mexicas; esta división conservó un principio dual en el que fue introducido un nuevo linaje dinástico que, sin embargo, no desconoció el tecpaneca.³⁵

Después de la derrota de los tecpanecas fueron obligados a dar tributo a sus conquistadores; Azcapotzalco dejó de ser cabecera y, en adelante, la nueva cabecera tecpaneca fue Tlacopan. Este acon-

³⁰ *Voces tecpanecas: Tepanecahtjlahtolli...*, 2002, p. 21.

³¹ Heinrich Berlin, *op. cit.*, p. 55.

³² *Voces tecpanecas: Tepanecahtjlahtolli...*, 2002, p. 20.

³³ G. Pérez Rico, *op. cit.*, p. 14.

³⁴ Charles Gibson, *op. cit.*, p. 42.

³⁵ G. Pérez Rico, *op. cit.*, p. 14.

tecimiento implicó el inicio del esplendor del imperio mexica, hecho que en primera instancia, podría presumirse, impactó la identidad tecpaneca y facilitó después la imposición de la nueva religión y la edificación de templos católicos en el devastado territorio. Sin embargo, en su relato, Torquemada menciona que aún en 1610 los habitantes de Tlaltelolco se jactaban de ser "tepanecas".³⁶

Importantes autores, como Charles Gibson, escriben que "en la época anterior a la conquista española todos los pueblos del valle habían sido subordinados mediante tributos y servicio militar a los *tlatocues* de Tenochtitlan, Texcoco o Tacuba".³⁷

Esta situación resulta lógica debido a los hechos que se explicaron con anterioridad. No debemos olvidar que todos esos pueblos a los que Gibson se refiere como tributarios de Tenochtitlan, Texcoco o Tacuba, incluyendo a los propios tenochas, habían permanecido antes bajo el dominio y control tecpaneca.

Lo cierto es que los mexicas no sólo se apropiaron de los dominios tecpanecas, sino que también se encargaron de borrar gran parte de su historia, por eso los estudios que se realizan sobre este pueblo resultan confusos. Las acciones principales de los mexicas para lograr su objetivo y consolidar la grandeza de su pueblo consistieron en efectuar una reforma política, social, religiosa y económica, y ofrecer una nueva versión de la historia que se llevó a cabo bajo las órdenes de Tlacaélel, consejero y tío de Izcoatl. Los hechos quedaron registrados en el *Códice Matritense*, escrito en náhuatl, de donde se extrae el siguiente fragmento:

Se guardaba su historia.

Pero, entonces fue quemada:

Cuando reinó Izcoatl, en México.

Se tomó una resolución, los señores mexicas dijeron:

No conviene que toda la gente conozca las pinturas.

Los que están sujetos (el pueblo)

Se echarán a perder

³⁶ Heinrich Berlin, *op. cit.*, p. XXVIII.

³⁷ Charles Gibson, *op. cit.*, 1967, p. 39.

LOS PATRONES ESPACIALES DE LA ESTRUCTURA DE PODER

Territorio general del dominio
Tecpaneca antes de la conquista mexicana

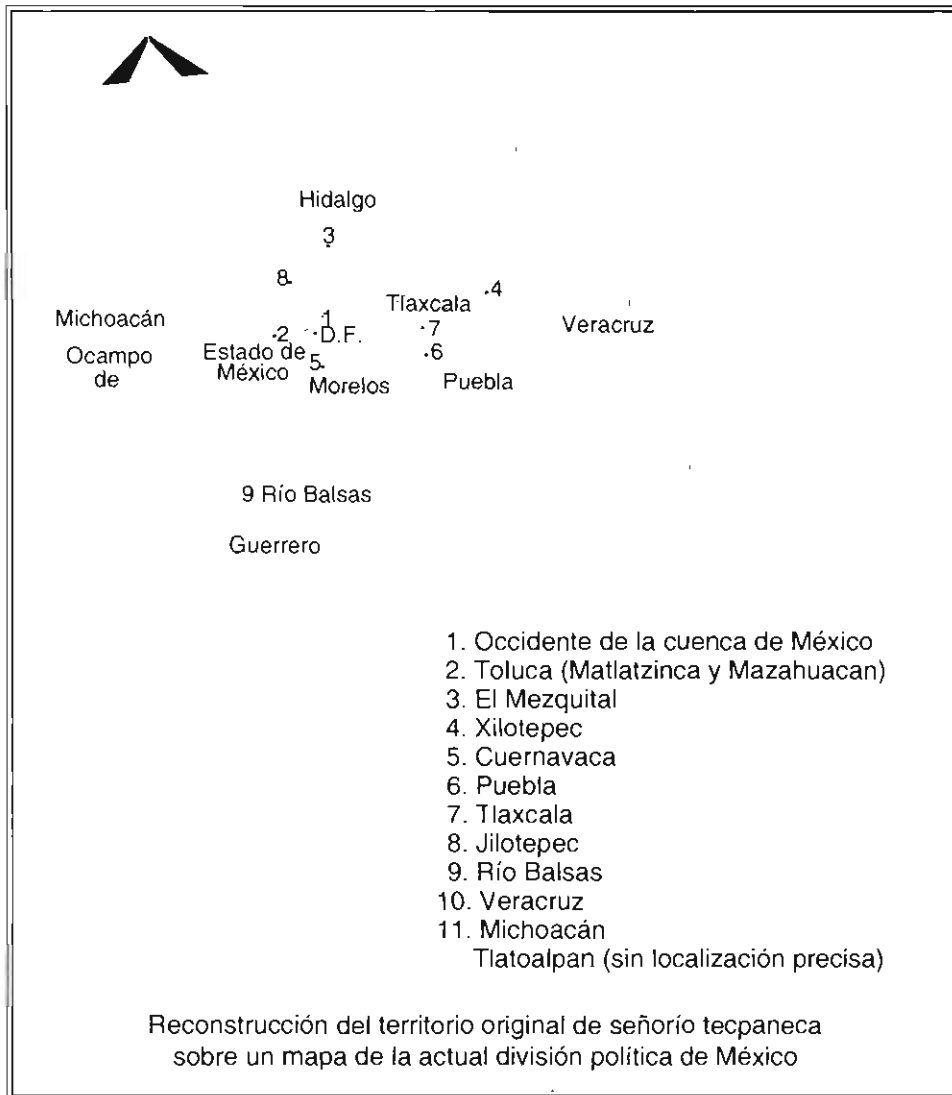


Figura 5. Territorio general del dominio tecpaneca antes de la conquista mexicana: Occidente de la cuenca de México, Toluca (Matlatzinca y Mazahuacan), El Mezquital, Xilotepec, Tlatoalpan, y la zona oriente de Cuernavaca, Puebla y Tlaxcala, limitando al norte con Jilotepec, Estado de México; al sur con el río Balsas en Guerrero, al este con Veracruz, y al oeste con Michoacán.

y andará torcida la tierra, porque allí se guarda mucha mentira y muchos en ellas han sido tenidos por dioses.³⁸

TERCER MOMENTO: CORTÉS IMITA LA ESTRUCTURA
DE CONTROL TECPANECA PARA
LA CONSUMACIÓN DE LA CONQUISTA

Cuando los conquistadores llegaron a Azcapotzalco,³⁹ habían pasado ya 91 años de la conquista mexicana; lo conocieron en 1519, como un pueblo más, tributario de los mexicas, pero dividido en dos parcialidades, como se mencionó con anterioridad: Tepanecapan y Mexicapan, y gobernado por dos señores, según Peter Gerhard: uno tecpaneca y otro mexicana.⁴⁰

Sin embargo, en 1521,⁴¹ con la caída de Tenochtitlan, Hernán Cortés restableció esta zona como señorío y restituyó a los habitantes sus tierras y pertenencias.⁴² Así, Azcapotzalco nuevamente pasó a ser la *cabecera* de los tecpanecas. Es precisamente Cortés quien aporta la primera referencia gráfica que se tiene de la localización de Azcapotzalco, la cual se encuentra en el plano del siglo XVI atribuido a él.

Cabe destacar en este punto que Cortés procedió de la misma manera que antes lo hizo Tezozomoc, cuando "elevó" a señoríos Tlatelolco y Tenochtitlan. La zona tecpaneca reconocida por los españoles fue Azcapotzalco, conformada por Tacuba, Coyoacan, Cuauhtitlan, Toltitlan, Tenayuca, Tepozotlan, Hueypoxtla, Tequisquiác y Xilotzingo. Gibson incluye, además de las *cabeceras* ya mencionadas, a Citlaltepec, Huehuetoca, Tacubaya, Teocalyehuacan, Tlalnepantla y Zumpango.

³⁸ Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, 1992, pp. 183, 184.

³⁹ Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, 1986, p. 254.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 255.

⁴¹ *Ibid.*, p. 254.

⁴² Edmundo O' Gorman, prólogo y selección, Joseph de Acosta, *Vida religiosa y civil de los indios (Historia natural y moral de las Indias)*, 1995, pp. 138-139.

Y aunque Cortés reconoció el linaje tecpaneca y devolvió a los habitantes su identidad, seguramente no convenía a sus intereses de conquista y expansión la existencia de un señorío con los antecedentes tecpanecas, por lo que, estratégicamente, elevó a rango de *cabecera*⁴³ cada una de las poblaciones mencionadas que, tiempo atrás, habían formado parte de dicho señorío, lo que provocó, de manera sutil, la segmentación de los tecpanecas.

Al otorgarles aparente autonomía, Cortés evitó cualquier tipo de alianza entre ellos y, al mismo tiempo, aprovechó la estructura de control establecida siglos atrás por los tecpanecas y retomada posteriormente por los mexicas. Al ser declaradas *cabeceras*, en aquellas poblaciones se hizo necesario nombrar un *tlatoque* para cada una; a este respecto, el conquistador sólo dudó en los casos de Huehuetoca y Tacubaya.⁴⁴

El término de *cabecera* o *cabeza* fue adoptado en la Nueva España como representante de la figura de la "capital", en ella continuó residiendo el *tlatoani*, que tenían a su cargo los *barrios* y las *estancias*.⁴⁵

Las figuras de *barrios* (pueblos cercanos a las *cabeceras*) y las *estancias* (pueblos algo alejados de las *cabeceras*) sustituyeron a los *calpullis*, que consistían en conglomerados de viviendas. Pero como para Cortés la tierra poseía un valor diferente al que le dieron los pueblos prehispánicos, debía pertenecer a particulares según las costumbres del Viejo Mundo, por lo que procedió a distribuirla en *encomiendas* (concesiones o mercedes) otorgadas a españoles o indígenas⁴⁶ de la nobleza.

Con la creación de las encomiendas, Cortés combinó sus propias estrategias de control con las que había entre los pueblos prehispánicos; al llegar las órdenes de los frailes, se establece también la encomienda como institución cristiana.

Con la presencia de grupos religiosos, encomenderos y autoridades indígenas interesados en ejercer el control del territorio, se

⁴³ Charles Gibson, *op. cit.*, p. 43.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 48.

⁴⁵ Al parecer, término introducido en México a través de las Antillas. Charles Gibson, *op. cit.*, p. 36.

⁴⁶ Peter Gerhard, *op. cit.*, pp. 8-10.

creó un ambiente de conflicto, y quizá por ello no es clara la información que se tiene respecto a las primeras autoridades impuestas por Cortés⁴⁷ en Azcapotzalco.

El caso de distribución territorial en Azcapotzalco fue muy particular, ya que, en realidad, los españoles únicamente reconocieron como *barrios* a Cuepopan, Atzacualco, Moyotlan y Teopan,⁴⁸ poblaciones indígenas algo alejadas de la traza de México Tenochtitlan.

Las peculiaridades que se dieron en Azcapotzalco consistieron justamente en que, a pesar de no ser reconocido como *barrio*, éste fue un asentamiento con una *cabecera* desde la que se gobernaron numerosos *barrios* pequeños.

En este tono encontraron los frailes dominicos la región de Azcapotzalco en 1526 y procedieron a renombrar los *barrios*, anteponiéndoles un nombre de santo o santa al término original indígena con el que se conocía cada uno de ellos.

El trabajo de evangelización de estos frailes se traslapó con cambios en la organización de Azcapotzalco; así, la nueva arquitectura (conventos, iglesias y capillas), la nueva religión y la política inician la transformación ideológica y del paisaje de la región tecpaneca que, ciertamente, no se encontraba en un momento de esplendor.

Los frailes dominicos iniciaron la construcción de un convento y seis capillas en el siglo XVI, actividad que se extendería por más de dos siglos en Azcapotzalco, ya que esta región permaneció como dominio eclesiástico de la orden hasta el periodo de la Independencia de México.⁴⁹

Al tiempo de la transformación del paisaje por la presencia de la nueva arquitectura, en 1530 el territorio de Azcapotzalco fue distribuido entre conquistadores y pobladores para la cría de cerdos por mandato del cabildo de la ciudad de México. No obstante, la traza prehispánica permaneció, conservándose los antiguos centros de los *calpullis*.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 7.

⁴⁸ Antonio García Cubas, *Geografía e historia del Distrito Federal*, 1984, p. 45.

⁴⁹ Peter Gerhard, *op. cit.*, p. 27.

Eclesiásticamente, en el siglo XVI se llamó "iglesia" al número de cristianos gobernados por un sacerdote;⁵⁰ esta "iglesia" se apega casi siempre a una cierta extensión territorial. La "parroquia" se formaba por varias "manzanas" (donde ya existía una traza urbana) o fracciones territoriales, como en el caso de Azcapotzalco, y equivalían políticamente a un *barrio*.⁵¹

También se denominó "cabecera" a la población principal de una región que contara con una capilla secular o parroquia, dividida en diversos *barrios* y en estancias dependientes de ella.

Así, la estructura sobrepuesta por Cortés fue retomada por los frailes dominicos, y le añadieron una tercera capa a la estructura tecpaneca, de tal forma que en un solo espacio territorial ejercían el control un gobernador tlatoani, un encomendero y los frailes dominicos.

El primer sitio que ocuparon los dominicos en la Nueva España fue el convento de Santo Domingo, en México,⁵² donde procedieron a ocupar "huecos" territoriales y a organizarse de tal forma que su expansión se fue dando en dos direcciones: de manera sistemática en la región mixteca-zapoteca con la ciudad de Oaxaca como centro, y en forma menos ordenada y progresiva en la zona centro del país: valle de México, Puebla y Morelos.⁵³

En el mapa 4 se puede ver que la primera porción territorial de la ocupación dominica en la Nueva España coincidió en gran parte con el antiguo dominio tecpaneca sobre los pueblos prehispánicos.

Para la efectiva labor evangelizadora de los frailes se hizo necesario eliminar todo aquello que representara un obstáculo. Entonces procedieron a la destrucción de las edificaciones donde los indígenas rendían culto a sus dioses y, posteriormente, a la edificación de capillas en estos mismos sitios.

⁵⁰ Robert Ricard, *op. cit.*, p. 164.

⁵¹ Carlos Nebel, "Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834. París y México, 1840. Textos de Carl Sartorius", en *Artes de México*, núm. 47, 1963, p. 27.

⁵² Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, 1969, pp. 40-41.

⁵³ Robert Ricard, *op. cit.*, p. 144.

EL ESPACIO. PRESENCIA Y REPRESENTACIÓN

Dominio territorial de la orden dominica en la Nueva España

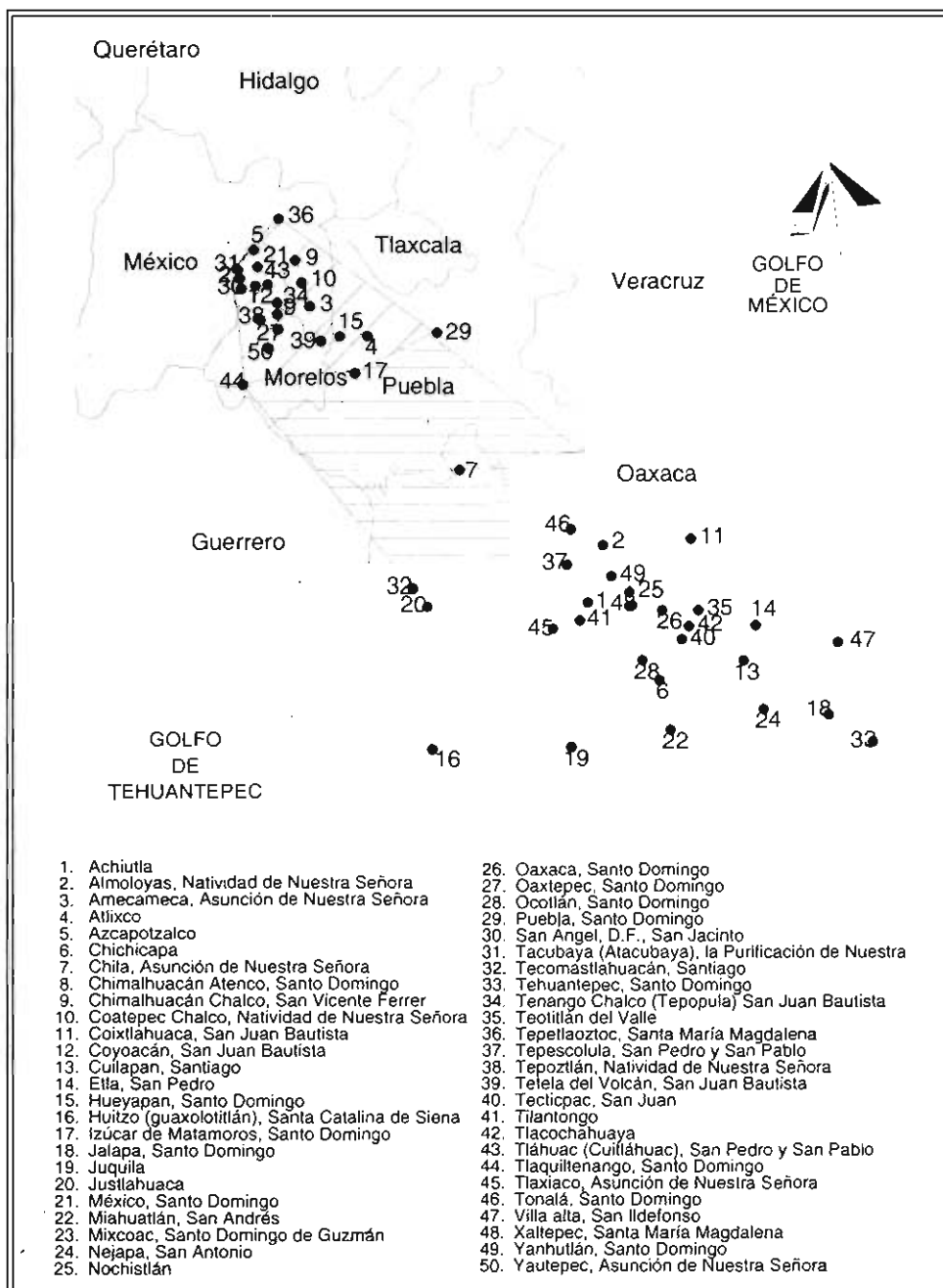


Figura 6. Elaborado con información de George Kubler, Robert Ricard y Charles Gibson.

Estructura de control religioso en Azcapotzalco (Siglo XVI)

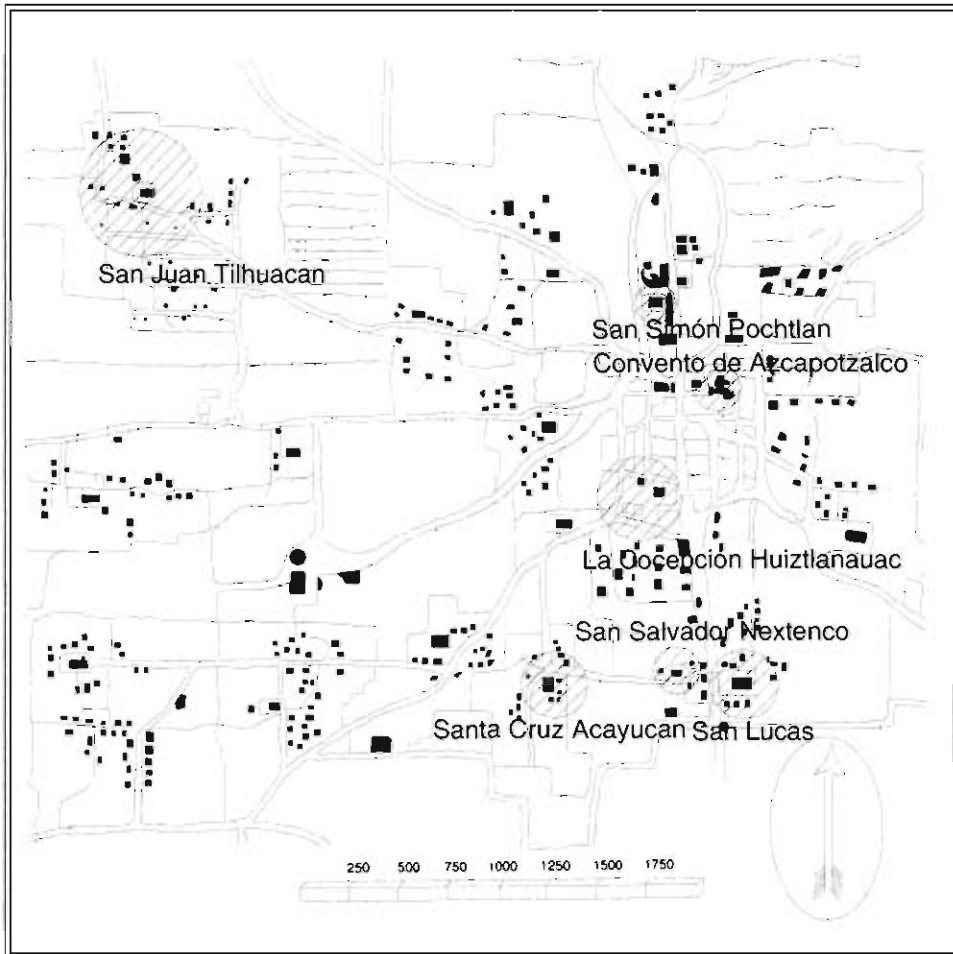


Figura 7. Estructura de control religioso en Azcapotzalco. Para esta representación gráfica se tomó como base el *Plano general de la municipalidad de Azcapotzalco* (1836 aproximadamente) y la información de Peter Gerhard.

En este periodo se construyó en Azcapotzalco el convento en la cabecera, y seis doctrinas en barrios pertenecientes a la misma; ellas representaban la consumación de la conquista de Cortés, ya que al retomar los antiguos caminos y la ubicación de los desaparecidos templos prehispánicos, los naturales ya no los recorrían con la finalidad de adorar a sus "antiguos dioses"; en adelante lo

EL ESPACIO. PRESENCIA Y REPRESENTACIÓN

Centros de barrio que se conservan de los calpullis reconocidos en 1525



Figura 8. Centros de barrio que se conservan de los calpullis reconocidos en Azcapotzalco en 1525. Representación gráfica elaborada con información de campo.

harían en grupo, desde su *barrio*, orando y con la cruz por delante hasta llegar al convento.

Las diferencias entre un recorrido y otro son claras no sólo por el cambio de dioses y edificios, sino también por el ánimo con que se realizaban. Pasaron de ser actos voluntarios a impuestos y dirigidos por los fiscales o *tepixque*, vigilantes también indígenas que tenían la obligación de reunir a los naturales y llevarlos al convento los domingos y días festivos para cumplir con las obligaciones del catecismo y de la misa. Así quedaron transformadas las estructuras política, económica y social, las preferencias religiosas y la convivencia normal de los antiguos habitantes de la zona.

Independientemente de los cambios políticos y sociales que siguieron promoviéndose no sólo en Azcapotzalco sino en el país entero, la estructura de control religioso pervive hoy en día como testimonio material de la estructura de conquista aplicada por Cortés en la fábrica de seis de las siete construcciones dominicas construidas en el siglo XVI en Azcapotzalco; mientras que de la estructura tecpaneca se conservan 20 de los 25 *calpullis* conocidos y renombrados como barrios desde el siglo XVI.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, Joseph de. *Vida religiosa y civil de los indios (Historia natural y moral de las Indias)*. Edmundo O' Gorman, pról. y sel. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995. 175 pp.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de. *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*. T. I. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- Alvarado Tezozomoc, Fernando. *Crónica mexicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1943. 202 pp.
- Azcapotzalco en el tiempo*. México, Departamento del Distrito Federal, 1974. 187 pp.
- Berlin, Henrich y Robert H. Barlow, presentación e interpretación de. *Anales de Tlaltelolco. Unos anales históricos de la Nación Me-*

- xicana y Códice de Tlaltelolco*. México, Porrúa, 1980. 127 pp. (5 láminas y códice.)
- Boturini, Lorenzo. *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*. Estudio preliminar Miguel Leon Portilla. México, Porrúa, 1986. 157 pp.
- Camacho Carmona, Mario. *Diccionario de arquitectura y urbanismo*. México, Trillas. 2001. 776 pp.
- Carrasco Pizana, Pedro. *Los otomíes, cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomíama*. Toluca, Biblioteca Enciclopédica de Toluca, 1979. 355 pp.
- Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Francisco. *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*. México, Fondo de Cultura Económica. 1965. 365 pp.
- Churrucá Peláez, S. J., Agustín. *Historia de la Iglesia en México*. México, Obra Nacional de la Buena Prensa, 2002. 237 pp.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Madrid, Océano-Instituto Gallach, 1996. 437 pp.
- Dávila Padilla, Agustín. *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*. [1625] México, 1995. Colección facsimilar. 654 pp.
- División territorial del Distrito Federal de 1810 a 1925*. México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1997. 130 pp.
- Fernández Rodríguez, Pedro. *Los dominicos en el contexto de la primera evangelización de México, 1526-1550*. Salamanca, San Esteban. 1994. 227 pp.
- Flores Ortiz, Pedro. *El amor de las razones. Saber e interacción en la historia de las Indias en la Nueva España de fray Diego de Durán*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1991. 318 pp.
- García Cubas, Antonio. *Geografía e historia del Distrito Federal*. México, Antigua Imprenta de E. Murguía, 1894. 94 pp.
- Gerhard, Peter. *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*. Trad. Stella Mastrangelo. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986. 493 pp.
- Gibson, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español*. Trad. Julieta Campos. México, Siglo XXI, 1967. 531 pp.

- Kubler, George. *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. Trad. Roberto de la Torre, Graciela de Garay y Miguel Ángel de Quevedo. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. 683 pp.
- León Portilla, Miguel. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. 224 pp.
- Manrique, Jorge Alberto. *Los dominicos y Azcapotzalco*. Tesis de Maestría. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962. 93 pp. (29 láminas).
- Marroquí, José María. *La ciudad de México*. 3 Vols. 2ª edición facsimilar. México, Jesús Medina, 1969.
- Méndez, Juan Bautista. *Crónica de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*. México, Porrúa, 1993. 491 pp. (Colección facsimilar.)
- Nebel, Carlos C. "Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834. París y México, 1840". Textos de Carl Sartorius. Artes de México. Núm. 47. México, 1963. 80 pp. (52 láminas).
- O'Gorman, Edmundo. *Historia de las divisiones territoriales de México*. México, Porrúa, 1985. 327 pp.
- . Prólogo y selección. Con la colaboración de Jorge Alberto Manrique. *Los indios de México y Nueva España. Antología*. México, Porrúa, 2004. 275 pp.
- Pérez Rico, Gilberto. *Azcapotzalco en la cultura, A. C. Archivo histórico de Azcapotzalco*. México, Consejo de Cronistas de Azcapotzalco, 2003. 32 pp.
- Ricard, Robert. *La conquista espiritual de México*. México, Fondo de Cultura Económica. 1986. 491 pp.
- Rivera Cambas, Manuel. *México pintoresco artístico y monumental. Vistas y descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica*. 3 vols. México, Imprenta de la Reforma, 1880-83.
- Torquemada, Juan de. *Monarquía Indiana*. Introducción de Miguel León Portilla. 3 vols. México, Porrúa, 1969.

Ulloa H., Daniel. *Los predicadores divididos*. México, El Colegio de México, 1977. 329 pp.

Voces tecpanecas: Tepanecahtlahtolli. Cápsulas históricas de Azcapotzalco. México, Consejo de Cronistas de Azcapotzalco, 2002. 48 pp.

Zavala Abascal, Antonio. *Las misiones dominicas*. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1964. 43 pp.

El Borda, un jardín con valor histórico

María de los Ángeles Barreto Rentarúa*

INTRODUCCIÓN

AL HABLAR DE PAISAJE, éste se inscribe en una relación hombre-naturaleza, ya que es en el medio natural donde los seres humanos viven organizados en sociedad; éste se convierte en un espacio del cual los hombres obtienen los recursos y materias primas que requieren para su reproducción y existencia, con lo cual modifican las condiciones primarias de un sitio, convirtiéndolo en un paisaje cultural.¹

En la transformación o preservación de un paisaje cultural intervienen diferentes escalas de acción. La primera consiste en la

* Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

¹ La Convención del Patrimonio Mundial define tres categorías de paisajes culturales: el *paisaje definido claramente*, diseñado y creado intencionalmente por los seres humanos. Se trata de paisajes ajardinados y de parques construidos por motivos estéticos. El *paisaje que ha evolucionado orgánicamente* se debe a un imperativo social, económico, administrativo y religioso inicial y ha evolucionado hasta su forma actual por asociación con su entorno natural y en respuesta a éste. Esta categoría se subdivide en dos: *el paisaje vestigio o fósil* es aquél cuyo proceso de evolución se interrumpió en algún momento del pasado, pero sus rasgos significativos son visibles materialmente, y *el paisaje activo* es el que se conserva vivo y dinámico en la sociedad contemporánea, asociado al modo tradicional de vida y cuya evolución sigue vigente. La tercera categoría corresponde al *paisaje cultural asociado* y es aquél en el que existen asociaciones religiosas, artísticas o culturales del elemento natural más que a la cultura material (categorías adoptadas por la UNESCO en 1972 y en julio de 2001).

planificación del paisaje. Esta escala se basa en las ciencias naturales y ecológicas y tiene como fin considerar las necesidades de producción y de protección del suelo; en consecuencia, busca una relación equilibrada entre el ser humano y el uso del suelo a través del estudio de la forma básica del paisaje y de sus componentes, con el propósito de conocer sus límites y capacidades. Este conocimiento permitirá no la *mayor* sino la *mejor* utilización de los recursos naturales gracias a intervenciones de salvaguarda, conservación y recuperación o rehabilitación de áreas deterioradas, tanto en el plano regional como en los ecosistemas urbanos, incluyendo paisajes únicos o de interés especial.

La siguiente escala se refiere al *diseño del paisaje* como el arte de regular los espacios abiertos para un uso específico, tomando en cuenta las competencias naturales y el contexto cultural propio de cada tejido urbano y el entorno natural.

La tercera escala se aboca a la *conservación del paisaje* y adquiere la connotación de preservación y rehabilitación de los micropaisajes como parques y jardines de interés histórico, artístico y ecológico, considerándolos como bienes irremplazables para la humanidad.²

A partir de estas categorías y escalas de acción de los paisajes culturales resulta posible ubicar el objeto de estudio con toda certidumbre. Así, al Jardín Borda se le puede considerar como un *paisaje definido claramente*, ya que existe facilidad para su identificación debido a sus cualidades estéticas y sus valores paisajísticos; cualidades y valores que se materializan en una propuesta organizada a través del manejo de elementos construidos entrelazados a arquitecturas vegetales, y del empleo de juegos de agua en movimiento por medio de surtidores que se manifiestan en fina lluvia, burbujeos o chorros que al caer generan círculos concéntricos o agua en reposo que funciona como espejo que refleja arcadas y duplica árboles, arbustos y florales que rodean al estanque principal.

Los colores y sonidos son también parte del paisaje generado en el Jardín Borda y otorgan nuevos y variados significados al re-

² Saúl Alcántara, Arturo Alavid y Félix Martínez, *Diseño, planificación y conservación de paisajes y jardines*, 2002, p. 59.

correr los diferentes espacios limitados por senderos, setos o simplemente por cambios de niveles o de pavimentos. Su topografía irregular es sabiamente utilizada a favor de los cuerpos de agua; la traza y orientación generan diferentes terrazas que enriquecen la experiencia sinestésica y proporcionan sensaciones corporales contrastantes, sin olvidar las extraordinarias vistas a corta y larga distancia que crean remansos y lejanías según el lugar donde se pose la vista. Es por ello que el Jardín Borda posee las características de un paisaje con valor artístico debido a la intencionalidad de su creación y a la sencillez organizada de sus componentes, lo que favorece la identificación de los espacios y sus cualidades intrínsecas.

El Jardín Borda, al igual que otros paisajes culturales, se compone también de un entorno construido con el que establece relaciones sugerentes entre el exterior y el interior, entre el aquí y el allá, arriba-abajo, próximo-lejano, continuo-discontinuo, gracias a membranas o umbrales, espacios de transición que, más que separar, unen y permiten el intercambio dinámico de personas, objetos, olores, luces y sombras que exaltan las diferentes cualidades de los espacios construidos y de aquéllos donde dominan los elementos naturales. Así, el Jardín Borda cuenta en su interior con bordes y membranas de articulación que unen los diferentes espacios o lugares, otorgando con ello unidad al conjunto y definiéndolo como un lugar con significados emocionales y connotaciones espaciales y existenciales.

Las relaciones con el exterior están determinadas por un límite perimetral contundente: un muro que circunda al jardín, lo envuelve y lo separa del resto de la ciudad y aumenta la importancia de los fenómenos que ocurren en su interior. El carácter polivalente del Jardín Borda se manifiesta de manera clara ya que, aparte de aislar y separar espacios a través de una barrera, establece también la posibilidad de articularse, de relacionarse con el exterior por medio de andadores perimetrales que, siguiendo la topografía natural del sitio, permiten contemplar amplias perspectivas de la ciudad y formaciones orográficas localizadas en puntos más lejanos. Estos andadores perimetrales culminan o son interrumpidos por dos miradores, también llamados "chocolate-

ros”, espacios de encuentro destinados a la contemplación del paisaje y la convivencia cotidiana.

Para completar el cuadro, el Jardín Borda destaca también por el significado histórico y social que ha tenido en distintas épocas que van desde el siglo XVIII hasta nuestros días, debido a los diferentes usos y alteraciones que ha sufrido a través del tiempo asociados a personalidades y acontecimientos históricos que en este espacio sucedieron.

Por ello, la escala de acción del presente trabajo se ubica en la *conservación del paisaje*, en la preservación y rehabilitación de un jardín con valor histórico, artístico y cultural mediante el estudio sistemático del sitio, el acopio de información acerca de la época, el autor, la paleta vegetal y la impronta paisajística, así como también mediante el conocimiento de las modificaciones producidas y la identificación de sus características más sobresalientes con base en una investigación documental y de campo que posibilite establecer las líneas de acción para proteger y preservar este bien cultural.

Este artículo persigue, principalmente, lo que José Tito Rojo³ propone como método para acercarse al conocimiento profundo de un jardín histórico; método que consiste en considerar al objeto de estudio como el documento-jardín de cuyos datos e informaciones valiosos y necesarios para comprender su pasado y su presente hay que hacer una correcta lectura. Así se podrá establecer la prefiguración del futuro del jardín sin perder sus componentes más preciados.

VALLE DE MORELOS, PAISAJE DE CONTRASTES

Los valles más importantes del centro de la República mexicana se encuentran separados por un límite o borde natural conocido como la sierra del Ajusco, una muralla de piedra de origen volcánico que se yergue en las alturas, dominada por bosques de encinos

³ José Tito Rojo, *Restauración en arquitectura del paisaje: ensayo metodológico aplicado al Carmen de los Mártires y otros jardines granadinos del siglo XIX*, 1997, p. 364.

y pinos que se enmarcan por densas nubes de tormenta. Estas nubes proporcionan contrastantes sombras y zonas iluminadas por los rayos solares que sirven como marco para separar los valles de la ciudad de México y de Morelos, en donde se dibujan las viejas veredas de arrieros entrelazadas con las modernas carreteras y autopistas que permiten apreciar paisajes únicos y diferenciables.

Las veredas, como hoy las nuevas vías de comunicación, conectan la ciudad de México con los antiguos pueblos de Xochimilco, San Gregorio, Tulyehualco y Milpa Alta; después de ascender la sierra y más tarde descender por los poblados de Tlayacapan, Oaxtepec y la cálida Cuautla, como una de las vías alternativas, estas veredas antiguas alcanzan el estado de Morelos. Otros caminos aprovecharon el corredor natural, localizado entre formaciones orográficas, para cruzar por Chalco y Amecameca, a pie de monte del volcán Popocatepetl, para acceder a Cuautla.

Sin duda, la ruta más importante entre estos dos valles fue la del "camino real", que atravesaba las faldas del Ajusco, ascendía de manera brusca hasta llegar al pueblo de Huitzilac y descendía abruptamente hacia la antigua *Cuauhnáhuac* (hoy Cuernavaca). Esta ruta permitía apreciar los paisajes contrastantes entre las montañas y los valles, enmarcados por sus dos centinelas: el Popocatepetl y el Iztaccihuatl en el sur, y abierto hacia una inmensa hondonada al norte que da pie al cambio de clima, a nuevas expresiones del paisaje manifestadas en colores vívidos y a novedosas asociaciones de vegetación, elementos que sirven de marco y acogen al paisaje cultural, el micropaisaje conocido como el Jardín Borda.

De mejor manera Guillermo Prieto describe este paisaje:

Figúrese el lector en la cima de una montaña inmensa; a sus pies como torrentes repentinamente petrificados están en descenso suspendidas las rocas inmensas que serpentean y que levantan y deprimen el terreno con irregularidad sorprendente [...] Barrancas que zanja el terreno y describen unas líneas profundas y negras [...] En medio de esas montañas, en segundo término, como una serpiente que desciende de una ladera y tiene medio hundida su cabeza en una barranca [...] se distingue Cuernavaca, ya apareciendo su caserío blanco [...] Si todo

esto se figurase el lector, si lo vistiese de luz voluptuosa de los trópicos, si reparase el ambiente sensual en su mente [...] Si se anima este paisaje [...] ¡Ha! Todavía será imperfecta la idea que se forme [...]

Cuernavaca es la capital del estado de Morelos y cabecera del municipio del mismo nombre. Esta ciudad tiene la singularidad de contar con una altura sobre el nivel del mar de 1 800 metros en sus partes más elevadas y 1 300 metros al sur, en las partes más bajas, lo que le otorga una variedad climática que la ha convertido en el lugar de recreo y descanso predilecto de buena parte de los habitantes del Distrito Federal. La temperatura promedio es de 20 grados centígrados, con una estación de lluvias que va de mayo a septiembre; estas lluvias suelen caer por las tardes, refrescando el ambiente. Cuauhnáhuac es el nombre que le otorgaron a esta ciudad los antiguos habitantes, los *tlahuicas*; este nombre significa, según algunos, “cerca o junto de los árboles” y, según otros, “cerca del bosque o en la orilla de la arboleda”.

Con la conquista española, Cuernavaca y 21 villas más pasaron a formar parte del Marquesado del Valle, señorío que recibió Hernán Cortés como recompensa por los servicios prestados a la Corona Española, tal como lo señala Manuel Rivera Cambas:

La villa de Cuernavaca perteneció al Marqués del Valle, dista de México catorce leguas al sur, su clima es caliente y seco y los terrenos que la rodean son fértiles a causa de la multitud de manantiales que lo riegan; todas las casas tienen árboles frutales y por ellas pasa el agua en una zanja.⁴

Aunque Rivera Cambas no aporta datos cuantificables y precisos, sí describe de manera clara y sencilla las características físico-ambientales del sitio donde se ubica el Jardín Borda. Se puede inferir que su localización no puede ser sino la más adecuada por la fertilidad de sus suelos, la abundancia de árboles frutales y lo benigno del clima, condiciones que sirvieron como marco geográfico para el diseño y construcción de la arquitectura, jardines y cuerpos de agua, que más tarde fueron asiento de un sinnúmero de usos, actividades y visitas o estadías de personajes distinguidos.

⁴ Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental*, t. III, 1883, p. 235.

Los frailes de la orden franciscana evangelizaron la región; en ésta fundaron cinco conventos, el último construido funciona actualmente como catedral del obispado. El 14 de octubre de 1834, la legislatura le concedió a Cuernavaca el título de ciudad; para 1869, ésta se convirtió en la capital del estado de Morelos.

Cabe resaltar que las bondades climatológicas y lo característico del paisaje en el valle de Cuernavaca han sido objeto de innumerables relatos, libros y crónicas de especialistas, poetas e investigadores que han hecho de la región su lugar predilecto; estos autores reconocen en ella su rico y variado patrimonio cultural y natural, la calidad de los servicios turísticos y la actividad creadora que se ha desarrollado a lo largo de su historia.

REFLEXIONES SOBRE EL JARDÍN HISTÓRICO

El jardín histórico es una combinación estructurada de elementos arquitectónicos y vegetación cuyo estudio permite conocer la historia, costumbres, preferencias y características de la época en la que fue creado, por lo que se debe de considerar como un documento testimonial que proporciona información acerca de la forma de vida de los grupos sociales que propiciaron su existencia, además de ser una forma de acercarse a las características del entorno natural y cultural del contexto urbano en el que se inserta. Carmen Añón, lo define de la siguiente manera:

un jardín es una creación espacial en la que los elementos arquitectónicos y elementos vegetales forman una unidad inseparable, constituyendo un importante documento histórico, una forma de gran valor estético, una expresión de características indudablemente espirituales.⁵

La definición anterior nos señala, principalmente, que el jardín histórico es un documento fundamental para entender no sólo los aspectos que se refieren al jardín en sí, sino que forma parte de una aproximación al entendimiento de los valores estéticos, ambientales y culturales en que éste se inserta.

⁵ Carmen Añón, *El jardín histórico: notas para una metodología previa al proyecto de recuperación*, 1993, p. 312.

El jardín histórico reconoce como los valores para los que fue creado el proporcionar el disfrute, la contemplación, la meditación y la reunión en un espacio abierto de familiares y amigos, lugar donde los encuentros toman una nueva dimensión; además, desde el punto de vista del arte y la historia, estos espacios pueden considerarse como bienes culturales de la nación. El jardín histórico se puede diferenciar de otros espacios públicos por contar con evidencias de las preferencias, actividades y formas de percibir el mundo; dentro de su perímetro suceden acontecimientos que le otorgan un valor especial que lo caracterizan como un espacio único y diferenciable.

En México, actualmente no existe una clara política cultural, propiamente dicha, en relación a la conservación y recuperación de jardines históricos. Hay muestras de intervenciones en este tipo de espacios cuyos resultados no han sido del todo favorables y han conllevado el deterioro de jardines con valor histórico. También resulta conveniente resaltar que ha habido intervenciones fallidas por profesionales que no cuentan con las herramientas y conocimientos necesarios para intervenir en un jardín con valor histórico, lo que tiene como consecuencia la pérdida de paisajes culturales únicos, o el abandono que propicia su deterioro y desaparición. El primer instrumento para salvaguardar este tipo de espacios es el de inventariar y documentar las condiciones de su situación, para, más adelante, a través de estudios especializados, realizar propuestas para su recuperación y plena integración a las nuevas condiciones de la vida moderna.

El jardín histórico puede también pensarse como un elemento que desde el punto de vista botánico resulte interesante, si cuenta con especies de vegetación con características singulares y que es necesario conservar a toda costa, lo que puede representar su supervivencia y su incorporación probable a actividades productivas o de recreo para la sociedad en su conjunto.

Asimismo, en un jardín histórico, seguramente se encontrarán elementos arquitectónicos, escultóricos y de ingeniería hidráulica que se caracterizan por cohesionar y articular su interpretación y el reconocimiento de las diferentes etapas del desarrollo tecnológico y artístico que le tocó vivir.

El jardín histórico puede ser considerado como tal si en su entorno sucedieron acontecimientos o hechos históricos que lo definan como un referente importante dentro de la vida nacional. También si es o se puede convertir en espacio simbólico debido a la permanente presencia de actores sociales durante diferentes épocas históricas y a que los propios habitantes les otorguen valor, condiciones que son capaces de proporcionar identidad y significación a un determinado espacio.

México es un país de contradicciones donde no se ha valorado una cultura de salvaguarda de los jardines históricos. Sin embargo, el Jardín Borda fue considerado en 1945 como monumento histórico. En 1972 se aprobó la Ley Federal de Monumentos Históricos, Arqueológicos y Artísticos de cuyas disposiciones este jardín quedó fuera y sujeto a su protección sólo si estuviera asociado a arquitectura con valor histórico; es decir, el jardín quedó en la indefinición, ya que con la nueva legislación sólo se puede proteger si se localiza dentro de un contexto tutelado por un edificio declarado como patrimonio cultural.

Finalmente, es conveniente resaltar que un jardín con valor histórico debe de ser intervenido por profesionales preparados para enfrentar los retos propios de una investigación de carácter multi e interdisciplinaria; estos profesionales tendrán la responsabilidad de proponer, a través de un plan maestro de recuperación, las mejores soluciones que contemplen los aspectos socioculturales, polisensoriales y la forma básica del paisaje, para garantizar la mejor recuperación de este tipo de espacios y su integración a las nuevas actividades del presente. Así se garantizará su proyección futura como un bien cultural integrado a las nuevas condiciones del entorno urbano. Es decir, el jardín histórico no sólo se debe de preservar, sino que debe de adquirir nuevas connotaciones que permitan su actividad en las nuevas realidades.

EL BORDA, UN JARDÍN CON VALOR HISTÓRICO

La falta de una adecuada intervención, científica y sistematizada en el Jardín Borda obliga a proponer que su estudio cuente con

una fase de recopilación de documentos e información relacionados con el jardín, con pleno conocimiento de sus componentes naturales, socioculturales y paisajísticos. Esta fase de trabajo deberá vincularse con una investigación fidedigna que describa las diferentes transformaciones que se han producido en el objeto de estudio. La investigación dará pie a la identificación de los componentes y eventos suficientes que permitan conocer cada una de las etapas por las que el jardín ha pasado hasta sus condiciones actuales, así se demostrará de manera clara la necesidad de recuperar un jardín con valor histórico.

Las primeras noticias con las que se cuenta a este respecto son las referidas a don José de la Borda, rico minero que nació el 2 de enero de 1699, en Jaca, Aragón, España, hijo de Pierre de la Borda, oficial del ejército francés de Luis XIV y de Magdalena Sánchez, de origen español (figura 1). José de la Borda arribó a México, a la edad de 17 años (13 de julio de 1716), por invitación de su hermano Francisco, quien radicaba en la población de Taxco desde 1708, y con quien trabajó en la mina conocida como La Lajuela. Cuatro años más tarde contrajo nupcias con doña Teresa Verdugo Aragnés y emprendió, con gran éxito una nueva empresa con don Manuel Aldaco en Tlalpujahua. Esta prosperidad se conjuga con la herencia recibida a la muerte de su hermano Francisco en 1748, situación que lo convierte en uno de los hombres más ricos de la Nueva España, lo que le permitió financiar y construir una de las arquitecturas más notables de la época: la iglesia de Santa Prisca en Taxco, Guerrero, joya y monumento que perdura hasta nuestros días como un ejemplo de la arquitectura barroca más notable del siglo XVII en México.⁶

Don José de la Borda padeció vicisitudes que lo llevaron de la pobreza a la riqueza; por quebrantos económicos buscó nuevos derroteros en Real del Monte, Hidalgo y Zacatecas, siempre en el ramo de la minería, empresas de las cuales salió bien librado y que le permitieron construir casas en Taxco y en la ciudad de México, todas ellas conocidas como Casa Borda. La antigüedad del Jardín Borda data de 1776, cuando don José de la Borda ad-

⁶ Manuel Horta, *Vida ejemplar de don José de la Borda*, 1928, pp. 51-53.



Figura 1. V.R. de don José de la Borda. Carlos González Pinxit.
Imagen tomada del libro *Vida ejemplar de don José de la Borda*.

quirió un predio localizado en la entrada a Cuernavaca, justamente en la avenida que unía las ciudades de México y Acapulco, conocido como “camino real” de la antigua ciudad y hoy Avenida Morelos.

Muy distintos de los de San Ángel y San Agustín de las Cuevas fueron los jardines de Borda en Cuernavaca. Generalmente se cree, y hasta lo aseveran distinguidos escritores, que fue don José de la Borda quien los construyó, pero se debieron, no al rico minero de Taxco, sino a su hijo don Manuel. Doctor por la Real y Pontificia Universidad de México.⁷

A raíz de la muerte de su padre el 30 de mayo de 1778, don Manuel modificó la propuesta inicial de árboles frutales y plantas de ornato del hoy conocido Jardín Borda, para convertirlo en un espacio recreativo y jardín botánico, donde incluyó un lago y

⁷ Manuel Romero de Terreros, *Los jardines de la Nueva España*, 1945, pp. 18, 19.

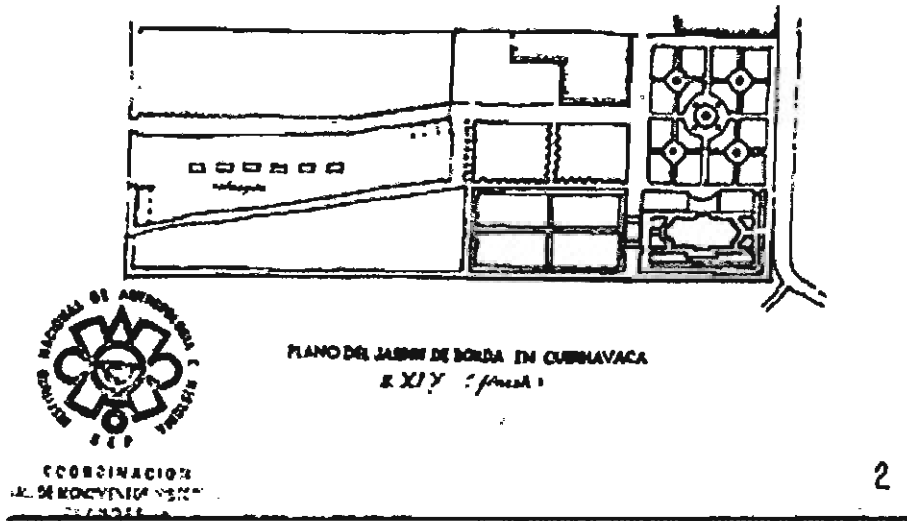


Figura 2. Plano del Jardín Borda. Finales del Siglo XIX. Planoteca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos. INAH.

artificios de juegos de agua que perduran hasta nuestros días (figura 2).

El principal ornato de los jardines es indudablemente el estanque grande, que fue la obra predilecta de don Manuel de la Borda. El 5 de julio de 1783 escribía al Conde de Xala: "Siempre que quiera, puede venirse a desahogar y pasearse en este su jardín, en el que, como diría a Ud. Muro, hallará de nuevo estarse fabricando un tanque que tendrá más de ciento cincuenta varas de longitud, con otras cositas que se le harán", y el 2 de agosto siguiente: "El tanque ya se hace visible, y si usted viera su terreno, aun en el estado presente, no lo creyera; espero que quede una pieza de todo gusto"⁸ (figura 3).

Los preparativos para la inauguración del lago artificial fueron deliberadamente planeados para que ésta fuera digna de los esfuerzos invertidos. Para ello se fijó como fecha el 4 de noviembre de 1783, día del festejo de San Carlos Borromeo, seleccionada con la intención de festejar al rey de España Carlos III. La inauguración fue extraordinaria, festejo en el cual se brindó a los invitados

⁸ Manuel Romero de Terreros, *op. cit.* p. 21.

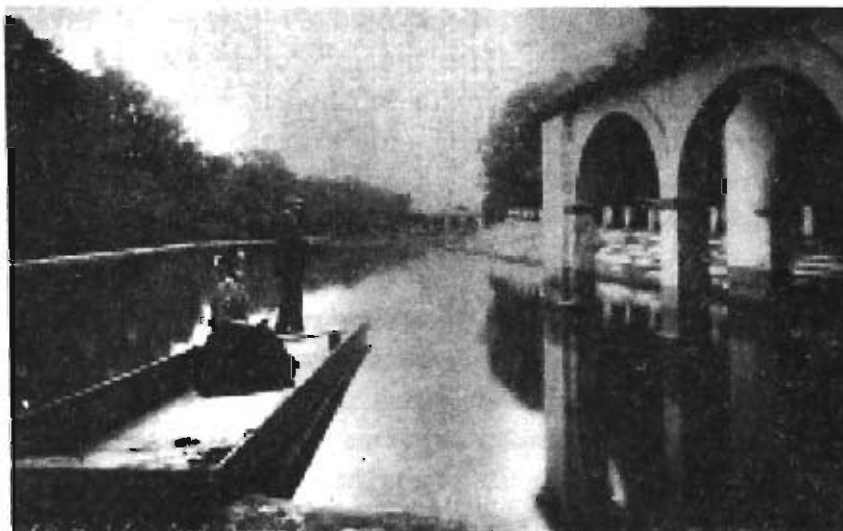


Figura 3. Charles B. Waite, ca. 1905. "986 On the lake in Borda Garden, Cuernavaca". Fototeca de CNMH. INAH.

fuegos artificiales, los cuales fueron encendidos al oscurecer el día con la finalidad de iluminar y enfatizar las terrazas, rampas y fuentes, así como la vegetación plantada en los parterres, situación que impactó gratamente a los invitados y enaltecó la propuesta paisajística del jardín.

Don Manuel de la Borda fue un aficionado de la botánica, personaje ilustrado en las artes y la literatura, relacionado con las principales personalidades de su época, condiciones que lo motivaron a participar de manera activa en el diseño y construcción del nuevo jardín, donde en distintas ocasiones recibiría como huéspedes a distinguidos personajes de la Nueva España. Tal fue el caso de la llegada a la ciudad de Cuernavaca y la visita al Jardín Borda el 5 de diciembre de 1783 del virrey don Matías de Gálvez, entre otras personalidades, de las cuales relata Manuel Romero de Terreros:

Ayer, escribe al conde de Xala, en 6 de diciembre de 1783, a las cinco de la tarde llegó a ésta, sin novedad, nuestro Excelentísimo Virrey (don Matías de Gálvez) y hoy vendrá a ver el jardín y tanque.⁹

⁹ Manuel Romero de Terreros, *op. cit.*, p. 22.

Don Manuel de la Borda falleció en 1791 y heredó a la señora Agustina Paz de la Borda dicho jardín, donde ésta vivió hasta 1819. Después de la Independencia de México, el poeta y destacado político mexicano Guillermo Prieto se hospedó en la casa y jardín de los Borda y describió los ya célebres jardines. Miguel Salinas escribió en 1924 lo siguiente:

De esta época, del último tercio del siglo XVIII, data el Jardín Borda. Visítadlo. Se halla en la calle principal de Cuernavaca, en la avenida Morelos, pasando la iglesia de Guadalupe y contiguo a ella, hacia el sur. La fachada de la casa tendrá unos treinta metros de anchura; en el centro de ella se abre amplio zaguán, y hay dos balconcillos a cada lado de éste. Tal fachada no tiene nada que la singularice, es un pobre muro sin cornisa ni ático, sin friso ni arquitrabe, sin jambas en las puertas; está burdamente embadurnada de pintura de cal y ostenta sobre el zaguán este letrero: Jardín Borda (no había de faltar el peregrino dislate de quitar la preposición de al genitivo). En buen Español se dice Jardín de Borda... Pasando el umbral, pisa uno el basto empedrado que sirve de pavimento al cubo del zaguán y se llega a un patiecillo de forma cuadrada de quince metros por lado, está circuido por cuatro corredores a los cuales caen las puertas de los aposentos. Del primer patio, por un pasadizo, se entra al segundo que es rectangular, y en cuyo lado occidental, en el centro y en línea recta con el zaguán, está la puerta del jardín... Al penetrar en él se bajan algunos escalones y se llega al gran plano inclinado que constituye aquel predio, cuyas dimensiones aproximadas son trescientos metros de longitud de norte a sur, y algo más de ciento de latitud, de este a oeste... Para formarse una idea clara y exacta del Jardín de Borda, supóngase dividida su área en dos partes, una al norte y otra al sur; la primera está ocupada por una habitación compuesta de varios aposentos y un largo corredor que van de oriente a poniente detrás de esta habitación, hacia el norte se extiende un terreno plantado de granados, por lo que le llaman La Granadera; al oeste de las dos porciones anteriores se halla el estanque grande, una de las bellezas del inmueble; en seguida se extienden varios arriates donde crecen árboles y arbustos; al fin, una calzada que va de mirador a mirador y que tiene poyos adosados a la

tapia del fondo que, como dije antes, cae a la callejuela de San Antón.¹⁰

La anterior descripción da cuenta de la impronta paisajística del jardín barroco, impronta que prácticamente conserva hasta nuestros días, a pesar de los diferentes habitantes y usos por los que ha pasado a través del tiempo.

Tal vez el personaje que más ha dado renombre al Jardín Borda es el emperador Maximiliano, junto con su esposa, la emperatriz Carlota. Aunque el periodo durante el cual este personaje habitó el jardín fue breve, esta estancia no se olvida de la memoria colectiva de los habitantes de Cuernavaca y de la historia de México.

En 1865, Maximiliano decidió conocer Cuernavaca, entusiasmado por las constantes alabanzas que sobre este lugar hacía el coronel Paulino Lamadrid. Viajó acompañado de la emperatriz Carlota el 20 de diciembre en busca de un lugar apacible para descansar y decidió convertir el Jardín Borda en su casa de retiro. Para cumplir con este fin, fue necesario repararlo y adaptarlo como casa imperial de descanso. La reparación se extendió a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, que se convirtió en el oratorio imperial al estar comunicada directamente con la casa.

Según Blasio, Maximiliano visitó la propiedad a sugerencia de Ángel Pérez Palacios, aunque no debe perderse de vista que ésta aparecía ya en el itinerario seguido por madame Calderón de la Barca:

La casa en que se detuvo la diligencia fue antaño famosa por el hermoso jardín contiguo a ella, y que perteneció a un rico propietario. Nos sentamos entre los árboles frutales, al lado de un estanque de agua muy clara, y ahí esperamos a las cabalgaduras y a nuestros guías.¹¹

Las obras de reparación y adecuación de la casa fueron realizadas por Wilhem Knechtel, tal como se asienta en el *Diario del jardinero*,¹² con la participación del recién nombrado Arquitecto de la Corte Carl Gangolf Kaiser, en 1866, quien fungió como admi-

¹⁰ Miguel Salinas, *Historias y paisajes morelenses*, 1924, pp. 77-80.

¹¹ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México*, 1984, p. 22.

¹² Wilhem Knechtel, *Gandichriftliche Auizaichnungen*, (s/f), pp. 44, 45.

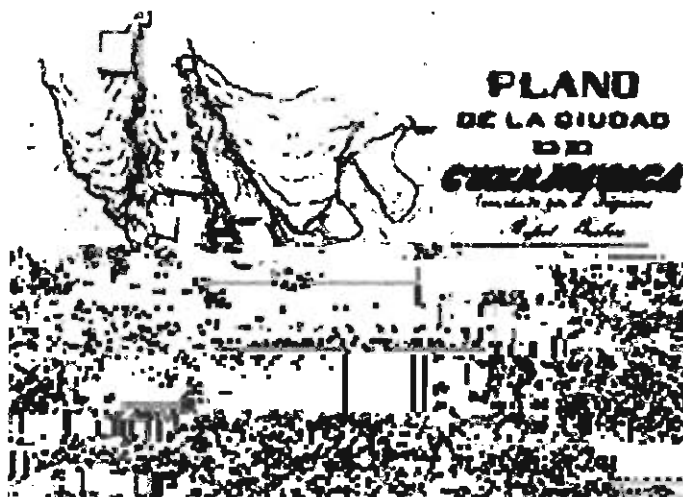


Figura 4. Plano de la ciudad de Cuernavaca. Autor: Ingeniero Rafael Barberi. Año 1866, escala 1:5000. Mapoteca Manuel Orozco y Berra.

nistrador de la obra, tal como lo señala Michael Drewes en cartas encontradas donde se habla de las adaptaciones para la casa del Emperador:

El ala destinada a las Majestades está enjalbegada y es muy limpia; las puertas se están haciendo de nuevo y dejan todavía mucho que desearse, puesto que Knechtel ha emprendido todo el asunto con poca energía aunque con buena voluntad.¹³

Decidido a instalarse en la ciudad de Cuernavaca, Maximiliano encarga al ingeniero Rafael Barberi la elaboración de un plano del lugar que diera cuenta de las condiciones en que se encontraba dicha ciudad. En el plano puede apreciarse perfectamente el trazo del Jardín Borda (figura 4), en el que seguramente participó Maximiliano tanto en las propuestas de modificación como en las adecuaciones del jardín, ya que, según lo asienta Drewes, era costumbre de Maximiliano colaborar con ideas y modificaciones en los proyectos, entre los cuales se encuentra el programa de reno-

¹³ Michael Drewes, "Carl Gangolf Kaiser (1837-1895). Arquitecto de la Corte del Emperador Maximiliano", 1988, p. 243.

vación urbana de la ciudad de México. El emperador también participó con el arquitecto Julios Hofmann en la creación del jardín El Olindo, ubicado en Cuernavaca, específicamente en Aca-pantizingo, Morelos.¹⁴

El Jardín Borda acogió al emperador Maximiliano, quien durante las mañanas solía caminar por sus amplios pasillos, mientras su secretario Blasio le leía documentos y le informaba de los acontecimientos de la ciudad de México; después solía montar a caballo para dirigirse al jardín El Olindo. Frecuentemente nuestro jardín fue el lugar señalado para realizar festejos con los miembros de su corte e invitados especiales.

El Jardín Borda permaneció abandonado luego del fusilamiento de Maximiliano en Querétaro hasta finales del siglo XIX cuando pasó a ser un edificio público, donde se ubicaron las oficinas de la Secretaría de Hacienda de Morelos.

El primer presidente que recibió honores en este jardín fue Sebastián Lerdo de Tejada, cuando el general Francisco Leyva le organizó un banquete en su visita a Cuernavaca. Más tarde, y ya siendo presidente de México, Porfirio Díaz celebró una tertulia para festejar la inauguración de la línea de ferrocarril México-Cuernavaca (figura 5).

El jardín volvió a manos privadas cuando el pastor protestante Woods alquiló el lugar para instalar un mercado de curiosidades y artesanías y, así, ofrecer sus servicios a la creciente demanda de turistas.

Otros visitantes distinguidos del Jardín Borda fueron el demócrata Francisco I. Madero y el revolucionario Emiliano Zapata. Después de la Revolución, su propietaria María Eugenia lo convirtió en un famoso hotel, que dio servicio hasta 1946. Esta mujer vendió la propiedad a ciudadanos estadounidenses por la cantidad de 300 000 pesos. Fue hasta 1970 cuando el Jardín Borda pasó a formar parte del patrimonio nacional y se encuentra abierto al público como un testimonio histórico de las diferentes épocas y personalidades que dejaron huella en dicho jardín.

¹⁴ Michael Drewes, "Otra aproximación a Carl Gangolf Kaiser", 2000, pp. 155, 158.



Figura 5. Banquete ofrecido al presidente Porfirio Díaz, en el Jardín Borda, en la inauguración del ferrocarril a Cuernavaca. Imagen tomada del libro *Crónicas de Cuernavaca 1857-1930*.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Ochoa, Arturo. *La fotografía durante el imperio de Maximiliano*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Estéticas, 1996. 191 pp.
- Alcántara, Saúl, Arturo Alavid y Félix Martínez. *Diseño, planificación y conservación de paisajes y jardines*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2002. 136 pp.
- Añón, Carmen. "El jardín histórico: notas para una metodología previa al proyecto de recuperación". *Jardins et sites historiques*.

- Madrid, UNESCO-Consejo Internacional de Monumentos y Sitios-Fundación Cultural Banesto, 1993. 377 pp.
- Blasio, José Luis. *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. 312 pp.
- Calderón de la Barca, madama. *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país*. México, Porrúa, 1984. 426 pp.
- Conte Corti, Egon Caesar. *Maximiliano y Carlota*. México, Fondo de Cultura Económica, 1976. 707 pp.
- Drewes, Michael. "Carl Gangolf Kaiser (1837-1895). Arquitecto de la Corte del Emperador Maximiliano". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Universidad Nacional Autónoma de México. Vol. XV, núm. 59. México, 1988.
- . "Otra aproximación a Carl Gangolf Kaiser". *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Universidad Nacional autónoma de México. Vol. XVI, núm. 77. México, 2000.
- De Grecia, Miguel. *La emperatriz del adiós. El trágico destino del emperador Maximiliano y su mujer Carlota*. Trad. Teresa Clavel. Barcelona, Plaza & Janés, 1999. 347 pp.
- Estrada Cajigal, Sergio y Ferruccio Asta. *Crónicas de Cuernavaca. 1857-1930. Imágenes de la memoria*. México, Asta, 1994. 249 pp.
- Horta, Manuel. *Vida ejemplar de don José de la Borda*. México, Manuel Horta, 1928. 71 pp.
- Jardins et sites historiques. Journal scientifique*. Madrid, UNESCO-Consejo Internacional de Monumentos y Sitios-Fundación Cultural Banesto, 1993. 377 pp.
- Knechtel, Wilhem. *Handschriftliche Aufzeichnungen*. Documento inédito. Copia obtenida en el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Parrilla Álvarez, Laura. *Jardín etnobotánico. Museo de medicina tradicional y herbolaria. Cuernavaca, Morelos*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003. 286 pp.
- Ratz, Konrad. *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003. 367 pp.
- Rivera Cambas, Manuel. *México pintoresco, artístico y monumental*. T. III. México, Editora Nacional, 1883. 445 pp.

EL BORDA, UN JARDÍN CON VALOR HISTÓRICO

- Romero de Terreros, Manuel. *Los jardines de la Nueva España*. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1945. 31 pp.
- Salinas, Miguel. *Historias y paisajes morelenses*. México, Imprenta Aldina, Rossel y Sordo, 1924.
- Tito Rojo, José. *Restauración en arquitectura del paisaje: ensayo metodológico aplicado al Carmen de los Mártires y otros jardines granadinos del siglo XIX*. Tesis doctoral. Universidad de Granada/Facultad de Ciencias. [Copia fotostática del original proporcionada por el autor.]
- Villalpando, José Manuel. *Maximiliano*. México, Clío, 2001. 283 pp. (Colección Trilogía del Imperio.)

Espacio urbano, modernidad y capitalismo tardío. Análisis histórico de los sujetos urbanos en América Latina

Daniel Inclán*

Estaba excitado por todos estos pequeños descubrimientos de impropiedad, no sólo porque veía en ellos el denominador común de este paisaje, sino sobre todo porque veía en ellos una imagen de mi propio sino, de mi propio destierro en esta ciudad; y por supuesto: el proyectar mi situación personal en la objetividad de toda la ciudad me brindaba una especie de resignación; comprendí que yo era ahí inapropiado, igual que era inapropiado el sauce llorón y la casa con la hierba... y me daba cuenta que precisamente porque era inapropiado debía estar ahí, en aquella horrible ciudad de la impropiedad.

Milan Kundera, *La broma*

LA IMPROPIEDAD ES UNA CONDICIÓN estructural de la modernidad capitalista en la que los sujetos se debaten entre la emancipación y la regulación, entre la libertad y una sociedad que se construye para frenarla.¹ Las *sujetidades*, producto de las prácticas del mun-

* Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Boaventura de Sousa Santos desarrolla esta tesis más ampliamente en su libro *Crítica de la razón indolente*, 2002, en el que trata de explicar cómo el conflicto entre regulación y emancipación existe en varios ámbitos de la modernidad, principalmente en el ámbito científico y en el ámbito jurídico. Años atrás, Lucien Goldman ya había formulado una tesis similar; según el filósofo francés, uno de los campos en los que esto se expresaba con mayor claridad era en el de la novela del siglo XIX, en la que los protagonistas solían vivir un conflicto entre libertad y restricción, véase *Marxismo y ciencias humanas*, 1975.

do moderno, están bifurcadas de raíz y fragmentadas en múltiples facetas en sus espacios vitales.² Las prácticas se promueven para reproducir perennemente el sistema de dominación, la tan aclamada libertad se ve frenada por la interiorización de relaciones de poder que constituyen a los sujetos de raíz.³ Así, la vida cotidiana que sostiene al sistema-mundo capitalista se desenvuelve entre grandes contradicciones: entre una pobreza que existe para generar riqueza, entre una serie de derechos (llamados eufemísticamente universales) y limitantes institucionales para gozar de sus beneficios, por sólo mencionar algunas.

El resultado de tales conflictos es una especie de extranjería dentro de los mismos espacios en los que deviene la vida diaria de los humanos,⁴ algunos, la mayoría, porque están excluidos *de facto*, ya sea porque no cumplen con todos los requisitos del propietario privado o ciudadano —no tienen suficiente dinero, ni suficientes propiedades, ni suficientes medios de producción, única-

² Se entiende por *sujetidad* al proceso de constitución de sujetos colectivos en los que se incluyen tanto las dimensiones materiales externas a ellos como las psicológicas internas a ellos. La sujetidad no se reduce a la subjetividad, entendida ésta como un proceso de construcción de sentidos y significaciones, es más que un proceso mental de relación con el mundo, es también la construcción y práctica en el mundo. Véase Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, 1995, y Slavoj Žižek, *El espinoso sujeto*, 2001.

³ Según la teoría del poder de Michel Foucault, el sujeto se constituye, en su doble acepción, por medio de las relaciones de poder en las que se encuentra, ya que éstas se interiorizan hasta dar forma a las prácticas. Véase *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, 1982. Judith Butler desarrolla esta teoría desde el terreno del psicoanálisis, dialoga con Louis Althusser y su interpelación ideológica, y con Foucault y su teoría del poder para desentrañar los funcionamientos del sometimiento (*subjection*) como una de las dimensiones de la constitución de los sujetos. Esta visión es heredera de la visión freudiana del malestar intrínseco a la formación de la cultura. Véase *Mecanismos psíquicos del poder*, 2001. También Pierre Bourdieu ha desarrollado el problema de la regulación de la vida por medio de las prácticas mediante la realización cotidiana de los *habitus*, que reproduce la organización jerárquica del mundo sin un cuestionamiento de los fundamentos que la motivan. Véase *La dominación masculina*, 1999.

⁴ Georg Simmel desarrolló la teoría del extranjero en los espacios urbanos para explicar la distancia que siempre guardan los individuos con respecto a la vida que se desarrolla en la grandes conglomeraciones, distancia que se traduce en la puesta en duda de lo que parece propio y no lo es. Véase *Sociología*, 1986.

mente poseen su fuerza de trabajo— o porque son excedentes al sistema —demográficamente incompatibles, como grandes bloques de africanos, asiáticos y latinoamericanos—; otros, algunas minorías, porque no participan en la construcción de la lógica de organización y funcionamiento del sistema, porque sus visiones de mundo son contrahegemónicas —no respetan los lineamientos de convivencia “civilizada” de impronta occidental—.

A pesar de los esfuerzos por instaurar una universalidad occidentalizada, los sujetos resisten y se organizan, se someten a las leyes modificándolas —no sin antes pagar los costos que ello implica—. Las tecnologías del poder son cruzadas por tecnologías de la resistencia. La enajenación nunca es total, siempre existen intersticios, grandes o pequeños, por los que los sujetos resignifican y se reapropian los productos del sistema hegemónico. El campo de las prácticas puede ser el de la liberación o el del sometimiento. A los diseños globales, se contraponen historias locales, sobre todo en las periferias del sistema-mundo, donde la realización de las instancias del mundo de vida no corresponde con el modelo europeo, ni en términos de individualidad, ni en las instituciones colectivas que se fundan para mediar las relaciones sociales.⁵ La impropiedad es, en estas dimensiones, radical, no solamente se lucha contra las instituciones de normalización y disciplinamiento civilizatorio, sino también contra los ideales que las fundamentan.

La metáfora de la impropiedad latinoamericana es el Macondo de García Márquez. Un espacio fundado por una gran migración interna, un deambular en el mundo hasta encontrar el espacio vital, que nunca termina de ser tal, que nunca acaba de construirse. La genealogía de los Buendía —la epopeya de un pueblo olvidado— es la muestra de la pertenencia y el rechazo a la vez, dentro de un espacio que se construye en el olvido, donde uno no muere cuando quiere, sino cuando puede, como diría Aureliano;⁶ un es-

⁵ Cfr. Walter Mignolo, *Historias locales, diseños globales*, 2001.

⁶ Una de las tantas lecturas que se puede hacer de la novela de García Márquez es la que tiene que ver con la muerte como voluntad —la voluntad como potencia existencial de los sujetos— determinada por las condiciones de posibilidad que la motivan. La inmovilidad de Macondo reside en la presencia de los muertos, en el

pacio en el que la vida se desarrolla bajo la sombra de la muerte y entre múltiples vidas aparentemente inconexas por sus lógicas tan disímiles, pero que juntas explican la vida total de Macondo. Una guerra eterna por la construcción de un proyecto extraviado que viven varias generaciones compuestas por los mismos sujetos que transitan por varias etapas de un proyecto: la peregrinación fundacional, la consolidación evanescente de un proyecto utópico, la dislocación de los resultados y la guerra eterna.

En la producción del espacio moderno se ha intentado materializar los sueños del proyecto mítico del capitalismo, hipotecando la vida a la lógica del productivismo. Acompañado de mutaciones en las formas de producción de la materialidad de la vida, el espacio vital se ha modificado bajo los principios de una racionalidad instrumental encarnada en una monocultura del saber cuyos fundamentos últimos son el principio de conquista, colonización y penetración.⁷ Al *cogito* cartesiano le antecede el *conquiro* imperial de un sistema dominado, primero, por Europa y, después, por Estados Unidos.⁸

La modernidad capitalista ha generado un proceso civilizatorio que esconde detrás de la idea de la ilustración un entramado imperialista de sometimiento cultural y de explotación económica.

arraigo al tiempo y a la utopía de morir después de haber construido un mundo existencial. Como en gran parte de América Latina, en la que la voluntad de morir se ha dejado atrás por la necesidad de construir una vida para ser vivida; primero vivir para después morir, para morir, finalmente, cuando uno quiera.

⁷ El espacio y el tiempo en la modernidad son los de exploración y conquista. El tiempo, expresado en múltiples temporalidades, se subsumió al espacio: tiempo y espacio como uno. A la conquista del espacio, se presuponía la conquista del tiempo y las temporalidades. La exploración, propia de las empresas de la modernidad, llevaba la racionalización del espacio y del tiempo como banderas, para con ellas ocultar los más humanos temores sobre el mundo desconocido. La expresión radical de este proceso es la racionalización impersonal de los espacios de la producción. Primero las pequeñas fábricas y después la multiplicación de las maquilas a lo largo del mundo, que crecen independientemente de los procesos históricos de larga duración que se desarrollan en el entorno en el que se instalan. Los espacios de la producción colonizan el entorno hasta penetrar en las prácticas cotidianas de los diversos sujetos.

⁸ Cfr. Enrique Dussel, 1492. *El encubrimiento del Otro*, 1992.

El proyecto de la ciudad moderna se presenta como la expresión acabada de estas necesidades estructurales; primero, la conquista de territorios desconocidos y aparentemente desocupados —vacíos según la lógica racional del mercantilismo occidental—; después, la construcción de nuevos espacios racionales —los edificios funcionales y la civilización del entorno— y, finalmente, el dominio de lo existente por medio de la proyección racional y el uso, igualmente racional, de estos espacios —la sociedad de control y disciplinamiento que incita, mide y regula el mayor número de prácticas posibles—. ⁹

La modernidad es un proyecto civilizatorio con contenidos económicos, sociales y culturales por medio de los cuales se genera una nueva visión de mundo que se impuso en el planeta mediante la fuerza militar, la imposición comercial y el colonialismo cultural. Este proyecto generó un sistema-mundo, regido por una ética de pretensiones universales y por una cultura de producción y consumo que impacta sensiblemente en los órdenes simbólicos. ¹⁰ A la ética capitalista la acompaña una estética. La organización en la producción de la vida material administrada por una rígida visión de mundo, fundada en el sacrificio y el ascetismo del trabajo, encontró expresiones tanto en la ética como en la estética. ¹¹ La regulación de las experiencias cotidianas se normalizó por

⁹ El extremo radical de esta instrumentalización del espacio son los edificios que albergan las funciones más mecánicas de la vida de los humanos. Lo que Marc Augé llama los espacios de la sobremodernidad, o los no-lugares, aquellos en los que la vida de los sujetos se reduce a una función calculada en un entorno construido sobre la base de costo-beneficio.

¹⁰ Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, 1987; Boaventura de Sousa Santos, *De la mano de Alicia*, 1988; Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, 1994; Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, 1999; Jürgen Habermas, "La modernidad un proyecto incompleto", 1988.

¹¹ Esto se entiende si no se reduce la estética al campo del arte. Si se ubica, en cambio, como una dimensión constitutiva de la *sujetidad*, el análisis puede ser más amplio; hay que entenderla como la fase perceptiva —sensual— en la que se dota de sentido a las experiencias mediante la construcción de formas y significados del mundo exterior e interior, es decir, la estética como percepción, como una experiencia irreducible. En este sentido, el arte sería una experiencia estética colmada, que desde la negatividad construye mundos y significa prácticas dentro del mun-

medio de la construcción de espacios en los que se privilegiaba el funcionamiento antes que la forma. El gran experimento de esto fue la vanguardia arquitectónica del siglo XX, que simplificó la forma de los edificios usando solamente líneas rectas y superficies lisas para catalizar el funcionamiento, pretendidamente universal, de los nuevos espacios civilizatorios.

En el Macondo latinoamericano, donde impera la carnavalización de la vida cotidiana, los mitos y proyectos del capitalismo europeo-occidental, no se han logrado seguir exitosamente los modelos. Como resultado de esto se dan procesos más agresivos en la medida en que la exterioridad que permite la realización del desarrollo de la hegemonía está al interior del territorio latinoamericano. Así, hay una sobreexplotación de los trabajadores, un colonialismo interior que se ejerce sobre las minorías, una explotación incontrolada de los recursos. Esta situación no se explica solamente por la dependencia centro-periferia, ya que en el seno de las sociedades latinoamericanas se desarrolla una lucha de clases entre oligarquías y grupos marginales que luchan por el poder económico y por el poder político. Este conflicto agudiza las condiciones en las que se impone el modelo capitalista centroeuropeo o estadounidense.

En la producción social del espacio, la violencia de la configuración de la modernidad se manifiesta en Latinoamérica en una dualidad intrínseca: la estética deseada, acorde con los cánones de la vanguardia que convive con la estética no deseada de la urbanización espontánea. Macondo vive entre la imposición de una legalidad de fuerza y la reconfiguración interna por la contingencia de los acontecimientos, una guerra eterna por un fin no claro donde el espacio se construye al tiempo que se socavan los cimientos sobre los que se sostiene.

A la idea de una modernidad única hay que contraponer la de modernidades concéntricas en las que se lucha por alcanzar un

do. La estética entendida de esta forma permite asociarla a la política y al conflicto subyacente de ésta. Éste es un tema fundamental en la filosofía de Walter Benjamin, particularmente en su crítica a la modernidad decimonónica, en su inconclusa obra *El libro de los pasajes*.

modelo mítico.¹² América Latina, como región construida desde una red de diversos proyectos, pero particularmente por su dimensión geohistórica y geopolítica, representa una fase diferencial y desigual del desarrollo capitalista. No es ni más ni menos moderna que Europa, simplemente tiene un proceso histórico diferente, condición básica del funcionamiento del sistema capitalista —para otro—.¹³ Así, la inserción de la región latinoamericana en el capitalismo y en la modernidad no se da en la medida en que se logran instaurar los procesos económicos y simbólicos del mundo postmedieval o del mundo industrial. Desde el momento mismo de la colonización y el encubrimiento del *Otro*, los habitantes de este continente se integraron a ese sistema-mundo que se expandía aceleradamente a finales del siglo XVI. Los espacios vitales cambiaron desde entonces. Europa no nació moderna, no así América Latina, ya que es una invención producida por la colonialidad del poder y la colonialidad del saber europeo.¹⁴

El capitalismo, por otra parte, tampoco ha sido un proceso unívoco, como lo ha hecho creer la ideología hegemónica. Es, por el contrario, un proceso histórico en el que se busca reproducir los fundamentos básicos mediante prácticas específicas según la región en la que se desarrolle. La espacialización de las formas de acumulación del capital demuestra esta diferencia fundamental;

¹² Durante decenios en Latinoamérica se intentó explicar por qué la región no era moderna, o por qué era atrasada. Este esquema explicativo adolecía de eurocentrismo, en él se seguía pensando que había una única línea de desarrollo, marcada por Europa occidental y por Estados Unidos. Hasta hace pocos años ésta seguía siendo una explicación recurrente, como el modernismo sin modernización de Néstor García Canclini y su *Culturas híbridas*. Desde hace años existen voces críticas a ese esquema eurocéntrico, como la de René Zavaleta, pero fueron poco escuchadas, actualmente nuevos estudiosos y estudiosas están desarrollando, con nuevos argumentos, la vieja crítica. Véase Edgardo Lander, "Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos", 2000; Aníbal Quijano, "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", 2000.

¹³ Cfr. Perry Anderson, "Modernidad y Revolución", 1995.

¹⁴ Walter Dignolo, "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad", 2000; Enrique Dussel, "Europa modernidad y eurocentrismo", 2000; Aníbal Quijano, "Raza, etnia y nación en Mariategui", 1992.

la convivencia de distintos modos de producción que alivian las dificultades de realización exitosa de las empresas capitalistas es una muestra clara; junto a la gran industria existente, los espacios de producción artesanal y los mercados improvisados que contrastan con los edificios racionales programados para la producción mercantil capitalista.

No es sino hasta la segunda mitad del siglo XX cuando las pretensiones de universalidad del capitalismo se realizan de manera exitosa. La llamada globalización no es sólo la apertura del mercado mundial al libre tránsito de mercancías, imbricando y haciendo codependientes a las diversas regiones; es, ante todo, la imposición de un modo de vida, expresado en las formas de consumo: el *american way of life*. El sueño de los fordistas-tayloristas de la primera mitad del siglo se consolidó hasta que el capitalismo estadounidense reconstruyó a la Europa devastada, y de paso diseñó un proyecto similar para la rebelde América Latina. La revolución de Taylor y de Ford no fue la producción en serie, sino el consumo en serie de mercancías, de gustos y de ideologías. Esto fue posible hasta que la militarización del mundo y de la mayoría de las conciencias fue efectiva. Este nuevo ciclo del capitalismo mundial se ha llamado capitalismo tardío; en él, la obtención del plusvalor se desplazó de la explotación de los trabajadores industriales a la radicalización de la enajenación del trabajo mediante la venta de servicios, propia de la fragmentación de la producción; la fábrica fordista se dividió en múltiples instancias: en unas se simplificaba el proceso manual y en otras se sobreexplotaba.¹⁵

En esta nueva fase del capitalismo, los espacios urbanos en Latinoamérica se transformaron aceleradamente. La población de la mayoría de los países pasó de una vida rural a una vida urbana, generando un proceso abigarrado muy diferente al crecimiento racional de las ciudades y los suburbios de las centralidades capitalistas. En éstas, la ciudad creció sobre el campo generando un proceso de urbanización de las actividades rurales; en cambio, en

¹⁵ Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, 2000; Ernst Mandel, *El capitalismo tardío*, 1979; David Harvey, *La condición de la posmodernidad*, 1998; Frederic Jameson, *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, 1991.

la región latinoamericana no sólo pasó este proceso, sino también el inverso: las ciudades ideales se ruralizaron.¹⁶

En estos procesos paralelos, modernidad y capitalismo, los sujetos sociales se constituyen según su posición y su condición en la organización de lo social. En la última mitad del siglo XX, los sujetos urbanos latinoamericanos han pasado por lo ineneno por tres grandes procesos. El primero se caracteriza por la realización del ideal racionalista de la ciudad, expresado en la construcción de Brasilia, como paradigma de las nuevas formas de organización del espacio pensado no desde el pasado, sino desde el futuro. Una segunda etapa sería la decadencia del proyecto racionalista y la aceptación de la inevitable ruralización de las ciudades así como también del tránsito a una economía de servicios, expresada en la construcción de nuevos espacios de habitación y de actividades burocráticas, cuyo fin estético es la consolidación de la segregación. La ciudad de México en la década de 1960 es un buen ejemplo de estas políticas urbanas. Un tercer momento es el de la reconstrucción de la socialidad a partir de la redefinición de las funciones de la ciudad, como la narcourbanización de las ciudades colombianas, por ejemplo Medellín, que cambió su fisonomía y su vida en función de la reproducción de la violencia de las nuevas empresas capitalistas.

BRASILIA, LA CIUDAD IDEAL O LA TIERRA EN TRANCE

Brasilia es parte de un proyecto político de principios del siglo XX, en el que se manifestaba la necesidad de una ciudad interior que permitiera la reorganización y el control de la amplia geografía

¹⁶ Se entiende por ruralización el proceso en el que las prácticas urbanas son de impronta campesina y no corresponden con los proyectos racionales que sustentan los espacios de las grandes ciudades. Este término refiere, no a un hecho de inferioridad o retraso de aquellos sujetos que lo practican, sino a una apropiación singular de los espacios funcionalistas en la que se pone en entre dicho los fundamentos de dichos espacios y sus formas, pues desafía tanto la legalidad como la materialidad misma del entorno. La ruralización es un ejemplo claro de las formas de resistencia mediante la práctica y producción del espacio.

brasileña. Hasta la fundación de la nueva capital, las ciudades más importantes estaban ubicadas junto a la costa atlántica, Rio de Janeiro y São Paulo. Con el declive de la economía mercantil, y ante la necesaria recomposición de la producción, se necesitaban nuevos espacios que simbolizaran ese tránsito. La construcción de Brasilia personificaba la reconfiguración de todo Brasil.¹⁷

Este proyecto territorial se vio acompañado de uno estético que se consolidó en la primera mitad del siglo XX. En América Latina se habían ensayado tipos de arquitectura racional en concordancia con los principios estéticos de la Carta de Atenas: la idea de hacer ciudad, y mediante ella transformar a los sujetos que la habitan; pero Brasilia sería la nueva ciudad capital del país con el mayor crecimiento macroeconómico de la región. En la época de la construcción de Brasilia, hacia finales de la década de 1950 y principios de la de 1960,¹⁸ la mayor parte de los países latinoamericanos cambiaban la fisonomía de sus ciudades como parte de un crecimiento macroeconómico sostenido.

Las cartografías urbanas se modificaban y con ellas los recorridos; los resabios de antiguos espacios coloniales eran absorbidos por la nueva infraestructura. Las clases medias se extendían como parte de un proceso de consolidación del capitalismo asistencialista que, además de asegurar beneficios sociales, construía la imagen de un consumo sostenido de las mercancías de vanguardia tecnológica como sinónimo de desarrollo. Estas clases demandaban espacios acordes con la idea que de sí mismas estaban construyendo; en esos espacios, el avance tecnológico debería estar presente en todos los momentos de la vida, de manera que el progreso económico diferenciara a los que pertenecían al mundo desarrollado de quienes no lo eran.¹⁹

Así, Brasilia se construía para el futuro, desde la nada. El proyecto de Lucio Costa expresaba la idea de conquista del territorio,

¹⁷ Para un análisis crítico de la historia de Brasil durante el periodo de recomposición política y económica, véase el libro clásico de Octavio Ianni, *Estado y planificación económica en Brasil (1930-1970)*, 1971.

¹⁸ En 1956 se inicia el proyecto Brasilia, que culmina en 1960.

¹⁹ Para más información véase Roberto Segre, comp., *América Latina en su Arquitectura*, 1970.

fundamentada en el presupuesto de su vacío por no ser habitado por la racionalidad instrumental de los espacios urbanos modernos. La tierra entró en trance. La arquitectura funcional-racionalista construyó por primera vez en América Latina una capital desde cero, volcada hacia el futuro y olvidada del pasado. Pero una vez terminada, no pudo deshacerse de sus hacedores. El proceso de habitación de Brasilia fue lento, no así la construcción de su sombra, las favelas de los albañiles construidas alrededor de esos espacios asépticos y anónimos.

La nueva ciudad y sus nuevos ciudadanos no se pudieron librar de un fantasma oculto que pesaba sobre la población urbana de Brasil: los negros, la samba y la tierra. Como en la escena central de *Tierra en trance*, de Glauber Rocha, cuando el alcalde electo de la provincia baila samba junto a los negros en el monte. Por más que se esfuercen los blancos por dejar fuera de los espacios urbanos a los negros, sea por su expulsión o por su subordinación a actividades secundarias, éstos siempre están presentes.

Es útil recuperar aquí la crítica a la idea de la transformación que construye Rocha en *Tierra en trance* para entender a los sujetos urbanos que se configuran en ese momento histórico. La cinta se filma en 1967, pocos años después de la inauguración oficial de Brasilia, una ciudad proyectada por un gobierno populista y construida en una dictadura militar. En la historia de Glauber Rocha los blancos son los que organizan el cambio, un grupo selecto encabezado por el político y secundado por el poeta —que encarna la figura del intelectual a la vez que la del artista— en el cual el negro sólo sirve de acompañante silencioso. El tránsito, que se inicia con la bandera de la defensa de los excluidos, termina por oponerse a los sectores populares, de mayoría negra, para que finalmente el político se quede en el poder y el poeta muera solo en el desierto. La construcción de Brasilia se edificó al margen de las necesidades populares, motivada por un proyecto político y por una utopía urbana de un par de poetas del espacio, Lucio Costa y Oscar Niemeyer. En esta ciudad no tenían cabida las minorías con sus formas particulares de ser en el mundo.

Brasilia funcionó simbólicamente como un efecto de túnel; la luz se había alcanzado en el proceso de su construcción y algún

día, con grandes sacrificios, podrían alcanzarla todos. Un gran movimiento de blancos que ayudaría al grueso de la población, si ésta sabía comportarse y esperar. Al igual que cuando el alcalde de la película de Rocha gana el gobierno, pide paciencia a los negros, pues algún día les llegará la luz.

La nueva capital brasileña estaba pensada para romper las diferencias entre los hombres, para conquistar un nuevo espacio en el que el sueño de la igualdad y el progreso fuera posible. En el plano original el peatón no existía, los automóviles se encargaban de las labores del movimiento; las diferencias se ocultaban detrás de la máquina. Las viviendas eran todas iguales para hombres todos iguales; el pasado cultural se negaba en función de un futuro en el que todos los sujetos se transformaran en un ser moderno y racional. Finalmente, Brasilia no logró su cometido, ya que el presente no se puede hacer de futuro.²⁰ Los habitantes de la otra Brasilia, la que crecía más allá del plan piloto, volcaron la vida de la nueva capital hacia sus espacios espontáneos.²¹

CIUDAD DE MÉXICO, SOCIEDAD ANÓNIMA DE CAPITAL VARIABLE

La vida urbana en la capital de México en los años 70 quedó marcada sin remedio por 1968 y por la inevitable crisis económica de los ciclos del capital. 1968 estaba pensado como un año central en la historia del país, no precisamente por el vaticinio de la movilización estudiantil, sino por la realización de los XIX Juegos Olímpicos.²² La ciudad olímpica fue el último intento global de hacer ciudad en el Distrito Federal; después, todo sería distinto. La regulación de los grupos de migrantes salió del control del gobierno. Los programas de vivienda se reconfiguraron para satisfa-

²⁰ Fanger Dantas, "Brasilia: la utopía desfigurada", 2004.

²¹ Hasta la fecha viven más brasileños en las favelas —convertidas en ciudades periféricas por el gobierno— que en el casco de la ciudad.

²² Véase Ariel Rodríguez Kuri, "Hacia México 68: Pedro Ramírez Vázquez y el proyecto olímpico", 2003.

cer la creciente demanda de espacios habitacionales por los grupos recién instalados en la ciudad; ésta fue la época de la proliferación de las unidades habitacionales y de las colonias populares.²³ El campo invadió la ciudad; la ciudad de clases medias que se construía desde la década de 1940 dejó de existir. Los viejos sujetos sociales se reconfiguraron en torno a la crisis económica y a una ciudad que crecía descontroladamente.²⁴

La respuesta a esta invasión fue la de volcar los nuevos espacios sobre sí mismos; la nueva arquitectura dejó de pensar en hacer ciudad y empezó a construir islotes de funcionalidad en mares de pobreza. Es la época de las grandes construcciones de Abraham Zabludowzky y de Teodoro González de León (El Colegio de México, el Museo Tamayo, el edificio del Instituto de Fomento Nacional a la Vivienda de los Trabajadores) cuya característica central es la presencia de grandes muros que dividen al edificio del resto de la ciudad. La ruralización de la ciudad se combatió con el aislamiento y la segregación. La ciudad quedó escindida entre los islotes de progreso y los espacios públicos de desmedido crecimiento popular. La ciudad se volcaba sobre sí misma, dejaba de ser un espacio habitable por la creatividad y cir-

²³ Durante los 14 años de regencia de Ernesto Uruchurtu se controló el crecimiento de la ciudad por medio del uso sistemático de la violencia o por la negociación política con los sectores populares del partido oficial. El crecimiento demográfico, en cambio, se presentó en los municipios conurbanos de la ciudad de México, Nezahualcóyotl, Naucalpan, Ecatepec, los cuales, durante la década de 1960 del siglo xx, tuvieron las tasas de crecimiento poblacional más altas del país, como resultado de las políticas de asentamiento del gobierno de Uruchurtu. Gracias a esto, la imagen de la ciudad de México se configuró como la de una ciudad de clases medias en ascenso, como tránsito de *Casi el paraíso* al *Mejor de los mundos posibles*. De esta época son las grandes narraciones urbanas de Carlos Fuentes, José Agustín, Juan García Ponce, Gustavo Sainz; quienes en la década siguiente cambiarán sus escenarios y sus sujetos, dejando espacio a una literatura en la que el conflicto interurbano entre clases era más patente, como *Ensayo general* de Gerardo de la Torre o los *Símbolos transparentes* de Gonzalo Martré. Para más información véase Diane Davis, *Leviatán urbano*, 1999, y *Atlas de la ciudad de México*, 1988.

²⁴ Un estudio interesante de este fenómeno es el que hace Jorge Durand en *La ciudad invade el ejido*, en el que reconstruye el proceso de urbanización-ruralización del área sur-poniente de la ciudad en el decenio de los años 60 y 70.

culación de los espacios abiertos. La segregación fue la política estética y urbanística de los nuevos conjuntos urbanos que transformaron por completo la imagen de la ciudad. En los decenios anteriores, a pesar de existir una clara división de espacios según sus estéticas, la convivencia urbana simulaba ser democrática, los problemas de la ciudad, particularmente los de la calle, los padecían la mayoría de los habitantes de la urbe. En la década de 1970, la división generó espacios diferenciados para cada uno de los sectores, dislocando una convivencia medianamente horizontal existente en los años anteriores.

Al final de ese decenio, Ignacio Solares escribía una de sus mejores novelas, *Anónimo*. En ese libro, el autor contaba la historia de un periodista que se despertaba, después de morir, en el cuerpo de un burócrata. La actividad creativa del reportero se trasmutaba en la actividad mecánica del oficinista, la mediana libertad del espacio creativo se subsumía en la rigidez monocromática de los espacios burocráticos. En este tránsito, el viejo sujeto en el nuevo cuerpo describe su situación de la siguiente manera:

Salí a la calle como por primera vez. En realidad salí a la calle por primera vez. Pero la sensación no era salir, sino entrar. Diría, mejor, que en la calle entré en un mundo recién descubierto. Lo extraño interior [del vivir en un nuevo cuerpo] se mezclaba con lo extraño exterior; aunque lo escribo y me vuelvo a detener: todo era extraño exterior. Todo sucedía afuera: el dolor de cabeza, el pulso acelerado, el sabor de la saliva y del aire, la gente, el ruido de los autos.²⁵

Era la época en que los cambios en los modos de acumulación llevaron a la economía mexicana a la explotación de los servicios —la venta de servicios lleva al límite la enajenación, pues no sólo se alienan los productos del trabajo, sino principalmente las emociones—, el capital monopolista cambió sus intereses y dejó de enfocar todos sus proyectos en la producción industrial, que estaba asegurada por los vertiginosos desarrollos de la tecnología y la ingeniería industrial. Esta transformación se expresó también en los nuevos espacios urbanos, que se dedicaron principalmente a las

²⁵ Ignacio Solares, *Anónimo*, 1985, p. 120.

actividades burocráticas y la habitación multifamiliar en condominios prefabricados, pensados para los nuevos trabajadores. Algunos sujetos urbanos vivieron de manera radical esta escisión del mundo en la que se agudizó el anonimato y la carencia de comunidades vecinales, propio de espacios que se vuelcan sobre sí mismos. El proceso fue de *una* ciudad de tensa convivencia de clases a *múltiples* ciudades en lucha interurbana de clases.

MEDELLÍN, ESTA CIUDAD A LA QUE TANTO QUEREMOS NOS VA A MATAR

Esta es una frase de la novela de Jorge Franco, *Rosario Tijeras*, que aborda la historia de una mujer de los barrios populares de Medellín en la década de 1980, al final del reinado de Pablo Escobar y del cártel de Medellín. En este periodo se vivió una pauperización de la región latinoamericana como parte de la crisis global del capitalismo que se inició en 1973, y que se agudizó con las políticas económicas de los neoconservadores, encabezados por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, que además de incluir proyectos de reconstrucción de la economía mundial por la apertura de los mercados y la ausencia de la regulación estatal, promovían la militarización de las regiones estratégicas del planeta para asegurar los recursos y recomponer el mapa geopolítico.

La vida urbana en esos años estuvo cruzada por un crecimiento incontrolado de la población y por un proceso irrefrenable de corrupción. Estos dos procesos coadyuvaron a la construcción de nuevas prácticas urbanas en una economía empobrecida, sobre todo en aquéllas que permitían la subsistencia al margen del mercado legal y de las transas burocráticas del funcionamiento del Estado. En este periodo se construyó una barriada global latinoamericana, con características muy similares.²⁶

Medellín es un caso significativo, pues la violencia organizada se convirtió en fundamento de la vida cotidiana. La presencia del

²⁶ Para más información véase, Fernando Carrión, "De la violencia urbana a la convivencia ciudadana", 2002.

narcotráfico, una de las últimas innovaciones en las empresas capitalistas, obligó a la transformación de la vida de todos los días. Pablo Escobar participó de funciones que el Estado dejó de asumir, como la construcción de infraestructura básica y la generación de fuentes de trabajo. Evidentemente, todas ellas estaban en función del beneficio del narcotráfico, la construcción de calles y de unidades habitacionales le permitía a Escobar huir de la policía; para conseguir este objetivo organizó, además, una flotilla de taxis en los que escapaba por las calles de Medellín.

Una de las características del narcotráfico es que va acompañado de otros procesos económicos clandestinos, como la venta de armas, la venta de servicios —los sicarios o gatilleros—, la promoción del robo como forma de subsistencia. Todas estas actividades se reproducen en el marco de significaciones y construcciones culturales determinadas, asociadas a apropiaciones, usos y diseños de espacios públicos. La narcocultura impactó en toda la ciudad de Medellín, desde los barrios más pobres, donde encontraba su espacio de realización propicio, hasta las zonas lujosas de la ciudad. La violencia generó nuevas formas de convivencia de los distintos grupos sociales que estaban irremediablemente entrelazados, pero hacía más vulnerables a unos que a otros. La marginalidad interior de la ciudad se reproducía en esta nueva relación, en la que la acumulación de capitales económicos no era la que determinaba el rumbo de la convivencia, pero sí la que aseguraba ciertas comodidades. En este escenario intervenían también cuestiones de honor y atrevimiento.

Ese nexo irresoluble es el que se desarrolla en *Rosario Tijeras*. Antonio, su enamorado silencioso, describe así la complejidad de relaciones que se entretajan en la vida urbana de Medellín:

Estuvo metida [Rosario] con los que ahora están en la cárcel, con los duros de los duros, los que persiguieron mucho tiempo, por los que pidieron recompensas, los que se entregaron y después se volaron, y con muchos que ahora andan “cargando tierra con el pecho”. Ellos la bajaron de su comuna, le mostraron las bellezas que hace la plata, cómo viven los ricos, cómo se consigue lo que uno quiere, sin excepción, porque todo se puede conseguir, si uno quiere. La trajeron hasta

donde nosotros, nos la acercaron, nos la mostraron como diciendo miren culicagados que nosotros también tenemos mujeres buenas y más arrechas que las de ustedes, y ella ni corta ni perezosa se dejó mostrar, sabía quiénes éramos, la gente bien, los buenos del paseo, y le gustó el cuento y se lo echó a Emilio, que se lo comió todo, sin masticar.²⁷

La violencia urbana desencadenada en las ciudades latinoamericanas desde la década de 1980 no es una anomalía, un estado de excepción, sino una compleja relación social que se ha intentado resolver fácilmente por dos vías: por la represión de los sujetos populares y por la privatización de los espacios públicos. En Colombia la militarización de la vida llega hasta la proyección y control de espacios urbanos.²⁸

En ciudades como Medellín es muy problemático ejercer un control absoluto. Entre cerros que permiten la huida o el escondite, no es tan simple reprimir a los diversos sujetos urbanos. El “desorden” urbano de Medellín no permite la instauración plena del control capitalista de la producción ni la vigilancia policial del Estado. Este desorden molesta a los intereses geopolíticos en la región, pero permite a sus habitantes sobrevivir a la extrema violencia que genera el narcotráfico y la militarización de la ciudad. Entre los cerros crecen, junto con las viviendas, relaciones de cooperación que pueden ser agresivas para los que no son del barrio, o para los que no saben recorrer esos espacios, pero a los vecinos les permiten construir una vida propia con la que pueden encarar a la de los burgueses y convivir en sus espacios bajo reglas de aparente igualdad.

La tensa calma de la barriada se rompe por grupos de choque, por redadas policiacas, por ajustes de cuentas entre bandas de narcotraficantes, pues Medellín es, además, un símbolo del progreso en Colombia²⁹ —que, como gran parte del crecimiento económico del país, tiene detrás al narcotráfico— y por ello no puede

²⁷ Jorge Franco, *Rosario Tijeras*, 2001, p. 23.

²⁸ Cfr. Fernando Carrión, “La inseguridad ciudadana en la comunidad andina”, 2005.

²⁹ Es la única ciudad colombiana que tiene un sistema de transporte subterráneo, emblema del avance en comunicaciones.

ser apropiado por los sectores barriales. Pero parece que no hay espacios ni prácticas urbanas en las que no esté de alguna forma presente el mundo del narcotráfico, y en las que no se cuele la violencia y la resistencia.

CONCLUSIÓN

Muchas preguntas quedan en el aire. Pero queda claro que la modernidad capitalista en América Latina vive un proceso muy peculiar en el que los espacios de vida y los sujetos sociales se desarrollan en una especie de incontención que se desborda de los diseños totalizadores de la vida económica y cultural. La modernidad capitalista latinoamericana vive una muerte eterna, los proyectos ideales impuestos por un orden externo, y defendidos por las oligarquías y las lumpenburguesías, son atravesados por la daga mortal de las prácticas históricas de los sujetos en resistencia. La modernidad en estas regiones es desconcertante, fuera de todo orden y concierto; en ellas se ponen en duda los fundamentos y las prácticas de un sistema de pretendidas dimensiones universales. La colonialidad de la modernidad europea ha configurado gran parte de los espacios y las prácticas de los habitantes de la región, pero no ha logrado conquistar las distintas temporalidades que se desenvuelven en el territorio latinoamericano. Macondo sigue existiendo en una lucha eterna, entre la impropiedad y la incontención.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. *Atlas de la ciudad de México*. México, El Colegio de México-Departamento del Distrito Federal, 1988. 431 pp.
- Anderson, Perry. "Modernidad y Revolución". Casullo, Nicolás, comp. *El debate modernidad postmodernidad*. 5ª ed. Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995. pp. 92-116.
- Arrighi, Giovanni. *El largo siglo xx*. Trad. Carlos Prieto del Campo. Madrid, Akal, 2000. 455 pp.

- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Trad. Andrea Morales Vidal. México, Siglo XXI, 1994. 386 pp.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Trad. Joaquín Jordá. Madrid, Anagrama, 1999. 159 pp.
- Butler, Judith. *Mecanismos psíquicos del poder*. Trad. Jaquelina Cruz. Madrid, Crítica, 2001. 216 pp.
- Carrión, Fernando. "De la violencia urbana a la convivencia ciudadana". *Seguridad ciudadana ¿espejismo o realidad?* Quito, Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2002. pp. 13-59.
- . "La inseguridad ciudadana en la comunidad andina". Blanes, José y Edgar Pavón, comps. *La descentralización en América Latina, logros y desafíos*. La Paz, Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios, 2005. pp. 173-191.
- Dantas, Fanger. "Brasilia: la utopía desfigurada". *Urbano*. Universidad de Bío Bío. Vol. 7, Núm. 10. Santiago de Chile, noviembre 2004. pp. 50-60.
- Davis, Diane. *Leviatán Urbano*. Trad. Eduardo Suárez. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Durand, Jorge. *La ciudad invade el ejido*. México, Casa Chata, 1983. 145 pp.
- Dussel, Enrique. "Europa modernidad y eurocentrismo". Lander, Edgardo, coord. *Colonialidad del Saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires, Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000. pp. 41-54
- . 1492. *El encubrimiento del Otro*. Bogotá, Anthropos, 1992. 256 pp.
- Echeverría, Bolívar. *Las ilusiones de la modernidad*. México, El Equilibrista, 1995. 202 pp.
- Elias, Norbert. *El proceso de la civilización*. Trad. Ramón García Cotarelo. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. 581 pp.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. 8ª ed. Trad. Martí Soler, Ulises Guinazu, Tomás Segovia. México, Siglo XXI, 1982. 216 pp.
- Franco, Jorge. *Rosario Tijeras*. Madrid, Seix Barral, 2001. 196 pp.
- Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*. Trad. Ana Lizón Ramón. Madrid, Alianza, 1999. 166 pp.

- Goldman, Lucien. *Marxismo y ciencias humanas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1975. 238 pp.
- Habermas, Jürgen. "La modernidad. Un proyecto incompleto". Foster, Hall, selecc. *La posmodernidad*. Trad. Jordi Fibla. México, Colofón-Kairós, 1988.
- Harvey, David. *La condición de la postmodernidad*. Trad. Martha Eguía. Buenos Aires, Amorrortu, 1998. 401 pp.
- Ianni, Octavio. *Estado y planificación económica en Brasil (1930-1970)*. Buenos Aires, Amorrortu, 1971. 275 pp.
- Jameson, Fredric. *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Trad. José Luis Pardo Torio. Madrid, Paidós, 1991. 121 pp.
- Lander, Edgardo. "Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos". Lander, Edgardo, coord. *Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires, Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000. pp. 11-40.
- Mandel, Ernst. *El capitalismo tardío*. Trad. Manuel Aguilar Mora. México, Era, 1979. 575 pp.
- Mignolo, Walter. "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad". Lander, Edgardo, coord. *Colonialidad del Saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires. Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000. pp. 55-86.
- . *Historias locales, diseños globales*. Trad. Juan García Mada-riaga, Cristina Solís. Madrid, Akal, 2001. 452 pp.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". Lander, Edgardo, coord. *Colonialidad del Saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires, Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000. pp. 201-247.
- . "Raza, etnia y nación en Mariátegui". Forgues, Roland, ed. *José Carlos Mariátegui y Europa. La otra cara del descubrimiento*. Lima, Amauta, 1992. pp. 166-187.
- Rodríguez Kuri, Ariel. "Hacia México 68: Pedro Ramírez Vázquez y el proyecto olímpico". *Secuencia*. Instituto de Investigaciones Dr. José Luis Mora. Núm. 56. México, mayo-agosto 2003. p. 37-73.
- Segre, Roberto, comp. *América Latina en su arquitectura*. México, Siglo XXI, 1970. 317 pp.

- Simmel, Georg. *Sociología*. Vol. 1. Madrid, Alianza, 1986. 580 pp.
- Solares, Ignacio. *Anónimo*. México, Secretaría de Educación Pública, 1985. 215 pp.
- Sousa Santos, Boaventura de. *De la mano de Alicia*. Trad. Consuelo Bernal, Mauricio García Villegas. Bogota, UNIANDES, 1998. 456 pp.
- . *Crítica de la razón indolente*. Trad. Joaquín Herrera Flores. Valencia, Desclee, 2002. 470 pp.
- Zizek, Slavoj. *El espinoso sujeto*. Trad. Jorge Piatigorsky. Buenos Aires, Paidós, 2001. 432 pp.

La plaza de La Constitución en la ciudad de Tlaxcala. La construcción de la identidad del *espacio público*

María Esther Sánchez Martínez*

ABORDAR EL ASUNTO DE LA RELEVANCIA del espacio público significa responder a la pregunta de cómo éste puede promover el afecto, el arraigo o la permanencia en los lugares para fortalecer la identidad. En este sentido hay que considerar que el espacio público no sólo es fondo o escenografía o el testigo mudo de los grandes acontecimientos, como tampoco es un ente neutral e imparcial “sin tiempo y sin memoria”.¹ El espacio, en este sentido, tiene una “existencia ontológica propia” que por sí misma y a través de los elementos que la integran se modifica por quienes lo configuran, lo usan o intervienen en él; es decir, “el espacio es actor y escenario que encarna los discursos de la identidad”.²

De ahí que el espacio urbano público convoque, cohesione, segregue o marque distinciones; a través de su análisis es posible diferenciar las diversas prácticas sociales que ahí se llevan a cabo o el impacto que sobre los lugares tienen las diferentes intervenciones urbanas. El espacio público urbano, entonces, se convierte en la vitrina que refleja las maneras de apropiación de los usuarios a partir de las acciones que sobre éste se registran. Al mismo

* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

¹ Georg Leidenberger, “Proximidad y diferenciación: el manejo del concepto del espacio en la historiografía urbana”, 2004, p. 91.

² Jorge Morales Moreno, “Los espacios de la identidad y la socialización de la memoria colectiva en el ámbito urbano”, 2005, p. 308.

tiempo se convierte en el terreno del discurso oficial y de los intereses políticos y económicos sobre el uso del suelo.³

Como puntualiza Estela Eguiarte en su artículo "Espacios públicos en la ciudad de México: paseos, plazas y jardines, 1861-1877": "La ciudad no es un escenario mudo de los cambios sociales en el desarrollo de la historia [...]. Es el resultado de cómo la piensan, quieren, necesitan los grupos que tienen acceso a 'construirla' y 'transformarla' en aras de ideales objetivos y concretos".⁴

No hay ni neutralidad ni inocencia en el espacio público urbano. Lo anterior se refleja en parte en la organización de la traza urbana, en los tipos de usos de suelo asignados oficialmente y los que se llevan a cabo en la cotidianidad, o bien, en la distribución y en la función de los edificios. La plaza pública, en este contexto concreto, encarna diferentes modalidades discursivas tanto institucionales como civiles. Como diría Kathrin Wildner:

[...] a partir de la observación de lugares específicos es posible detectar rasgos de urbanidad. Como punto focalizado, las plazas públicas son apropiadas de una manera ejemplar. La plaza en sí misma es un elemento clásico urbano, con una multitud de funciones y significados distintos para cada entorno urbano y para quienes la utilizan.⁵

Y en Tlaxcala, la entidad más pequeña del territorio mexicano, las plazas públicas continúan siendo elementos articuladores de la traza urbana, pues según un estudio denominado Programa Estatal de Ordenamiento Territorial (PEOT): "La estructura urbana de la mayor parte de los centros de población se organiza a partir de un núcleo central, antiguo y consolidado, constituido por una plaza, en torno a la cual se localizan los principales edificios públicos, religiosos y civiles".⁶

³ María Estela Eguiarte Sakar, "Espacios públicos en la ciudad de México: paseos, plazas y jardines, 1861-1877", 1986, p. 92.

⁴ *Ibid.*, p. 91.

⁵ Kathrin Wildner, "La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli? Etnografía del centro de la ciudad de México", 2004, p. 19.

⁶ PEOT, 2003, p. 117.

La plaza de la Constitución en la ciudad de Tlaxcala, según las autoridades municipales, se ha convertido en un modelo de espacio público en el estado desde 2003, año en que fue objeto de una de las intervenciones urbanas más importantes al amparo del Programa de Imagen Urbana financiado tanto por la entidad misma como por la Federación. Este programa se hace extensivo a otras plazas públicas de diferentes municipios del estado de Tlaxcala. Con base en la propuesta realizada en la plaza de la capital se genera un patrón de modificación urbana que consiste en remodelar fachadas, emparejar las alturas de las construcciones que así lo requieran, introducir cableado subterráneo, elegir una paleta de colores, normar la propaganda, los anuncios y toldos publicitarios, cambiar banquetas y guarniciones, así como procurar un mantenimiento constante de la zona considerada monumento histórico, con miras a que sea declarada patrimonio de la humanidad. Por lo anterior, la plaza de la Constitución, como se le conoce oficialmente, se ha convertido en un hito o referente de identidad estatal dada su significación simbólica dentro del contexto urbano.

Esta intervención ha cambiado la fisonomía urbana de Tlaxcala de manera notable y significativa. Sin embargo, cabe la sospecha de retomar lo que dice Miguel Ángel Aguilar: "Cuando tanto afán hay en recuperar y preservar un bien puede uno preguntarse a qué se quiere volver y cuándo y cómo ocurrió el extravío".⁷ Probablemente porque:

[...] lo central, en tanto que permanece ahí y es depositario de los valores simbólicos con que se ha fundado la ciudad, posee la lentitud de la persistencia histórica o tradicional. Hay así una ciudad en diversos tiempos, no sólo urbanos, sino evidentemente también sociales, en donde se conjugan diversas modalidades de estar en ella.⁸

Estas modalidades se ven reflejadas en la manera de apropiarse del espacio urbano que tienen los diferentes actores en diferen-

⁷ Miguel Ángel Aguilar, "La velocidad urbana como identidad urbana", 1999, <<http://www.difusióncultural.uam.mx/revista/nov/99/aguilar.htm>>

⁸ *Loc. cit.*

tes momentos de la historia. En la plaza de la Constitución de la ciudad de Tlaxcala podemos observar, por lo menos, tres momentos de definición urbana a lo largo de la historia, a saber:

- Fundación.
- Los siglos XIX y XX.
- El siglo XXI y el programa de rescate y mejoramiento de la imagen urbana del centro histórico.

Teniendo como ejemplos estos tres momentos daremos cuenta de cómo la plaza de la Constitución ha modificado su identidad espacial a partir de las intervenciones que se hacen al espacio urbano, sustentadas en el discurso oficial y expresadas concretamente en los programas de mejoras urbanas.

El estado de Tlaxcala está localizado en la parte centro oriental, es la entidad más pequeña del país, tiene una superficie de 4060923 km², que equivale a 0.2% del total del territorio mexicano. Colinda al poniente con el Estado de México, al noroeste con el estado de Hidalgo, el resto de su perímetro está rodeado por el estado de Puebla.⁹

El municipio de Tlaxcala de Xicoténcatl colinda al norte con Xaltocan y Amaxac de Guerrero. Al sur con Tetlatlahuca, San Jerónimo, Zacualpan y Tepeyanco. Al oeste con Panotla, San Damián Texoloc y Totolac. Al este con Chiautempan, La Magdalena Tlaltelulco, Apetatitlán de Antonio Carvajal y Santa Isabel Xiloxotla.¹⁰

PRIMER MOMENTO: FUNDACIÓN

La ciudad fue fundada en 1525, año en que el papa Clemente VII ordena: "Que se erige en ciudad la de Tlaxcala, en la Nueva España, y su iglesia en catedral, para un obispo tlaschalense que la gobierne y administre".¹¹ No obstante, es hasta el 22 de abril de

⁹ PEOT, 2003, p. 117.

¹⁰ *División territorial del estado de Tlaxcala: de 1810 a 1995*, 1997, p. 154.

¹¹ *Documento y Reales Cédulas de la ciudad de Tlaxcala*, 1984, s/p.

1535, diez años después, que se extiende la Real Cédula que declara formalmente a Tlaxcala como ciudad y se la denomina Leal Ciudad de Tlaxcala.

Un hecho notable de la ciudad de Tlaxcala es que esta fundación no se da sobre las ruinas de algún centro prehispánico sino sobre “una planicie casi deshabitada, en la ribera izquierda del río Zahuapan, muy cerca de donde se encontraban las cabeceras de los cuatro principales señoríos indígenas”.¹² Es decir, casi en el vértice de los cuatro señoríos más representativos: Tepeticpac, Ococtelulco, Tizatlán y Quiahuztlán.

La elección de ese lugar tiene por lo menos dos propósitos estratégicos, por un lado, la cercanía con el río Zahuapan hace a la ciudad de Tlaxcala una zona propicia como fuente abastecedora de agua —y al mismo tiempo con peligro de inundaciones—,¹³ por el otro, la zona físicamente resulta un núcleo de concentración de las cuatro cabeceras a las que les resta importancia política y espacial, condición ideal para iniciar el proceso de occidentalización y de evangelización. En relación al lugar de fundación, Diego Muñoz Camargo dice en su *Descripción* que Tlaxcala “está fundada en lugar muy fuerte, y es ciudad metropolitana de toda su provincia y cabecera principal de todo este distrito y jurisdicción.”¹⁴

La construcción de la ciudad obedecía a la implementación de la traza tipo damero,¹⁵ donde la plaza pública era el centro y origen de la ciudad.

La ciudad de Tlaxcala fue destinada a indígenas tlaxcaltecas, fue trazada por frailes franciscanos, previa autorización del virrey de Men-

¹² Ricardo Rendón Garcini, *Breve historia de Tlaxcala*, 1996, p. 17.

¹³ Gonzalo Yanes Díaz, *Desarrollo urbano virreinal en la región Puebla-Tlaxcala*, 2004, p. 34.

¹⁴ Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, 2000, p. 35.

¹⁵ Diego Muñoz Camargo describe los asentamientos prehispánicos ubicados como “lugares altos y cerros en las tierras frías, por dos razones: la una y la más principal es porque se dan mejores frutos en las lomas y sierras que en los llanos, porque no hiela tan presto; lo otro, porque antiguamente tenían mejor defensa los naturales, para sus guerras, en las lomas altas que no en los llanos”, *ibid.*, p. 39.

doza, probándose así la asociación de la Corona con la Iglesia debido al apremio de colonizar lo antes posible, la intención de borrar el modelo espacial indígena, y la urgencia de imponer los servicios de la Iglesia en un lugar visible.¹⁶

Según Diego Muñoz Camargo, para tener un buen gobierno era necesario reunir a la población “en buena traza, que es el principio y fundamento de la policía humana”.¹⁷ Así pues se construye

una plaza muy principal, cuadrada y muy graciosa que tiene al este [a] oeste 170 pasos y, de norte a sur, 176 pasos; y, en torno della, muy grandes y hermosos portales de postes de madera muy gruesos, que proceden y asientan en unas bases de piedra en que estriban, muy bien labradas, los cuales portales corren por dos aceras de la plaza de cabo a cabo.¹⁸

El pensamiento de la colonización es civilizar a través del ordenamiento urbano racional, es decir, a partir de una organización lineal y geométrica. Ya Muñoz Camargo en el siglo XVI sostenía, al hacer la descripción de la provincia de Tlaxcala, que las poblaciones son “sin orden alguna y muy ajena al modo nuestro de calles y trazas, porque van a trechos, como a un tiro de piedra poco más o menos, muchas casas juntas apeñuscadas y, entre casas, muchos callejones angostos y torcidos, con muchos retretes y vueltas”.¹⁹ Pues los asentamientos prehispánicos estaban ubicados en

lugares altos y cerros en las tierras frías, por dos razones: la una y la más principal es porque se dan mejores frutos en las lomas y sierras que en los llanos, porque no hiela tan presto; lo otro, porque antiguamente tenían mejor defensa los naturales, para sus guerras, en las lomas altas que no en los llanos.²⁰

¹⁶ Gonzalo Yanez Díaz, *op. cit.*, p. 35. Cf. también el texto de Cecilia Gutiérrez, “La arquitectura de la ciudad de Tlaxcala en el siglo XVI (notas sobre un dibujo de Muñoz Camargo)”, p. 179.

¹⁷ Diego Muñoz, *op. cit.*, p. 99.

¹⁸ *Ibid.*, p. 44.

¹⁹ *Ibid.*, p. 41.

²⁰ *Ibid.*, p. 39.

Por tanto, la traza de la ciudad de Tlaxcala no tuvo el emparrillado perfecto dadas las condiciones geográficas de la zona, pero eso no impidió que las calles fueran tiradas a cordel, pues con la meseta de Acuitlapilco a un lado (donde se ubica el convento de San Agustín) y al otro el río Zahuapan, era muy difícil lograr un emparrillado perfecto, como se logró con la plaza poblana.²¹ Para lo cual Diego Muñoz Camargo indica que:

Hase considerar que, como tengo referido, que el asiento de esta ciudad está en una hoya y valle hondo de tal disposición que viniendo de cualquier parte, hasta que llegan cerca della no se divisa, sino es cuando vienen por alguna parte alta, y aun esto es muy cerca, que no se puede señorear del todo por las vueltas y codos que lleva.²²

En el siglo XVI la plaza era el lugar de socialización y de comunicación, ahí había que acudir para estar al tanto de lo sucedido en la ciudad. Al mismo tiempo era el lugar donde se llevaban a cabo las celebraciones magnas: políticas, religiosas, civiles, pero también el lugar de los intercambios comerciales. Durante esta época de la Colonia la plaza fue una zona de libre tránsito, sin bordes físicos que determinaran los senderos para atravesarla, podían llevarse celebraciones con caballo o corridas de toros. Muñoz Camargo describe que en la plaza tlaxcalteca se ubica la fuente y la picota. Estos dos elementos son relevantes para la población, pues la fuente no es un elemento de ornato sino un elemento de uso cotidiano que tiene la función de abastecer de agua a la población. Y la picota es un elemento simbólico pues es ahí donde se llevan a cabo las acciones de castigo. Otra característica importantísima de la plaza son los portales que ocupan dos de sus aceras y debajo de éstos se ubican los establecimientos comerciales. También hay un mesón donde se hospedan "caminantes y forasteros", una cárcel pública, delante de la cual se ubica la "casa de la morada de los alcaldes y jueces", están las carnicerías y unos edificios muy importantes "que exceden [...] por suntuosidad y majestad, las llaman Casas Reales", que tiene, el propósito de hos-

²¹ Cecilia Gutiérrez, *op. cit.*, p. 179.

²² Diego Muñoz, *op. cit.*, p. 50.

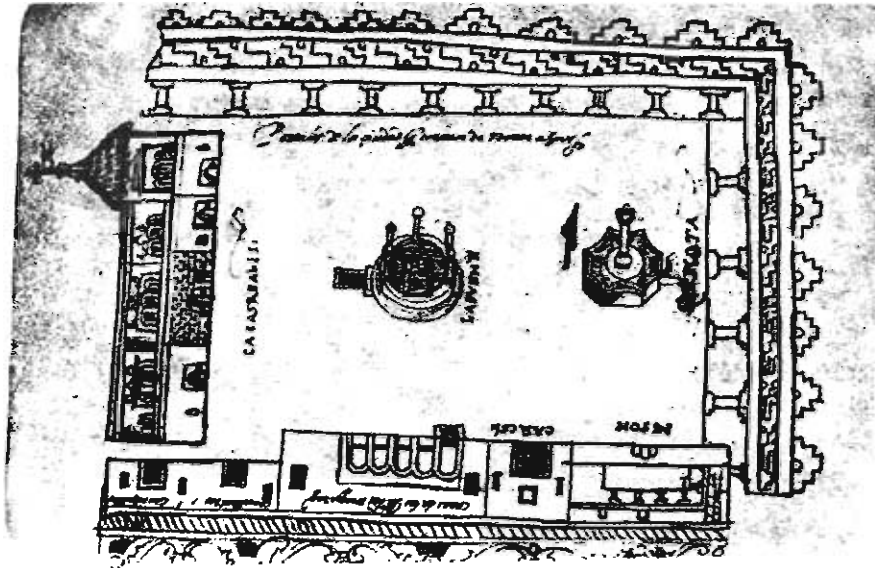


Figura 1. Tlaxcala: La casa real, la fuente, la picota.
Diego Muñoz Camargo.

pedar a los virreyes y personas de la más alta jerarquía. Y, finalmente, en esta plaza se asienta el mercado semanal que originalmente se encontraba en la cabecera de Ocotelulco.²³

La traza de la ciudad estaba dispuesta en niveles de importancia y se dividía a partir de las jerarquías políticas y sociales, por tanto, alrededor de la plaza se ubicaban las construcciones más relevantes del poder político, jurídico, administrativo y económico, además de las casas del sector de la sociedad más acaudalado, pues estar cerca o vivir cerca del centro significaba tener acceso inmediato a los servicios e infraestructura básica. En la periferia se encontraba todo lo "demás"; es decir, las casas de "fábrica exigua", los ejidos (o "reservas territoriales" para soportar el crecimiento de la ciudad) y los predios destinados a la siembra o al pastoreo.

Pero no basta con decir que la plaza es el origen y el centro del desarrollo urbano, a esto hay que añadir que es ahí, en el centro,

²³ Cfr. Diego Muñoz, *op. cit.*, pp. 44-49.

donde se escenificaba la vida urbana. También era el lugar donde se daban las mejoras o transformaciones más vanguardistas y relevantes de la época en términos de servicios, de infraestructura y de la arquitectura.²⁴ Por ende, el control se ejerce en el centro y desde el centro hacia la periferia. Proveerse de víveres, comulgar con Dios, realizar alguna gestión administrativa o jurídica, divertirse y entrar en contacto con las novedades y ser visto sólo se podía llevar a cabo en el centro.

Ahora bien, la construcción de la ciudad de Tlaxcala llevó más de 30 años; después de este tiempo, la mayoría de los edificios más importantes casi se concluyeron (por ejemplo, se terminó la primera iglesia, se avanzó en la construcción del convento de la Asunción de San Francisco, se terminó el mesón, se construyó la prisión, se edificaron los portales y las casa reales). Con todo, el cabildo indígena, durante esa época, asume que: "No está bien nuestra ciudad de Tlaxcala, aún la construiremos y la arreglaremos".²⁵ Esta inquietud, que ya es posible rastrear en el siglo XVI, ha sido una constante en la historia de Tlaxcala, como se mostrará más adelante.

SEGUNDO MOMENTO: SIGLOS XIX Y XX

SIGLO XIX

Antes de continuar, vale decir que la ciudad de Tlaxcala, al ser edificada cerca del río Zahuapan, sufría de constantes inundaciones que produjeron lamentables estragos durante parte del siglo XVIII. Éstos consistieron en el reblandecimiento de los cimientos no sólo de las casas sino de los edificios más cercanos a la plaza. Cuadriello, en su texto *Las glorias de la república de Tlaxcala* afirma

²⁴ Eulalia Ribera, "La plaza pública: elemento de integración, centralidad y permanencia en las ciudades mexicanas", 2002, p. 290.

²⁵ Mercedes Meade de Angulo, "Fundación de la ciudad de Tlaxcala, primeras edificaciones y su evolución. El gobierno indígena. La arquitectura neoclásica en México", 1987, p. 14.

que esta ciudad a finales del siglo XVIII tuvo “un aspecto lacustre, enfermizo y fantasmal”, pues los informes del cabildo tlaxcalteca al virrey decían que:

Hecha cada casa un lago, cada calle una cienaga, cada salida un pantano y toda la ciudad un espectáculo de lo más funesto y lastimero. De aquí resulta que los ayres se inecionen, el temperamento se altere, las fincas se arruinen, los humildes hogares se hundan, los templos padezcan, y los Habitantes se deserten, sin advirtio a contenerlos por no hallar en que vivan, y porque la misma tierra parece los despide a pesar del amor patriótico que es fuerza reyne en sus pechos. No terminan aquí tan fatales consecuencias, por ser aun mayores y más sensibles las que a estas subceden, pues a el tanto de la emigración de los vecinos, el comercio desmerece, los artesanos faltan, la industria se minora y los animos desfallecen, pronosticando todo un resultado el mas aciago y funesto.²⁶

Con todos estos desastres se modifica la fisonomía de la plaza y adquiere un aspecto ajardinado sólo hasta el siglo XIX. Ésta es una tendencia de renovación que se puede observar en muchas de las plazas públicas del país, principalmente en la ciudad de México. Siguiendo a Eguiarte, plazas y jardines se convirtieron en los espacios públicos “de recreación, de moralización y de belleza y ornato, fue en México una concepción que en el siglo XIX adquirió preponderancia”.²⁷ Esta transformación se fue dando de manera gradual; así, la plaza multifuncional de la época de la Colonia que antes servía para llevar a cabo todo tipo de actividades fue modificando no sólo su fisonomía sino sus actividades “a raíz de una diferencia cada vez mayor en el uso de suelo”.²⁸

La modificación del centro de la ciudad de Tlaxcala de la que hablamos se da en 1868. Esas “mejoras de ornato” consistieron en la construcción de “las glorietas” en la plaza principal. En este

²⁶ Jaime Cuadriello, *Las glorias de la república de Tlaxcala o la conciencia como imagen sublime*, 2004, p. 168. Referencia del autor proveniente del Archivo General del Estado de Tlaxcala, Fondo Colonial, caja 150, años 1795-1796, documento suelto.

²⁷ María Estela Eguiarte, “Los jardines en México y la idea de ciudad decimonónica”, 1992, p. 129.

²⁸ *Ibid.*, p. 129.

mismo año se comenzó la construcción del hospital para gente pobre sobre lo que había sido el convento de San Francisco; y hacia 1869 se estableció la oficina de correos, primero para uso exclusivamente militar y, hacia 1871, para uso de la población común.²⁹ En 1893 hubo un impulso más para terminar de edificar el hospital para pobres y el palacio legislativo que durante muchos años permanecieron sin concluir.³⁰ Además se emprendió la canalización del río Zahuapan, se introdujo la electricidad, se construyó el Palacio Legislativo, el mercado, el kiosco, los cementerios y la plaza de toros; se colocaron cuatro fuentes más de cantera estilo neoclásico; se introdujeron, en los edificios del centro, elementos prefabricados de hierro como balcones, bancas y faroles de arbotantes con adorno de dragones y lámparas esféricas.³¹

Es en este siglo cuando dicho espacio se convierte en “plaza-paseo”, con senderos definidos por la vegetación, con árboles que permiten el contacto con la naturaleza, con bancas para poder descansar y, sobre todo, la plaza se cierra e impide el tránsito libre de los vehículos; por esto, algunas de sus funciones se desplazan a otros lugares.

Asimismo, en este siglo la plaza tlaxcalteca cambia su nombre de plaza de Armas a plaza de La Constitución; este nombre se le da en honor de la promulgación de la Constitución de Cádiz (1812; ésta se juró en la plaza principal de Tlaxcala) y, posteriormente, de las constituciones mexicanas de 1857 y 1917.³²

La plaza pública, en el siglo XIX, deja de tener esa fuerza centrípeta organizadora del espacio urbano y de las actividades que ahí se llevaban a cabo. En términos generales, los cambios que se gestan de manera casi generalizada en todas las plazas públicas son consecuencia, en parte, como explica Rojas-Mix,³³ de dos razones, fundamentalmente:

²⁹ Luis Nava. *Tlaxcala contemporánea 1822-1977*, 1968, p. 47.

³⁰ *Ibid.*, p. 232.

³¹ <www.municipiodetlaxcala.gob.mx>

³² *Loc. cit.*

³³ Miguel Rojas-Mix, *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*, 1978, p. 117.

lugar donde tuvieron asiento algunas de las primeras instituciones españolas en el Nuevo Mundo.

A pesar de todo las poblaciones del estado y muy principalmente la ciudad de Tlaxcala, carecen de servicios de buen alumbrado público, drenaje y captación, y entubación de agua potable.

Consecuencias: Que a pesar de los atractivos mencionados, la ciudad de Tlaxcala no es favorecida por la corriente turística, pues los visitantes se dan cuenta de la falta de dichos servicios urbanos indispensables. La tristeza de la ciudad semioscura en las noches, la falta de drenaje ocasiona malos olores y el peligro para la salubridad pública de tomar el agua sin captación, ni entubación higiénica constituyen en la actualidad los enemigos mayores del turismo hacia esta ciudad.³⁴

Tras esta crítica, la oficina de turismo es abierta en 1940. Décadas más tarde, tras el estancamiento del sector agrícola y del sector industrial comenzó a tomar más forma el impulso del turismo (social y de masa) y se incorporó como parte de las estrategias de desarrollo económico en los planes estatales,³⁵ con lo cual se hace más patente la necesidad de fortalecer la idea de mejorar el aspecto de la ciudad y con ello poder impulsar el turismo.

Esta inquietud empieza a adquirir más forma cuando la ciudad de Tlaxcala en el año de 1986 es declarada "zona de monumentos históricos inmuebles" con dos perímetros, A y B, conformados por 33 manzanas que abarcan 0.503 km², donde el punto de referencia es la plaza de la Constitución.³⁶ Con esta declaratoria em-

³⁴ Konrad Tyrakowsky Findeiss, "Formas y tendencias actuales del desarrollo turístico en Tlaxcala", 1990, p. 173.

³⁵ *Ibid.*, pp. 173 y 174.

³⁶ <<http://www.cnca.gob.mx/cnca/inah/monuhis/ley.html>> La Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas dice en el Capítulo I. Disposiciones Generales, que: Artículo 5°. Son monumentos arqueológicos, artísticos e históricos y zonas de monumentos los determinados expresamente en esta ley y los que sean declarados como tales, de oficio o a petición de parte.

El Presidente de la República, o en su caso el Secretario de Educación Pública, expedirá o revocará la declaratoria correspondiente, que será publicada en el *Diario Oficial de la Federación*.

Esta ley dice en lo que se refiere a la parte "De los monumentos históricos" lo siguiente: Artículo 13. Para los efectos de esta ley, son monumentos históricos

pieza a perfilarse la idea de configurar una plaza y sus alrededores como un lugar de consumo turístico, un lugar bello que represente la imagen de la ciudad. Sin embargo, las intervenciones urbanas no constituían un trabajo sistemático de recuperación del denominado centro histórico. Algunas de las intervenciones urbanas más recurrentes, por parte de los diferentes gobiernos municipales en turno, fue obsequiar pintura para que los locatarios renovaran el color de sus fachadas sin mediar alguna norma.

TERCER MOMENTO: SIGLO XXI

El tercer momento de la transformación de la plaza de Tlaxcala se inicia durante la gestión de Héctor Ortiz (2002-2005) como presidente municipal bajo el lema *Fundamos en nuestras tradiciones la construcción del futuro*. El proyecto denominado Programa de Imagen Urbana consiste en realizar una intervención en la fisonomía urbana del centro histórico, comenzando por la zona que rodea la plaza.

Este trabajo se realizó con la asesoría brindada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Tlaxcala y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, con base en la Ley Federal

aquellos muebles o inmuebles posteriores a la consumación de la Conquista y cuya conservación sea de interés público, por cualquiera de las dos circunstancias siguientes:

- a) Por estar vinculados a nuestra historia política y social, y
- b) Porque su excepcional valor artístico o arquitectónico los haga exponentes de la historia de la cultura. En ningún caso se considerarán monumentos históricos las obras de artistas vivos.

Capítulo III. De los Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos.
Artículo 36. Por determinación de esta ley son monumentos históricos:

I. Los inmuebles construidos en los siglos XVI al XIX, destinados a templos y sus anexos; arzobispados, obispados y casas curales; seminarios, conventos o cualesquiera otros dedicados a la administración, divulgación, enseñanza o práctica de un culto religioso; así como a la educación y a la enseñanza, a fines asistenciales o benéficos; al servicio y ornato públicos y al uso de las autoridades civiles y militares. Los inmuebles y las obras civiles relevantes de carácter privado realizadas de los siglos XVI al XIX inclusive.

sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas.³⁷

Las acciones emprendidas requirieron de un trabajo sistemático y planificado a largo plazo. Para ello se realizó un diagnóstico en el cual se estableció la problemática y las causas del deterioro en la imagen urbana, al tiempo que se plantearon las soluciones para dar respuesta a la demanda. En este sentido, a los funcionarios públicos se les asignó un programa en el que se les detallaba el perímetro que les correspondía y cuáles eran las fachadas a su cargo. A la ciudadanía se le invitó a participar pintando su fachada con base en una paleta de colores previamente autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de Tlaxcala.

La primera evaluación que se hace del centro histórico de Tlaxcala radica en que parte del proceso de deterioro de la imagen urbana tiene que ver con "la inadecuada aplicación de la normatividad, lo que da como resultado la alteración del paisaje urbano, en especial de algunos inmuebles del centro histórico en sus elementos arquitectónicos",³⁸ éstos son remates, vanos de puertas y ventanas, fachadas, adosamientos de elementos y anuncios fuera de lo establecido.

Las consecuencias de no mantener una buena imagen urbana se agrupan en tres rubros; a este respecto, cito a continuación la información del portal de internet <www.municipiodetlaxcala.gob.mx>, ahora inexistente:

En la ciudad:

³⁷ El Reglamento de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas (publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 8 de diciembre de 1975) indica en el Artículo 8º. Las asociaciones civiles, juntas vecinales y uniones de campesinos podrán crear o mantener museos regionales, para lo cual se aplicarán, en lo conducente, las disposiciones señaladas en los artículos anteriores y además: I. Solicitarán la asesoría técnica del Instituto competente, quien determinará los métodos que habrán de observarse en los sistemas de construcción, inventario, mantenimiento y recaudación de cuotas; II. Recabarán la autorización del Instituto competente para obtener y reunir fondos para operación, mantenimiento y adquisición, así como para organizar eventos culturales y toda clase de promociones inherentes al museo; y III. Enterarán, a petición del Instituto competente, el porcentaje que éste les señale del importe de las cuotas que recauden.

³⁸ <www.municipiodetlaxcala.gob.mx>

LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN EN LA CIUDAD DE TLAXCALA

- Avance gradual del deterioro de los inmuebles.
- Imagen urbana decadente.
- Proliferación de anuncios luminosos, rótulos y toldos fuera de la normatividad.

En los habitantes de la ciudad:

- Pérdida progresiva del arraigo y la identidad.
- Pérdida del orgullo de ser habitante de la ciudad.
- Desinterés por conservar y preservar el patrimonio histórico, arquitectónico y cultural de la ciudad.
- Pérdidas económicas por devaluación de los inmuebles.
- Baja en el nivel de ingresos de los propietarios de hoteles, restaurantes y comercios por la disminución de afluencia del turismo nacional y extranjero.

En el turismo nacional y extranjero:

- Disminución del interés de los turistas nacionales y extranjeros por visitar y conocer la ciudad.
- Impresión negativa de la imagen urbana de la ciudad.
- Comentarios negativos en su círculo de influencia sobre la imagen urbana de la ciudad.

Este proyecto se hizo extensivo a otros municipios del estado (Ixtacuixtla, Huamantla, Calpulalpan, San Pablo Apetatitlán, Tlaxco, Apizaco), pero ahora como parte del *Plan de Desarrollo Estatal 2005-2011*, en el rubro de desarrollo urbano, dentro de la administración de Héctor Ortiz no como presidente municipal, sino como gobernador del estado para el periodo 2005-2011.³⁹

³⁹ “La consolidación del proceso urbano se da a través de la infraestructura y los servicios, sin embargo, esta estrategia no se ha traducido en un desarrollo equilibrado, por lo tanto es indispensable impulsar la coordinación de acciones institucionales y el fomento de la participación comunitaria. El fenómeno de conurbación se presenta intra e interestatalmente de manera desordenada, debido a que no se desarrolla bajo un esquema de planeación que persiga un objetivo regional; problema que se agudiza con la metropolización alrededor de la ciudad de Tlaxcala y el desarrollo de la Zona Metropolitana de la ciudad de Puebla. De esta forma, uno de los propósitos del Gobierno de Tlaxcala es elaborar un programa de desarrollo urbano que integralmente promueva el equilibrio regional, la imagen y el equipamiento.”



Figura 3. Publicidad de las mejoras al centro histórico de Tlaxcala. Fuente: Revista *Destinos*, julio de 2006.

Entre las edificaciones que rodean la plaza están: los portales chico y grande, la casa de piedra, la plaza de toros, el palacio de gobierno, la parroquia de San José, el ex convento de San Francisco, el edificio de correos, el Museo de Arte Tlaxcalteca y la antigua capilla de indios; dichas construcciones oscilan entre los siglos XVI y XIX. Tales edificaciones han sido catalogadas por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos.

La meta del Programa de Imagen Urbana de la ciudad de Tlaxcala es que ésta se convierta en patrimonio de la humanidad. La definición de la cual partieron para la remodelación, preservación y conservación fue que "la imagen urbana es el conjunto de elementos naturales y construidos que constituyen la formación

miento urbano de las ciudades del estado. Asimismo, con el apoyo de los gobiernos federal y municipales y del sector privado, es necesario gestionar un financiamiento para el rescate de la imagen urbana de las ciudades del estado, y promover con los gobiernos municipales las acciones de equipamiento urbano y vialidades de las mismas". *Plan de desarrollo estatal 2005-2011*, Tlaxcala, 2005, p. 87.

de un pueblo; refleja sus valores y características propias *dando testimonio de su pasado y presente*".⁴⁰ Así pues, las mejoras van en el siguiente sentido.

- Mejoramiento de la imagen urbana a través de la rehabilitación de fachadas y marquesinas, arreglo de la iluminación y el pavimento, reforestación de las áreas verdes, introducción de cableado subterráneo tanto de las líneas telefónicas como eléctricas, publicidad, anuncios y toldos reglamentados. Desviación del transporte público, sólo taxis y automóviles privados pueden circular por el primer cuadro, más la definición de paradas oficiales para el transporte público. Se prohíbe el comercio ambulante, sólo se permite un tianguis los fines de semana en la plaza de Xicoténcatl donde los vendedores han sido previamente empadronados, con la intención, al menos así lo manifiestan las autoridades, de despertar, reforzar y mantener el arraigo en la ciudadanía local y foránea.
- Llevar a cabo las acciones necesarias para que la ciudad de Tlaxcala sea considerada patrimonio de la humanidad. Esto representa sanear también los recursos naturales, para ello se han emprendido acciones en el ámbito intermunicipal para limpiar la cuenca del río Zahuapan.

Esta situación se refuerza a través de los periódicos locales. Cualquier modificación realizada al centro histórico se publica; las manifestaciones políticas, civiles y culturales que se llevan a cabo en el mismo se reportan al siguiente día en *El Sol de Tlaxcala*, por poner un ejemplo. Y en la sección de sociales, de este mismo periódico, aparecen las imágenes de los comensales de los restaurantes ubicados en la zona de los arcos. La plaza de la Constitución y la zona que la rodea es un lugar de intensa vitalidad que lo mismo se usa para hacer proselitismo que para condenar los diferentes credos religiosos.

La intervención por la que ha atravesado la plaza y, por tanto, la ciudad, exhibe la importancia que para la entidad tiene en tér-

⁴⁰ *Plan de desarrollo municipal 2002-2005.*

minos del discurso oficial la exaltación del pasado a través del rescate del patrimonio histórico. Esto tiene como consecuencia lo que se denomina la “musealización del espacio urbano”, como explica Kathrin Wildner: “La urbanidad de los centros históricos se presenta como una efectiva combinación de saneamiento de edificios y consumo cultural ante las fachadas de los monumentos históricos”.⁴¹

Sintetizando, la plaza como espacio público ha atravesado, en términos generales, por tres cambios importantes desde su fundación hasta el presente siglo. A partir de esta información damos cuenta de cómo el discurso oficial ha ido transformando la plaza para reforzar una identidad institucional que, al mismo tiempo que la promueve, la ordena y sugiere usos. Sin embargo, entre las prácticas sociales que el discurso oficial sugiere y las que se llevan a cabo en la cotidianidad, hay una brecha, dado que en este lugar convergen las demandas ciudadanas y, por tanto, esta imagen no puede permanecer incólume a las acciones de sus usuarios y al tiempo.

La plaza central de la ciudad de Tlaxcala ha devenido en un fetiche o en lo que Lafaye ha denominado como:

el principal adorno del llamado “centro histórico” [...] En este aspecto se ha vuelto a sacralizar un espacio que originariamente fue creado como sagrado centro de gravedad de nuevo poblado o “puebla” en el primer siglo de la colonización hispánica de América. Con todo hay una diferencia radical: es que los artífices de las plazas mayores quisieron expresar la majestad del poder monárquico y eclesiástico (o divino, si se prefiere), mientras que la publicidad turística actual enfatiza el color local y valora los primores estéticos.⁴²

Finalmente, el espacio urbano no es el espacio neutro que acoge a sus visitantes. Sus usos, intervenciones, su traza configuran un discurso oficial y no oficial. Nos hablan de la apropiación del espacio desde la perspectiva del poder pero también desde la perspectiva de quienes usan cotidianamente los lugares.

⁴¹ Kathrin Wildner, *op. cit.*, p. 264.

⁴² Jacques Lafaye, “De ciudad con plaza a plaza con ciudad”, 2002, p. 81.



Figura 4. Panorámica actual de la plaza de La Constitución. Balázs Nemeth

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Miguel Ángel. "La velocidad urbana como identidad urbana." *Tiempo Noviembre 1999* (consulta 30 de noviembre de 2004). <<http://www.difusioncultural.uam.mx/revista/nov/99/aquilar.htm>>.
- Cuadriello, Jaime. *Las glorias de la república de Tlaxcala o la conciencia como imagen sublime*. México, Museo Nacional de Arte-Instituto de Investigaciones Estéticas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2004. 483 pp.
- Documento y Reales Cédulas de la ciudad de Tlaxcala*. Edición facsimilar. México, Gobierno del estado de Tlaxcala-Instituto Tlaxcalteca de Cultura, 1984. 32 pp.
- Eguiarte Sakar, María Estela. "Espacios públicos en la ciudad de México: paseos, plazas y jardines, 1861-1877". *Historias*. Dirección de Estudios Históricos/Instituto Nacional de Antropología e Historia. Núm. 12. México, 1986. pp. 91-101.
- . "Los jardines en México y la idea de ciudad decimonónica". *Historias*. Dirección de Estudios Históricos/Instituto Nacional de Antropología e Historia. Núm. 27. México, 1992. pp. 129-141.
- Gutiérrez Arriola, Cecilia. "La arquitectura de la ciudad de Tlaxcala en el siglo XVI (notas sobre un dibujo de Muñoz Camargo)". *Historia y sociedad en Tlaxcala. Memorias del 4to y 5to Simposios de Investigaciones Socio-históricas sobre Tlaxcala, octubre 1988-1989*. México, Gobierno del estado de Tlaxcala-Instituto Tlaxcalteca de la Cultura-Universidad Autónoma de Tlaxcala-Universidad Iberoamericana, 1991. pp. 177-182.

- INEGI. *División territorial del estado de Tlaxcala 1810-1995*. México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1997. pp. 166-179.
- Lafaye, Jacques. "De ciudad con plaza a plaza con ciudad". *Plazas Mayores de México. Arte y Luz*. México, Grupo Financiero BBVA Bancomer, 2002. pp. 81-155.
- Leidenberger, Georg. "Proximidad y diferenciación: el manejo del concepto del espacio en la historiografía urbana". *Historia y Geografía*. Universidad Iberoamericana. Núm. 22. México, 2004. pp. 52-77.
- López Moreno, Eduardo. *La cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana*. México, Universidad de Guadalajara-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2001. 221 pp.
- Meade de Angulo, Mercedes. "Fundación de la ciudad de Tlaxcala, primeras edificaciones y su evolución. El gobierno indígena. La arquitectura neoclásica en México". *Inventario de bienes inmuebles del siglo XIX de la ciudad de Tlaxcala*. México, Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología-Instituto Tlaxcalteca de la Cultura, 1987. pp. 7-26
- . "Un plano de 1848 de Tlaxcala". *Historia y sociedad en Tlaxcala. Memorias del 4to y 5to Simposios de Investigaciones Socio-históricas sobre Tlaxcala*, octubre 1988-1989. México, Gobierno del Estado de Tlaxcala-Instituto Tlaxcalteca de la Cultura-Universidad Autónoma de Tlaxcala-Universidad Iberoamericana, 1991. pp. 89-91.
- Morales Moreno, Jorge. "Los espacios de la identidad y la socialización de la memoria colectiva en el ámbito urbano". *Anuario de Espacios Urbanos*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Núm. 2. México, 2005. pp. 305-333.
- Muñoz Camargo, Diego. *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*. Edición facsimilar de René Acuña. México, Colegio de San Luis-Gobierno del estado de Tlaxcala, 2000. 337 pp.
- Nava, Luis. *Tlaxcala contemporánea 1822-1977*. México, Progreso, 1968. 400 pp.

- Programa Estatal de Ordenamiento Territorial (PEOT)*. Tlaxcala, Gobierno del estado de Tlaxcala, 2003. 371 pp.
- Plan de desarrollo estatal 2005-2011*, Tlaxcala, Gobierno del estado de Tlaxcala, 2005. 110 pp.
- Plan de desarrollo municipal 2002-2005*. Ayuntamiento de Tlaxcala. <www.municipiodetlaxcala.gob.mx/>
- Pérez Bertruy, Ramona. "La construcción de paseos y jardines públicos en la ciudad de México durante el porfiriato: una experiencia social". *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*. México, Casa Juan Pablos-Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002. pp. 314-333.
- Ramón, Gabriel. "El umbral de la urbe: usos de la Plaza Mayor de Lima (siglos XVIII-XIX)". *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*. México, Casa Juan Pablos-Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002. pp. 265-287.
- Rendón Garcini, Ricardo. *Breve historia de Tlaxcala*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996. 182 pp.
- Rescatando la imagen urbana del centro histórico. H. Ayuntamiento de Tlaxcala 2002-2005. <<http://www.municipiodetlaxcala.gob.mx/>>
- Ribera Carbó, Eulalia. "La plaza pública: elemento de integración, centralidad y permanencia en las ciudades mexicanas". *Los espacios públicos de la ciudad, siglos XVIII y XIX*. México, Casa Juan Pablos-Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002. pp. 289-298.
- . *Parques y jardines públicos de la ciudad de México, 1881-1911*. Tesis de doctorado. México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 2003.
- Rojas-Mix, Miguel. *La Plaza Mayor. El urbanismo, instrumento de dominio colonial*. Barcelona, Muchnik, 1978. 243 pp.
- Segundo informe 2002-2005. Plan de desarrollo. Imagen urbana*. <<http://www.municipiodetlaxcala.gob.mx/>>
- Tyrakowsky Findeiss, Konrad. "Formas y tendencias actuales del desarrollo turístico en Tlaxcala". *Historia y sociedad en Tlaxcala. Memorias del 2do Simposio de Investigaciones Socio-históricas sobre Tlaxcala, octubre 1986*. México, Gobierno del estado de Tlaxcala-

- Instituto Tlaxcalteca de la Cultura-Universidad Autónoma de Tlaxcala-Universidad Iberoamericana, 1990. pp. 173-185.
- Valero de García Lascuráin, Ana Rita. "Plazas sagradas del México Antiguo". *Plazas Mayores de México. Arte y luz*. México, Grupo Financiero BBVA Bancomer, 2002. pp. 15-78.
- Wildner, Kathrin. "El Zócalo de la ciudad de México. Un acercamiento metodológico a la etnografía de una plaza". *Anuario de Estudios Urbanos*. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. México, 1998. pp.149-166.
- . *La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli? Etnografía del centro de la ciudad de México*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2004. 301 pp.
- . "Espacio, lugar e identidad. Apuntes para una etnografía del espacio urbano". *Identidades urbanas*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005. pp. 201-227.
- Yanes Díaz, Gonzalo. *Desarrollo urbano virreinal en la región Puebla-Tlaxcala*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ División de Estudios de Posgrado e Investigación de la Facultad de Arquitectura, 1994. 225 pp.
- Ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos* (1972). <<http://www.cnca.gob.mx/cnca/inah/monuhis/ley.htm/>>
- Reglamento de la ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos* (*Diario Oficial de la Federación*, 8 de diciembre de 1975). <<http://www.cnca.gob.mx/cnca/inah/monuhis/reglamento.htm/>>

El espacio. Presencia y representación
se terminó de imprimir en mayo de 2009.

Cuidado de la edición Leonardo Martínez Carrizales
y Teresita Quiroz Ávila.

La edición e impresión estuvo al cuidado de:
SM, Servicios Gráficos, tel. 5341 7480,
sm.serviciosgraficos@gmail.com.

La edición consta de 1000 ejemplares,
en formato media carta de 320 páginas,
fue impresa en offset
sobre papel cultural de 90 gramos
y sus terminados en rústica cosida.

Horizontes y códigos culturales de la historiografía



**Horizontes y códigos
culturales de la historiografía**

Entre la horca y el cuchillo
El simbolismo de un objeto cotidiano
Los Baños, José (1894-1981)
Los Baños through José Baños



**Entre la horca
y el cuchillo**

ADMINISTRACIÓN
DERECHO
ECONOMÍA
HUMANIDADES
SOCIOLOGÍA

El espacio. Presencia y representación abre una reflexión como primer acercamiento al problema del espacio, consideración que busca indicar la referencia múltiple del concepto y algunas características a tomar en cuenta para la delimitación del mismo. Ésta no es una discusión concluyente que lleve al establecimiento definitivo del concepto; fue y se mantiene como punto de partida en que diversos especialistas, desde campos del conocimiento diferentes, responden a la invitación de utilizar y reflexionar sobre un concepto, del cual se tienen interpretaciones parciales que se pueden catalogar como miradas sesgadas, pero que reconocen razonamientos válidos sobre el uso y significación del concepto de *espacio*.

Los artículos que lo componen muestran que el espacio aparece referido como presencia que determina, además de representar y simbolizar ámbitos de poder que interpretan y resignifican el pasado y crean amarres con el futuro. Su lectura en unidad genera una serie de preguntas: ¿Qué es un espacio y qué le da sustento? ¿Cómo es utilizado e identificado desde diversos campos del conocimiento y por qué se manifiesta en tan distintos niveles que van del aspecto material a la abstracción del debate? ¿Son los actores y sus ideas los que crean los espacios o, son los espacios que producen a los sujetos?